

A. DUMAS
LA GUERRA
DE
LAS MUJERES

BIBLIOTECA
DE LOS
NOVELISTAS
V. CH. BOURET



美國國會

國際法學

卷一

1

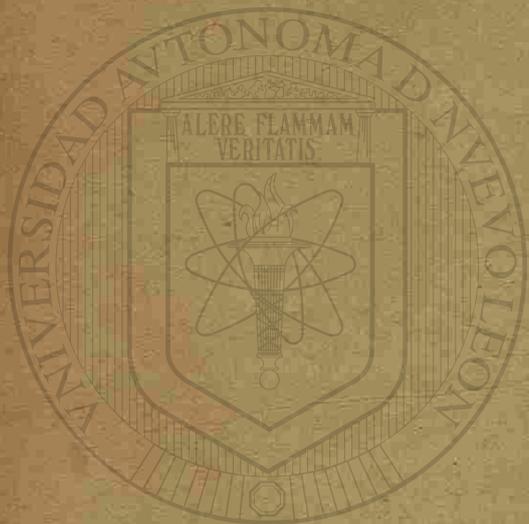


PQ2227
G8
S6
v. 1

000000



1020026295



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA GUERRA

DE

LAS MUJERES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Núm. Clas W

Núm. Autor D8869

Núm. Adg. 30000

Procedencia - 8 -

Precio _____

Fecha _____

Clasificac. 24

Alcance _____



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARÍS — LIBRERÍA É IMPRIMERIA DE LA V^{da} DE CH. BOURET.

LA GUERRA

DE

LAS MUJERES

NOVELA HISTÓRICA

ESCRITA EN FRANCÉS

POR

ALEJANDRO DUMAS

Nueva edición

TOMO PRIMERO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO HEYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

LIBRERÍA DE LA V^{da} DE CH. BOURET

PARIS

23, Rue Visconti, 23

MEXICO

14, Cinco de Mayo, 14

1906

098696 30000

843
9

PQ 2227
.G18
S6
v.1



FONDO
RICARDO GOVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO GOVARRUBIAS

LA GUERRA

DE

LAS MUJERES

I

La cita en medio del río

En otro tiempo se elevaba un hermoso pueblo de blancas casas y rojizos techos, casi encubiertos por los tilos y las hayas, á muy poca distancia de Liburnia, alegre villa que se refleja en las rápidas aguas del Dordoña, entre Fronsac y San Miguel de la Rivera. Por entre sus casas, simétricamente alineadas, pasaba el camino de Liburnia á San Andrés de Cubzac, formando la única vista que disfrutaban aquéllas. Á poco más de cien pasos de una de estas hileras de casas, se extiende serpenteando el río, cuya anchura y poderío empiezan á anunciar, desde aquel sitio, la proximidad del mar.

Pero la guerra civil había estampado sus desoladoras huellas en aquel país, destruyendo los árboles y los edificios, expuestos á todos sus caprichosos furros; y no pudiendo huir, como lo hicieran sus habitantes, se desti-

zaron poco á poco sobre los céspedes, protestando á su modo contra la barbarie de las revoluciones intestinas; empero la tierra, que sin duda ha sido creada para servir de tumba á todo cuanto fué, ha ido cubriendo lentamente el cadáver de aquellas casas, tan graciosas y alegres en otro tiempo; la hierba ha brotado sobre aquel suelo facticio, y el viajero que hoy camina por la senda solitaria, no podrá sospechar al ver aparecer sobre los montecillos desiguales, alguno de esos numerosos rebaños tan comunes en el Mediodía; que ovejas y pastores huellan indiferentes el cementerio en que reposa una aldea.

Por el tiempo á que nos referimos, es decir, hacia el mes de mayo de 1650, la aldea en cuestión, se extendía por ambos lados del camino, que como una grande arteria la alimentaba con un lujo deslumbrador de vegetación y de vida: el forastero que entonces la atravesara, se detendría con gusto á observar los aldeanos ocupados en unir y desuncir los caballos de sus carretas, los bateleros arrojando á la ribera sus redes, en las que se agitaban bulliciosos los peces blancos y rosados del Dordoña, y los herreros que golpeando rudamente sobre el yunque hacían brotar, bajo el peso de su mano, multitud de centellas divergentes, que á cada golpe de sus martillos iluminaban la atezada concavidad de sus fraguas.

Sin embargo, lo que más le habría encantado sobre todo, si el camino le hubiese dado ese apetito proverbial entre los postillones, hubiera sido una casa larga, que estaba situada á unos quinientos pasos de la aldea, y que sólo se componía de dos pisos, bajo y principal; la cual exhalaba por su chimenea ciertos vapores, y por sus ventanas ciertos aromas, con los que, mucho mejor que con la figura del becerro dorado pintada sobre una plancha de hierro, y suspendido de una barilla del mismo

metal clavada en la tablazón del primer piso, se indicaba el encuentro de una de esas casas hospitalarias, cuyos moradores, mediante cierta retribución, toman á su cargo el reparar las fuerzas de los viajeros.

Sin duda se me preguntará cuál era la causa de que el parador del Becerro de Oro estuviese situado á quinientos pasos de la aldea, siendo así que podía haber estado alineado entre las lindas casas agrupadas á uno y otro lado del camino.

Á lo cual podré contestar desde luego, que por muy escondido que estuviese en aquel rincón de tierra, el huésped era, en punto á cocina, un artista de primer orden. Dándose á conocer, bien en medio, ó ya á la extremidad de una de las dos largas aceras que formaban la aldea, pues corría peligro de ser confundido con cualquiera de aquellos bodegoneros, que se veía precisado á admitir como cofrades suyos, pero que no podía decidirse á mirarlos como á iguales: por el contrario, aislándose, llamaba sobre sí las miradas de los inteligentes en la materia, los que si una vez habían probado los manjares de su cocina, se decían unos á otros: cuando vayáis de Liburnia á San Andrés de Cubzac, ó de San Andrés de Cubzac á Liburnia, no dejéis de deteneros á desayunar, comer ó cenar en el parador del Becerro de Oro, que está á quinientos pasos de la pequeña aldea de Matifou.

Ya se vé, los inteligentes que paraban, salían contentos y enviaban á otros nuevos; de suerte que el hábil posadero hacia poco á poco su fortuna, sin que por esto, cosa rara, dejase su casa de permanecer á la misma altura gastronómica; lo que prueba, como ya lo hemos dicho, que Maese Biscarrós era un verdadero artista.

En una de esas hermosas tardes del mes de mayo, en que la naturaleza ya reanimada en el Mediodía, empieza

á reanimarse en el Norte, se desprendían de las chimeneas y ventanas del parador del Becerro de Oro, un humo más denso, y olores mucho más suaves que los de costumbre, al mismo tiempo que en el umbral de la casa, estaba Maese Biscarrós en persona, vestido de blanco, según la usanza de los sacrificadores de todos los tiempos y países, desplumando con sus angustas manos algunas codornices y perdices, destinadas á uno de aquellos exquisitos banquetes que él sabia tan perfectamente disponer, y que según su costumbre, — consecuencia constante del amor que á su oficio tenía, — dirigía hasta en sus más pequeños pormenores.

El sol tocaba al ocaso: las aguas del Bordoña, que en uno de los tortuosos rodeos de que está sembrado su curso se alejaban del camino como un cuarto de legua, hasta besar los cimientos del pequeño fuerte de Vayres, que empezaban á blanquearse bajo las negras sombras del ramaje; un no sé qué de tranquilo y melancólico se difundía por la campiña á merced de las brisas vespertinas; los labriegos permanecían con sus redes mojadas; los murmullos de la aldea se iban extinguiendo poco á poco, dejando de resonar el golpe del martillo, y dando fin á las labores del día, comenzaba á oírse el primer canto del ruiseñor en el bosquecillo vecino.

Á las primeras notas que se escaparon de la garganta del alado cantor, Maese Biscarrós se puso también á cantar, por acompañarle sin duda; resultando de esta rivalidad harmónica y de la atención que el posadero prestaba á su tarea, que dejase de percibir una pequeña tropa compuesta de seis caballeros que aparecían á la extremidad del pueblo de Matifou, y que se dirigían á su posada.

Pero una interjección lanzada desde una ventana del primer piso, y el movimiento rápido y agitado con que cerraron aquella ventana, hicieron abrir los ojos al digno posadero; y entonces vió al caballero que caminaba á la cabeza de la tropa avanzar directamente hacia él.

Hemos, dicho con alguna impropiedad directamente, porque aquel hombre se detenía cada veinte pasos, lanzando á derecha é izquierda miradas escudriñadoras, y desentrañando, digámoslo así, de una sola ojeada senderos, árboles y breñas: con una mano sostenía un mosquete, que descansaba sobre su muslo, hallándose al parecer dispuesto, tanto al ataque como á la defensa, y dirigiendo de vez en cuando un seña á sus compañeros, que imitaban en todo sus movimientos, para que se pusiesen en marcha; entonces se aventuraba á dar algunos pasos, y empezaba nuevamente la manobra.

Biscarrós seguía al caballero con los ojos; y de tal suerte le preocuparon sus singulares movimientos, que durante todo aquel espacio se olvidó de arrancar del cuerpo del ave las plumas que tenía entre el índice y el pulgar.

« Es un caballero que busca mi casa, dijo Biscarrós; pero sin duda el digno hidalgo es miope; y eso que mi Becerro de Oro hace poco que fué restaurado, y el bulto de la muestra es considerable. Veamos, pongámonos en relieve. »

Y Maese Biscarrós se colocó en medio del camino, donde continuó desplumando su pájaro con maneras llenas de pompa y majestad.

Este movimiento produjo el resultado que esperaba: apenas el caballero le vió, cuando espoleó su caballería con dirección á él, y saludándole cortesmente, le dijo:

— Perdónad, Maese Biscarrós: ¿ habéis visto llegar por

este lado una partida de gente de guerra, amigos míos, que deben venir en mi busca? Gentes de guerra es demasiado decir; ¡llamémosles gente de espada, ó gente armada, enfín! ¡Si, gente armada, esto da mejor idea! ¡Habeis, pues, visto una pequeña partida de gente armada?

Biscarrós, lisonjeado hasta lo sumo de verse llamar por su nombre, saludó á su vez afablemente, sin haber observado que el extranjero, á un solo golpe de vista dirigido sobre su posada, habia leído su nombre y calidad en la muestra, como también la identidad del propietario sobre su significativa figura.

— En punto á gente armada, caballero, respondió después de reflexionar un momento, no he visto más que á un hidalgo y su escudero, que hará cosa de una hora paran en mi fonda.

— ¡Ah! ¡ah! dijo el extranjero acariciando su rostro casi imberbe, y sin embargo lleno de virilidad: ¡ah! ¡ah! ¡está un hidalgo con su escudero en vuestro parador! y los dos armados, ¿no es así?

— Sí, señor: ¿queréis que mande á decir á ese hidalgo que deseáis hablarle?

— No, repuso el extranjero; eso no estaría en el orden. Inquietar así á un desconocido, sería tal vez tratarle con demasiada familiaridad, sobre todo si el incógnito es persona de calidad. No, no, Maese Biscarrós; si quisierais describirmelo, ó más bien enseñármelo sin que él me pudiese ver?

— Enseñárosle es muy difícil, señor, mayormente cuando parece que él trata de ocultarse, puesto que cerró su ventana en el momento mismo de aparecer vos y vuestros compañeros en el camino; describirosle me parece más á propósito: es un jovencito rubio y delicado, de

unos diez y seis años escasos, y que parece tener apenas fuerza suficiente para llevar el espadín que pende de su tahalí.

La frente del extranjero se plegó bajo la sombra de un recuerdo.

— Bien, bien, contestó, ya sé por quién lo dices: por un señorito rubio y afeminado, que monta un caballo árabe, y le acompaña un viejo escudero, enteco como una asta de pica: no es ese al que busco.....

— ¡Ah! ¡No es á ese á quien busca el señor! dijo Biscarrós.

— No.

— Pues bien, si el señor trata de esperar al que busca, y que sin duda no puede menos de pasar por aquí, pues no hay otro camino, debe entrar en mi fonda y refrescar, tanto él como sus compañeros.

— Gracias; no necesito más que daros gracias... y preguntaros, ¿qué hora será?

— Las seis están dando en este momento en el reloj del lugar, caballero; ¿no escucháis el fuerte sonido de la campana?

— Bien. Ahora me queda que pidiros el último favor, Maese Biscarrós.

— Con mucho gusto.

— Decidme, si os place, ¿cómo podría procurarme un hote y un remero?

— ¿Para atravesar el río?

— No, para pasearme por él.

— Nada más fácil; el pescador que me surte de pescado... ¿Os gusta el pescado, señor? preguntó á manera de paréntesis Biscarrós, volviendo de nuevo á su idea de hacer cenar al extranjero en su casa.

— Es un mediano plato, respondió el viajero; sin

embargo, cuando está sazonado convenientemente, no le hago asco.

— ¡Ah! señor; yo siempre tengo un pescado excelente.

— Os doy la enhorabuena, Maese Biscarrós; pero volvámos al que os le trae.

— Tenéis razón: pues bien, á esta hora ya habrá concluido su jornada, y probablemente estará comiendo. Desde aquí podéis ver su barca amarrada á unos sauces; mirad, allá abajo, junto á aquel olmo. Su casa está detrás de esa mimbrera; estoy seguro que le encontraréis á la mesa.

— Gracias, Maese Biscarrós, dijo el extranjero; y haciendo señas á sus compañeros para que le siguieran, guió rápidamente hacia los árboles, y llamó en la cabaña designada. La mujer del pescador abrió la puerta.

Como había dicho Maese Biscarrós, el pescador estaba comiendo.

— Toma tus remos, dijo el caballero, y sígueme: se trata de ganar un escudo.

El pescador se levantó con una precipitación que atestiguaba la poca liberalidad que usaba en sus negociaciones el hostelero del Becerro de Oro.

— ¿Es tal vez para bajar á Vayrès? preguntó.

— Es únicamente para conducirme al medio del río, y permanecer allí durante algunos minutos.

El pescador abrió cada ojo como un plato al escuchar el capricho del extranjero; y como se trataba de ganar un escudo, y además había visto á veinte pasos del caballero que había llamado á su puerta, destacarse el perfil de sus compañeros, no puso la menor dificultad, pensando con razón que el menor indicio de falta de voluntad, traería consigo el empleo de la fuerza; y que en tal caso perdería la recompensa ofrecida.

Así, pues, se apresuró á decir al extranjero que él, su barca y sus remos estaban á sus órdenes.

Encaminóse la pequeña tropa hacia el río; y mientras que el extranjero se dirigió hasta la orilla del agua, la tropa se detuvo en lo alto de la pendiente, colocándose, sin duda por temor de una sorpresa, de modo que pudiesen ver en todas direcciones. Desde el punto establecido podían á la vez dominar la llanura que se extendía á sus espaldas, y proteger á la embarcación que se balanceaba á sus pies.

El extranjero, que era un joven alto, rubio, pálido y nervioso, aunque enjuto, y de una fisonomía perspicaz, si bien rodeaba sus ojos azules un círculo ceniciento, y vagaba sobre sus labios una expresión de cinismo vulgar; el extranjero, decimos, revisó sus pistolas con cuidado, colgóse el mosquetón á lo bandolero, requirió un largo espadón, y fijó sus atentas miradas en la ribera opuesta; vasta pradera por la que cruzaba un sendero que partiendo del ribazo del río, terminaba en línea recta en la villa de Ison, cuyo parduzco campanario y blanquecinas humaredas, se percibían sobre los dorados celajes de la tarde.

Por el otro lado, á la derecha, y casi á la distancia de medio cuarto de legua, se elevaba el fuertecillo de Vayres.

— ¡Vamos! dijo el extranjero que empezaba á impacientarse, dirigiéndose á los centinelas; ¿viene, ó no?... ¿Le veis por fin asomar á derecha ó izquierda, por delante ó por detrás?...

— Me parece, dijo uno de aquellos hombres, distinguir un grupo por el camino de Ison; pero no estoy bien seguro, porque el sol me deslumbra. Mirad, sí, sí, eso es, uno, dos, tres, cuatro, cinco hombres, procedi-

dos por uno que lleva un sombrero galoneado y una capa azul. Es sin duda el mensajero que esperamos, que se habrá hecho escoltar para mayor seguridad.

— Está en su derecho, respondió flemáticamente el extranjero. Venid á tener mi caballo, Ferguzón.

El personaje á quien había sido dirigida esta orden en tono medio amistoso, medio imperativo, se apresuró á obedecer, y bajó la colina; durante este intervalo el extranjero echó pie á tierra, y al momento que el otro llegó, le puso la brida sobre el brazo y se dispuso para pasar al bote.

— Escuchad, dijo Ferguzón poniéndole la mano sobre el brazo; ¡no convienen valentías inútiles, Cauviñac! Si veis el menor movimiento sospechoso por parte de vuestro hombre, empezad por alojarle una bala en la cabeza: ya veis cómo se hace acompañar de buena tropa el astuto compadre.

— Sí, pero es menos fuerte que la nuestra. Les aventajamos en valor y en número, y no tenemos por qué temar.

— ¡Ah! ¡ah! ya asoman allí sus cabezas.

— ¡Ah! ¡diablos! ¡y cómo se las van á arreglar? dijo Ferguzón; no podrán encontrar un batel. ¡Oh! sí tal; ved, allí aparece uno como por encanto.

— Es el de mi primo, barquero de Ison, dijo el pescador, á quien parecia le interesaban demasiado aquellos preparativos, y temblaba á la idea de si iria á suscitarse un combate naval á bordo de su chalupa y la de su primo.

— Bueno, mirad, ya se embarca el de la capa azul, dijo Ferguzón: y solo, á fé mia, conforme con las estrictas condiciones del tratado.

— No le haremos esperar, dijo el extranjero: y sal-

tando en el batel á su vez, indicó al pescador que tomase su puesto.

— Mucho cuidado, Rolando, repitió Ferguzón, volviendo á sus prudentes recomendaciones. El río es ancho, no vayáis á aproximaros demasiado á la ribera opuesta, que os saluden con una descarga de mosquetería, sin que podamos contestarles: conteneos si es posible á la parte de acá de la línea de demarcación.

Aquel á quien Ferguzón había llamado unas veces Rolando y otras Cauviñac, y que igualmente respondía á uno y otro nombre, sin duda porque el uno sería de pila, y el otro apellido de familia ó nombre de guerra, hizo un movimiento de cabeza, diciendo:

— Nada temas, ya está todo previsto: podrán cometer algunas imprudencias los que nada tienen que perder; pero el negocio es demasiado interesante para que yo me exponga tontamente á perder el fruto; si se comete alguna imprudencia, no será por parte mia: al remo, batelero.

El pescador soltó su amarra, hundió su largo botador entre las hierbas, y la barca empezó á alejarse de la orilla al mismo tiempo que partía de la ribera opuesta la chalupa del pescador de Ison.

Había en medio del agua una pequeña estacada compuesta de tres troncos, y sobre ella un trapo blanco, que servía para indicar á los buques largos de transporte que bajaban por el Dordoña, la existencia de un banco de rocas de peligroso acceso. Á la simple vista podia percibirse en el reflejo de las aguas, las puntas negras y lisas de las rocas, que se hallaban á corta distancia de la superficie del río; pero en aquel momento en que el Dordoña estaba lleno, sólo indicaba la presencia del escollo el pequeño trapo y el leve hervidero de las aguas.

Sin duda los dos remeros comprendieron que aquel punto era el más á propósito para la conjunción de los dos parlamentarios; y ambos dirigieron los esquifes á aquel punto. El primero que ahordó fué el barquero de Ison, el cual, por orden de su pasajero, aló su hatel á una de las argollas de la estacada.

En este momento, el pescador que había salido de la ribera opuesta, se volvió hacia su viajero para recibir sus órdenes, y quedó en extremo sorprendido de no hallar en su barca otra cosa que un hombre enmascarado y envuelto en una capa.

El miedo que nunca le faltaba, se redobló entonces, y solo balbuceando, se atrevió á pedir sus órdenes á aquel extraño personaje.

— Amarra el bote á ese leño; lo más cerca que puedas de la barca del señor, dijo Cauviñac extendiendo la mano hacia uno de los troncos.

Y la mano con que indicaba pasó del tronco designado, al hidalgo conducido por el barquero de Ison.

Obedeció el pescador, y las dos barcas arrastradas por la corriente borde á borde, dieron lugar á que los dos plenipotenciarios entrasen en la conferencia siguiente.

II

La carta y la firma en blanco

— ¡Cómo! os habéis enmascarado, caballero! dijo con una sorpresa mezclada de indignación el recién venido: éste era un hombre grueso, de unos cincuenta y cinco á cincuenta y ocho años, de mirada fija y severa como la de un ave de presa, bigotes y pera grises; y que si bien no se había puesto máscara, había por lo menos ocultado lo posible sus cabellos y su semblante bajo un ancho sombrero galoneado, y su cuerpo y vestidos bajo una capa azul de largos pliegues.

Cauviñac, al observar más de cerca el personaje que acababa de dirigirle la palabra, no pudo á pesar suyo dejar de manifestar su sorpresa con un movimiento involuntario.

— ¿Qué tenéis, caballero? preguntó el hidalgo.

— Nada, señor; que estuve á pique de perder el equilibrio. Pero, si mal no recuerdo, creo que me hacíais el honor de dirigirme la palabra; ¿qué me decíais, pues?

— Os pregunté, ¿por qué estabais enmascarado?

— Á tan franca pregunta, repuso el joven, voy á responderos con igual franqueza; me he enmascarado para que no me veáis el rostro.

— ¿Le conocí, pues?

— Creo que no; pero habiéndole visto una vez,

podriais reconocerle mas tarde; lo cual, al menos en mi opinión, es una cosa enteramente inútil.

— ¿ Sois bastante franco !

— Sí, cuando mi franqueza no me perjudica.

— ¿ Y se extiende esa franqueza hasta revelar los secretos ajenos ?

— Sí, cuando esa revelación puede reportarme utilidad.

— Es muy singular el estado en que os encontráis.

— ¡ Diablos ! se hace lo que se puede, amigo. Yo he sido consecutivamente abogado, médico, soldado y partidario; ya veis si me faltará profesión en que ocuparme.

— ¿ Y qué sois ahora ?

— Soy vuestro servidor, dijo el joven inclinándose con afectado respeto.

— ¿ Tenéis la carta en cuestión ?

— ¿ Tenéis la firma en blanco pedida ?

— Vedla aquí.

— ¿ Queréis que cambiemos ?

— Esperad un poco, caballero: me agrada vuestra conversación, y no quisiera perder tan pronto el placer que me causa.

— Siendo así, caballero... la conversación y la persona están á vuestra disposición: hablemos, pues, si esto puede seros agradable.

— ¿ Queréis que yo pase á vuestro bote, ó preferís pasar al mío, á fin de que en el batel que quede libre estén los dos remeros lejos de nosotros ?

— Es inútil, caballero. ¿ Vos habláis sin duda una lengua extranjera ?

— Sí, el español.

— Yo también; y así podemos hablar en español, si os conviene.

— ¡ Á las mil maravillas ! ¿ Qué razón habéis tenido

(continuó el hidalgo adoptando desde luego el idioma convenido), para revelar al duque de Eperón la infidelidad de la señora que nos ocupa ?

— Le he querido prestar un servicio á tan digno señor, y hacerme acreedor á su perdón.

— ¿ Es decir que queréis mal á la señora de Lartigues ?

— ¿ Yo ? todo lo contrario; le debo algunas obligaciones, lo confieso francamente, y sentiria en extremo que le sucediese algún mal.

— ¿ Entonces tenéis por enemigo al señor barón de Canolles ?

— Nunca le he visto, y tan sólo le conozco por su fama; y ésta, debo decirlo, no es otra que la de un caballero galante, y un hidalgo bizarro.

— ¿ Según eso no es el odio el que os hace obrar así ?

— ¡ Rayos ! si yo aborreciese al señor barón de Canolles, le propondría romperse la cabeza, ó darse de estocadas conmigo, y es un caballero muy atento, para que rehusase un parlado de esta naturaleza.

— ¿ Es decir que me tengo que sujetar únicamente á lo que me habéis dicho ?

— Me parece que es lo mejor que podéis hacer.

— ¡ Está bien ! ¿ Vos tenéis la carta que prueba la infidelidad de la señorita de Lartigues ?

— Vedla aquí; es la segunda vez que os la enseño.

El viejo hidalgo lanzó de lejos una mirada llena de tristeza sobre el fino papel, á través del cual se distinguian los caracteres.

El joven desplegó la carta lentamente, y dijo ;

— Reconocéis bien la letra, ¿ no es cierto ?

— Sí.

— Pues dadme la firma en blanco, y os entregaré la carta.

— Así lo haré : mas permitidme que os haga una pregunta.

— Hablad, caballero.

Y entretanto el joven volvió á doblar con calma la carta, y la guardó en el bolsillo.

— ¿Cómo habéis adquirido ese billete ?

— Os lo diré con mucho gusto.

— Ya os escucho.

— Vos no ignoráis que el gobierno, un tanto dilapidador del duque de Eperón, le ha suscitado grandes turbulencias en Guiena.

— Bien, adelante.

— Tampoco ignoráis que el gobierno, horrosamente avaro del señor de Mazarino, le ha suscitado grandes inconvenientes en la capital.

— ¿Y qué tenemos que ver ahora con el señor de Mazarino y el señor de Eperón ?

— Escuchad : de estos dos gobiernos opuestos, ha nacido un estado de cosas muy parecido á una guerra general, en la que cada cual toma un partido. El señor de Mazarino está haciendo en este momento la guerra por la reina ; vos la hacéis por el rey : el señor coadjutor, por el señor de Beaufort : el señor de Beaufort, la hace por la señora de Montbazón : el señor de Larocheffoucault, por la señora de Longueville : el señor duque de Orleans, por la señorita Soyón : el parlamento, por el pueblo : y por último, ha sido reducido á prisión el señor de Condé, que la hacía por la Francia. Pero como yo no podría ganar gran cosa haciendo la guerra por la reina, por el rey, por el señor coadjutor, por el señor de Beaufort, por la señora de Montbazón, por la señora de Longueville, por la señorita Soyón, por el pueblo ó por la Francia, me ha ocurrido la idea de no adoptar ningún

partido, pero sí de seguir aquél por el cual me siento momentáneamente arrastrado. Aquí, amigo, todo es un puro cálculo de conveniencia : ¿ qué os parece la idea ?

— Ingeniosa.

— En su consecuencia he levantado un ejército. Vedle allí acampado sobre la ribera del Dordoña.

— Cinco hombres, ¡ miserables !

— Eso es lo que vos no tenéis, y hacéis muy mal en despreciarlo.

— ¡ Tan mal vestidos ! continuó el viejo hidalgo, que estando de muy mal humor, se hallaba dispuesto á despreciarlo todo.

— Es cierto, repuso su interlocutor, que se parecen mucho á los compañeros de Falstaff. — Debéis saber que Falstaff es un hidalgo inglés conocido mío ; — pero esta noche han de quedar vestidos de nuevó, y si les volvéis á encontrar mañana, ya veréis que son muy guapos chicos.

— Volvamos á vos ; vuestra gente no me interesa.

— Está bien ; haciendo la guerra por mi cuenta, nos encontramos con el recaudador del distrito, que iba de pueblo en pueblo, engrosando la bolsa de S. M. ; y como solamente le quedaba una cuota que recoger, le hicimos escolta fiel : yo lo confieso, al mirar aquellas alforjas tan henchidas, tuve deseos de hacerme partidario del rey. Pero el diablo todo lo revuelve : estábamos de mal humor contra el señor de Mazarino, y las quejas que por todas partes oíamos del señor duque de Eperón, nos lo pusieron peor, y nos dieron en que pensar. Habíamos creído que se encontraba mucho y bueno en la causa de los principes, y á fe mía la abrazamos con ardor : — el recaudador terminaba su comisión, en aquella casita aislada que veis allí abajo casi escondida entre los álamos y sicomoros.

— ¡ La de Nanón ! dijo el hidalgo : sí, ya la veo.

— Nosotros le acechamos á la salida, y le seguimos como lo habíamos hecho por espacio de cinco horas, pasando con él el Dordoña, un poco más abajo de San Miguel ; y cuando estuvimos en medio del río, le hice yo participe de nuestra conversión política, invitándole, con toda la finura y delicadeza de que somos capaces, á que nos entregase el dinero de que era portador. ¿ Pues creeréis, caballero, que lo rehusó ? Mis compañeros entonces trataron de registrarle ; mas como él gritaba de tal modo que causaba escándalo, mi lugar-teniente, que es un mocito de grandes recursos, aquel que se vé allá abajo con capa roja teniendo mi caballo de la brida, reflexión que el agua, interceptando las corrientes del aire, podía interrumpir por este motivo la continuación del sonido : este es un axioma de física, que como médico comprendí al momento, y no pude menos de aplaudir. El que había emitido la proposición hizo encorvar hacia el río la cabeza del rebelde, manteniéndole una tercia debajo del agua, nada más : en efecto, el recaudador no volvió á gritar, ó mejor dicho, no se le oyó más ; de este modo pudimos apresar á nombre de los príncipes todo el dinero que llevaba, y la correspondencia de que estaba encargado. Entregué el dinero á mis soldados, que como acabáis de observar muy juiciosamente, necesitaban equiparse de nuevo, y he conservado los papeles, entre los que se encontraba éste ; pues según se vió, el tal recaudador servía de mercurio galante á la señorita de Larfigues.

— Con efecto, dijo el viejo hidalgo, ese era si no me engaño hechura de Nanón : ¿ y qué ha sido de ese miserable ?

— ¡ Ah ! vais á ver si hicimos bien cuando echamos

en remojo á ese miserable como vos le llamáis : á no ser por esto, hubiera levantado toda la tierra ; figuraos que no hacía un cuarto de hora que le habíamos sacado del río, cuando ya se había muerto de rabia.

— Y le volvisteis á sumergir en el río, ¿ no es así ?

— Ciertamente.

— Ahora bien, habiendo sido ahogado el mensajero.....

— Yo no he dicho que haya sido ahogado.

— No entremos en disputa de palabras : el mensajero ha sido muerto.

— ¡ Oh ! en cuanto á eso, si : no queda la menor duda.

— El señor de Canolles no habrá sido avisado, y por consiguiente no acudirá á la cita.

— ¡ Oh ! poco á poco : yo hago la guerra á las potencias, y no á los particulares. El señor de Canolles ha recibido una copia de la carta en que se daba la cita ; pues creyendo de algún valor el manuscrito autógrafo, le he guardado.

— ¿ Y qué pensará cuando no reconozca la letra ?

— Que la persona que desea verte, ha empleado para mayor precaución el auxilio de una mano extrana.

El extranjero miró á Cauviñac con demasiada admiración, producida por tanta desvergüenza mezclada á tanta presencia de ánimo.

Y queriendo ver si habría medio de intimidar á tan osado jugador, le dijo :

— ¿ Pero alguna que otra vez no habéis pensado en el gobierno, en las pesquisas ?.....

— Las pesquisas, respondió el joven riendo, si, si : el señor de Epernon tiene otras cosas que le interesan demasiado, para que se ocupe en pesquisas ; además, creo haberos dicho que cuanto he hecho ha sido tan sólo

por merecer su indulto, y me parece que sería demasiado ingrato si no me le acordase.

— No lo entiendo del todo... dijo el viejo hidalgo con ironía. ; Habéis abrazado espontáneamente el partido de los príncipes, y os ocurre la extraña idea de querer prestar servicios al señor de Epernón !

— Pues es la cosa más sencilla del mundo ; la inspección de los papeles cogidos al recaudador me han convencido de la pureza de las intenciones del rey : S. M. queda enteramente justificado á mis ojos, y el señor duque de Epernón tiene mil veces razón en contra de sus administrados. Esta es, pues, la buena causa, y de aquí en adelante soy partidario de la buena causa.

— He aquí un ladrón á quien haré colgar, si alguna vez le cojo entre mis uñas, murmuró el viejo hidalgo, tirándose al mismo tiempo de los erizados pelos de su bigote.

— ¿ Deciais algo ? dijo Cauviñac, guiñando sus ojos debajo de la máscara que le cubría el rostro.

— No, nada. Ahora, sí : una pregunta. ¿ Qué pensáis hacer de la firma en blanco que exigís ?

— Lléveme el diablo si he pensado para qué podrá servirme : yo he pedido una firma en blanco, sólo por ser la cosa más cómoda, la más portátil, la más elástica ; y es probable que la guarde para una circunstancia extrema, y es muy posible que la malgaste en el primer capricho que me pase por las mientes ; acaso os la presente yo mismo antes de finalizar la semana, ó tal vez no vuelva á vuestro poder sino dentro de tres ó cuatro meses con una docena de endosos, como si fuese una letra de cambio ; pero en todos casos, estad seguro de que no abusaré de ella para hacer cosas de que ni vos ni yo tengamos que avergonzarnos. ¡ Oh ! eso no : hidalgos sobre todo.

— ¿ Sois hidalgo ?

— Sí, señor ; y de los mejores.

— En tal caso te haré enroddar, murmuró el desconocido : para eso te servirá la firma en blanco.

— ¿ Estáis decidido á darme esa firma ? dijo Cauviñac.

— ¿ Te hace mucha falta ? contestó el viejo hidalgo.

— Entendámonos : yo no os obligo. Es un cambio que os propongo buenamente ; si no os acomoda, guardad vuestro papel, que yo guardaré el mío.

— La carta.

— La firma.

Tendióle el joven una mano con la carta, mientras que con la otra montaba una pistola.

— Dejad quieta vuestra pistola, dijo el extranjero apartando á un lado y á otro su capa : porque yo también tengo pistolas y de todas armas. Nada, juego limpio de una y otra parte : aquí tenéis vuestra firma en blanco.

— Aquí tenéis vuestra carta.

Entonces se hizo el cambio de los papeles con legalidad ; y cada una de las partes examinó en silencio y atentamente lo que acababan de recibir.

— ¿ Qué camino tomáis ahora, caballero ? dijo Cauviñac.

— Es menester que yo pase á la ribeza derecha de río.

— Y yo á la izquierda, respondió el joven.

— ¿ Cómo nos compondremos ? Mi gente está en el lado á donde vais, y la vuestra se encuentra en donde voy yo.

— Psi, nada más fácil : vos me enviáis mi gente en vuestro bote, y yo os mandaré la vuestra en el mío.

— Sois de una rápida inventiva.

— ¡ Oh ! sí ; yo he nacido para general de armada.

— Y lo sois.

— Es verdad, dijo el joven : se me había olvidado.

El extranjero hizo una seña al barquero para que desatase la barca y la condujese á la ribera opuesta de donde había partido, y en la dirección de un bosquecillo que se prolongaba inmediato al camino.

El joven, que tal vez recelaba alguna traición, se incorporó entonces para seguirle con la vista, permaneciendo siempre con la mano apoyada sobre la culata de su pistola, dispuesto á hacer fuego al menor movimiento sospechoso que notase en el extranjero, pero éste ni aun siquiera se dignó fijar la atención en la desconfianza de que era objeto ; y volviendo la espalda al joven con una indiferencia verdadera ó afectada, comenzó á leer la carta, en cuya lectura pareció quedar muy luego enteramente absorto.

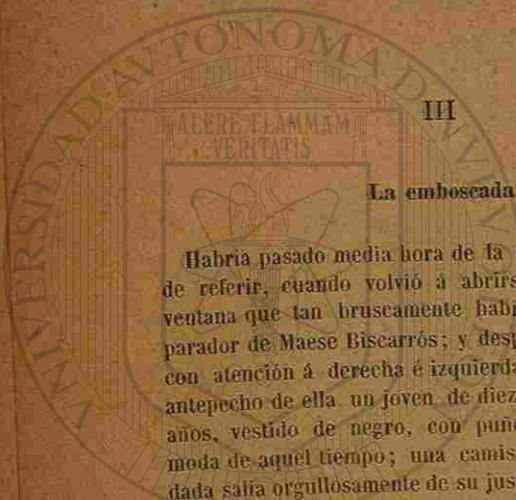
— Acordaos bien de la hora, dijo Cauviñac ; es esta noche á las ocho.

El extranjero no respondió, ni menos dió muestra de haberle oído.

— ¡ Ah ! dijo Cauviñac en voz baja y hablando consigo mismo, mientras manoseaba la culata de su pistola ; ¡ cuando pienso, que si yo quisiera, podría dar un sucesor al gobernador de la Guiena, y cortar la guerra civil ! Pero una vez muerto el duque de Eperón, ¿ de qué me servía su firma ? y concluida la guerra civil, ¿ de qué había yo de vivir ? ¡ Á la verdad, hay momentos en que creo volverme loco ! ¡ Viva el duque de Eperón y la guerra civil ! Vamos, remero, á tus remos, y á ganar la ribera opuesta : no conviene hacerle esperar su escolta á ese digno señor.

Un momento después, Cauviñac abordaba á la ribera izquierda del Dordoña, justamente en el momento en que

el viejo hidalgo le remitía á Ferguzón y sus cinco bandidos en el bote del barquero de Ison ; y no queriendo que le aventajase en exactitud, renovó á su batelero la orden de acomodar en su barca y conducir á la ribera derecha los cuatro hombres del incógnito. Cruzáronse las dos tropas en medio del río, saludándose políticamente, y arribando poco después cada una al punto en que se la esperaba : internóse entonces el viejo hidalgo con su escolta en uno de los sotos que se extendían desde las orillas del río hasta la carretera, y Cauviñac, á la cabeza de su tropa, emprendió la marcha por el camino que conducía á Ison.



La emboscada

Habría pasado media hora de la escena que acabamos de referir, cuando volvió á abrirse con precaución la ventana que tan bruscamente había sido cerrada en el parador de Maese Biscarrós; y después de haber mirado con atención á derecha é izquierda, se apoyó sobre el antepecho de ella un joven de diez y seis á diez y ocho años, vestido de negro, con puños plegados según la moda de aquel tiempo; una camisa de fina batista bordada salía orgullosamente de su justillo, y caía ondulando sobre sus calzones galoneados de cintas: su mano pequeña, elegante y torneada, verdadera mano de estirpe, frotaba con inquietud unos guantes de gamo bordados en sus costuras: un sombrero de color gris de perla, cimbrado á su extremidad bajo el doblez de una magnífica pluma azul, sombreaba sus cabellos largos y tornasolados de reflejos dorados, que adornaban perfectamente un rostro ovalado, de tez blanca, labios rosados y negras pestañas. Pero es preciso decirlo: todo este gracioso conjunto que debía hacer del joven uno de los más preciosos caballeros, estaba en aquel momento velado bajo un tinte sombrío, con cierto aire de mal humor, que sin duda procedía de una inútil espera; porque el joven fijaba

incesantemente su ávida mirada en el camino, confundido ya á lo lejos en la bruma de la tarde.

Golpeaba con impaciencia su mano izquierda con los guantes; á cuyo ruido el hostelero, que acababa de desplumar sus perdices, levantó la cabeza, y quitándose su gorro le dijo:

— ¿Á qué hora cenaréis, mi señor hidalgo? porque sólo esperamos vuestras órdenes para servirlos.

— Ya sabéis, le contestó aquél, que yo no ceno solo, y que espero á un camarada: cuando le veáis llegar podéis disponer desde luego nuestra comida.

— No lo digo, caballero, contestó Maese Biscarrós, por censurar á vuestro amigo: él es dueño de venir ó de no venir; pero es muy mala costumbre esta de hacerse esperar.

— No lo acostumbra por cierto; y por eso su tardanza me admira.

— Pues á mi no sólo me admira, señor, sino que me affige: el asado se va á quemar.

— Quitadle del asador.

— Entonces va á estar frío.

— Poned otro al fuego.

— No estará cocido á tiempo.

— Siendo así, amigo, haced lo que queráis, dijo el joven, no pudiendo menos de sonreírse, á pesar de su mal humor, al ver la desesperación del fondista; os abandono á vuestra suprema sabiduría.

— No hay sabiduría, como no sea la de Salomón, respondió aquél, que baste á hacer bueno un manjar recalentado.

Dicho este axioma, que veinte años después debía poner en verso Boileau, entró Maese Biscarrós en su fonda moviendo tristemente la cabeza.

Entonces el joven, como para entretener su impaciencia, hizo sonar sus botas sobre el suelo de la habitación, volviendo poco después vivamente á la ventana, al ruido lejano de los pasos de un caballo que creyó haber oído.

— Gracias á Dios, exclamó por último: ya está ahí.

Con efecto, á la otra parte del bosquecillo en que cantaba el ruiseñor, y á cuyos melodiosos acentos no había el joven prestado atención alguna, por causa sin duda de su preocupación, vió aparecer á un caballero; pero con grande admiración, esperó en vano que desembocase en el camino: el recién venido tomó á la derecha, y penetró en el bosquecillo, donde no tardó en perderse de vista su sombrero; prueba cierta de que el caballero había echado pie á tierra. Un momento después el observador percibió al través de las ramas, apartadas con precaución á uno y otro lado, una casaca gris y el destello de uno de los últimos rayos del sol poniente, que reflejaban sobre el cañón de un mosquete.

Quedóse el joven pensativo en la ventana, porque efectivamente el caballero que se ocultaba en el bosquecillo, no era el compañero que esperaba; y á la expresión de impaciencia que crispaba su elástico semblante sucedió cierta expresión de curiosidad.

No tardó mucho en aparecer otro sombrero en el recodo del camino, y entonces el joven se ocultó de manera que no pudiese ser visto.

Reprodujose la misma escena anterior: el nuevo personaje que acababa de llegar y traía también casaca gris y mosquetón, dirigió acto continuo al primero algunas palabras, que á nuestro observador no le fué posible comprender á causa de la distancia; y á consecuencia de las instrucciones que sin duda le dió su compañero, internóse en el soto paralelo al bosquecillo, bajóse del

caballo, y agazapándose tras de una piedra, esperó.

Desde el puesto elevado en que se hallaba el joven, veía asomar el sombrero detrás de la piedra, y al lado del sombrero brillar un punto luminoso: este reflejo procedía de la extremidad del cañón del mosquete.

Un sentimiento de vago terror cruzó por la imaginación del joven hidalgo, que observaba esta escena ocultándose cada vez más.

— ¡ Ay! ¿ Si será á mí y á los mil luises que llevo conmigo lo que buscan? Pero no, porque suponiendo que Richón llegue, y que yo pueda ponerme en camino esta misma noche, voy á Liburnia y no á San Andrés de Cubsac; por consiguiente no tengo que pasar por el sitio en que se han emboscado esos malvados. Si al menos estuviese aquí todavía mi viejo Pompeyo, le consultaría... Pero, si no me engaño, aquellos son otros dos hombres más, y vienen á reunirse con los primeros. ¡ Hola! esto tiene todas las trazas de una reunión sospechosa.

Y diciendo esto el joven dió un paso atrás.

Efectivamente, en aquel momento otros dos caballeros aparecían en el mismo punto culminante del camino; pero esta vez sólo uno de ellos vestía casaca gris. El otro iba montado sobre un poderoso caballo negro, y embozado en una magnífica capa; llevaba un fieltro galoneado y adornado de una pluma blanca; y bajo la capa, que el viento de la tarde levantaba, se dejaba ver un riquísimo bordado que brillaba serpenteando sobre una ropilla de color de nácar.

Hubiérase dicho que el día prolongaba su duración para alumbrar esta escena: porque los últimos rayos de sol, desprendiéndose de uno de esos grupos de nubes negras que se extienden á veces de una manera tan pintoresca en el horizonte, encendieron súbitamente los

destellos de mil rubies en los vidrios de una lindísima casa situada á unas cien pasos del río, y que el joven no hubiera percibido sin esta circunstancia, por estar escondida entre las ramas de un espeso arbolado. Este aumento de luz permitía observar desde luego, que las miradas de los espías se dirigían alternativamente, de la entrada del pueblo, á la casa de los brillantes cristales; notándose asimismo que los de las casacas grises parecían tener el mayor respeto al de la pluma blanca, á quien no hablaban sino con el sombrero en la mano: observándose por último que habiéndose abierto una de las ventanas iluminadas, salió al balcón una mujer, se inclinó un instante hacia fuera, cual si esperase á alguno, y volvió á entrar en seguida temiendo sin duda ser vista desde el campo.

Al mismo tiempo que aquella se ocultaba, se iba perdiendo el sol detrás de la montaña, y á medida que bajaba, parecía sumergirse en la sombra el piso bajo de la casa: la luz, abandonando poco á poco las ventanas, se remontaba á los techos de pizarra, y desaparecía, en fin, después de haberse solazado un momento en un manojito de flechas de oro que servía de veleta.

Cualquiera inteligencia mediana habría encontrado allí un considerable número de indicios; y si sobre estos indicios no podían establecerse certezas, podían deducirse á lo menos probabilidades.

Era, pues, probable que aquellos hombres espíasen la casita aislada, sobre cuyo balcón había aparecido por un instante una mujer.

Asimismo era probable que aquella mujer y aquellos hombres esperasen á una misma persona, aunque con muy diversas intenciones; y además, que la persona esperada debiese venir por la aldea, y por consiguiente

pasar por delante del parador, situado entre la aldea y el bosquecillo, como éste lo estaba á la mitad del camino del parador á la casa. Y por último, que el caballero de la pluma blanca fuese el jefe de los caballeros de casaca gris, y que á juzgar por el ardor que desplegaba empinándose sobre sus estribos para ver más á lo lejos, este jefe estaba celoso, y acechaba sin duda por su propio interés.

En el mismo momento en que el joven acababa de hacer esta serie de raciocinios mutuamente encadenados, se abrió la puerta de su habitación, y entró en ella Maese Biscarrós.

— Mi querido huésped, dijo el joven, sin dar lugar al que tan á propósito llegaba á exponerle el motivo de su visita; motivo que desde luego adivinó: venid acá, y si mi pregunta no es indiscreta, explicadme á quién pertenece aquella casita que se ve allá abajo como un punto blanco en medio de los álamos y de los sicomoros.

El huésped siguió con los ojos la dirección del dedo indicador; y rascándose la frente, dijo con una sonrisa que trataba de hacer picaresca:

— Lo ignoro á fé mia; porque tan pronto pertenece á uno como á otro... Vuestra puede ser, si es que tenéis algún motivo para buscar la soledad; bien sea que deseéis ocultaros, ó ya sea solamente que queráis ocultar allí á cualquier otro.

El joven se sonrojó.

— ¿Pero quién habita hoy esa casa?

— Una señora joven, que se hace pasar por viuda, y á quien viene de tiempo en tiempo á visitar la sombra de su primero, y tal vez la de su segundo marido. Sólo hay una cosa en esto de particular, y es que las dos sombras

probablemente se entienden entre sí, puesto que jamás llegan á encontrarse.

— ¿Y hace mucho tiempo, preguntó el joven sonriendo, que habita la hermosa viuda esa casa aislada, tan á propósito para recibir apariciones?

— Hará dos meses, con corta diferencia; y siempre está tan retirada, que creo no habrá persona que pueda jactarse de haberla visto durante este tiempo, porque sale rarísima vez, y cuando lo hace, es sólo cubierta con un velo. Una camarera, muy linda en verdad, viene todas las mañanas á encargarse en mi fonda la comida para todo el día; se la llevan, ella recibe los platos en el vestíbulo, paga generosamente, y acto continuo da con la puerta en las narices al criado que le envió. Esta noche tienen festín, y precisamente para ella es para quien yo preparo las codornices y perdices que me habéis visto desplumar.

— ¿Y á quien le da de cenar?

— Sin duda á una de las dos sombras de que os he hablado.

— ¿Habéis llegado á ver alguna vez á esas dos sombras?

— Sí, sólo pasar, de noche, después de puesto el sol, ó de mañana, antes de alumbrar la aurora.

— No me queda la menor duda de que los habréis mirado con detención, mi querido Biscarrós, pues se conoce con sólo que pronunciéis una palabra, que sois un buen observador. Veamos, ¿qué habéis notado de particular en el aire de esas dos sombras?

— La una viene á ser un hombre de sesenta á sesenta y cinco años, y ésta me parece ser la del primer marido, porque viene con la seguridad que da á un hombre la autoridad de sus derechos: la otra es la de un joven de

veintiséis á veintiocho años; y ésta, debo decirlo, es más tímida, y tiene enteramente el aire de un alma en pena. Así es que yo juraría que es la del segundo marido.

— ¿Y á qué hora habéis recibido orden de servir la cena?

— Á las ocho.

— Pues ya son las siete y media, dijo el joven sacando de su bolsillo un magnífico reloj, que antes había ya consultado varias veces; no tenéis tiempo que perder.

— Estad tranquilo por esa parte, que no caerá en falta la cena; he subido solamente para hablaros de la vuestra, pues tengo pensado, si es que lo lleváis á bien, retardarla algún tanto; y ahora lo que conviene es que vuestro compañero, una vez que se tarda, no venga hasta después de una hora, y así ya la encontrará corriente.

— Pues bien, mi querido huésped, dijo el caballero con el aire de un hombre para quien el grave asunto de una comida servida á tiempo no es sino una cosa secundaria; no toméis cuidado por nuestra cena, aun cuando la persona que espero llegase, porque tenemos que hablar. Si la cena no está dispuesta, hablaremos antes de ella, y si lo está, por el contrario, hablaremos después.

— En verdad, señor, dijo el huésped, que sois un hidalgo muy complaciente; y una vez que estáis dispuesto á descansar en mi buen celo, permaneced tranquilo, que no quedaréis descontento.

Dichas estas palabras, Maese Biscarrós hizo al salir una profunda reverencia, á la que el joven contestó con una ligera inclinación.

— Ahora, dijo el joven para sí, ocupando de nuevo con curiosidad su puesto cerca de la ventana, ya lo comprendo todo. La dama estará esperando á alguno que

debe venir de Liburnia, y los hombres del bosquecillo se proponen asaltarle antes de que tenga tiempo de llamar á la puerta de la casa.

Al mismo tiempo que así reflexionaba, y como para justificar la previsión de nuestro sagaz observador, se dejó oír hacia su izquierda el ruido de los pasos de un caballo. La mirada del joven, viva como el relámpago, sondeó inmediatamente la espesura del bosque para espíar la actitud de las gentes emboscadas. Aunque la noche empezaba ya á confundir los objetos bajo una media tinta de oscuridad, le pareció ver que unos separaban las ramas, y que otros se levantaban para mirar por encima de la Peña; demostrando tener, tanto el movimiento de estos como el de aquéllos, todas las apariencias de una agresión. Al mismo tiempo un ruido seco parecido al de montar un mosqueté, vino por tres veces á herir su oído haciéndole estremecer su corazón.

Volvióse entonces hacia el lado de Liburnia con el objeto de ver á la persona amenazada por aquel sonido de muerte, y vió efectivamente aparecer sobre un caballo de elegante soltura, y marchando al trote, un lindo joven con la cabeza levantada, el aire de vencedor, y el brazo doblado descansando su mano sobre la cadera: su capa corta y doble de raso blanco, descubría graciosamente su espalda derecha. Desde lejos parecía esta figura llena de elegancia, de muelle puesía y satisfecho orgullo: de más cerca, se descubría un rostro de finos rasgos, animada tez, mirada fogosa, boca entreabierta por la costumbre de sonreír, negro y delicado bigote, y dientes menudos á la par que blancos. El triunfante remolino que con su vara de acebo iba formando, producía un pequeño silvido, semejante al que acostumbraban los elegantes de la época, y que el señor Gastón de Orleans había hecho de moda,

acababan de hacer del nuevo personaje un caballero perfecto, según las leyes vigentes del buen tono en la corte de Francia, que ya empezaba á dar ejemplo á todas las demás de Europa.

Cincuenta pasos detrás de él y montado en un caballo, cuyo paso se regía según la marcha del primero, venía un presumido lacayo lleno de vanidad, que parecía tener entre los criados un rango no menos distinguido que su amo entre los caballeros.

El bello adolescente que estaba en la ventana del parador, demasiado joven aun, sin duda, para presenciar friamente una escena del género de la que iba á tener lugar, temblaba á la idea de que los dos incomparables que tan llenos de indiferencia y seguridad se adelantaban, iban, según todas las probabilidades, á ser pasados por las armas, al cruzar por la emboscada que les esperaba.

Pareció suscitarse en su interior un rápido combate entre la timidez de su edad y el amor á su prójimo. Venió, por último, el sentimiento generoso; y cuando el caballero iba á pasar por delante del parador sin volver aun la cabeza, cediendo á un impulso repentino, á una resolución irresistible, se dirigió al joven, é interpe-lando al bello viajero, exclamó:

— Deteneos, caballero, si lo tenéis á bien; pues tengo que deciros una cosa importante.

Á estas palabras, el caballero levantó la cabeza; y viendo al joven en la ventana, detuvo su caballo con un movimiento tan rápido, que hubiera hecho honor al mejor escudero.

— No detengáis vuestro caballo, continuó el joven, sino al contrario, acercaos á mi sin afectación y como si me conociésteis.

Dudó el viajero un instante; pero cuando observó el aire del que hablaba, pareciéndole que se las había con un noble de buen porte y simpático semblante, se quitó el sombrero, y se adelantó sonriendo.

— Estoy á vuestras órdenes, caballero, le dijo: ¿en qué puedo servirlos?

— Acercaos más, caballero, continuó el de la ventana, porque no puede decirse muy alto lo que tengo que anunciaros. No estéis descubiertos, pues es necesario hacer creer que nos conocemos de muy atrás, y que venis á esta posada en busca mia.

— Pero, señor, dijo el viajero; no comprendo....

— Bien pronto comprendereis, un poco de paciencia: cubrios; ¡ así! aproximaos aún, más cerca, más cerca: dadme la mano, perfectamente; ¡ cuánto me alegro de veros! Ahora no paséis de esta posada, ó de lo contrario estáis perdido.

— ¡ Pues qué hay! me asustáis en verdad; dijo el viajero sonriéndose.

— ¿ No es cierto que os encamináis á aquella casita en que se vé una luz?

El caballero hizo un movimiento de sorpresa.

— Pues bien, en el camino que conduce á ella, allí, en el recodo de la senda, entre aquel sombrío matorral, os están esperando cuatro hombres.

— ¡ Ah! exclamó el caballero mirando con demasiada atención al pálido jovencillo. ¿ Estáis verdaderamente seguro?

— Les he visto llegar unos después de otros, bajar de los caballos, ocultarse los unos detrás de los árboles y los otros detrás de las peñas. Y hace un momento, cuando desembocasteis del lugar, les he sentido montar sus mosquetes.

— ¡ Bravo! dijo el caballero, que comenzaba á sorprenderse á su vez.

— Es tan cierto como os lo digo, continuó el joven del sombrero gris; y si hubiera más luz, acaso podríais verlos y reconocerlos.

— ¡ Oh! dijo el viajero; no necesito reconocerlos para saber ciertamente quiénes son esos hombres. Pero á vos, ¿ quién os ha dicho que yo iba á aquella casa, y que es á mi á quien se está acechando?

— Lo he adivinado.

— ¡ Sois un Edipo muy hechicero, por cierto! ¡ Ah! ¡ me quieren fusilar!... ¿ Y cuántos se han reunido para esta linda operación?

— Cuatro, de los cuales uno parece ser jefe.

— Y el jefe es más viejo que los demás, ¿ no es así?

— Así parece, según he podido juzgar desde aquí.

— ¿ Corcobado?

— Redondo de espaldas, y el rostro agrío é imperioso: también he podido notar que lleva una pluma blanca, ropilla bordada y capa oscura.

— Justamente; ese es el duque de Epernón.

— ¡ El duque de Epernón! exclamó el hidalgo.

— ¡ Ah! Ya veis que os refiero mis secretos, dijo el viajero riendo. Esto no lo hago con todos; pero vos me prestáis un servicio demasiado grande para que no os considere digno de mayor intimidad. ¿ Y cómo van vestidos los que le acompañan?

— De casacas grises.

— Ciertamente, esos son sus bastoneros.

— Que hoy se han convertido en mosqueteros.

— Con bastante motivo, por mi honor. Ahora, ¿ sabéis que deberíais hacer, mi querido hidalgo?

— No, pero hablad; y si lo que debo hacer puede

seros útil, desde luego estoy dispuesto á servirlos.

— ¿Tenéis armas?

— Pero... Sí, tengo mi espada.

— ¿Tendréis lacayo?

— Sin duda; pero no está aquí, le he mandado al encuentro de un sujeto que espero.

— Pues bien, deberíais ayudarme.

— ¿Á qué?

— Á cargar á esos miserables, y hacerles pedir perdón, tanto á ellos como á su jefe.

— ¿Estáis loco, caballero? exclamó el joven con un acento que probaba que por nada en el mundo estaba dispuesto á una expedición semejante.

— En efecto, os pido perdón, dijo el viajero: me había olvidado de que el negocio no os interesa.

Después, volviéndose hacia su lacayo, que al ver detenido á su amo, había por su parte hecho alto conservando su distancia, le dijo:

— Castorin, ven acá.

Llevando al mismo tiempo la mano á las pistoleras de su silla, como para asegurarse del buen estado de sus pistolas.

— ¡Ah! caballero, exclamó el hidalgo extendiendo el brazo como para detenerle; caballero, en nombre del cielo, os suplico que no arriesguéis vuestra vida en semejante aventura. Entrad más bien en la posada, y así no daréis ninguna sospecha al que os aguarda; pensad que se trata del honor de una mujer.

— Tenéis razón, dijo el caballero; aunque en esta circunstancia no se tratase precisamente del honor, sino de la fortuna. Castorin, amigo, continuó dirigiéndose á su lacayo, que ya se había acercado; no pasamos por ahora más adelante.

— ¡Cómo! ¿Qué decís, señor? exclamó Castorin, casi tan desconcertado como su amo.

— Digo que la señora Francineta se verá esta noche privada del placer de veros, en atención á que la pasamos en el parador del Becerro de Oro: entrad, pues, y mandad disponer la cena y la cama.

Y como el caballero se apercibiese sin duda de que el señor Castorin se disponía para replicar, acompañó sus últimas palabras con un movimiento de cabeza que no admitía una larga discusión: así, pues, Castorin, bajando sus orejas y sin atreverse á aventurar una sola palabra, desapareció bajo la puerta principal.

Siguió el viajero á Castorin un momento con la vista, y después de haber reflexionado, pareció que tomaba una resolución; echó pie á tierra, dirigiéndose á la puerta, por la que ya había entrado su lacayo, el cual le salió al encuentro; el caballero echóle sobre el brazo la brida de su caballo, y en dos brincos subió á la habitación del joven, quien al ver abrir tan súbitamente su puerta, dejó escapar un movimiento de sorpresa mezclada de temor, que el recién llegado no pudo observar á causa de la oscuridad.

— Esto no admite réplica, dijo el viajero acercándose festivamente al joven y estrechando cordialmente una mano que no se le tendía: no cabe duda, amigo, os debo la vida.

— Caballero, dijo el joven dando un paso atrás; exageráis demasiado el servicio que os he prestado.

— Nada de modestia, es lo mismo que os lo digo; conozco bien al duque: es brutal como un diablo. Pero vos sois un modelo de perspicacia, un fénix de caridad cristiana. Mas decidme: vos que sois tan amable, tan

30000

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1825 MONTERREY, MEXICO

complaciente, ¿habéis extendido vuestra bondad hasta dar aviso en la casa?

— ¿En qué casa?

— En la casa á donde yo iba: ¡pardiez! en la casa en que se me espera.

— No, dijo el joven, lo confieso francamente, no he pensado en ella siquiera; y además hubiera podido pensar que carecía de medios para ejecutarlo. Hace dos horas escasas que estoy aquí, y apenas conozco á nadie en esta casa.

— ¡Voto al diablo! prorrumpió el viajero con un movimiento de inquietud. ¡Pobre Nanón, sentiría que le sucediese algo!

— ¡Nanón! ¡Nanón de Lartigues! exclamó el joven estupefacto.

— ¡Canario! ¿sois acaso hechicero? dijo el caminante. Veis emboscarse unos hombres junto al camino, y adivináis á quién desean atrapar. Yo os digo un nombre de pila, y vos adivináis el nombre de familia. Explicadme pronto este misterio, ó de lo contrario os denuncio y os hago condenar al fuego por el parlamento de Burdeos.

— ¡Ah! esta vez, repuso el joven, convendréis fácilmente en que no se necesita mucha sutileza para leer vuestro pensamiento: habiendo nombrado como á vuestro rival al duque de Eperón, es evidente que al nombrar una Nanón cualquiera, debiera ser esa Nanón de Lartigues, tan bella, rica y espiritual, según se dice, que tiene hechizado al duque, y cuyo gobierno dirige, lo que hace que en toda la Guiena sea tan aborrecida como él... y ¿vos ibais á casa de esa mujer? continuó el joven con un tono de reconvencción.

— Sí, á fé mía, lo confieso; y ya que la he nombrado no me destigo. Nanón es una muchacha encantadora,

llena de fidelidad á sus promesas, cuando halla placer en guardarlas, y enteramente sacrificada al que ama, mientras la dura su amor. Esta noche debía cenar con ella; pero el duque ha volcado la olla. — ¿Queréis que mañana os presente á ella? ¡Qué diablo! ello es preciso que el duque se vuelva á Agén de una hora á otra.

— Gracias, dijo con sequedad el joven. Yo no conozco á la señora de Lartigues más que de nombre, y no deseo conocerla de otro modo.

— ¡Oh! os habéis incomodado; ¡pardiez! Nanón es una chica que se la puede conocer de todas maneras.

El joven frunció el entrecejo.

— ¡Ah! ¡perdonad! dijo admirado el viajero. Pero creía que á vuestra edad....

— Es cierto, dijo el joven apercibiéndose del mal efecto que su rigorismo producía; estoy en la edad en que generalmente se aceptan semejantes proposiciones; en efecto, la aceptaría con gusto, si no estuviese aquí de paso, ni me viera precisado á continuar esta noche mi camino.

— ¡Oh! ¡pardiez! no os iréis sin que yo sepa al menos quién es el gentil caballero que con tanta galantería me ha salvado la vida.

El joven pareció dudar; y contestó después de un instante:

— Soy el vizconde de Cambes.

— ¡Ya! ¡ya! contestó su interlocutor; he oído hablar de una lindísima vizcondesa de Cambes, que es muy querida de la princesa, y que posee gran cantidad de tierras en las cercanías de Burdeos.

— Es parienta mía, dijo con viveza el joven.

— Os doy la enhorabuena á fé mía, vizconde, porque se la llama incomparable; y espero que si en este punto

me favorece la ocasión, me presentaréis á ella: yo soy el barón de Canolles, capitán del regimiento de Navalles, y al presente disfruto de la licencia que el señor duque de Eperón ha tenido á bien concederme por recomendación de la señora de Lartigues.

— ¡El barón de Canolles! exclamó á su vez el vizconde, mirando á su interlocutor con toda la curiosidad que despertaba en él aquel nombre famoso en las galantes aventuras de la época.

— ¿Me conociais? dijo Canolles.

— Solamente de fama, dijo el vizconde.

— De mala fama, ¿no es cierto? ¿Qué queréis? Cada cual sigue la marcha que le ha trazado la naturaleza: soy aficionado á la vida alegre.

— Sois muy dueño de vivir como os agrada, respondió el vizconde: mas permitidme sin embargo una observación.

— ¿Cuál?

— Esa mujer se encuentra enteramente comprometida por vuestra causa, y el duque vengará en ella el engaño con que le ha envuelto por favoreceros.

— ¡Diablos! ¿Acaso creéis...?

— Sin duda. Por ser una mujer... ligera... la señora de Lartigues no deja de ser mujer; y comprometida por vos, os toca velar por su seguridad.

— Tenéis razón, á fé mia, mi joven Nestor, y confieso que hechizado por vuestra conversación, he olvidado mis deberes de hidalgo; hemos sido vendidos, y es del todo probable que el duque no ignora nada. Es cierto que si Nanón estuviese avisada siquiera, pondría en juego su astucia y poco le costaría el obtener el perdón del duque. Vamos á ver; ¿tenéis nociones del arte de la guerra?

— Ninguna, respondió el vizconde riendo; pero creo que las aprenderé donde voy.

— Pues bien, yo os daré la primera lección. Ya sabéis que en buena guerra, cuando la fuerza es inútil, se echa mano de la astucia: ayudadme, pues.

— Me parece excelente partido. ¿Pero de qué manera? ¡Decid!

— La posada tiene dos puertas.

— Nada sé de eso.

— Yo sí: una que da á la carretera y otra que cae al campo. Salgo, pues, por la que da al campo, describo un semicírculo, y voy á llamar á casa de Nanón, que también tiene una puerta por la espalda.

— ¡Y es probable que os sorprendan en esa casa! exclamó el vizconde: sois en verdad un excelente táctico.

— ¿Que se me sorprenda? respondió Canolles.

— Sin duda. El duque, cansado de esperar, y no viéndolos salir de aquí, se dirigirá á la casa.

— Sí, pero yo no haré más que entrar y salir.

— ¡Oh! una vez dentro, no saldréis más.

— Decididamente, joven, dijo Canolles, vos sois mago.

— Seréis sorprendido, asesinado quizás á su vista: esto es cuanto conseguiréis.

— ¡Bah! dijo Canolles; hay allí armarios.

— ¡Oh! prorrumpió el vizconde.

Este; oh! fué pronunciado de tal manera, y con tan elocuente entonación, que contenía tantos reproches encubiertos, tanto pudor vergonzoso, y una delicadeza tan suave, que Canolles se detuvo enteramente cortado, y fijó, á pesar de la oscuridad, su penetrante mirada sobre el joven, que estaba recostado en el antepecho de la ventana.

El vizconde sintió todo el peso de aquella mirada, y dijo con aire festivo :

— De hecho, tenéis razón, barón ; id allá, pero ocultaos bien, á fin de que no puedan sorprenderos.

— Pues bien, he pensado mal, dijo Canolles, tenéis mucha razón ; ¿ pero de qué manera se la podrá prevenir ?

— Me parece que una carta.....

— ¿ Y quién la lleva ?

— Creo haberos visto un lacayo. Un lacayo, en semejante circunstancia, no se arriesga más que á recibir algunos palos ; mientras que un noble arriesga su vida.

— En verdad que me hacéis perder la chaveta, dijo Canolles : Castorin desempeñará esta comisión á las mil maravillas, tanto más, cuanto que yo sospecho que él tuno tiene sus inteligencias en la casa.

— Ya veis que todo puede arreglarse aquí mismo, dijo el vizconde.

— Sí. ¿ Tenéis tinta, papel y plumas ?

— No, pero de todo hay abajo.

— Perdonad, dijo Canolles ; yo no sé lo que me pasa esta noche, que no paro de cometer necedad sobre necedad. No importa : os agradezco vuestros buenos consejos, vizconde, y voy á ponerlos en práctica en este mismo instante.

Y Canolles, sin perder de vista al joven, á quien examinaba hacia ya algunos momentos con una tenacidad singular, se dirigió á la puerta, y bajó la escalera ; mientras que el vizconde, inquieto y casi turbado, murmuraba estas palabras :

— ¿ Cómo me mira ! ¿ si me habrá conocido ?

Entretanto Canolles había bajado ; y después de haber dirigido una dolorosa mirada á las codornices, perdices y demás golosinas que el mismo Maese Biscarrós emba-

saba en una canasta colocada sobre la cabeza de su ayudante de cocina, y que acaso se iba á comer otro, habiendo sido preparadas ciertamente para él, preguntó por la habitación que había debido disponerle Castorin ; hizose traer allí tinta, plumas y papel, y escribió á Nanón la siguiente carta :

« Querida Señora :

» Si la naturaleza ha dotado vuestros bellos ojos de la
» facultad de ver durante la noche, podréis distinguir, á
» cien pasos de vuestra puerta, entre un grupo de árbo-
» les, al señor duque de Epernón, que me espera para
» hacerme fusilar, y comprometeros después horrible-
» mente. Pero como no me acomoda perder la vida, ni
» haceros perder vuestro reposo, pedéis vivir tranquila
» por este lado. Por mi parte, pienso irme á disfrutar
» un poco del permiso que por vuestra mediación se me
» firmó el otro día, á fin de que aprovechase mi libertad
» para venir á veros. No sé absolutamente á dónde voy,
» y hasta ignoro si me encamino á alguna parte ; mas
» como quiera que sea, acordaos de vuestro fugitivo
» cuando haya pasado la borrasca. En el *Becerro de Oro*
» os podrán informar del camino que tomo. Espero que
» os sea grato el sacrificio que me impongo, pero vues-
» tros intereses me son más caros que mi placer ; y digo
» mi placer, porque habría tenido gusto especial en
» apalea al señor de Epernón y á sus esbirros bajo el
» seguro de su disfraz. Creedme, alma mía, vuestro más
» rendido, y sobre todo vuestro más fiel. »

Canolles firmó este billete henchido de toda la fantarronada gaseona, cuyos efectos sobre la Gascona Nanón no desconocía ; después de lo cual llamó á su lacayo.

— Venid acá, señor Castorin, le dijo, y confesadme francamente á qué alturas os encontráis con la señora Francineta.

— Pero, señor, respondió Castorin en extremo admirado de la pregunta; no sé si debo.....

— Tranquilizaos, señor fatuo; no me mueve ninguna intención hacia ella, ni vos tenéis el honor de ser mi rival. Lo que yo os pido es sólo una simple noticia.

— ¡ Ah! señor, en ese caso ya es otra cosa.

— La señora Francineta se ha dignado apreciar mis cualidades.

— Es decir que estáis en buen lugar, ¿ no es así, señor bribón? Muy bien. Entonces, tomad este billete; dad la vuelta por la pradera.

— Sé el camino, señor, dijo Castorin con aire de importancia.

— Justo: y vais á llamar por el pórtico. ¿ Sin duda conocéis ya dicha puerta?

— Perfectamente.

— Tanto mejor. Tomad, pues, el camino, llamad á la mencionada puerta, y entregad esta carta á la señora Francineta.

— En ese caso, señor, dijo Castorin gozoso, podré pues.....

— Podéis partir al momento, tenéis diez minutos para ir y venir; y es preciso que esta carta se entregue en el mismo instante á la señora de Lartigues.

— Pero, señor, dijo Castorin, que olfateaba alguna mala ventura; ¿ y si no me abre la puerta?

— Seréis un tonto, pues deberéis tener alguna manera particular de llamar, en virtud á la cual no se le deja en la calle á ningún galán; si sucede lo contrario, soy un

hidalgo bien desventurado, por tener á mi servicio un bellaco como vos.

— Es cierto que tengo una seña, señor, dijo Castorin adoptando el acento más seductor que pudo. Doy dos golpes seguidos, y después otro.

— No os pregunto tanto; me importa muy poco con al que os abran. Id, pues, y si os sorprenden comeos el papel, pues de lo contrario os corto las orejas cuando volváis.

Castorin partió como un rayo; pero al llegar al pie de la escalera, se detuvo, y á despecho de todas las reglas introdujo el billete en una de sus botas; salió después por la puerta del corral, y describiendo un largo cerco, atravesando breñas como un raposo, salvando fosos como un lebré, fué á llamar á la puerta escusada del modo particular que había tentado á explicar á su amo, y que tenía tal eficacia, que al momento le fué abierta.

Á los diez minutos estaba ya Castorin de vuelta sin ninguna desgracia, anunciando á su amo que el billete había quedado en las manos de la bella señorita Nanón.

Canolles había empleado aquellos diez minutos en abrir su saco de noche, preparar su bata y hacer poner la mesa. Escuchó con visible satisfacción el relato de Castorin, después fué á dar una vuelta por la cocina, dando imperiosamente sus órdenes en alta voz, y bostezando desmesuradamente, como hombre que espera con impaciencia el momento de acostarse. Esta manióbra tenía por objeto dar á entender al duque de Eperón, en caso de que le hiciese espíar, que el barón jamás había pensado pasar más allá del parador, á donde había llegado como simple é inofensivo viajero á pedir una cena y una cama; y en efecto, este plan obtuvo el resultado que el barón se prometía: una especie de aldeano que estaba bebiendo

en el rincón más oscuro de la cocina, llamó al mozo, pagó su gasto, se levantó y salió sin afectación, murmurando entre dientes una canción. Canolles le siguió hasta la puerta y le vió dirigirse al bosquecillo: diez minutos después oyó los pasos de muchos caballos que parecían alejarse: la emboscada había sido levantada.

Entonces volvió á entrar el barón, y libre ya su espíritu de temores por parte de Nanón, no pensó en otra cosa más que en pasar la noche de la manera más divertida que le fuese posible. En seguida mandó á Castorin que preparase cartas y dados, y que hecho esto, fuese á preguntar al vizconde de Cambes si tendría á bien hacerle el obsequio de recibirle.

Obedeció Castorin, y en encontró en el umbral del aposento á un escudero viejo y cano, que con la puerta entreabierta respondió á su cumplimento con el aire más avinagrado:

— No es posible en este momento: el señor vizconde está ocupado.

— Muy bien, dijo Canolles; esperaré.

Mas como oyese un gran ruido hacia la parte de la cocina, se fué por matar el tiempo á ver un rato lo que pasaba en la parte más importante de la casa.

Érase que el pobre marmitón había vuelto más muerto que vivo. En el recodo del camino había sido detenido por cuatro hombres, que le interrogaron acerca del objeto de su paseo nocturno; y al saber que iba á llevar de cenar á la señora de la casa aislada, le habían despojado de su gorro, su blanco vestido y su mandil. El más joven de los cuatro se había revestido con las insignias de su profesión, había puesto en equilibrio la canasta sobre su cabeza, y desempeñando el puesto del aprehendido cocinero, había seguido en su lugar el camino de la casita.

Diez minutos después, volvió y estuvo hablando en voz baja con uno que parecía ser jefe de aquella tropa. Habíasele devuelto entonces al marmitón su vestido, su gorro y su mandil, colocándole la cesta sobre la cabeza, y dándole un puntapié en el trasero para indicarle la dirección que debía seguir. El pobre diablo, sin esperarse á pedir más, había salido á escape llegando á caer medio muerto de terror bajo el umbral de la puerta, donde le acababan de recoger.

Esta aventura era del todo ininteligible para cuantos allí había, excepto para Canolles; pero como éste no tuviese motivo que le impulsara á dar explicaciones, dejó al huésped, mozos, sirvientes, cocinero y marmitón perderse en conjeturas sobre el suceso; y mientras ellos se desataban á más y mejor en hacer castillos en el aire, subió el barón á la habitación del vizconde, y creyendo que la primera invitación que le había dirigido por medio del señor Castorin le dispensaba de dar un segundo paso del mismo género, abrió la puerta sin cumplimento, y entró.

Estaba en medio del aposento una mesa iluminada y aderezada con dos cubiertos, faltándole para estar completa los platos que debían adornarla.

Presagió Canolles un alegre augurio á la vista de aquellos dos cubiertos. Sin embargo, al verle entrar, el vizconde se levantó con un movimiento tan brusco, que daba fácilmente á conocer que había sido sorprendido por su visita, y que no estaba destinado para él el segundo cubierto, como desde luego se había lisonjeado en creer.

Esta sospecha quedó confirmada por las primeras palabras que le dirigió el vizconde.

— ¿Puedo saber, señor barón, le dijo adelantándose

hacia él con mucha ceremonia, á qué nueva circunstancia debo el honor de vuestra visita?

— ¡Psi!... respondió Canolles algo desconcertado por tan extraño recibimiento: á una circunstancia muy natural: me ha dado apetito, y pensaba que deberíais tenerlo también. Vos estáis solo, y también lo estoy, y queria tener el honor de proponeros pasaseis á cenar conmigo.

El vizconde miró á Canolles con una visible desconfianza, y pareció algo embarazado para responderle.

— Por mi honor, dijo Canolles riendo, podría decirse que os meto miedo. ¿Sois acaso caballero de Malta? ¿Se os destina para la iglesia, ó vuestra respetable familia os ha educado inspirándoos horror hacia los Canolles?... ¡Vamos, pardiéz! no tengáis cuidado, que no perderéis porque pasemos juntos una hora á la mesa, el uno enfrente del otro.

— Me es imposible bajar á vuestra habitación, barón.

— Pues bien, no bajéis. Y ya que yo he subido á la vuestra....

— Aun es más imposible, caballero; espero á un sujeto.

Esta vez quedó del todo desarmado Canolles.

— ¡Ah! ¿esperáis á un sujeto?

— Sí.

— Á fé mía, dijo Canolles después de un momento de silencio, casi era más de apreciar que me hubieseis dejado continuar mi camino á riesgo de cuanto pudiera sucederme, que no ver así desvanecerse por medio de esa repugnancia que me manifestáis, un servicio que he recibido de vos, y que me parece no haberos remunerado suficientemente aún.

Encendióse el rostro del joven, y acercándose á Canolles le dijo con voz temblorosa:

— Perdonad, caballero, conozco toda mi falta de atención; pero si no me fuera indispensable tener que tratar de asuntos gravemente serios é importantes de familia con la persona que espero, creed que seria para mi un honor y un placer á la vez admitir el partido, aunque....

— ¡Oh! acabad, dijo Canolles; cualquier cosa que me digáis la recibiré bien: estoy decidido á no enfadaros con vos por nada del mundo.

El joven continuó:

— Aunque nuestro conocimiento sea sólo uno de esos efectos imprevistos de la casualidad, uno de esos encuentros fortuitos, una de esas relaciones efímeras....

— ¿Y por qué ha de ser eso? preguntó Canolles... Por el contrario, de este modo es como se forman las largas y sinceras amistades; y en mi sentir debemos considerar como un favor de la Providencia lo que sólo atribuis á la casualidad.

— La Providencia, caballero, repuso el vizconde riendo, quiere que yo parta dentro de dos horas, y que según toda probabilidad, siga un camino diametralmente opuesto al vuestro; siento, pues, en el alma no poder aceptar como deseara esa amistad que me ofrecéis con tanta sinceridad, y que aprecio en su valor.

— Á fé mía, dijo Canolles, que sois decididamente un joven singular, y vuestro primer impulso de generosidad me habia dado desde luego una idea muy distinta de vuestro carácter. Pero en fin, cómo ha de ser; yo no tengo en manera alguna derecho á ser exigente, puesto que más bien os estoy obligado, pues habéis hecho por mi mucho más de lo que yo tenía derecho á esperar de un desconocido. Me voy, pues, á cenar solo; pero la verdad, vizconde, esta resolución es para mi algo dura, pues el monólogo no ha entrado aun en mis costumbres.

Y en efecto, á pesar de lo que había dicho Canolles, y de la resolución que indicaban sus palabras de retirarse, no lo ejecutaba: sujetábase cierta cosa de que él no podía darse razón: sentía una atracción invencible que le arrastraba hacia el vizconde; pero éste, tomando una bujía, se aproximó á Canolles, y tendiéndole la mano, le dijo con una deliciosa sonrisa:

— Caballero, como quiera que sea, y no obstante lo corto de nuestra entrevista, creed que celebro infinito haber podido seros útil en algo.

Canolles no vió más que el cumplido: cogió la mano que el vizconde le presentaba, y que en vez de corresponder á su masculina y amistosa presión, se retiró trémula y extendida; y comprendiendo despues que por disfrazada que estuviere su rendida irase, no era otra cosa que una despedida, se retiró enteramente disgustado y sobre todo muy pensativo.

Encontróse á la puerta con la sonrisa desdentada del viejo criado, el cual, tomando la bujía de mano del vizconde, acompañó ceremoniosamente á Canolles hasta su aposento, y volvió acto continuo á buscar á su amo, que le esperaba en lo alto de la escalera.

— ¿Qué hace? preguntó el vizconde en voz baja.

— Creo que se decide á cenar solo, respondió Pompeyo.

— ¿Entonces no volverá á subir?

— Así lo espero á lo menos.

— Haced preparar los caballos, Pompeyo, y así tendremos eso adelantado. Pero, añadió el vizconde aplicando el oído, ¿qué ruido es ese?

— Creo que es la voz del señor Richón.

— Y la del señor Canolles.

— Me parece que se dan quejas.

— Al contrario, se reconocen. Escuchad.

— ¿Dios quiera que Richón no le diga!.....

— ¡Oh! no hay que temer por eso: es un hombre muy circunspecto.....

— ¡Chit!.....

Los dos observadores guardaron silencio, mientras se dejaba oír la voz de Canolles.

— ¡Dos cubiertos, Maese Biscarrós! gritaba el barón, ¡dos cubiertos! El señor Richón cena conmigo.

— Dispensadme, si queréis, respondió Richón: me es imposible.

— ¿Qué!... ¿Pues qué, tratáis de cenar solo como ese joven hidalgo?

— ¿Qué hidalgo?

— Ese que hay arriba.

— ¿Cómo le llaman?

— El vizconde de Cambes.

— ¿Conocéis al vizconde?

— ¡Pardiez! Si me ha salvado la vida.

— ¿Él?

— Sí, él.

— ¿Cómo ha sido eso?

— Cenad conmigo, y ya os contaré el suceso en habiendo cenado.

— No puedo absolutamente; ceno con él.

— En efecto él esperaba á uno.

— Ese uno soy yo; y como quiera que me he tardado mucho más de lo que debiera, espero me permitiréis que os deje, ¿no es así, barón?

— No, ¡por vida del cielo! ¡no lo permito! gritó Canolles. Se me ha puesto en la cabeza que había de cenar acompañado esta noche, y habéis de cenar conmigo, ó yo he de cenar con vos. — Maese Biscarrós, dos cubiertos.

En tanto que Canolles se volvía para ver si era ejecutada esta orden, Richón enfilaba la escalera subiendo rápidamente sus gradas. Al llegar á la última, una pequeña mano cogió la suya haciéndole entrar en el cuarto del vizeconde de Cambes, cuya puerta se cerró inmediatamente detrás de él, y para más seguridad dos cerrojos acabaron de corroborar su clausura.

— A la verdad, murmuró Canolles buscando inútilmente al desaparecido Richón, y sentándose á su solitaria mesa; la verdad, no sé qué hay contra mí en este maldito país; unos corren detrás de mí para matarme, y otros me huyen como si estuviese atacado de peste. ¡Voto á san! se me quita el apetito, y me siento triste: vamos, soy capaz esta noche de achisparme como un soldado alemán. ¡Hola! Castorín, venid acá, si no queréis que os apalee. — ¡Ah! ¿qué oigo? se encierran allá arriba como si conspirasen. — ¡Vamos, soy un bestia duplicado! — Con efecto, conspiran, eso es; ya está todo explicado. Pero, ¿por quién conspiran? ¿Será acaso por el coadjutor, por los príncipes, por el parlamento, por el rey, por la reina, ó por el señor de Mazarino? — ¡Qué diablo! Que conspiren contra quien les dé la gana, me es igual: ya he vuelto á recobrar el apetito. — Castorín, hacedme servir y echadme de beber, os lo perdono.

Y Canolles entabló filosóficamente la primera cena que había sido preparada para el vizeconde de Cambes, que á falta de nuevas provisiones, Maese de Biscarrós se había visto precisado á recalentar.

Mientras que el barón de Canolles buscaba infructuosamente uno que le acompañase á cenar, y que causado de sus inútiles gestiones se decidía á cenar solo, veamos lo que pasaba en casa de Nanón.

III

La bella Nanón

Nanón era en aquella época, á pesar de cuanto hayan dicho y escrito sus enemigos, entre los cuales pueden contarse la mayor parte de los historiadores que se han ocupado de ella, una encantadora criatura de veinticinco á veintiséis años, pequeña de cuerpo, de cutis moreno, pero llena de flexibilidad y gracias: sus colores eran vivos y llenos de frescura; sus ojos de un negro profundo, cuya córnea brillaba como la del águila á toda clase de luces y reflejos. Alegre en el semblante y risueña en apariencias, Nanón estaba, sin embargo, muy lejos de abandonar su corazón á todos esos caprichos y sutilezas que adornan con locos arabeseos la trama dorada y sedosa de que ordinariamente se compone la vida de una petimetra; por el contrario, las más graves deliberaciones, maduras y largamente pesadas en su diminuta cabeza, tomaban un aspecto lleno á la vez de seducción y brillantez, traduciéndose por su voz vibrante y fuertemente impregnada del acento gascón. Nadie hubiera podido adivinar bajo aquella máscara sonrosada de facciones finas y sonrientes, tras de aquella mirada llena de voluptuosas promesas y centellante de vivos ardores, la perseverancia infatigable, la tenacidad invencible y la profundidad de alcances del hombre de Estado. Y sin

En tanto que Canolles se volvía para ver si era ejecutada esta orden, Richón enfilaba la escalera subiendo rápidamente sus gradas. Al llegar á la última, una pequeña mano cogió la suya haciéndole entrar en el cuarto del vizeconde de Cambes, cuya puerta se cerró inmediatamente detrás de él, y para más seguridad dos cerrojos acabaron de corroborar su clausura.

— A la verdad, murmuró Canolles buscando inútilmente al desaparecido Richón, y sentándose á su solitaria mesa; la verdad, no sé qué hay contra mí en este maldito país; unos corren detrás de mí para matarme, y otros me huyen como si estuviese atacado de peste. ¡Voto á san! se me quita el apetito, y me siento triste: vamos, soy capaz esta noche de achisparme como un soldado alemán. ¡Hola! Castorín, venid acá, si no queréis que os apalee. — ¡Ah! ¿qué oigo? se encierran allá arriba como si conspirasen. — ¡Vamos, soy un bestia duplicado! — Con efecto, conspiran, eso es; ya está todo explicado. Pero, ¿por quién conspiran? ¿Será acaso por el coadjutor, por los príncipes, por el parlamento, por el rey, por la reina, ó por el señor de Mazarino? — ¡Qué diablo! Que conspiren contra quien les dé la gana, me es igual: ya he vuelto á recobrar el apetito. — Castorín, hacedme servir y echadme de beber, os lo perdono.

Y Canolles entabló filosóficamente la primera cena que había sido preparada para el vizeconde de Cambes, que á falta de nuevas provisiones, Maese de Biscarrós se había visto precisado á recalentar.

Mientras que el barón de Canolles buscaba infructuosamente uno que le acompañase á cenar, y que causado de sus inútiles gestiones se decidía á cenar solo, veamos lo que pasaba en casa de Nanón.

III

La bella Nanón

Nanón era en aquella época, á pesar de cuanto hayan dicho y escrito sus enemigos, entre los cuales pueden contarse la mayor parte de los historiadores que se han ocupado de ella, una encantadora criatura de veinticinco á veintiséis años, pequeña de cuerpo, de cutis moreno, pero llena de flexibilidad y gracias: sus colores eran vivos y llenos de frescura; sus ojos de un negro profundo, cuya córnea brillaba como la del águila á toda clase de luces y reflejos. Alegre en el semblante y risueña en apariencias, Nanón estaba, sin embargo, muy lejos de abandonar su corazón á todos esos caprichos y sutilezas que adornan con locos arabeseos la trama dorada y sedosa de que ordinariamente se compone la vida de una petimetra; por el contrario, las más graves deliberaciones, maduras y largamente pesadas en su diminuta cabeza, tomaban un aspecto lleno á la vez de seducción y brillantez, traduciéndose por su voz vibrante y fuertemente impregnada del acento gascón. Nadie hubiera podido adivinar bajo aquella máscara sonrosada de facciones finas y sonrientes, tras de aquella mirada llena de voluptuosas promesas y centellante de vivos ardores, la perseverancia infatigable, la tenacidad invencible y la profundidad de alcances del hombre de Estado. Y sin

embargo, tales eran las cualidades ó los defectos de Nanón, según quiera mirárseles por la faz ó por el dorso de la medalla : tal era el espíritu calculador, tal el corazón ambicioso, á quienes servía de velo un cuerpo lleno de elegancia.

Nanón era natural de Agén. El duque de Epernon, hijo de aquel inseparable amigo de Enrique IV que se encontraba con él en su carruaje en el momento de herirle el puñal de Ravallac, y sobre quien se agitaron las sospechas que llegaron hasta Catalina de Medicis ; el duque de Epernon, nombrado gobernador de la Guiena, en donde se había hecho execrar generalmente por su ceño, sus insolencias é injusticias, había descubierto á aquella pequeña aldeana hija de un simple abogado. Le había hecho la corte, y sin gran trabajo había triunfado de ella, después de una defensa sostenida con la habilidad de un gran táctico que quiere hacer conocer á su vencedor todo el precio de su victoria ; y en cambio de su reputación ya perdida, Nanón había robado al duque su poder y su libertad. A los seis meses de amistad con el gobernador de la Guiena, era ella quien gobernaba en realidad aquella hermosa provincia, devolviendo con usura los disgustos ú ofensas que había recibido á todos los que otras veces la habían maltratado ó humillado. Reina por casualidad, se hizo tirana por cálculo, presintiendo con su inteligencia sutil la necesidad de suplir por medio del abuso la brevedad probable del reinado.

En su consecuencia se apoderó de todo, y de todo hizo monopolio, del tesoro, de la influencia y de los honores. Se hizo rica, nombró los empleados, recibió las visitas de Mazarino y de los primeros señores de la corte ; y combinando con admirable destreza los diversos elementos de que disponía, hizo de ellos una amalgama útil para

su crédito y provechosa para su fortuna. Tenía valuado su precio á cada servicio que prestaba : un grado en el ejército, ó un cargo en la magistratura, todo estaba sujeto á su tarifa. Nanón hacía acordar este grado ó este empleo ; pero se le pagaba en buena plata corriente, ó por medio de un lujoso y real regalo : de forma que desprendiéndose de un fragmento de poder en beneficio de alguno, recuperaba este fragmento en cualquiera otra especie, dando si la autoridad, pero reteniendo el oro, que es la fuerza.

Esto explica fácilmente la duración de su reinado : porque los hombres, cuando aborrecen, vacilan en procurar la destrucción de un enemigo á quien le queda un consuelo. La venganza no desea otra cosa que una ruina total y una postración completa. Los pueblos derriban con pesar á un tirano que se lleva su oro y se vá mofándose de ellos. Nanón de Lartigues tenía dos millones.

De este modo vivía con una especie de seguridad sobre el volcán que incesantemente se agitaba á su derredor : ella había escuchado y visto el odio popular crecer como la marea, engrandecerse y combatir con sus olas el poder del señor de Epernon, que arrojado de Burdeos en un día de cólera, había llevado á Nanón consigo, como sigue la chalupa al navio. Nanón había replegado sus velas durante la tempestad, dispuesta á levantarse más orgullosa después del peligro : había tomado por modelo al señor de Mazarino, y humilde alumna suya, practicaba de lejos la política del ágil y diestro italiano. El cardenal fijó su atención en aquella mujer, que se engrandecía y acumulaba riquezas por los mismos medios que él había llegado á ser un primer ministro, poseedor de cincuenta millones ; admiró á la pequeña Gascona, y lo que es más, la dejó obrar. — Tal vez más adelante se sabrá el por qué.

Á pesar de todo, y no obstante que algunos que se creían mejor informados pretendían que ella tuviese correspondencia directa con el señor de Mazarino, se hablaba muy poco de las intrigas políticas de la bella Nanón. El mismo Canolles, que demasiado rico, hermoso y joven, no comprendía la necesidad de ser intrigante, no sabía á qué atenerse en este punto. En cuanto á sus intrigas amorosas, bien sea que Nanón, ocupada de más graves asuntos, las hubiese dejado para después, ó ya que el ruido que los amores del señor de Eperón hacía ella producían, hubiese absorbido el que podían producir otros amores secundarios, lo cierto es que sus mismos enemigos no habían prodigado el escándalo con respecto á ella, y Canolles podía creer invencible á Nanón antes de su llegada, lisonjeado por su amor propio personal y nacional. Pero ya sea que efectivamente Canolles hubiese excitado el primer arrebató amoroso en aquel corazón, accesible hasta entónces sólo á la ambición, ó ya que la prudencia hubiese aconsejado á sus predecesores una discreción absoluta, Nanón, querida, debía ser una mujer encantadora; Nanón, ofendida, debía ser una enemiga terrible.

El modo y cómo se conocieron Nanón y Canolles, había sido lo más natural. Canolles, siendo teniente en el regimiento de Navalles, quería ser capitán: para esto necesitó escribir al señor de Eperón, coronel general de la infantería; Nanón leyó el escrito, y contestó, según su costumbre al tratarse de un negocio, concediendo á Canolles una audiencia de asuntos. Canolles escogió entre sus alhajas de familia una magnífica sortija, que podría valer quinientas pistolas, lo que era siempre menos que comprar una compañía, y se encaminó á la audiencia; pero esta vez el vencedor Canolles, precedido

de su pomposo cortejo de afortunados lances, puso en derrota los cálculos y la fiscalización de la señorita de Lartigues. Esta era la primera vez que veía á Nanón, y la primera que Nanón le veía á él: los dos eran jóvenes, bellos y espirituales. La entrevista se pasó en recíprocos cumplimientos; no se habló una palabra del negocio solicitado, y sin embargo, el negocio se hizo. Al día siguiente, Canolles recibió su despacho de capitán; y cuando la preciosa sortija pasó de su dedo al de Nanón, no fué ya como el precio de la ambición satisfecha, sino como la prenda del amor correspondido.

En cuanto á explicar la residencia de Nanón cerca de la aldea de Matifou, bastará la historia; como llevamos dicho, el duque de Eperón se había hecho aborrecer en Guena. Nanón, á quien se había hecho el honor de transformarla en genio del mal, tenía sobre sí la execración universal. Un motín les había echado de Burdeos, teniendo que refugiarse en Agén; pero aquí su reproducción la misma escena. Un día se volcó sobre un puente la carroza dorada en que Nanón iba á reunirse con el duque; y sin saberse cómo, se la encontró en el río, siendo Canolles quien la sacó de él. Habiéndose prendido fuego una noche en la casa de Nanón, Canolles penetró hasta su alcoba, salvándola de las llamas. Nanón juzgó que los ageneses podían hacer una tercera prueba con buen éxito; pues aunque Canolles se alejaba de ella lo menos posible, hubiera sido un milagro que siempre se encontrase á su lado para sacarla á puerto del peligro. Aprovechóse, pues, de una ocasión en que el duque iba á salir para recorrer el departamento de su mando, y de una escolta de mil doscientos hombres, en que había parte del regimiento de Navalles, para salir de la ciudad al mismo tiempo que Canolles, burlando así al popula-

cho, que iba al lado de la portezuela de su carroza, y que de buena gana la hubiera hecho pedazos, pero que no se atrevía.

Entonces el duque y Nanón eligieron, ó más bien Canolles había elegido secretamente para ellos, aquel pequeño campo, donde se decidió que permaneciese Nanón hasta tanto que se le montara una casa en Liburnia. Canolles obtuvo una licencia para ir en apariencia á su casa á terminar ciertos asuntos de familia, y en realidad para poder dejar su regimiento, que había regresado á Agén, y no alejarse de Matifou, donde su presencia tutelar era más urgente que nunca. En efecto, los acontecimientos empezaban á tomar una gravedad alarmante: arrestados los príncipes de Condé y Conti y de Longueville, y encerrados en Vincennes, ofrecían á los cuatro ó cinco partidos que en aquella época dividían la Francia, un excelente pretexto de guerra civil. La impopularidad del duque de Epernon, bien conocida en la corte, tomaba incremento, aunque razonablemente hubiera podido esperarse que no pudiese aumentarse más. Había llegado á hacerse inminente una catástrofe, deseada de todos los partidos, que en la extraña situación en que se encontraba la Francia, no sabían dónde estaban ellos mismos. Nanón, como las aves que ven venir la borrasca, desapareció del horizonte, y se metió en su nido de hojarasca para esperar desde allí lo que pudiese suceder, oscura é ignorada.

Se dió á conocer por una viuda que buscaba el retiro; y así es como podrá recordarse que la designó Maese Biscarrós.

El señor de Epernon había venido á visitar la vispera á la hermosa prisionera, y le anunció que se ausentaba por espacio de ocho días. Casi en el momento de su marcha,

había enviado Nanón, por medio del recaudador su protegido, un recado á Canolles, que merced á su licencia, permanecía por aquellos alrededores. Sólo que como hemos dicho, aquel escrito original había desaparecido de manos del mensajero, y copiado por las de Cauviñac; y á esta invitación acudía el descuidado hidalgo, cuando el vizconde de Cambes le había detenido á cuatrocientos pasos de su objeto.

Ya sabemos lo demás

Nanón esperaba, pues, á Canolles, como espera la mujer que ama; es decir, sacando diez veces el reloj de su bolsillo, acercándose á cada instante á la ventana, atendiendo al menor ruido, é interrogando con la vista al sol rojizo y esplendente cuándo habría de ocultarse detrás de las montañas, para dejar la posesión del espacio á las primeras sombras de la noche. Primero habían llamado á la puerta principal, y ella envió á Francineta á abrir; pero no era más que el supuesto marmitón que conducía la cena, á la que faltaba el convidado. Nanón dirigió sus ojos hacia la antesala, y vió al falso mensajero de Maese Biscarrós que por su parte dirigía disimuladamente sus miradas hacia la alcoba, donde estaba dispuesta una mesita con dos cubiertos. Nanón encargó á Francineta que conservase las viandas al calor, cerró tristemente la puerta, y se volvió á su ventana, desde donde observó, en cuanto le permitían las primeras tinieblas, la soledad del camino.

Un segundo golpe, un golpe dado de manera particular, resonó en la puertecita de atrás, y Nanón exclamó: «Él es.» Pero temerosa de que no fuese él todavía, quedó de pies é inmóvil en medio de su camino. Un instante después se abrió la puerta, y la señora Francineta apareció en el umbral, con aire consternado y mudo,

trayendo un billete. La joven vió aquel papel, adelantóse hacia la camarera, se lo arrebató de la mano, le abrió rápidamente, y lo leyó con agonía.

Su contenido parecía haber herido á Nanón como lo hubiera hecho un rayo: ella amaba en extremo á Canolles, pero en su corazón era un sentimiento casi igual la ambición y el amor; y perdiendo al duque de Epernón, veía desvanecerse, no sólo su fortuna venidera, sino también la pasada. Sin embargo, como mujer de gran talento, empezó por apagar la bujía, que habría podido transparentar su sombra, y se precipitó á la ventana; aun era tiempo: cuatro hombres se aproximaban á la casa, y sólo distaban ya de ella veinte pasos. Á la cabeza de aquellos caminaba el hombre de la capa; y á no dudarlo, Nanón reconoció en él al duque: en este momento entraba Francineta con una bujía en la mano. Nanón echó una mirada de desesperación sobre la mesa, sobre los dos cubiertos, los dos sillones, los dos almohadones, cuya blancura se destacaba insolentemente sobre el fondo carmesí de las cortinas de damasco, y en fin, sobre su atractivo *negligé* de noche, tan en armonía con todos aquellos preparativos.

— Estoy perdida, dijo en su interior; pero casi al mismo tiempo una sonrisa que cruzó ligera por sus labios, manifestó que otro pensamiento la asaltaba. Y con la rapidez del relámpago añanzó la copa de simple cristal destinada á Canolles, y la arrojó al jardín á la aventura; sacó de un estuche el cubilete de oro grabado con las armas del duque, y colocó junto á su asiento su cubierto dorado; después de lo cual, fría de terror, aunque con una sonrisa compuesta á la ligera, se precipitó hacia la escalera, llegando junto á la puerta en el momento en que acababa de retumbar en ella un golpe grave y solemne.

Francineta quiso abrir, pero Nanón, cogiéndola del brazo, la echó á un lado: y con una mirada rápida que completa tan bien el pensamiento de las mujeres sorprendidas, la dijo:

— Yo espero al señor duque y no al señor de Canolles; cuidado.

Después ella misma descorrió los cerrojos, y se colgó al cuello del hombre de la pluma blanca, que por su parte había preparado un gesto de los más feroces.

— ¡ Ah! exclamó Nanón. Mi sueño no me ha engañado. Venid, mi querido duque, estáis servido. Vamos á cenar.

De Epernón se quedó estupefacto; pero como siempre es grata la caricia de una mujer querida, se dejó abrazar sin repugnancia. Y acordándose en seguida de las molestas pruebas que poseía:

— Un momento, señorita, dijo: expliquémonos si os place.

Y haciendo una seña con la mano á sus acólitos, que se retiraron respetuosamente, aunque sin alejarse mucho, entró él solo con paso grave y acompasado en la casa.

— ¿ Qué tenéis, mi querido duque? le dijo Nanón con una alegría tan bien fingida, que habría podido creérsela natural. — ¿ Se os ha quedado alguna cosa olvidada la última vez que estuvisteis aquí?... ¿ Qué es lo que buscáis con tanto afán?

— Sí, dijo el duque: he olvidado deciros que no era un necio, un Geronte como el que Cyrano de Bergerac pone en sus comedias; y habiéndoseme pasado deciroslo, he vuelto en persona para probároslo.

— No os comprendo, monseñor, dijo Nanón con el aire más tranquilo y franco. Explicaos, pues, os lo suplico. La mirada del duque se detuvo entonces sobre los dos

sillones, de esto pasó á contemplar los dos cubiertos, y últimamente á los almohadones, sobre los cuales se fijó por más tiempo, hasta que fué subiendo por grados á su semblante el sonrojo de la cólera.

Nanón lo había previsto todo, y esperaba el resultado de aquel examen con una sonrisa que descubría sus dientes blancos como perlas. Solo había de notable en aquella risa, que era muy semejante á una contracción nerviosa, y aquellos dientes tan blancos se habrían chocado seguramente si la angustia no los hubiera comprimido los unos contra los otros.

El duque fijó después sobre ella su mirada embravecida.

— Estoy esperando que me favorezca vueseñoría con sus órdenes, dijo Nanón haciendo una graciosa reverencia.

— El deseo de mi señoría, dijo él, es que me expliquéis para quién está dispuesta esa cena.

— Ya os lo he dicho, he tenido un sueño que me anunciaba vendriais hoy, aunque me dejasteis ayer; y como mis sueños jamás me engañan, he mandado preparar esa cena para vos.

El duque hizo un gesto, que sin duda tendría intención de hacer pasar por una sonrisa irónica,

— ¿Y esos dos almohadones? añadió.

— ¿Tendría monseñor intención de volverse á Liburnia para dormir? En este caso habría mentido mi sueño, pues me anunciaba que monseñor se quedaría.

El duque hizo un segundo gesto más significativo aun que el primero.

— ¿Y ese delicioso negligé, señora? ¿Y esos exquisitos perfumes?

— Este es uno de los que acostumbro á ponerme cuando espero á monseñor; y esos perfumes son las

bolsitas de piel de España, que acostumbro á poner en mis armarios, y que monseñor me ha dicho muchas veces prefiere á todos los demás olores, por ser el que prefería la reina.

— ¿Según esto, me esperabais? continuó el duque con una risa amarga y llena de ironía.

— ¡Vaya! monseñor, dijo Nanón arrugando á su vez el entrecejo: yo creo, así Dios me perdone, que deseáis registrar mis armarios. ¿Sería posible que estuviésemos celoso? Y Nanón soltó á reír á carcajadas.

El duque tomó un aspecto majestuoso.

— ¡Yo celos! ¡oh! no, no: gracias á Dios, aun no soy tan ridículo. Viejo y rico, yo sé que naturalmente debo ser engañado; pero al menos quiero probar á los que me engañan que no soy juguete suyo.

— ¿Y de qué manera se lo probaríais? dijo Nanón. Tengo curiosidad de saberlo.

— ¡Oh! eso no será muy difícil: no necesito más que mostrarles este papel.

El duque sacó de su bolsillo un billete.

— Yo no sueño, continuó; á mi edad no se sueña, mucho menos estando despierto. Pero si escriben cartas, leed ésta; os parecerá interesante.

Nanón tomó temblando el billete que el duque le daba, y se estremeció al ver la letra; pero su estremecimiento fué imperceptible, y pudo leer.

« Se previene á monseñor el duque de Epernon, que un hombre que disfruta bastante familiaridad con la señora Nanón de Lartigues hace seis meses, irá esta noche á su casa, y se quedará á cenar y dormir en ella.

Como no quiere dejársele á monseñor el duque de Epernon la menor incertidumbre, se le previene que ese rival dichoso se llama el barón de Canollés. »

Nanón palideció : el golpe le había herido de lleno en el corazón.

— ¡ Ah ! ; Rolando ! ; Rolando ! murmuró. Yo creí que ya me había desembarazado completamente de ti.

— ¿ Estoy bien informado ? dijo el duque con aire de triunfo.

— Bastante mal, respondió Nanón. Y si vuestra policía política no está mejor organizada que la amorosa, os compadezeo.

— ¿ Me compadeceís ?

— Sí : porque, en fin, ese señor de Canolles, á quien hacéis graciosamente el honor de creer vuestro rival, no solo no está aquí, sino que podéis esperar, y vereis como tampoco viene.

— ¡ Ha venido ya !

— ¡ El ! exclamó Nanón. Eso no es cierto.

Esta vez había un acento de profunda verdad en la exclamación de la acusada.

— Quiero decir que ha venido á unos cuatrocientos pasos de aquí, y felizmente para él, se ha detenido en el parador del *Becerro de Oro*.

Nanón comprendió que el duque estaba mucho menos informado de lo que ella había creído al principio, y se encogió de hombros ; pero después empezó á germinar en su alma otra idea, que sin duda le había inspirado la carta, la cual volvía y revolvía entre sus manos.

— Imposible es, dijo, que un hombre de ingenio, uno de los más hábiles políticos del reino, se deje seducir por escritos anónimos.

— Pero en fin, sea anónimo ó lo que queráis, ¿ cómo explicáis esa carta ?

— ¡ Oh ! la explicación no es difícil : esa es la continuación de las buenas obras de mis amigos Ageneses.

El señor de Canolles os ha pedido un permiso para arreglar asuntos de familia, cuyo permiso le habéis concedido : se ha sabido sin duda que iba á pasar por aquí, y se ha fundado sobre su viaje esta ridícula acusación.

Nanón conoció que lejos de calmarse la fisonomía del duque, aumentaba más su ceño.

— La explicación sería buena, dijo él, si la famosa carta que atribuis á vuestros amigos no tuviera cierta postdata, que habéis olvidado leer con vuestra turbación.

Una terciana mortal corrió por todo el cuerpo de la joven : conocía que de no venir la casualidad en su ayuda, no podría por mucho tiempo ella sola sostener la lucha.

— ¡ Una postdata ! repitió.

— Si, leed, dijo el duque : entre vuestras manos está la carta.

Nanón probó á sonreirse ; pero conociendo ella misma que sus facciones contraídas no se prestaban ya á esta demostración de tranquilidad, se contentó con leer con el acento más firme que pudo adoptar.

Tengo en mi poder la carta de la señorita de Lartigues al señor de Canolles, en la que se fija para esta noche la cita que os anuncio. Esta carta la daré en cambio de una firma en blanco que el señor duque hará conducir por un solo hombre embarcado sobre el Dordoña, frente á la villa de San Miguel de la Rivera, á las seis de la tarde.

— ¡ Y habéis tenido la imprudencia !... dijo Nanón.

— Una sola letra vuestra es para mí tan preciosa, mi señora, que no he pensado un momento en el valor que pudiera darse á vuestra carta.

— ¡ Exponer un secreto semejante á la indiscreción de un confidente ! ¡ Ah ! ; Señor duque !.....

— Esta clase de confidencias se reciben en persona,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1940 1625 MONTERREY, MEXICO

señora, y así es como yo he recibido ésta. El hombre que ha estado sobre el Dordoña he sido yo.

— ¿Es decir que tenéis mi carta?

— Vedla aquí.

Nanón probó á recordar el contenido de aquella carta por un esfuerzo rápido de memoria, pero era una cosa imposible; su cerebro empezaba á turbarse.

Le fué forzoso tomar su propia carta y leerla: apenas contenía tres renglones. Nanón los recorrió con ávida mirada, reconociendo con indecible alegría que aquella carta no la comprometía del todo.

— Leed alto, dijo el duque: también á mi como á vos se me ha olvidado el contenido de esa carta.

Nanón encontró la sonrisa que inútilmente había buscado algunos momentos antes; y prestándose complaciente á la invitación del duque, leyó:

« Cenaré á las ocho. — ¿Estáis libre? Yo lo estoy. Si os acontece lo mismo, sed exacto, mi querido Canolles, y nada temáis por nuestro secreto. »

— ¡ Me parece que está bien claro, exclamó el duque, pálido de furor.

— He aquí lo que me absuelve, pensó Nanón.

— ¡ Ah! ¡ Ah! continuó el duque: ¡ es decir que tenéis un secreto con el señor de Canolles!

Nanón comprendió que una perplejidad de un segundo la perdía.

Además había tenido tiempo suficiente para madurar en su cerebro el plan que la carta anónima le inspirara.

— Y bien, es cierto, dijo, mirando fijamente al duque: tengo un secreto con ese hidalgo.

— ¿ Y lo confesáis? gritó el duque de Eperón.

— Es forzoso, pues que ya no se os puede ocultar nada.

— ¡ Oh! exclamó lleno de cólera el duque.

— Sí, esperaba al señor de Canolles, continuó tranquilamente Nanón.

— ¿ Vos le esperabais?

— Yo le esperaba.

— ¿ Y os atrevéis á confesarlo?

— En alta voz. Pero ya que llegamos á este extremo, ¿ sabéis quién es el señor de Canolles?

— Sé que es un fatuo, á quien castigaré con rigor por su osadía.

— Es un noble y valiente hidalgo, á quien seguiréis dispensando vuestros favores.

— ¡ Oh! ¡ Juro á Dios que serán muchos!

— Basta de juramentos, señor duque, al menos antes de haberme escuchado, contestó sonriendo Nanón.

— Hablad, pues, pero sed breve.

— ¿ No habéis observado, vos que sondeáis hasta los más recónditos misterios del corazón, repuso Nanón, todas mis deferencias al señor de Canolles, mis solicitudes á vos con respecto á él, ese despacho de capitán que ha obtenido por mi mediación, ese abono de fondos para un viaje á la Bretaña con el señor de la Meillerage, esa licencia reciente, y por último, mi constante afán por servirle?

— ¡ Señora, señora, dijo el duque, esto es ya traspasar los límites!.....

— Por Dios, señor duque, dejadme concluir.

— ¿ Qué más queréis que oiga? ¿ Que os resta que decirme?

— Que tengo al señor de Canolles el más tierno interés.

— ¡ Pardiez! ¡ Demasiado lo sé?

— Que mi cuerpo y mi alma están á su servicio.

— Señora, esto es abusar....

— Que le serviré fiel hasta la muerte, y esto porque....

— Porque es vuestro amante: eso no es difícil de adivinar.

— ¡ Porque, continuó, asiéndose por un movimiento dramático al brazo trémulo del duque, porque es mi hermano !

El brazo del duque de Eperón cayó á plomo sobre su muslo.

— ¡ Vuestro hermano !

Nanón hizo una señal afirmativa con la cabeza, acompañada de una sonrisa de triunfo.

Al cabo de algunos momentos exclamó el duque:

— Eso requiere una explicación.

— Y os la voy á dar, dijo Nanón. ¿ Cuánto tiempo hace que murió mi padre ?

— Hará... contestó el duque calculando, unos ocho meses, lo más.

— ¿ Por cuándo firmasteis el despacho de capitán á favor del señor de Canolles ?

— Hacia esa misma época, continuó el duque,

— Quince días después, dijo Nanón.

— Quince días después... sí, eso vendrá á hacer.

— ¡ Es demasiado triste para mí, continuó Nanón, revelar la deshonra de otra mujer, divulgar su secreto, que es el nuestro, entendéis ! Pero vuestros extraños celos me precisan, vuestras crueles maneras me obligan á ello. No hago más que imitaros, señor duque, si soy poco generosa.

— Seguid, seguid, exclamó el duque, algo preso ya en las redes que la imaginación de la bella Gascona forjaba.

— Pues bien; mi padre era un abogado que no carecía de alguna celebridad: veinte años hace era joven, y

siempre había sido hermoso. Antes de casarse amó á la madre de Canolles, pero había sido rechazado su amor, porque ella era noble y él plebeyo. Como sucede con frecuencia, el amor cuidó de reparar el error de la naturaleza, y durante un viaje del señor de Canolles... ¿ lo comprendéis ahora ?

— Si; pero ¿ cómo habéis guardado para tan tarde esa amistad hacia el señor de Canolles ?

— Porque hasta la muerte de mi padre no he sabido el lazo que nos unía: porque este secreto estaba consignado en una carta que el barón mismo me ha entregado, llamándome su hermana.

— ¿ Y dónde está esa carta ? preguntó el duque.

— ¿ Habéis olvidado ya el incendio que devoró en mi casa mis primorosas alhajas y mis papeles más secretos

— Es cierto, dijo el duque.

— Veinte veces he querido contaros esta historia, bien segura de que hariais todo lo posible por el hombre á quien yo le llamo en secreto hermano mío; pero me ha contenido siempre, rogándome y suplicándome no destruyese la reputación de su madre, que aun vive. Y yo, que he comprendido sus escrúpulos, los he respetado.

— ¡ Ah ! ¡ verdaderamente ! dijo el duque enternecido. ¡ Pobre Canolles !

— Y no obstante, continuó Nanón, lo que él rehusaba era su fortuna.

— Eso es propio de una alma delicada, repuso el duque; y hasta esos escrúpulos le honran.

— Había hecho más. Había jurado no revelar jamás este secreto á nadie en el mundo; pero vuestras sospechas le han hecho desbordarse al vaso. ¡ Desgraciada de mí ! ¡ He olvidado mi juramento; he vendido el secreto de mi hermano ! ¡ Desgraciada de mí !

Y Nanón se deshacía en lágrimas.

El duque se arrojó á sus plantas y besó sus lindas manos, que ella le abandonaba con abatimiento, mientras que sus ojos elevados al cielo, parecían pedir á Dios perdón de su perjurio.

— ¡Por qué os llamáis desgraciada! exclamó el duque; decid más bien: ¡felices todos! Yo quiero que ese apreciable Canolles repare todo el tiempo perdido. No le conozco aún, pero lo deseo; me lo presentaréis, y le amaré como á un hijo.

— Decid como á un hermano, repuso Nanón sonriendo.

Después, pasando á otra idea.

— ¡Esos monstruos delatores! exclamó comprimiendo la carta, que hizo ademán de arrojar al fuego, pero que ocultó cuidadosamente en su bolsillo, para atrapar más tarde á su autor.

— Pero estoy pensando, dijo el duque, que no viene ese chico, y tengo deseos de verle. Voy á mandarle llamar ahora mismo al Becerro de Oro.

— ¡Ah! sí, dijo Nanón, para que sepa que nada puedo ocultaros, y que todo os lo he dicho, á pesar de mi juramento.

— Fiad en mi discreción.

— ¡Vaya, vaya! señor duque, tengo que quejarme de vos, dijo Nanón con esa sonrisa que los demonios piden prestada á los ángeles.

— ¿Y por qué, hermosa mía?

— Porque otras veces, erais más aficionado á la soledad que ahora. Cenemos, creedme; y mañana temprano habrá tiempo para enviar á llamar á Canolles. (De aquí á mañana, se decía Nanón, tendré tiempo de avisarle.)

— Sea en hora buena, dijo el duque. Vamos á la mesa.

Y llevado de un resto de duda, añadió para sí:

— De aquí á mañana no me separaré de ella; y así, á no ser bruja, no tendrá medio alguno de informarle.

— ¿Y me será permitido, amigo mío, dijo Nanón colocando el brazo sobre el cuello del duque, solicitar alguna cosa para mi hermano?

— ¡Cómo! repuso de Eperón, todo cuanto queráis; dinero.....

— ¡Oh! dinero, dijo Nanón, no lo necesita: él me ha dado esta magnífica sortija que os llamó la atención, y que era de su madre.

— ¡Le ascenderemos entonces! dijo el duque.

— ¡Oh! sí, ascenderle. Le haremos coronel, ¿no es así?

— ¡Cáspita, y qué de prisa vivis, querida! dijo el duque; ¡coronel! Para esto era menester que hubiera prestado algún servicio á la causa de S. M.

— Está pronto á prestar cuantos se le designen.

— ¡Oh! dijo el duque mirando á Nanón de reojo. No me faltaria alguna misión de confianza para la corte.....

— ¡Una misión para la corte! exclamó Nanón.

— Sí, repuso el viejo cortesano; pero esto os separaria.

Nanón conoció que era menester disipar este resto de desconfianza.

— ¡Oh! no temáis por eso, mi querido duque. ¿Qué importa la separación, si ésta puede redundar en su provecho? De cerca le serviría yo mal, porque estáis celoso; pero de lejos, vos extenderéis sobre él vuestra mano poderosa. Desterradle, expatriadle, si es por su bien, y no os inquietéis por mí. Conserve yo el amor de mi querido duque, y no necesito más para ser feliz.

— Pues bien, está dicho, repuso el duque por la

mañana le enviaré á buscar, y le daré instrucciones. Y ahora, hermosa mía, cenemos como habéis dicho, continuó el duque, echando una mirada llena de complacencia sobre los dos sillones, los cubiertos y los almohadones.

Sentáronse á la mesa con semblante tan placentero, que Francineta misma, á pesar de la experiencia que su calidad de camarera le daba sobre las maneras del duque y el carácter de su señora, creyó que ésta se hallaba completamente tranquila, y el duque lleno de la mayor confianza,

V

Los partidarios

El caballero á quien Canolles saludó con el nombre de Richón, había subido al primer piso del parador del Becerro de Oro, y cenaba en compañía del vizconde.

Á éste era á quien el joven esperaba impaciente, cuando la casualidad le había hecho testigo de los preparativos hostiles del duque de Epernon, dándole al mismo tiempo ocasión de prestar al barón de Canolles el servicio que ya hemos referido.

Richón había salido de Paris ocho dias antes, y de Burdeos aquel mismo día; por consiguiente era portador de noticias recientes sobre los negocios algo embrollados que de Paris á Burdeos se urdian entonces por medio de tramas que causaban general inquietud. Á medida que hablaba, ya de la prisión de los príncipes, que era la orden del día, ya del parlamento de Burdeos, que era la potencia motriz, ya del señor de Mazarino, que era el rey del momento, el joven observaba en silencio su fisonomía enérgica y atezada, su mirada penetrante y llena de firmeza, sus dientes blancos y agudos, que asomaban bajo su largo bigote negro, signos diversos que presentaban en Richón el verdadero tipo del oficial de fortuna.

— ; Según eso, dijo el vizconde al cabo de un rato, la señora princesa estará en Chantilly á estas horas !

mañana le enviaré á buscar, y le daré instrucciones. Y ahora, hermosa mía, cenemos como habéis dicho, continuó el duque, echando una mirada llena de complacencia sobre los dos sillones, los cubiertos y los almohadones.

Sentáronse á la mesa con semblante tan placentero, que Francineta misma, á pesar de la experiencia que su calidad de camarera le daba sobre las maneras del duque y el carácter de su señora, creyó que ésta se hallaba completamente tranquila, y el duque lleno de la mayor confianza,

V

Los partidarios

El caballero á quien Canolles saludó con el nombre de Richón, había subido al primer piso del parador del Becerro de Oro, y cenaba en compañía del vizconde.

Á éste era á quien el joven esperaba impaciente, cuando la casualidad le había hecho testigo de los preparativos hostiles del duque de Epernon, dándole al mismo tiempo ocasión de prestar al barón de Canolles el servicio que ya hemos referido.

Richón había salido de Paris ocho dias antes, y de Burdeos aquel mismo día; por consiguiente era portador de noticias recientes sobre los negocios algo embrollados que de Paris á Burdeos se urdian entonces por medio de tramas que causaban general inquietud. Á medida que hablaba, ya de la prisión de los príncipes, que era la orden del día, ya del parlamento de Burdeos, que era la potencia motriz, ya del señor de Mazarino, que era el rey del momento, el joven observaba en silencio su fisonomía enérgica y atezada, su mirada penetrante y llena de firmeza, sus dientes blancos y agudos, que asomaban bajo su largo bigote negro, signos diversos que presentaban en Richón el verdadero tipo del oficial de fortuna.

— ; Según eso, dijo el vizconde al cabo de un rato, la señora princesa estará en Chantilly á estas horas !

Es sabido que se designaba así á las dos duquesas de Condé; sólo que á la duquesa madre se la agregaba el título de viuda.

— Sí, respondió Richón; y allí os espera lo más pronto posible.

— ¿Y en qué situación se encuentra?

— ¡Ah! en un verdadero destierro: se la vigila con el mayor cuidado, lo mismo que á su suegra: porque se teme en la corte que no se sujeten á las gestiones del parlamento, y que maquinen alguna cosa más eficaz á favor de los príncipes. Por desgracia, como siempre acontece, el dinero... Á propósito de dinero, ¿habéis cobrado el que os debían? Es una pregunta que se me ha encargado con mucho interés hiciese.

— ¡Psi! dijo el vizconde, con mil trabajos he recogido unas veinte mil libras que están allí en oro. ¡Eso es todo!

— ¡Eso es todo! Cáspita, y qué alto picáis, vizconde. Bien se deja ver que sois millonario: ¡hablar con tal desprecio de semejante suma en tal momento! Con veinte mil libras vamos á ser menos ricos que el señor de Mazarino, pero seremos más ricos que el rey.

— ¿Según eso creeréis, Richón, que esa humilde ofrenda será aceptada por la princesa?

— Con toda el alma; pues si le lleváis con que poder pagar un ejército.

— ¿Creéis que será menester?

— ¿Qué? ¿un ejército? ciertamente, y no nos ocuparemos en otra cosa. El señor de Larochefoucault ha alistado á cuatrocientos nobles, bajo pretexto de hacerles asistir á las exequias de su padre. El señor duque de Bouillon vá á ponerse en marcha para la Guéna con igual número, si no es mayor. El señor de Turena ha prome-

tido hacer una asomada en París, con el fin de sorprender á Vincennes y robar á los príncipes por medio de un golpe de mano: para esto tendrá unos treinta mil hombres, todo su ejército del Norte que ha sobornado del servicio real. ¡Oh! las cosas marchan perfectamente, continuó Richón, vivid tranquilo; yo no sé de cierto si tendremos gran larea, pero si estoy seguro que daremos mucho ruido.

— ¿Y no habéis encontrado al duque de Eperón? interrumpió el joven, cuyos ojos chispeaban de júbilo al oír esta enumeración de fuerzas, que le prometía el triunfo del partido á que estaba agregado.

— ¿Al duque de Eperón? preguntó el oficial de fortuna abriendo tantos ojos. ¿Dónde queréis que le haya encontrado? Yo no vengo de Agén sino de Burdeos.

— Pudierais haberle encontrado á pocos pasos de aquí, dijo el vizconde sonriendo.

— ¡Ah! es justo. ¿No habita por estas cercanías la bella Nanón de Lartigues?

— Á dos tiros de mosquete de este parador.

— ¡Bueno! Esto me explica la estancia del barón de Canolles en el Becerro de Oro.

— ¿Le conociais?

— ¿Á quien? ¿al barón? Sí; y aun casi podría decir que soy su amigo, si el señor de Canolles no fuera de la más acendrada nobleza cuando yo no soy más que un pobre plebeyo.

— Plebeyos como vos, Richón, valen tanto como los príncipes, en la situación en que nos hallamos. — ¿Y sabéis también que yo he libertado de una paliza, ó acaso de otra cosa peor, á vuestro amigo el barón de Canolles?

— Sí, me ha principiado á hablar acerca de eso, pero no le he acabado de escuchar: estaba impaciente por

subir á vuestro lado. — ¿Estáis seguro de que no os ha conocido?

— No es fácil conocer á quien no se ha visto jamás.

— Es verdad; debería haber dicho si lo ha adivinado.

— En efecto, repuso el vizconde, mucho me miraba...

Richón se sonrió.

— Ya lo creo, dijo, no todos los días se encuentran hidalgos de vuestra catadura.

— Me parece un caballero muy jovial, repuso el vizconde después de un momento de silencio.

— Jovial y bueno; un alma hermosa y un buen corazón. El Gascón, ya sabéis que nunca es mediano; ó es excelente, ó no vale nada; y ese es de buena ley. Lo mismo en amores que en la guerra, es á la vez un gallito y un valiente capitán; siento mucho que sea nuestro contrario. Y á la verdad, ya que la casualidad os ha puesto en relaciones con él, habríais debido aprovecharos de la ocasión y ganarle para nuestra causa.

Un fugitivo rubor pasó rápido como un meteoro por las pálidas mejillas del vizconde.

— Me ha parecido muy trivial vuestro amigo, contestó.

— ¡Válgame Dios! respondió Richón con esa filosofía melancólica que se encuentra á veces en los hombres más vigorosamente templados; ¿tan formales y puestos en razón somos nosotros los que manejamos con imprudentes manos la tea de la guerra civil, cual si tuviésemos en ellas un cirio de iglesia? — ¿Es hombre formal ese señor coadjutor, que con una palabra calma y alborota á Paris? ¿Es muy serio ese señor de Beaufort, cuya influencia en la capital es tal que se le llama el rey de los mercados? ¿Tenéis por mujer muy formal á ese señora de Chevreuse, que quita y pone ministros á su antojo? ¿Es una mujer muy seria la señora de Longueville, que

por espacio de tres meses ha sido dueña absoluta de las casas consistoriales? — ¿Lo es por último, esa misma princesa de Condé, que ayer aún no se ocupaba más que de vestidos, alhajas y diamantes? — En fin, ¿es un jefe de partido muy serio el señor duque de Enghien, que juega todavía á los polichinclas con las mujeres, y que acaso será el primero que transforme á toda Francia? Últimamente, yo mismo, si permitis que mi nombre tenga cabida después de tantos otros tan ilustres, ¿soy un personaje muy grave, yo, el hijo de un tahonero de Angulema; yo, antiguo criado del señor de Laroche-foucault; yo, á quien mi amo en vez de una blusa ó una capa, ha entregado una espada, que puesta bravamente á mi lado me ha convertido en guerrero? Y sin embargo, ved aquí al hijo del tahonero, al antiguo ayuda de cámara del señor Laroche-foucault, transformado en capitán: vedle conducir una campaña de cuatrocientos ó quinientos hombres, con cuyas vidas vá á jugar como si Dios le hubiese dado derecho sobre ellas: vedle aquí marchando por la vía de los grandes hechos, expuesto á ser coronel, gobernador de una plaza, y ¿quién sabe? Vedle en estado de llegar á tener tal vez entre sus manos durante diez minutos, una hora ó un día, el destino de un reino. Ya veis que es cosa que parece un sueño, y sin embargo, yo lo tendré por realidad hasta que llegue un día en que una gran catástrofe me despierte....

— Y ese día, repuso el vizconde, desgraciados de los que os despierten, Richón, porque seréis un héroe....

— Un héroe, ó un traidor, según que seamos los más fuertes ó los más débiles. — En tiempo del otro cardenal, me habria yo mirado bien, porque jugaba la cabeza.

— Vamos, Richón, no me queráis hacer creer que esas consideraciones pueden detener á un hombre como vos,

á quien se cita como uno de los más valientes soldados del ejército.

— ¡Eh! sin duda, dijo Richón con un inesplicable movimiento de hombros; he sido valiente cuando el rey Luis XIII con su semblante pálido, su cordón azul y sus ojos brillantes como carbunclos, gritaba con voz de trueno mientras que se mordía el bigote: « ¡Avanzad, caballeros! ¡el rey os mira! » Pero cuando tenga que encontrar, no á mi espalda sino enfrente de mí, sobre el pecho del hijo ese mismo cordón azul, que mis ojos ven aun sobre el pecho del padre; cuando me vea precisado á gritar á mis soldados: « ¡Fuego contra el rey de Francia! » este día, continuó Richón moviendo la cabeza, temeré, vizconde, y teniendo miedo, tendré que ir con todo al través.

— ¿Que hierba habéis pisado hoy, mi querido Richón, para mirarlo todo por el lado peor? dijo el joven. La guerra civil es una cosa triste, bien lo sé, pero á veces es necesaria.

— Si, como la peste, como la fiebre amarilla, como el vómito negro, como el tabardillo. ¿ Creéis, por ejemplo, muy necesario, señor vizconde, que yo que he apretado con tanto placer esta noche la mano de ese guapo Canolles, vaya mañana á traspasarle el pecho de una estocada, tan solo porque sirvo á la señora princesa de Condé, que se burla de mí, y al señor de Mazarino, á quien miro con indiferencia? Pues esto tendrá que suceder.

El vizconde hizo un movimiento de horror.

— Á no ser, continuó Richón, que yo me engañe, y sea él quien me atraviese el pecho de un modo cualquiera. — ¡ Ah! vosotros no comprendéis la guerra, no veis más que un mar de intrigas, en el que os zambullís como en vuestro natural elemento; y aun hay más, el otro día se

lo decía á su alteza, y convino en ello, os halláis en una esfera, desde la cual los fuegos de artillería que nos destruyen os parecen fuegos artificiales.

— En verdad, Richón, dijo el vizconde, me asustáis; y si no estuviese seguro de que habéis venido para protegerme, temería ponerme en camino; pero con vuestra escolta, añadió el joven tendiéndole su pequeña mano al partidario, nada me arredra.

— Mi escolta, dijo Richón, ¡ ah! sí, tenéis razón, y ahora me hacéis pensar en eso. Pero tendréis que pasáros sin mi escolta, pues cada uno tiraremos por nuestro lado.

— ¿ Pues no debéis volver acompañándome hasta Chantilly?

— Es cierto que debía volver en el caso de que no fuese necesario aquí; pero, como os decía hace poco, ha crecido tanto mi importancia, que he recibido la orden positiva de la princesa de no dejar las cercanías del fuerte, sobre el cual parece que se tienen proyectos.

El vizconde soltó una exclamación de terror.

— ¡ Partir así, sin vos! exclamó: partir con ese venerable Pompeyo, que es cien veces más medroso que yo, y tener que atravesar la mitad de Francia sólo, ó algo más. ¡ Oh! no partiré, lo juro: creo que me moriría de miedo antes de llegar.

— ¡ Y qué, señor vizconde! replicó Richón soltando la risa, ¿ no os acordáis ya de la espada que lleváis al lado?

— Reíd cuanto os dé la gana, tanto mejor; pero no partiré. La princesa me ha prometido que me acompañaréis, y sólo con esta condición he podido aventurarme.

— Será lo que os acomode, vizconde, dijo Richón con fingida gravedad. — Mas de cualquier modo, vuestra presencia es indispensable en Chantilly, y ya sabéis que los

principes no tardan mucho en perder la paciencia, mayormente cuando esperan dinero.

— Y para colmo de la desgracia, dijo el vizconde, es menester que camine de noche....

— Tanto mejor, repuso Richón riendo: así no se notará que tenéis miedo, y no dejaréis de encontrar alguno más medroso que vos, á quien le haréis huir.

— ¿Lo creéis así? dijo el vizconde mal seguro, á pesar de esta promesa.

— ¡Bah! Y además, dijo Richón, hay un medio de conciliarlo todo. Vuestro temor es por el dinero, ¿no es cierto?

— Pues bien, dejádmelo á mí, y yo lo mandaré por medio de tres ó cuatro hombres de mi confianza. — Pero de todos modos, el mejor medio de que llegue es llevándole vos mismo.

— Tenéis razón, voy á partir, Richón; y como es necesario ser valiente del todo, también llevaré el dinero. Yo creo que S. A., según lo que vos me habéis dicho, tiene más necesidad de dinero que no de mí, y acaso sería mal recibido no llevándolo.

— Bien os habia yo dicho cuando entré, que teniais el aire de héroe; pero además á cada paso se encuentran soldados del rey, y aun no estamos en guerra: sin embargo, no os fiéis mucho, y prevenid á Pompeyo que cargue sus pistolas.

— ¿Eso me lo decis por tranquilizarme?

— Sin duda. El que conoce el peligro no se deja sorprender: partid, pues, continuó Richón levantándose; la noche está hermosa y antes del día podréis llegar á Monliú.

— Pero el barón vá á espiar nuestra partida.

— ¡Oh! en este momento estará ocupado en lo que

acabamos de hacer nosotros, es decir, que estará cenando; y por poco que sea durará su cena más que la nuestra, pues es muy buen gastrónomo para dejar la mesa sin un poderoso motivo. Además, yo bajaré á entretenerle.

— Entonces disculpadme de mi falta de atención con él. No quiero, que si me encuentra algún día en menos generosa disposición que lo estaba hoy, me arme disputa; pues me parece que debe ser vuestro barón la suma susceptibilidad.

— Habéis acertado; y más aún sería hombre capaz de seguimos hasta el cabo del mundo por cruzar la espada con vos. Pero permaneced tranquilo; yo le haré presente vuestra atención:

— Si, pero tened cuidado de entretenerle hasta que yo parta.

— ¡Dale! no me separaré de él.

— ¿Y para S. A. no tenéis ninguna comisión?

— Ya lo creo, me recordáis la más importante.

— ¿Le habéis escrito?

— No, sólo hay que decirle dos palabras.

— ¿Cuáles?

— *Burdeos-St.*

— ¿Ya sabrá lo que eso quiere decir?

— Perfectamente. Y sobre estas dos palabras puede partir con toda seguridad: decidle que yo respondo de todo.

— Vamos, Pompeyo, dijo el vizconde al viejo criado, que asomaba en este momento la cabeza por el hueco de la puerta que acababa de entreabrir. — Vamos, mi amigo, tenemos que partir.

— ¡Oh! ¡oh! partir, dijo Pompeyo. ¿Lo ha pensado bien, señor vizconde? Se prepará una horrorosa tempestad.

— ¿Qué estáis ahí diciendo, Pompeyo? dijo Richón; ¡si no hay una nube en el cielo!

— Pero de noche se puede perder el camino.

— Es cosa difícil: no hay más que seguir la carretera, y además hace una luna que da gozo.

— ¡Luna! ¡luna! murmuró Pompeyo; ¡bien podéis comprender que lo que yo digo no es por mí, señor Richón!

— Sin duda, dijo Richón; ¡un veterano!

— Habiendo hecho la guerra contra los españoles, y habiendo sido herido en la batalla de Corbra... continuó Pompeyo pavoneándose.

— No se tiene miedo á nada, ¿no es así? ¡Pues bien! eso es lo que conviene, porque el señor vizconde no está del todo firme, os lo aviso.

— ¡Oh! ¡oh! dijo Pompeyo palideciendo; ¿tenéis miedo?

— Pero no en tu compañía, mi bravo Pompeyo, dijo el joven. Te conozco bien, y sé que te dejarías matar antes de que llegaran hasta mí.

— Sin duda, sin duda, respondió Pompeyo; pero no obstante, si tenéis miedo, á pesar de eso, será mejor dejarlo para mañana.

— No puede ser, mi buen Pompeyo. — Transporta ese oro á la grupa de tu caballo, que al momento voy á juntarme contigo.

— Esta es una suma muy considerable para exponerla á la noche, dijo Pompeyo suspendiendo la alforjilla.

— No hay peligro; á lo menos así lo dice Richón. — Veamos; ¿están las pistolas en sus fundas, la espada en la vaina y el mosquetón pendiente de su gancho?

— Sin duda olvidáis, respondió irguiéndose el viejo escudero, que el que ha sido soldado toda su vida no

se deja coger en falta. Si, señor vizconde, cada cosa está en su puesto.

— ¿Veis? dijo Richón, ¡para que tengáis miedo con semejante compañero! — ¡Ea! ¡buen viaje, vizconde!

— Gracias por el deseo; pero el camino es bastante largo, respondió el vizconde con un resto de angustia que no podía disipar el aire marcial de Pompeyo.

— ¡Bah! dijo Richón, todo camino tiene principio y fin. Haced presentes mis respetos á la princesa: decidla que soy suyo y del señor de Larocheboucault hasta la muerte; y no olvidéis las dos palabras en cuestión: *Burdeos-Si*. Yo me voy á entretener al señor de Canolles.

— Decid, Richón, repuso el vizconde deteniéndole por el brazo en el momento de poner el pie en la primera grada de la escalera; si ese Canolles es tan bravo capitán y tan buen hidalgo como habéis dicho, ¿por qué no hacéis alguna tentativa para atraerle á nuestro partido? ¿Podría juntárenos, bien en Chantilly, bien durante el viaje, y como algo conocido mío, yo le presentaría.

Richón miró al vizconde con una sonrisa tan singular, que habiendo leído aquél sin duda sobre la fisonomía del partidario lo que pasaba en su corazón, se apresuró á decir:

— Por último, Richón, haced cuenta que nada os he dicho, y obrad en adelante como mejor os parezca. — ¡Adiós!

Diciendo esto le tendió la mano, y se internó con viveza en su habitación, ya sea temeroso de que Richón viese el rubor repentino que había cubierto su rostro, ó bien temiendo ser oído de Canolles, cuyas estrepitosas voces llegaban hasta el primer piso.

Dejó, pues, al partidario bajar la escalera seguido de Pompeyo, que llevaba con aparente descuido la balija,

para que no pudiesen sospechar lo que contenía; y después de algunos minutos más, miró con interés á uno y otro lado para asegurarse de que nada se le olvidaba, apagó las luces, bajó á su vez con precaución, aventuró una tímida ojeada á través del hueco luminoso de la puerta de una saia baja; y embozándose después en una capa gruesa que le presentó Pompeyo, puso su pequeño pie entre las manos de su escudero, saltó con ligereza sobre su caballo, reprendió un instante sonriendo la lentitud del veterano, y desapareció entre la sombra.

En el momento de entrar Richón en la sala de Canolles á quien debía entretener mientras que el vizconde acababa de hacer sus preparativos de marcha, un hurra de alegría lanzada por el barón, medio tendido en su silla, le dió á conocer que no le tenía rencor.

Sobre la mesa, y entre dos cuerpos diáfanos que habrían sido botellas llenas, se elevaba rechoncha y orgullosa por su rotundidad, una ampolla sobretejida de juncos, por cuyos intersticios hacia brotar centellas de topacios y rubies la viva luz de cuatro bujías. Era un soberbio frasco de esos vinos rancios de Coliure, cuyo licor meloso apetece saborear un paladar ya enardecido por otros licores. Allí se encontraban los hermosos higos secos, las almendras, los bizcochos, los apetitosos quesos y las sabrosas aceitunas y alcaparras, ricamente adobadas, revelando el cálculo interesado del posadero; cálculo cuya sabia exactitud denotaban dos botellas vacías y una ya mediada. En efecto, era indudable que todo el que llegase á parar en aquel provocador desierto, haría necesariamente, por muy sobrio que fuese, un considerable consumo de líquido.

Canolles no deseaba hacerse anacoreta. Canolles era de familia protestante, y mal que bien profesaba también

la religión de sus padres; y puede ser que en su calidad de hugonote no creyese en la canonización de esos piadosos solitarios que habían ganado el cielo bebiendo agua pura y comiendo simplemente raíces. Así, pues, por muy triste, ó muy enamorado que estuviera, Canolles jamás era insensible á los vapores de un buen plato, á la vista de esas botellas de forma particular, y á los tapones, circundados de lacre rojo, verde ó amarillo, que fielmente aprisionan la más pura sangre de la Gascuña, Borgoña ó Champaña. En aquella cena había Canolles, como de costumbre, cedido á los encantos de la vista; de la vista había pasado al olfato; del olfato al gusto; y como de los cinco sentidos con que le dotaba esa buena madre común que llaman señora Naturaleza, tenía ya tres completamente satisfechos, los otros dos prestaban buenamente paciencia y esperaban su turno con una resignación digna de un santo.

En este momento fué cuando entró Richón, y halló á Canolles bamboleándose sobre su silla.

— ¡ Ah! Venid, exclamó este último, llegáis muy á propósito, mi querido Richón; necesitaba encontrar alguno á quien hacerle el elogio de Maese Biscarrós, y ya me veía precisado á encomiárselo á este belitre de Castorin, que no sabe lo que es beber, y á quien nunca he podido enseñar á comer. Venid, mirad estos atalajes, querido; tended la vista sobre esa mesa, á la que os convido á tomar asiento. El posadero del Becerro de Oro es un verdadero artista, ¿ no es así? — Trato de recomendarle á mi amigo el duque de Epernon. — Escuchad esta lista de manjares, y juzgad, Richón, vos que sabéis apreciar su mérito: pepitoria, — ensalada de ostras marinas, anchoas, pajarillos, — un capón, — aceitunas y una botella de Medoc, cuyo cadáver está ahí;

una cándida perdiz, — guisantes acaramelados, — gelatina de guindas, remojado todo con una botella de Chambrin que yace ahí: además, esos postres acompañados de esa botella de Coliure, que trata de defenderse, y que le pasará lo que á las demás, especialmente si somos dos contra ella. ¡Cáscaras! tengo un humor soberbio, y Maese Biscarrós es un gran maestro. — Acercaos por ahí, Richón; vos habéis cenado ya, pero ¿qué importa? yo también he cenado, eso no le hace; empezaremos de nuevo.

— Gracias, barón, dijo riendo Richón; no tengo apetito.

— Admitido. Puede no tenerse gana, pero si debe tenerse siempre sed; probad ese Coliure.

Richón presentó su copa.

— ¿Conque habéis cenado, continuó Canolles, con vuestro canalita el vizconde? ¡Ah! perdonad, Richón. No, he dicho mal; al contrario, es un guapísimo chico, á quien debo el placer de saborear la parte más hermosa de la vida, en vez de haber entregado el alma por tres ó cuatro lucanas que trataba de abrir en mi pellejo ese valiente duque de Eperón. Yo estoy agradecidísimo á ese lindo vizconde, á ese gracioso Ganimedes. — ¡Ah! ¡Richón! me parece que tenéis cara de ser lo que dicen, el verdadero servidor del señor de Condé.

— Vamos, barón, exclamó Richón soltando una carcajada; no tengáis semejantes ideas, me hariais morir de risa.

— ¡Morir de risa vos! Vamos, esto no puede ser, querido:

Igne tantum perituri

quia estis.....

Landeriri.

— Ya sabéis lo demás, ¿no es así? Es un villancico de vuestro patrón, dicho sobre el río germano *Rhenus* un día que animaba á sus compañeros temerosos de morir ahogados. Diabla de Richón, ¡bah! No importa, tengo compasión á vuestro pequeño hidalgo: ¡interesarse así por el primer caballero que pasa!

Y Canolles se acomodó en su silla riendo á carcajadas, y acariciando su bigote con un parasismo de hilaridad, de que Richón no pudo menos de participar.

— Pero hablando con seriedad, dijo Canolles, mi querido Richón, vosotros conspiráis, ¿no es cierto?

Richón continuó riendo, pero con risa menos franca.

— ¿Sabéis que me han dado ganas de hacerlos prender, á vos y á vuestro hidalgo? ¡Voto vá! Hubiera sido chistoso, y sobre todo nada difícil, como que tenía á mi disposición los bastoneros de mi compadre de Eperón. ¡Ah! no había más que decir: conducid á Richón al cuerpo de guardia, y también á ese hidalgo! ¡bah! ¡bah!...

En este momento se oyó el galope de dos caballos que se alejaban.

— ¡Hola! dijo Canolles escuchando. ¿Sabéis qué es eso, Richón?

— Me parece que sí.

— ¿Y qué es?

— Es que parte el joven hidalgo.

— ¡Sin despedirse! exclamó Canolles; decididamente es un pobretón.

— No, no, mi querido barón; es que vá muy de prisa, y nada más.

Canolles arrugó el entrecejo.

— ¡Qué modales tan singulares! dijo. ¿Dónde se ha educado ese joven? Amigo Richón, os advierto que os

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

honra muy poco su amistad. ¡ Voto vá ! Yo creo que si le cogiera aquí le habia de poner las orejas coloradas. ¡ Llévese el diablo al bueno de su padre, que sin duda por mezquindad, no le ha dado maestro !

— No os enfadéis, barón, dijo Richón riendo. El vizconde no ha sido tan mal educado como le suponéis; pues al partir me ha encargado le disculpase con vos, recomendándome que os ofrezca sus servicios.

— ¡ Bueno, bueno ! dijo Canolles; eso es solamente incienso de corte, con que se convierte una grande impertinencia en una impolítica de poca monta, y nada más. ¡ Voto al diablo ! me habéis puesto de malditísimo humor, Richón; ¡ insultadme ! — ¿ Qué, no queréis ? Pues oid. ¡ Voto á Cristo, Richón, mi amigo, que me parecéis muy feo !

Richón soltó á reir.

— Con ese humor, barón, le dijo, seriais capaz, si jugásemos, de ganarme esta noche cien doblones. Ya sabéis que el juego favorece á los que están de mal humor.

Richón conocía á Canolles, y sabia lo que hacia dando este desahogo al mal humor del barón.

— ¡ Ah ! pardiez, ¡ el juego ! exclamó. Sí, ¡ el juego ! tenéis razón. Amigo mío, esa palabra me reconcilia con vos. Richón, ya me parecéis más amable; sois hermoso como un Adonis, y el señor de Cambes está perdonado. ¡ Castorin, una baraja !

Castorin acudió acompañado de Biscarrós; acercaron entre ambos una mesa, y los dos compañeros se pusieron á jugar. Castorin, que soñaba hacia diez años con una ganancia ilimitada, y Biscarrós que miraba el oro con codiciosos ojos, permanecieron de pie á los lados de la mesa mirándose jugar. En menos de una hora, Richón, á pesar de la predicción que habia hecho á Canolles, le

ganó ochenta doblones á su adversario. Entonces Canolles que no tenia más dinero consigo, mandó á Castorin que fuese por más á su maleta.

— No bay para qué, dijo Richón, que habia escuchado esta orden: no tengo tiempo de daros la revancha.

— ¡ Cómo ! ¿ No tenéis tiempo ? dijo Canolles.

— No. Son ya las once, contestó Richón, y tengo que estar en mi puesto á media noche.

— ¡ Vamos ! ¿ Os burláis ? dijo Canolles.

— Señor barón, repuso Richón con gravedad; vos sois militar, y por consiguiente conocéis el rigor del servicio.

— Entonces, ¿ cómo no habéis pensado en marcharos hasta después de ganarme el dinero ? replicó Canolles entre risueño y amostazado.

— ¿ Acaso me reconvenis por haberos hecho compañía ? preguntó Richón.

— ¡ Oh ! no. — Sin embargo, os diré: yo no tengo maldita la gana de dormir, y voy á fastidiarme aquí horriblemente. ¿ Si quisierais que os acompañase, Richón ?

— Me es imposible aceptar ese honor, barón. Los asuntos de que voy encargado son del género de los que se desempeñan sin testigos.

— ¡ Está muy bien ! Os vais... ¿ hacia donde ?

— Iba á suplicaros no me hicieseis esa pregunta.

— ¿ Y hacia qué lado se ha ido el vizconde ?

— Debo responderos que no lo sé.

Canolles miró á Richón para convencerse de que no habia nada de burla en sus secas contestaciones; pero la mirada tranquila y la franca sonrisa del gobernador de Vayres desarmaron, si no su impaciencia, al menos su curiosidad.

— Ya está visto, dijo Canolles, que sois esta noche un puro misterio, mi querido Richón; pero nada, libertad

completa. Yo mismo me habría enfadado, y no poco, de que me hubieran seguido los pasos tres horas hace; aunque en resumidas cuentas el que me hubiera seguido se habría llevado el mismo chasco que yo. Por consiguiente, la última copa de este vino de Coliure, y buen viaje.

Diciendo esto, llenó Canolles las copas, y Richón, después de haber bebido á la salud del barón, salió sin que á éste le ocurriese el pensamiento de averiguar qué camino tomaba. Pero al encontrarse solo entre las bujías medio consumidas, las botellas vacías, y las cartas esparcidas, sintió el barón una de esas tristezas que no pueden comprenderse bien sino cuando se sufren, porque su jovialidad de toda la noche traía su origen de un contra-tiempo, cuya idea había tratado de desvanecer, sin haber podido llegar completamente hasta su objeto.

Retírose, pues, á su alcoba, lanzando á través de los cristales del corredor una mirada llena de pesar y de cólera en dirección á la casita aislada, en la que una ventana iluminada por un reflejo rojizo, interrumpido de vez en cuando por ciertas sombras pasajeras, indicaba bastante que la señorita de Lartigues pasaba el rato menos solitaria que él.

Sobre la primera grada de la escalera, tocó Canolles una cosa con la punta de su bota, y habiéndose bajado, encontró un pequeño guante gris-plata del vizconde, que éste había dejado caer al salir precipitadamente de la posada de Maese Biscarrós, y que sin duda no había conceptuado de bastante valor para perder el tiempo en buscarle.

Por más que lo hubiese creído Canolles, en un momento de misantropía, muy perdonable en un amante despechado, no había, sin embargo, en la casita aislada tan grande

satisfacción como creía el huésped del Becerro de Oro.

Nanón, inquieta y agitada durante la noche, meditando mil planes para prevenir á Canolles, había puesto en acción cuantas sutilezas y artificios encierra una cabeza de mujer bien organizada, para poder salir de la situación precaria en que se hallaba. Trataba solamente de escatimar un minuto al duque para decir una palabra á Francineta, ó dos minutos para escribir á Canolles una línea en un pedazo de papel.

Se hubiera podido decir que el duque, sospechando todo cuanto pasaba en el interior de la linda gascona y leyendo la inquietud de su alma á través de la máscara placentera con que había encubierto su semblante, se había jurado á sí mismo no concederle esta libertad de un instante, que sin embargo le era tan necesaria.

Á Nanón le acometió jaqueta. El duque de Eperón no permitió que se levantase para tomar su frasco de esencias, y fué él mismo á buscarle.

Nanón se pinchó con un alfiler, que hizo asomar súbitamente un rubi á la punta de su nacarado dedo, y quiso ir á buscar en su neceser un pedacito de ese famoso tafetán rosado, que ya en aquella época empezaba á apreciarse. El duque de Eperón, incansable en complacerla, se levantó, cortó el pedacito de tafetán con una destreza y prontitud que causaban desesperación, y cerró el neceser con llave.

Nanón fingió dormir profundamente, y casi en seguida empezó á roncar el duque. Entonces, Nanón abrió los ojos, y á la luz de la lámparilla que estaba colocada sobre el velador en su cerco de alabastro, trató de sacar el librito de memoria del justillo del duque, que estaba colocado cerca de la cama y al alcance de su mano; pero en el momento en que tenía ya el lápiz y acababa de

arrancar una hoja de papel, abrió el duque un ojo.

— ¿Qué hacéis, querida? la dijo.

— Iba á ver si había un calendario en vuestro libro de memorias, dijo Nanón.

— ¿Para qué? preguntó el duque.

— Para ver cuando son vuestros días.

— Me llamo Luis, y mis días son el 24 de agosto, como sabéis; tenéis todo el tiempo necesario para prepararos.

Y la tomó el librito de las manos, colocándole de nuevo en su justillo.

Á lo menos, en su última maniobra había adquirido Nanón un lápiz y papel: ocultó uno y otro debajo del travesero de su cama, y apagó astutamente la luz esperando poder escribir en la oscuridad; pero el duque llamó en seguida á Francineta pidiendo luz, porque decía que no podía dormir sin ver. Francineta acudió con tanta prontitud, que Nanón aun no había tenido tiempo de escribir la mitad de su frase; y el duque, temeroso de un accidente igual al que acababa de ocurrir, mandó á la doncella que pusiera dos bujías sobre la chimenea. Entonces Nanón protestó que no podía dormir con luz; y llena de impaciencia, volvió la cara hacia la pared, esperando el día con una ansiedad fácil de comprender.

No tardó en alumbrar las copas de los álamos aquel día tan temido, haciendo palidecer la luz de las bujías. El duque de Eperón, que tenía á gala seguir los hábitos de la vida militar, se levantó al primer rayo que filtró por las celosías, se vistió solo por no abandonar un momento á su Nanoncita, se puso una bata, y llamó para informarse de si había algo de nuevo.

Francineta contestó á esta pregunta entrándole un paquete de oficios que Courtauvaux, su picador favorito, había traído durante la noche.

El duque se puso á abrirlos y leerlos con un ojo, tratando de dar al otro, que no se apartaba de Nanón, la expresión más amorosa que le fué posible adoptar.

Si Nanón hubiera podido, habría hecho pedazos al duque.

— ¿Sabéis, le dijo el duque después de haber leído algunos de sus oficios, lo que deberíais hacer, querida amiga?

— No, monseñor, respondió Nanón; pero si tuvierais la bondad de dar vuestras órdenes, serian ejecutadas.

— Enviar á llamar á vuestro hermano, dijo el duque. En este momento acabo de recibir una carta de Burdeos, que contiene los pormenores que yo deseaba, y podría partir ahora mismo; con lo cual á su regreso tendria yo un pretexto para darle el mando que deseáis.

El duque manifestaba en su semblante la más franca benevolencia.

— ¿Vamos, se dijo á si misma Nanón, valor! Tengo la persuasión de que Canolles leerá en mis ojos, ó comprenderá con media palabra.

Después dijo en voz alta:

Enviad vos mismo, mi querido duque; porque sospechaba que si queria ella encargarse de la comisión, no la habia de dejar obrar el duque.

De Eperón llamó á Francineta y la envió al parador del *Becerro de Oro*, sin más instrucción que estas palabras:

— Decid al señor barón de Canolles que la señorita de Lartigues le espera á almorzar.

Nanón lanzó una mirada á Francineta; pero por muy elocuente que aquella mirada fuese, no podía la doncella leer allí: « Decid al señor barón de Canolles que yo soy su hermana. »

Francineta partió convencida de que en todo aquello

se ocultaba, bajo la forma de una anguila, una grande serpiente.

Durante es intervalo, Nanón se levantó y se colocó detrás del duque, de modo que á la primera mirada pudiese invitar á Canolles á estar apercebido, mientras que se ocupaba en preparar una frase artificiosa, con cuya ayuda, desde las primeras palabras, debía el baron quedar informado de todo cuanto necesitaba saber, para que no hubiese notas discordantes en el trio de familia que se iba á ejecutar.

Con el ramo del ojo abrazaba todo el camino hasta el recodo en que se había ocultado la vispera el señor de Eperón y sus esbirros.

— ¡ Ah ! dijo súbitamente el duque, mirad allí ; ya vuelve Francineta.

Y fijó sus ojos sobre los de Nanón, que se vió precisada á apartar la vista del camino para contestar á las miradas del duque.

Los latidos del corazón de Nanón eran capaces de romper su pecho : no había podido ver más que á Francineta, y á quien ella hubiera querido ver había sido á Canolles, por buscar en su fisonomía algún rasgo de firmeza.

Mientras se sentía subir la escalera, el duque preparaba una suntuosa noble y amistosa á la vez : Nanón procuró desterrar el encendido color de sus mejillas, y se dispuso para el combate.

Francineta llamó ligeramente á la puerta.

— ¡ Adelante ! dijo el duque.

Nanón afileó la famosa frase con que debía saludar á Canolles.

Abrióse la puerta, y Francineta entró sola. Nanón recorrió la antesala con una ávida mirada ; pero nadie había en ella.

— Señora, dijo Francineta con el imperturbable aplomo de una criadita de comedia, el señor barón de Canolles no está ya en el parador del *Becerro de Oro*.

El duque abrió tantos ojos, y quedó asombrado.

Nanón irguió su cabeza, y respiró.

— ¡ Cómo ! dijo el duque ; el señor barón de Canolles no está ya en el parador del *Becerro de Oro* !.....

— Sin duda os engañáis, Francineta, añadió Nanón.

— Señora, dijo Francineta, repito lo que me ha dicho Maese Biscarrós.

— Lo habrá adivinado todo este querido Canolles, murmuró Nanón muy por lo bajo, tan espiritual y diestro, como valiente y hermoso.

— Id ahora mismo á que venga Maese Biscarrós, dijo el duque con la cara de sus malos días.

— ¡ Oh ! yo presumo, dijo precipitadamente Nanón, que habrá sabido que estabais aquí, y habrá temido desagradaros. ¡ Como es tan tímido ese pobre Canolles !

— ¡ Tímido él ! dijo el duque ; me parece que no es esa la reputación que tiene adquirida.

— No, señora, dijo Francineta ; el señor barón ha partido realmente.

— Pero, señora, dijo de Eperón, ¿ cómo puede ser que el barón haya tenido miedo de mí, cuando Francineta iba encargada de convidarle sólo de parte vuestra ? ¿ Le habéis dicho que estaba yo aquí, Francineta ? Responded.

— ¿ Cómo he de haber podido decirselo, señor duque, si no estaba ?

Á pesar de haber dado Francineta esta respuesta con toda la rapidez y la franqueza de la verdad, volvió el duque á recobrar toda su desconfianza. Nanón, llena de gozo, no se encontraba con fuerzas para decir nada.

— ¿Es necesario que yo vuelva á llamar á Maese Biscarrós? dijo Francineta.

— ¡No, no! contestó el duque con voz estentórea. Ó si no, si, esperad. Quedaos aquí, por si os necesita vuestra señora; enviaré á Courtauvau.

Francineta desapareció.

Cinco minutos después llamaba á la puerta Courtauvau.

— Id á decir al posadero del *Becerro de Oro*, dijo el duque, que venga á hablar conmigo, y que de paso se traiga una lista de desayunos. Tomad, dadle estos diez luises para que la comida sea buena. Andad.

Courtauvau recibió el dinero, y salió en seguida para ir á ejecutar las órdenes de su amo.

Este era un criado de buena cara, que sabía su obligación, lo bastante para poder dar lecciones á todos los Crispines y Mascarillas de aquel tiempo.

— He persuadido á mi amo á que os encargue un desayuno exquisito, y me ha dado ocho luises, de los que me guardo naturalmente dos por mi comisión, y os doy seis. Venid en seguida.

Biscarrós, trémulo de alegría, se ceñó un mandil blanco, embolsó los seis luises, y estrechando la mano á Courtauvau, se apresuró á seguir los pasos del picador, que le condujo corriendo á la casita.

Esta vez no temblaba Nanón: la aserción de Francineta la había tranquilizado completamente, y sentía el más vivo deseo de conversar con Biscarrós, que fué introducido en el momento de su llegada.

Biscarrós entró con su mandil galanamente retorcido alrededor de la cintura y su gorra en la mano.

— Ayer tuvisteis en vuestra casa á un joven noble, dijo Nanón, al señor barón de Canolles, ¿no es así?

— ¿Dónde está? preguntó el duque.

Biscarrós, muy inquieto, porque el picador y los seis luises le hacían presentir que aquella bata encerraba un gran personaje, respondió al pronto de un modo evasivo:

— Señor, ha partido.

— ¡Partido! dijo el duque. ¿De veras ha partido?

— De veras.

— ¿Á dónde ha ido? preguntó á su turno Nanón.

— Eso es lo que no puedo deciros, porque lo ignoro, señora.

— Pero á lo menos sabréis qué camino ha tomado.

— El de París.

— ¿Y á qué hora se fué? preguntó el duque.

— Hacia la media noche.

— ¿Sin decir nada?

— Sin decir nada. Solo ha dejado una carta, que encargó se la enviase á la señora Francineta.

— ¿Y cómo no habéis traído esa carta, vergante? dijo el duque. ¿Es ese el respeto con que miráis el encargo de un noble?

— Yo la he entregado, señor; la he entregado.

— ¡Francineta! prorrumpió el duque llamando.

Francineta, que estaba escuchando, no hizo más que dar un salto para entrar en la alcoba desde la antesala.

— ¿Por qué no habéis entregado á vuestra señora la carta que habia dejado para ella el señor de Canolles? preguntó el duque.

— Yo... monseñor... murmuró la camarera llena de terror.

— Monseñor, dijo Biscarrós para sí, aturdido y replegándose al rincón más apartado del aposento: ¡monseñor!... este es algún príncipe disfrazado.

— Como no se la he pedido, se apresuró á decir Nanón, enteramente pálida.

— Dádmela, concluyó el duque, extendiendo la mano.

La pobre Francineta alargó lentamente la carta, dirigiendo al mismo tiempo á su señora una mirada que quería decir:

« Bien veis que no tengo yo la culpa, sino ese imbécil de Biscarrós que lo ha echado todo á perder. »

Un resplandor ambiguo brilló en aquel momento en los ojos de Nanón, y fué á herir al pobre Biscarrós en su retirado rincón.

El desgraciado sudaba cada gota como un dedo, y hubiera dado los seis luses que tenía en su bolsillo por encontrarse delante de sus hornillas con el mango de una cacerola en la mano.

Durante este tiempo el duque había tomado la carta, la cual leía después de haberla abierto; mientras la lectura, Nanón, más pálida y fria que una estatua, no parecía vivir, á no ser por los latidos de su corazón.

— ¿Qué embolismo es este? dijo el duque.

Nanón comprendió, por estas pocas palabras que la carta no la comprometía.

— Leed alto y tal vez os lo podré explicar, dijo ella.

« Querida Nanón, » leyó el duque.

Y volviéndose después de estas palabras hacia la joven, que reponiéndose cada vez más, soportó su mirada con una admirable audacia.

« Querida Nanón, continuó el duque: aproveché el » permiso que os debó, y voy á galopar un poco para » distraerme por el camino de Paris. Hasta más ver: os » recomiendo mi fortuna. »

— ¡Vamos, este Canolles es loco!

— ¡Loco! ¿Y por qué? preguntó Nanón.

— ¿Quién sin ser loco se pone en camino á media noche, sin motivo? preguntó el duque.

— En efecto, dijo Nanón hablando para sí.

— ¡Vamos á ver! explicadme esa partida.

— ¡Valgame Dios! dijo Nanón con deliciosa sonrisa; nada hay más fácil, monseñor.

— ¡También le llama monseñor! murmuró Biscarrós. No cabe duda, es un príncipe.

— ¡Vamos, hablad!

— ¿Luego no adivináis lo que motiva todo esto?

— No: absolutamente no.

— Pues bien: Canolles es un hermoso joven de veintisiete años, que carece de cuidados. ¿Y á qué locura os parece que debe dar la preferencia? Está claro que al amor. Habrá visto en el parador de Maese Biscarrós alguna linda viajera, y la habrá seguido.

— ¡Enamorado! ¿Lo creéis así? exclamó el duque sonriendo á esta idea tan natural que le asaltó. « Si Canolles se ha enamorado de una viajera cualquiera, no está enamorado de Nanón. »

— ¡Eh! sin duda enamorado, ¿no es así, Maese Biscarrós? dijo Nanón pasmada de ver al duque adoptar su idea. Veamos, responded francamente; ¿no es cierto que he acertado?

Biscarrós creyó que era llegado el momento de recobrar la gracia de la joven, conviniendo en un todo con ella; y haciendo brotar en sus labios una sonrisa mañiciosa, dijo:

— En efecto, bien podrá tener razón la señora.

Nanón dió un paso hacia el posadero, y le dijo estreñeciéndose á su pesar.

— ¿No es así?

— Así lo creo, señora, respondió Biscarrós con aire fino.

— ¿Lo creéis?

— Si, esperad: con efecto, me habéis abierto los ojos.

— ¡ Ah! Contadnos eso, Maese Biscarrós, repuso Nanón, dejándose arrastrar por las primeras sospechas de los celos. Vaya, decid, ¿ qué viajeras han estado esta noche en vuestro parador?

— Sí, decid, añadió de Epernón extriando sus piernas y recostándose sobre el brazo de su silla.

— No ha habido ninguna viajera, dijo Biscarrós. Nanón respiró.

— Tan sólo, continuó el posadero, sin reparar que cada una de sus palabras hacia palpar el corazón de Nanón, ha estado un hidalguito rubio, bonito y regordete, que no eomía, y que tenía miedo de caminar de noche. Un hidalgo con miedo, continuó Biscarrós, acompañando á sus palabras un movimiento de cabeza lleno de sutileza; ya comprendéis, ¿ no es así?

— ¡ Jah! ¡ jah! ¡ jah! prorrumpió con una santa hilaridad el duque, tragando francamente el anzuelo.

Nanón correspondió á esta risa con una especie de rechinamiento de dientes.

— Continúad, dijo; ¡ eso es muy gracioso! ¿ Y el hidalguito esperaba sin duda al señor de Canolles?

— No tal, no, esperaba para cenar á un señor alto, con bigotes; por cierto que no trató muy bien al señor de Canolles cuando quiso cenar con él; pero no se incomodó por tan poco el buen hidalgo. Me parece que es un compañero intrépido; y por cierto, después que el alto partió hacia la derecha, echó á correr en seguimiento del pequeñito, que se habia dirigido hacia la izquierda.

Y con tan brillante conclusión, al ver Biscarrós la expansión que tomaba el semblante del duque, creyó tener permiso para entonar una escala de carcajadas

tan atroces, que hicieron temblar los vidrios de las ventanas.

El duque, enteramente tranquilo con esta narración, hubiera abrazado de buena gana á Biscarrós, si éste hubiese sido gentilhombre. Nanón que estaba pálida como un cadáver, y con una sonrisa convulsiva y glacial en sus labios, escuchaba cada palabra del posadero con esa ansiedad voraz que impulsa á los celosos á beber á bocanadas y hasta las heces el veneno que les mata.

— ¿ Pero en qué os fundáis para creer, dijo Nanón, que ese pequeño hidalgo es una mujer; que el señor de Canolles está enamorado de ella, y que recorre la carretera en su busca, y no por fastidio y por capricho?

— ¿ En qué me fundo? respondió Biscarrós, que anhelaba hacer entrar la convicción en el corazón de sus oyentes; escuchad, voy á deciroslo.

— Sí, decidnoslo, mi amigo, repuso el duque; me parecéis muy divertido.

— ¡ Monseñor es demasiado bueno! dijo Biscarrós. Oid.

El duque puso toda su atención, y Nanón le escuchó apretando los puños.

— Yo no recelaba nada, y habia creído de buena fé que el caballerito rubio era un hombre, cuando hasta aquí que me encuentro al señor Canolles en medio de la escalera, con la bujía en la mano izquierda, y en la derecha un guante chiquito, que examinaba y olía apasionadamente.

— ¡ Oh! ¡ oh! ¡ oh! prorrumpió el duque, cuyo contento se dilataba á proporción que iba cesando de temer por sí.

— ¡ n guante! repitió Nanón, tratando de acordarse si por casualidad habia dejado alguno en poder de un

caballero. ¿Un guante, así como éste? concluyó mostrando al posadero uno de los suyos.

— No tal, dijo Biscarrós, un guante de hombre.

— ¡Un guante de hombre! ¡El señor de Canolles mirar y oler apasionadamente un guante de hombre! ¡Estáis loco!

— No; porque aquel guante era del hidalgo, del lindo caballero rubio, que no bebía ni comía, y tenía miedo de andar de noche: un guante muy pequeñito en que apenas habría cabido la mano de la señora, aunque tiene por cierto una mano muy mona.

Nanón lanzó un grito sordo e imperceptible, como si hubiera sido herida por un dardo invisible.

— Creo, monseñor, dijo ella haciendo un violento esfuerzo, que tenéis los datos suficientes, y que sabéis ya todo cuanto deseabais.

Y con los labios trémulos, los dientes comprimidos y la mirada fija, mostró con el dedo la puerta a Biscarrós, que al observar en el semblante de la joven aquellas señales de cólera, de que nada comprendía, permanecía con la boca abierta y los ojos espantados.

— Si la ausencia de este hidalgo, dijo él para sí, es un infortunio tan estremado, su regreso sería una felicidad inmensa. Más vale lisonjear á este noble señor con una dulce esperanza, á fin de darle un buen apetito.

En virtud de esta reflexión, Biscarrós adoptó un aspecto más agradable, y avanzando su pierna derecha un paso con un movimiento lleno de gracia, dijo:

— Al fin, el caballero se ha ido; pero de un momento á otro puede volver.

El duque se sonrió al oír esta salida, y dijo:

— ¿Por qué no ha de volver? Acaso esté ya de vuelta. Id á verlo, Maese Biscarrós, y traedme la respuesta.

— Pero, ¿y el desayuno? dijo con viveza Nanón. Yo me muero de hambre.

— Tenéis razón, contestó el duque, irá Courtauvaux.

— Courtauvaux, venid acá: — id al parador de Maese Biscarrós, y ved si ha vuelto el señor barón de Canolles. Si no está allí, preguntad, informaos, buscadle por los alrededores; pues tengo gusto en desayunarme con ese caballero.

Courtauvaux salió; y Biscarrós, que observaba el silencio embarazoso de los dos personajes, trató de poner en juego un nuevo expediente.

— ¿No veis que la señora os hace señas de que os retiréis? dijo Francineta.

— ¡Un momento! ¡un momento! exclamó el duque: ¿dónde tenéis la cabeza, mi querida Nanón? ¡y el desayuno! Yo estoy también lo mismo que vos; me devora el hambre. — Tomad, Maese Biscarrós, estos seis luises para que los juntéis con los otros: esto es en pago de la agradable historia que nos acabáis de referir.

Después mandó al historiador hacer lugar al cocinero; y debemos decirlo, Maese Biscarrós no brilló menos en el segundo empleo que lo había hecho en el primero.

Entretanto, Nanón había reflexionado y abrazado de una ojeada toda la situación en que la había colocado la narración de Maese Biscarrós: ¿esta narración era exacta? y en resumidas cuentas, dado caso que lo fuese, ¿no era digno de excusa Canolles? Con efecto, ¿qué decepción más cruel podía darse para un valiente hidalgo como él, que aquella cita burlada, y que afrenta comparable al espionaje del duque de Eperón, y á la necesidad impuesta de asistir, por decirlo así, al triunfo de su rival? — Nanón estaba tan prendada de él, que atribuyendo su fuga á un raptó de celos, no sólo le disculpó,

sino que le compadeció, congratulándose al mismo tiempo de ser amada lo bastante para haber provocado por su parte aquella pequeña venganza. Pero también era menester ante todo cortar el mal en su origen, era preciso impedir el progreso de este amor naciente.

Una reflexión terrible se presentó en aquel momento en la imaginación de Nanón, á cuyo influjo creyó ser anonadada la pobre joven.

¿Si sería una cita este encuentro de Canolles con el pequeño hidalgo!

Peró no, esto era un disparate, puesto que el joven esperaba á un caballero con bigotes, y habia tratado á Canolles con aspereza, y aun el mismo Canolles no habia podido reconocer el sexo del desconocido sino por el pequeño guante encontrado casualmente.

No obstante, era preciso oponerse á los intentos de Canolles.

Entonces, armándose de toda su energia, se dirigió al duque, que acababa de despedir á Biscarrós abrumado de cumplimientos y de encargos.

— ¿Qué desgracia, señor! le dijo: ¿ese loco de Canolles se vé privado por su aturdimiento del honor que tratábais de dispensarle! Si no se hubiese marchado, estaba asegurado su porvenir; y por haberlo hecho, tal vez lo pierde todo.

— Ya, respondió [el duque; pero si le encontramos....

— ¡Oh! no haya miedo, dijo Nanón: si se trata de una mujer, no habrá vuelto.

— ¿Y qué queréis que yo le remedie, querida? respondió el duque; la juventud es la edad de los placeres: él es joven, y no puede menos de divertirse.

— Pero yo, dijo Nanón, yo que soy más razonable que

él, sería de opinión que le fuese turbado algún tanto ese gozo intempestivo.

— ¡Ah! ¡hermana cruel! exclamó el duque.

— Tal vez me aborrecerá por el momento, continuó Nanón, pero de seguro me lo agradecerá más tarde.

— Pues bien, veamos; ¿tenéis un plan? Si lo tenéis, sólo deseo saberlo para adoptarlo.

— Sin duda.

— Decid pues.

— ¿No queréis enviarle á llevar una noticia importante á la reina?

— Sin duda; ¡pero si no ha vuelto!

— Haced que le sigan, y puesto que él vá por la carretera de Paris, ese camino lleva adelantado.

— ¡Pardiez! tenéis razón.

— Dejadme á mí ese encargo, y Canolles recibirá la orden de esta noche á mañana lo más tarde. Os respondo de ello.

— ¿Pero á quién vais á enviar?

— ¿Necesitais á Courtauvaux?

— ¿Yo? para nada.

— Entonces, permitidme que le envíe con mis instrucciones.

— ¡Oh! qué cabeza tan diplomática: vos avanzaríais mucho, Nanón.

— Permanecer eternamente bajo la educación de tan buen maestro, respondió Nanón, es lo único que ambiciono.

Y echó su brazo al cuello del viejo duque, que saltaba de gozo.

— ¿Qué chuscada tan deliciosa vamos á jugar á nuestro Celedonio! dijo ella.

— Será digno de oirse referir, mi querida.

— En verdad que deseara seguirlo yo misma por ver el gesto que pondrá al recibir el mensaje.

— Por desgracia, ó más bien felizmente, es eso imposible, y os veis precisada á permanecer á mi lado.

— Si, pero no perdamos tiempo. Vamos, duque, escribid vuestra orden, y poned á mi disposición á Courtauvaux.

El duque tomó la pluma, y escribió sobre una cuartilla de papel estas dos solas palabras:

« Burdeos-no. »

Y firmó.

Después escribió sobre la cubierta de este lacónico escrito la dirección siguiente:

« Á Su Majestad la reina Ana de Austria, regente de Francia: »

Nanón por su parte escribió dos líneas, que después de habérselas enseñado al duque, las puso con el otro papel; y en las cuales decía:

« Mi querido barón, como veis, el despacho adjunto es para S. M. la reina. ¡ Llevadle sin dilación, por vuestra vida, pues se trata de la salud del reino ! »

» Vuestra buena hermana.

» NANÓN. »

Apenas concluido este billete, se sintió en lo hondo de la escalera un ruido precipitado de pasos; y Courtauvaux subiendo rápidamente, abrió la puerta y se presentó con el semblante envejecido como portador de una noticia que sabe se espera con impaciencia.

— Ahí está el señor de Canollas, á quien he encontrado á cien pasos de aquí, dijo el picador.

El duque lanzó una exclamación de alegre sorpresa, —

Nanón palideció y se abalanzó hacia la puerta murmurando:

— ¡ Está escrito que no lo he de evitar !

En este momento apareció á la puerta un nuevo personaje, vestido con un traje magnífico, el sombrero en la mano, y sonriendo del modo más gracioso.

Los dos hermanos

Un rayo que hubiera caído á los pies de Nanón, no le habría causado mayor sorpresa que la que experimentó á esta aparición inesperada, ni probablemente le habría arrancado una exclamación más dolorosa que la que á su pesar se escapó de sus labios.

— ¡ Él ! exclamó.

— Sin duda, mi amable hermanita, respondió una voz enteramente apacible. — ¡ Pero perdonad, continuó el dueño de aquella voz reparando en el duque de Epernon; perdonad ! ; tal vez es importuno !

Y saludó profundamente al gobernador de la Guiena, que le acogió con un gesto de benevolencia.

— ¡ Cauviñac ! murmuró Nanón, pero tan bajo, que más bien fué pronunciado este nombre con el corazón que con los labios.

— Muy bien venido, señor de Canolles, dijo el duque con el gesto más placentero del mundo : vuestra hermana y yo no hemos hecho otra cosa que hablar de vos desde anoche, y desde anoche deseábamos veros.

— ¡ Ah ! ; deseabais verme ! ; de veras ? dijo Cauviñac dirigiendo á Nanón una mirada llena de cierta expresión indefinible de ironía y de duda.

— Si, dijo Nanón : el señor duque ha tenido la bondad de desear que le fueseis presentado.

— Sólo el temor de ser importuno, monseñor, dijo Cauviñac inclinándose ante el duque, me ha impedido reclamar antes este honor.

— En efecto, barón, dijo el duque, yo he admirado vuestra delicadeza, y os tengo que reñir por lo mismo.

— ¡ Á mí, monseñor ! ; reñirme por mi delicadeza ! ¡ Ah ! ; ah !

— Sí : porque si vuestra buena hermana no hubiese cuidado de vuestros intereses...

— ¡ Ah ! dijo Cauviñac dirigiendo á Nanón una mirada de elocuente reproche : ¡ ah ! ; mi buena hermana ha cuidado de los intereses de... su señor ?.....

— ¡ Hermano ! dijo con viveza Nanón ; ¿ qué cosa más natural ?

— Y aun hoy mismo, ¿ á qué le debo el placer de veros ?

— Sí, dijo Cauviñac, ¿ á qué le debéis el placer de verme, monseñor ?

— ¡ Es claro ! ; á la casualidad ! á la simple casualidad, que ha hecho volváis.

— ¡ Ah ! exclamó Cauviñac en su interior ; es decir que yo había partido.

— ¡ Sí, habíais partido, mal hermano ! y sin avisármelo más que con dos letras, que sólo han aumentado mi inquietud

— ¡ Qué queréis, mi querida Nanón ! es menester disimular algo á los enamorados, dijo el duque sonriendo.

— ¡ Oh ! ; oh ! esto se complica, dijo para sí Cauviñac. Según parece estoy enamorado.

— Vamos, dijo Nanón, confesad que lo sois.

— No lo negaré, no, replicó Cauviñac con sonrisa de triunfo inquiriendo con avidez la verdad en las miradas

de los otros, para con la ayuda de algunos indicios poder confeccionar una mentira de á folio.

— Sí, sí, dijo el duque, pero almorcemos, si os place, y nos contaréis almorzando vuestros amores, barón. — Francineta, un cubierto para el señor barón de Canolles.

— Aun no os habréis desayunado, ¿es verdad, capitán?

— No, monseñor; y confieso francamente que el aire fresco de la mañana me ha despertado prodigiosamente el apetito.

— Decid más bien el de la noche, mal bicho, dijo el duque, porque desde ayer parece que corréis la posta.

— ¡Á fé mía! es extraño, se dijo Cauviñac por lo bajo, el cuñado ha teaido buen acierto. — ¡Pues bien! no me opongo; sea desde la noche....

— ¡Vamos! dijo el duque dando el brazo á Nanón, y pasando al comedor seguido de Cauviñac; aquí tenéis, si no me engaño, con qué hacer frente á vuestro apetito, por muy bueno que sea.

En efecto, Biscarrós se había excedido: los manjares no eran numerosos, pero sí exquisitos y succulentos. El vino rubio de la Guiena y el encendido de Borgoña se desprendían de las botellas sobre las copas como perlas de oro y cascadas de rubies.

Cauviñac devoraba.

— Este mocito trabaja con buenos ánimos, dijo el duque; ¿y vos, Nanón, no coméis?

— No tengo apetito, monseñor.

— ¡Esta hermana tan querida! exclamó Cauviñac. Vamos cuando pienso que el placer de verme le ha quitado el apetito, en verdad, ¡yo no quisiera que me amase hasta ese extremo!

— Vaya, este aloncito, Nanón, dijo el duque.

— Para mi hermano, monseñor, para mi hermano, dijo

la joven, que veía desocuparse el plato de Cauviñac con una rapidez portentosa, y que temía ver reproducirse sus pullas después de desaparecer los manjares.

Cauviñac tendió su plato con una sonrisa de extremo reconocimiento. El duque puso el alón en el plato, y Cauviñac lo volvió delante de sí.

— ¿Qué nos decís de bueno, Canolles? dijo el duque con una familiaridad que pareció á Cauviñac de muy buen agüero. — Parece que os agrada que no se hable ya de amores.

— Nada de eso, todo lo contrario, hablad, monseñor, hablad, no os contengáis, dijo el joven, á quien el medoc y el chambertin, combinado por medio de dosis sucesivas é iguales, empezaban á hacerle soltar la lengua.

— ¡Oh! monseñor es muy diestro en punto á thamas, dijo Nanón.

— Podemos hacerle entrar en el capítulo del hidalguito, dijo el duque.

— Sí, añadió Nanón, del hidalguito que encontrasteis anoche.

— ¡Ah! sí, en el camino, dijo Cauviñac.

— Y posteriormente en el parador de Maese Biscarrós, añadió el duque.

— ¡Y posteriormente en el parador de Maese Biscarrós! repuso Cauviñac; tenéis razón.

— ¿Según eso, le habéis encontrado realmente? preguntó Nanón.

— ¡Al hidalguito!

— Sí.

— ¿Cómo era? Veamos, decidnoslo con franqueza.

— ¡Oh! sin reparo, repuso Cauviñac: era un lindísimo jovencito, rubio, esbelto, elegante, y viajaba con una especie de escudero.

— El mismo, dijo Nanón mordiéndose los labios.

— ¿Y os habéis enamorado?

— ¿De quién?

— Del hidalgo rubio, esbelto y elegante.

— ¡Bah! monseñor, dijo Cauviñac, que estaba á punto de rasgar el velo que le cubría. ¿Qué queréis decir?

— ¿Conserváis aun sobre vuestro corazón el guantecito gris-perla? continuó el duque, riendo con sorna.

— ¿El guantecito gris-perla?

— Sí, aquel que oliais y besabais tan apasionadamente anoche.

Cauviñac no llegaba á comprender del todo.

— Aquel, en fin, que os hizo sospechar la astucia, la metamorfosis, decía el duque, recargando su acento sobre cada sílaba.

Cauviñac acabó de comprenderlo todo á esta sola palabra.

— ¡Ah! exclamó: ¿conque el hidalgo era una mujer? pues, señor, por mi honor que no lo habia sospechado.

— Sospecharlo, no: murmuró Nanón.

— Dadme de beber, hermana mia, dijo Cauviñac. No sé quién ha vaciado la botella que tengo á mi lado: lo cierto es que no tiene nada.

— ¡Vamos! ¡ vamos! dijo el duque, todo puede remediarse, una vez que el amor no le impide beber ni comer; así no padecerá la causa del rey.

— ¡Padecer la causa del rey! exclamó Cauviñac, ¡jamás! el servicio del rey es lo primero. ¡ Los negocios del rey son sagrados! Monseñor, ¡ á la salud de S. M.!

— ¿Se puede contar con vuestra lealtad, barón?

— ¿Con mi lealtad al rey?

— Sí.

— Ya lo creo, si se puede contar. ¡ Bah! me dejaria descuartizar por él, sin tardanza....

— Es muy natural, dijo Nanón, temiendo que en su entusiasmo producido por el medoc y el chambertín, no olvidase Cauviñac el personaje cuyo papel representaba para entrar en su propia individualidad: es muy natural, ¡ no sols, merced á las bondades del señor duque, capitán al servicio de Su Majestad.

— ¡ Oh! jamás lo olvidaré, dijo Cauviñac con visible emoción, y poniendo la mano sobre su pecho.

— Ya veremos, barón, ya veremos más adelante, dijo el duque.

— ¡ Gracias, monseñor, gracias!

— Todo quiere principio.

— Ciertamente.

— Sí, vos sois bastante tímido, mi joven amigo, repuso el duque de Eperón. Cuando necesitéis protección, recurrid á mi: ahora que ya es inútil andar con rodeos, y que no tenéis necesidad de ocultaros, una vez que ya sé que sois el hermano de Nanón....

— Monseñor, exclamó Cauviñac, en lo sucesivo recurriré á vos directamente.

— ¿ Me lo prometéis?

— Empeño mi palabra.

— Haréis perfectamente. — Esperad un poco, y vuestra hermana os enterará de lo que se trata, pues tiene una carta que confíaros de parte mia. Tal vez en lo interesante del mensaje que os confío está contenida vuestra fortuna. Tomad los consejos de vuestra hermana, joven, que es una gran cabeza, tiene un alma privilegiada y un corazón generoso. Amad á vuestra hermana, barón, y de este modo obtendréis mis más distinguidos favores.

— Monseñor, exclamó Cauviñac con entusiasmo, mi

hermana sabe hasta qué punto la quiero, y que mis deseos no son otros que de verla feliz, poderosa y... rica.

— Me agrada ese ardor, dijo el duque: quedaos, pues, con Nanón, mientras yo voy á ocuparme de cierto truhán. Y á propósito, barón, continuó el duque, tal vez podríais darme algunos indicios acerca de ese bandido.

— Con mucho gusto, dijo Cauviñac. Sólo falta que sepa de qué bandido me quiere hablar monseñor; hay tantos, especialmente en los tiempos que corremos.

— Tenéis razón; pero este es uno de los más osados que yo he conocido.

— ¡De veras! dijo Cauviñac.

— ¡Figuraos que ese miserable, en cambio de la carta que os escribió ayer vuestra hermana, y que había adquirido por medio de una infame violencia, me ha arrancado una firma en blanco!

— ¡Una firma en blanco! ¿De veras? ¿Pero qué interés podíais tener, preguntó con aire sencillo Cauviñac, en poseer esa carta de una hermana á su hermano?

— ¿Olvidáis que yo ignoraba este parentesco?

— ¡Ah! es cierto.

— Y que yo tuve la necesidad, perdonádmela, Nanón, continuó el duque tendiendo la mano á la joven; y que tuve la necesidad de estar celoso de vos.

— ¡Verdaderamente! ¡Celoso de mí! ¡Ah! Qué injusto habéis sido, monseñor!

— Quería, pues, preguntaros si teníais algunas sospechas, ó podéis darme algunos indicios de quién sea el que ha representado conmigo el papel de delator.

— No por cierto... Pero ya sabéis, monseñor, que semejantes acciones no quedan impunes, y algún día sabréis quién ha cometido ésta.

— ¡Oh! ciertamente, lo sabré algún día, dijo el

duque, y para ello tengo ya tomadas mis precauciones; pero habria estimado más saberlo en seguida.

— ¡Ah! repuso Cauviñac aplicando el oído. ¡Ah! ¿Tenéis tomadas ya vuestras precauciones, monseñor?

— Sí, sí; y mucha ha de ser la suerte del perillán, continuó el duque, si la firma en blanco no le sirve para colgarle.

— ¡Oh! dijo Cauviñac; ¿y como podréis distinguir esa firma de las demás que ponéis en vuestras órdenes, monseñor?

— Para eso le tengo hecha una señal.

— ¡Una señal!

— Sí, invisible para todos, pero que yo reconoceré con la ayuda de un procedimiento químico.

— ¡Tate, tate! dijo Cauviñac: es una de las cosas más ingeniosas lo que habéis hecho, monseñor; pero es menester procurar de que él no se recede de la trama.

— ¡Oh! no hay peligro: ¿quién se lo ha de decir?

— ¡Ah! es cierto, repuso Cauviñac; ni Nanón ni yo creo seamos capaces....

— Ni yo, dijo el duque.

— ¡Ni vos! tenéis mucha razón, monseñor. Algún día llegaréis á saber quién es ese hombre, y entonces....

— Y entonces, como mi palabra no estará empeñada, pues que ya habrá sido satisfecho su deseo en cambio de la firma; entonces, digo, le haré colgar.

— ¡Amén! dijo Cauviñac.

— Mas ahora, continuó el duque, ya que no podéis darme ningunos indicios de ese truhán....

— No, monseñor, me es imposible.

— Pues bien, os dejo con vuestra hermana. Nanón, continuó el duque, dad á ese mocito las instrucciones necesarias, y sobre todo que no pierda el tiempo.

— Descuidad, monseñor.

— Entendedos los dos.

Y el duque hizo con su mano un saludo gracioso á Nanón y un gesto amistoso á su hermano, y bajó la escalera, habiendo prometido antes estar de vuelta probablemente durante el día.

Nanón acompañó al duque hasta la meseta de la escalera.

— ¡ Cuernos ! dijo Cauviñac ; ha hecho perfectamente el digno señor en prevenirme. ¡ Vamos, vamos, no es tan tonto como parece ! ¿ Pero qué haré yo con la firma en blanco ? ¡ Diabla ! lo que se hace con un billete : le daré de baja.

— Ahora, caballero, dijo Nanón entrando y cerrando la puerta ; ahora, como acaba de decir el duque de Eperón, entendámonos los dos.

— Sí, querida hermanita, respondió Cauviñac, nos entenderemos los dos, porque yo he venido únicamente por tener el gusto de hablar contigo ; ahora conviene sentarse.

— Ten la bondad de tomar asiento.

Y Cauviñac aproximó una silla á la suya, é hizo entender con la mano á Nanón que aquel asiento le estaba destinado.

Nanón se sentó con un ceño que no anunciaba nada bueno.

— ¿ Cómo es, dijo Nanón, que no estás donde debieras estar ?

— ¡ Ah ! queridita hermana, ¡ qué poco galante eres ! Si yo estuviera donde debo estar, no estaría aquí, y por consiguiente no tendrías el placer de verme.

— ¿ No habías deseado recibir las órdenes ?

— No, yo no : di más bien que las personas intere-

sadas en mi suerte, y tú particularmente, habéis deseado hacerme entrar en esa senda, pero yo jamás he tenido por la iglesia una vocación muy decidida.

— Sin embargo, tu educación ha sido enteramente religiosa.

— Sí, hermana mía, y yo creo haberla aprovechado, santamente.

— Fuera sacrilegio, señor mio ; no hay que burlarse con las cosas santas.

— No me burlo, querida hermanita : no hago más que referir la verdad. Escucha : tú me mandaste á seguir mis estudios con los hermanos mínimos de Angulema.

— Bien ; ¿ y qué ?

— Pues bien ; yo he hecho mis estudios. Sé el griego como Homero, el latín como Cicerón, y la teología como Juan Hus. Y no habiendo más que aprender entre aquellos dignos hermanos, salí de su poder, siempre siguiendo tus instrucciones, para ir á profesar en el convento de carmelitas de Ruán.

— Se te ha olvidado decir que yo te había prometido una renta anual de cien pistolas, y que he cumplido exactamente mi promesa. Cien pistolas para un carmelita, me parece que era más que suficiente.

— No lo niego, mi querida hermana ; pero so pretexto de que yo no era carmelita todavía, tan sólo el convento ha sido quien ha disfrutado constantemente de esta renta.

— Y aunque así fuese, al consagrarte á la iglesia, ¿ no habías hecho voto de pobreza ?

— Te juré, hermana mía, que si yo he hecho ese voto, lo he cumplido también. No hay nadie más pobre que yo.

— ¿ Pero cómo has salido del convento ?

— ¡ Ah ! te lo voy á decir. Lo mismo que Adán salió

del paraíso terrenal: la ciencia es la que me ha perdido, hermana mía: sabía yo demasiado.

— ¿Cómo sabías demasiado?

— Sí. Figúrate tú que entre los carmelitas, cuya reputación en nada se parece á la de Pic de la Mirándola, la de Erasmo y Descartes, pasaba yo por un prodigio de ciencia, se supone; de lo que resultó que cuando el señor duque de Longueville vino á Ruan con la pretensión de hacer que aquella ciudad se declarase á favor del parlamento, se me comisionó para ir á arengar á dicho señor, lo que ejecuté con términos tan elocuentes y escogidos, que el señor de Longueville se mostro, no sólo muy satisfecho de mi talento, sino que también me dijo si quería ser su secretario. Esto pasaba justamente cuando estaba ya próximo á pronunciar mis votos.

— Sí, ya me acuerdo; y no he olvidado que con pretexto de hacer tu despedida al mundo, me pedisteis cien pistolas, que te hice entregar en propia mano.

— Y las únicas que mis manos han tocado, á fé de hidalgo.

— Pero debíais renunciar al mundo.

— Sí, tal era mi intención; pero no ha sido la misma la de la Providencia, que sin duda tiene sus miras sobre mí, y lo ha dispuesto de otro modo por el conducto del señor de Longueville, y no ha querido que fuese fraile. Yo me he conformado con la voluntad de esa buena Providencia, y debo decirlo, no tengo de qué arrepentirme.

— ¿Según eso ya no eres religioso?

— No, al menos por ahora, querida hermana. No me atreveré á tener la osadía de decirte que no volveré á serlo algún día: porque ¿cuál es el hombre que puede decir hoy lo que le pasará mañana? — ¿No acaba de

fundar el señor de Rancé la orden de la Trapa? — Acaso haré yo lo mismo que el señor de Rancé inventando cualquiera orden nueva. Pero, por de pronto, me he lanzado á la guerra; y bien veis, que por algún tiempo, esto me ha hecho profano é impuro: con todo yo me purificaré en la primera ocasión.

— ¿Vos guerrero? dijo Nanón encogiéndose de hombros.

— ¿Por qué no? ¡Válgame Dios! No os diré que sea yo un Dunois, un Duqueslin, Bayardo, un caballero sin miedo y sin tacha. No, tengo el orgullo de decir que carezco de faltas que echarme en cara, ni preguntaré como el ilustre *condottieri* Esforzia, qué cosa es el miedo. Soy hombre, y como dice Plauto: *Homo sum et nihil humanum a me alienum puto*; lo que quiere decir: Soy hombre, y no juzgo extraño á mí nada de cuanto es humano. — Yo tengo miedo, como lo es permitido tenerlo á todo hombre; lo que no me impide ser valiente cuando llega la ocasión. Manejo, cuando me veo precisado, la espada y la pistola con bastante destreza; pero mi verdadera inclinación, mi vocación decidida, es la diplomacia, ya ves: y ó mucho me equivoco, mi querida Nanón, ó con el tiempo llegaré á ser un gran político: ¡es una hermosa carrera la política! ¡Mira el señor de Mazarino, si no le cuelgan, á dónde podrá llegar! Pues bien, yo soy como el señor de Mazarino; y como á él, uno de mis temores, y el mayor sin duda, es el de ser colgado. Felizmente tú estás aquí, querida Nanón, y esto me da una firme confianza.

— ¿Conque eres hombre de armas?

— Y hombre de corazón, cuando es menester. ¡Oh! mi permanencia al lado del señor de Longueville me ha servido de mucho.

- ¿Y qué has aprendido á su lado?
- Lo que se aprende cerca de los príncipes: á guerrear, á intrigar, á ser traidor.
- ¿Y eso te ha conducido?... .
- Á la posición más elevada.
- Posición que has tardado poco en perder.
- ¡Qué diablos! el señor de Condé también ha perdido la suya. Nadie es dueño de los sucesos. — ¡Querida hermana! ¡Tal como aquí me ves, he gobernado á Paris!
- ¡Tú!
- ¡Sí, yo!
- ¿Por cuánto tiempo?
- Una hora y tres cuartos, reloj en mano.
- ¿Tú has gobernado á Paris?
- En jefe.
- ¿Cómo ha sido eso?
- De una manera muy sencilla. Ya sabes que el señor coadjutor, el señor de Gondy, abad de Gondy....
- Sí, bien.
- Era dueño absoluto de la ciudad. Pues bien, en aquellos momentos estaba yo bajo las órdenes del señor duque de Elbeuf. Este señor es un príncipe Loreno, y no es nada vergonzoso depender de él. Mas conviene saber que el señor de Elbeuf era enemigo del coadjutor; y yo promoví un motín á favor del de Elbeuf: esta insurrección me elevó por poco tiempo á la cumbre del poder; pero desgraciadamente el señor de Elbeuf no tardó en avenirse con el coadjutor, siendo yo la víctima del tratado que hicieron entre sí: en tal caso me vi precisado á entrar al servicio del señor de Mazarino; pero el señor de Mazarino es un hombre inútil; de suerte que como sus recompensas no eran proporcionadas á mis ser-

vicios, acepté la oferta que se me hizo de emprender una nueva asonada en honra del consejero Broussel, cuyo fin era el de nombrar Canciller al señor Seguir. Pero mis gentes fueron torpes, y no le acogotaron más que á medias. En medio de esta zarracina me vi amenazado de un gran peligro. El señor de la Meilleraie me disparó un pistoletazo casi á quemarropa; pero afortunadamente me eché á tierra con tiempo, pasando de este modo la bala por encima de mi cabeza, y el ilustre mariscal sólo consiguió matar á una vieja.

— ¡Qué cadena de horrores! exclamó Nanón.

— ¡Cómo ha de ser, querida hermana! Son percances de la guerra civil.

— Ahora comprendo cómo un hombre capaz de tales cosas se ha atrevido á hacer lo que tú hiciste ayer.

— ¿Y qué hice? preguntó Cauviñac con el aire más cándido del mundo. ¿Á qué me atreví?

— ¡Has tenido la audacia de engañar en su cara á un personaje tan ilustre como el señor duque de Epernon! Pero lo que aun no puedo comprender, lo que jamás hubiera llegado á pensar, lo confieso, es que un hermano, colmado de mis beneficios, haya concebido friamente el proyecto de perder á su hermana.

— ¡Perder á mi hermana!... ¿yo? dijo Cauviñac.

— ¡Sí, tú! replicó Nanón. ¿Era preciso que yo escuchara el relato que acabas de hacerme, y que prueba que eres capaz de todo, para reconocer la letra de este billete? ¡Mira! ¿Negarás que esta carta anónima está escrita por tí?

Y Nanón indignada le mostró á su hermano la carta de delación que el duque le había entregado la noche anterior.

Cauviñac la leyó sin alterarse.

— Y bien, dijo por último, ¿qué tienes que decir de esa carta? ¿La encuentras, acaso, mal redactada? Si esto fuera, lo sentiría por tí; pues sólo probaría que no entiendes ni una jota de literatura.

— No se trata de su redacción, señor mío, se trata del hecho. ¿Eres tú ó no quien ha escrito esta carta?

— Yo he sido, yo, sin duda alguna. Si hubiese tratado de negar el hecho, habría desfigurado la letra, pero era inútil; jamás he tenido intención de ocultarme á tus ojos, y además yo quería que reconocieses que la carta era mía.

— ¡Oh! prorrumpió Nanón con un gesto de horror; ¡y lo confiesas!

— Este es un rasgo de humildad, querida hermana, si; y es menester que te lo diga de una vez: he sido impulsado por una especie de venganza.

— ¡De venganza!

— Sí, muy natural.

— ¡Venganza contra mí, desdichado! ¡Piensa bien en lo que dices! ¿Qué mal te he hecho yo para que concibas tu alma la idea de vengarte de mí?

— ¿Me preguntas lo que has hecho? ¡Ah! Nanón, ponte en mi lugar. Yo dejé á Paris, porque tenia allí muchos enemigos; esta es la desgracia de todos los hombres políticos. Acudo á ti implorando tu protección; ¿recuerdas esto? Recibiste tres cartas; y no podrás decir que te era desconocida la letra, pues era exactamente la misma del billete anónimo, y además de esto, las cartas iban firmadas. En ellas te pedía cien miserables pistolas, ¡cien pistolas! á ti que tienes millones. Esto era una miseria; pero bien sabes que esta es la cantidad que acostumbro pedirte. Sin embargo, mi hermana me rechaza; me presento en su casa, y no sólo me la niegan,

sino que soy despedido. Entonces, dije yo para mí, tal vez se halle apurada, y esta es la ocasión de probarla que sus beneficios no han ido á parar á las manos de un ingrato; ó acaso no goza de completa libertad, y siendo así es perdonable. Ya ves que mi corazón trataba de disculparte; pero como es natural, me informé, y supe, no sólo que mi hermana era libre y feliz, sino rica, muy rica, y que un tal barón de Canolles, un extraño, usurpaba mis privilegios y obtenia la protección que se me debía á mí. Entonces, lo confieso, los celos me trastornaron la cabeza.

— Di mejor la codicia. ¿Qué te importaba que tuviese yo relaciones con el barón de Canolles?

— Á mi nada; ni menos habria soñado en inquietarme, si hubieras continuado tus relaciones conmigo.

— ¿Sabes que si yo dijera al señor de Eperón una sola palabra, si le confesara sin rodeos quien tú eres, estabas perdido?

— Ciertamente.

— Tú mismo, no hace mucho, has oido de su propia boca cuál es la suerte que le espera al que le ha arrebatado esa firma en blanco.

— No me hables de eso: al oírle me he estremecido hasta la médula de mis huesos, y bien he necesitado todo el poder que tengo sobre mí para no hacerme traición.

— ¿Y no tiemblas, tú que sin embargo confiesas que no desconoces el miedo?

— No, porque esa declaración probaria que el señor de Canolles no es tu hermano; y entonces, siendo dirigidas á un extraño las palabras de tu carta, tomaban un significado poco favorable. Más vale, créeme, haber hecho sin rodeos una confesión como la que acabas de hacer, ingrata, por no decir ciega. Te conozco bastante

para darte este último renombre; por consiguiente, debes considerar cuántas ventajas previstas por mí han resultado por mis afanes. Poco hace te encontrabas terriblemente comprometida, y temblabas de ver llegar al señor de Canolles, que no estando prevenido, se habría embrollado horriblemente en la intriga de esa novelita de familia: mi presencia, por el contrario, lo ha salvado todo. Tu hermano ya no es un misterio: el señor de Epernon le ha adoptado, y debo decirlo, con bastante galantería. Ahora ya no tiene el hermano necesidad de ocultarse, porque es de casa: de aquí puede nacer la seguridad en la correspondencia, citas exteriores é interiores, con tal que el hermano de cabellos y ojos negros no lleve su imprudencia hasta el extremo de presentarse cara á cara al duque de Epernon. — Una capa se parece á otra capa, como un hueyo á otro, ¿qué diablos! Y cuando el señor de Epernon vea salir una capa de tu casa, ¿quién podrá decirle si es ó no la capa de un hermano? He aquí como puedes ser tan libre como el aire.

— Sólo para hacerte un obsequio me he despojado de mi nombre de bautismo, y sacrifico mi libertad tomando el de Canolles; sacrificio que deberías agradecerme y recompensarme.

Á este flujo de palabras, hijo de una avilantez increíble, Nanón petrificada no encontraba razones que oponer; y Cauviñac, aprovechándose de esta victoria conseguida por asalto, continuó:

— Además, querida hermanita, ya que nos vemos reunidos, después de tan larga ausencia, ya que al cabo de tantos reveses nos volvemos á ver, confiesa que de aquí en adelante vas á dormir tranquila, merced á la seguridad que el amor colocará sobre tí. Vas á vivir tan pacífica como si toda la Guiana te adorase, lo que no es cierto,

como sabes; pero será preciso que pase por donde nosotros queramos. En efecto, yo me instalo en tu casa, el señor duque de Epernon me hace coronel, y en vez de seis hombres, tengo dos mil á mis órdenes. Con estos dos mil hombres reprodazco los doce trabajos de Hércules; se me nombra duque y par: la señora de Epernon muere, el señor de Epernon se casa contigo.....

— Antes de todo eso, dos cosas, dijo Nanón con brevedad.

— ¿Cuáles, querida hermana? Habla, ya te escucho.

— La primera, que devuelvas esa firma en blanco al duque, sin cuyo requisito serás colgado: bien has oído la sentencia de su propia boca; y la segunda que salgas de aquí en este momento, si no quieres mi perdición: sé que esto no te importaría, pero te perderas conmigo; y esta es una razón, según creo, para que tomes mi pérdida en consideración.

— Dos respuestas, señora mía: esa firma en blanco es propiedad mía, y tú no puedes oponerte á que yo me deje colgar, si ese es mi gusto.

— ¿Poco se perdiera!

— ¿Gracias! Pero no llegará el caso, tranquilízate. Ya te he manifestado desde luego mi repugnancia hacia ese género de muerte; pero guardo mi firma, á no ser que tengas el capricho de quererme comprar, en cuyo caso, podremos hacer el trato.

— No me hace falta. Las firmas en blanco soy yo quien las da.

— ¿Dichosa Nanón!

— ¿Conque la guardas?

— Sí.

— ¿Á riesgo de lo que te pueda suceder?

— Nada temas, tengo en qué emplearla. En cuanto á

retirarme, no esperes que cometa yo tan grande falta, estando el duque de por medio. Hay más, en tu deseo de desembarazarte de mí, has olvidado una cosa.

— ¿Cuál?

— Esa comisión importante de que me ha hablado el duque, y que debe hacer mi fortuna.

Nanón palideció.

— Pero desgraciado, dijo, ¿ignoras que esa comisión no está destinada para ti? ¿No sabes que abusar de tu posición sería un crimen, y un crimen que tarde ó temprano encontraría su castigo?

— Por eso no quiero yo abusar. Sólo deseo usar: ya ves.

— Además, en la comisión se designa al señor de Canolles.

— Y bien, ¿acaso no me llamo yo barón de Canolles?

— Sí, pero en la corte no sólo es conocido por el nombre, sino también por su fisonomía. El señor de Canolles ha estado en la corte muchas veces.

— Por fin, esa es una razón que conviene: esta es la primera que me das, y ya ves cómo me rindo á ella.

— Además, que allí encontrarías tus enemigos políticos, dijo Nanón, y tal vez, aunque bajo diferente aspecto, no sea tu fisonomía menos conocida que la de Canolles.

— ¡Oh! eso no era un obstáculo si, conforme ha dicho el duque, la comisión tiene por objeto hacer un gran servicio á la Francia. El mensaje abriría camino al mensajero. Además, un servicio de esta importancia lo allana todo, y la amnistía de lo pasado es siempre la condición primera de las conversiones políticas. Así, pues, querida hermana, créeme, no estás tú en el caso de imponerme tus condiciones, sino yo en el de proponerte las mías.

— Veamos, ¿cuáles son?

— Desde luego, como te decía hace poco, la primera que se establece en todo tratado, es decir, amnistía general.

— ¿Es eso todo?

— Después el saldo de nuestras cuentas.

— ¿Eso quiere decir que te debo alguna cosa?

— Me debes las cien pistolas que te había pedido, y que me rehusaste con tanta inhumanidad.

— Aquí tienes doscientas.

— ¡Eh, buena! ya te reconozco, Nanón.

— Pero con una condición.

— ¿Cuál?

— Que repararás el mal que has causado.

— Nada más justo. ¿Y qué tengo que hacer?

— Vas á montar á caballo, y á emprender el camino de París, hasta que encuentres al barón de Canolles.

— ¿Entonces pierdo su nombre?

— Se lo devuelves.

— ¿Y qué debo decirle?

— Debes entregarle esta orden que ves aquí, y asegurarte de que parte en seguida para cumplimentarla.

— ¿Y nada más?

— Nada más.

— ¿Es menester que sepa quién yo soy?

— Por el contrario, es muy importante que lo ignore.

— ¡Ah! ¡Nanón! ¿Te avergüenzas de tenerme por hermano?

Nanón reflexionó un momento sin responder; y después dijo:

— Pero ¿cómo me convenceré de que desempeñas exactamente mi comisión? Si hubiera para ti alguna cosa sagrada, te exigiría un juramento.

— Puedes hacer otra cosa.

— ¿Qué?

— Prometerme otras cien pistolas para después de terminada la comisión.

— Nanón se encogió de hombros, y dijo:

— Negocio concluido.

— Está bien. No quiero exigirte un juramento, pues me basta tu palabra. Por consiguiente, no hablemos más; cien pistolas á la persona que te entregue de mi parte el recibo del señor de Canolles.

— Sí; pero hablas de un tercero. ¿Tratas acaso de no volver?

— ¡Quién sabe! Á mí también me llama un negocio á las inmediaciones de Paris.

Nanón dejó escapar un movimiento involuntario de alegría.

— ¡Ah! dijo Cauviñac, no está eso muy en el orden; pero no importa, querida, la mano; sin rencor, eso sí.

— Sin rencor; pero á caballo.

— Á caballo, sí, ahora mismo: el tiempo necesario para beber el trago de despedida.

Cauviñac echó en su copa el resto de la botella de Chambertin, saludó á su hermana con una cortesía llena de gracia, y montando á caballo, al cabo de un instante desapareció entre una nube de polvo.

VII

A un miedoso otro mayor

Empezábase á ver la luna por Oriente, cuando el vizconde, acompañado del fiel Pompeyo, salió del parador de Maese Biscarrós, emprendiendo el camino de Paris.

Habrian andado próximamente una legua y media, durante la cual el vizconde se entregó todo á sus reflexiones, cuando se volvió á su escudero, que iba gravemente arrellanado en su silla á tres pasos de distancia detrás del caballo de su amo.

— Pompeyo, preguntó el joven, tenéis por casualidad mi guante de la mano derecha?

— Que yo sepa, no, señor, contestó Pompeyo.

— ¿Qué hacéis con vuestra maleta?

— Estoy mirando si vá bien atada, y apretando las correas, no sea que suene. El sonido del oro es peligroso, señor, y atrae malos encuentros, sobre todo de noche.

— Está muy bien hecho, Pompeyo, repuso el vizconde, y me gusta veros tan cuidadoso y prudente.

— Son cualidades muy naturales en un soldado viejo, señor vizconde, y cualidades que se avienen admirablemente con el valor; sin embargo, como el valor y la temeridad no son una misma cosa, confieso que siento mucho no haya podido acompañarnos Richón, porque veinte mil libras son difíciles de guardar, sobre todo en tiempos tan borrascosos como los que alcanzamos.

— Puedes hacer otra cosa.

— ¿Qué?

— Prometerme otras cien pistolas para después de terminada la comisión.

— Nanón se encogió de hombros, y dijo:

— Negocio concluido.

— Está bien. No quiero exigirte un juramento, pues me basta tu palabra. Por consiguiente, no hablemos más; cien pistolas á la persona que te entregue de mi parte el recibo del señor de Canolles.

— Sí; pero hablas de un tercero. ¿Tratas acaso de no volver?

— ¡Quién sabe! Á mí también me llama un negocio á las inmediaciones de Paris.

Nanón dejó escapar un movimiento involuntario de alegría.

— ¡Ah! dijo Cauviñac, no está eso muy en el orden; pero no importa, querida, la mano; sin rencor, eso sí.

— Sin rencor; pero á caballo.

— Á caballo, sí, ahora mismo: el tiempo necesario para beber el trago de despedida.

Cauviñac echó en su copa el resto de la botella de Chambertin, saludó á su hermana con una cortesía llena de gracia, y montando á caballo, al cabo de un instante desapareció entre una nube de polvo.

VII

A un miedoso otro mayor

Empezábase á ver la luna por Oriente, cuando el vizconde, acompañado del fiel Pompeyo, salió del parador de Maese Biscarrós, emprendiendo el camino de Paris.

Habrian andado próximamente una legua y media, durante la cual el vizconde se entregó todo á sus reflexiones, cuando se volvió á su escudero, que iba gravemente arrellanado en su silla á tres pasos de distancia detrás del caballo de su amo.

— Pompeyo, preguntó el joven, tenéis por casualidad mi guante de la mano derecha?

— Que yo sepa, no, señor, contestó Pompeyo.

— ¿Qué hacéis con vuestra maleta?

— Estoy mirando si vá bien atada, y apretando las correas, no sea que suene. El sonido del oro es peligroso, señor, y atrae malos encuentros, sobre todo de noche.

— Está muy bien hecho, Pompeyo, repuso el vizconde, y me gusta veros tan cuidadoso y prudente.

— Son cualidades muy naturales en un soldado viejo, señor vizconde, y cualidades que se avienen admirablemente con el valor; sin embargo, como el valor y la temeridad no son una misma cosa, confieso que siento mucho no haya podido acompañarnos Richón, porque veinte mil libras son difíciles de guardar, sobre todo en tiempos tan borrascosos como los que alcanzamos.

— Lo que decís, Pompeyo, está muy puesto en razón, y soy de vuestro mismo parecer.

— También me atrevería á decir, continuó Pompeyo, animado en su miedo por la aprobación del vizconde, que es muy imprudente aventurarse como lo hacemos nosotros. Esperad un poco, si os agrada, revistaré mi mosquetón.

— ¿Y bien, Pompeyo!

— La rueda está en buen estado, y el que quisiera detenernos pasaría un mal rato. ¡Oh! ¡oh! ¿qué es lo que veo allá abajo?

— ¿Dónde?

— Delante de nosotros; á unos cien pasos, hacia nuestra derecha; mirad, en esta dirección.

— Es cierto, veo una cosa blanca.

— ¡Oh! dijo Pompeyo, blanca; algún convoy quizás. Por mi honor que quisiera ganar esa haya de la izquierda; en términos de guerra se llama esto atrincherarse: sí, atrincherémonos, señor vizconde.

— Si es un convoy, será escoltado por los soldados del rey, Pompeyo; y los soldados del rey no hacen daño á los caminantes.

— Desengañaos, señor vizconde, desengañaos: no se oye hablar, por el contrario, más que de bandidos que se encubren bajo el uniforme de S. M. para cometer mil ropelías, unas peores que otras, y no hace mucho que enrodaron en Burdeos á dos ligeros de á caballo que... Yo creo que reconozco el uniforme de los ligeros, señor vizconde.

— El uniforme de los ligeros es azul, y el que vemos es blanco.

— Sí; pero se suelen poner una blusa sobre el uniforme, y eso es lo que hablan hecho los miserables que

enrodaron en Burdeos. Mirad, me parece que gesticulan fuerte, y amenazan; esa es su táctica, ¿veis? señor vizconde: ellos se ocultan de ese modo en el camino, y con la carabina á la cara obligan al viajero desde lejos á soltar la bolsa.

— Pero, mi buen Pompeyo, dijo el vizconde, que aunque muy aterrado por su parte conservaba su presencia de ánimo, si nos llegan á amenazar desde lejos con su carabina, haced lo mismo con la vuestra.

— Sí, pero como no me vean, dijo Pompeyo, mi demostración sería inútil.

— Si no os ven, no pueden tampoco amenazaros, me parece.

— Vos no entendéis de guerra, replicó el escudero de mal humor. Aquí me vá á pasar lo mismo que en Corbja.

— No debemos esperar tal cosa, Pompeyo; porque si mal no me acuerdo, fué en Corbja donde salisteis herido.

— Sí, y una herida terrible. Estaba al servicio del señor de Cambes, que no dejaba de ser un temerario. Híamos una noche patrullando para reconocer el lugar en que había de darse la batalla, cuando vemos un convoy. Le aconsejé que no la echase de valiente; pero ése se obstina y parte derecho hacia el convoy. Vuelvo la espalda despechado, y en este momento una maldita bala... Vizconde, seamos prudentes.

— Seamos prudentes, Pompeyo, no deseo otra cosa. Pero me parece que no se mueven.

— Habrán olfateado su presa. Escuchemos.

Felizmente para ellos, los dos viajeros no tuvieron que escuchar largo rato. Pasado un instante, la luna salió de entre una nube negra, cuyos bordes plateaba, é iluminó con su esplendor el espacio, haciéndoles ver á unos cincuenta pasos de los dos viajeros, dos ó tres camisas que

estaban con las mangas extendidas y puestas á secar detrás de una haya.

Este era el convoy que había recordado á Pompeyo su fatal patrulla de Corbia.

— El vizconde soltó una carcajada y metió espuelas á su caballo, mientras que Pompeyo le seguía exclamando:

— ¡ Qué felicidad que no haya yo seguido mi primera inspiración! Ya iba á enviar una bala en esa dirección, y hubiera sido una quijotada. ¡ Ved ahí, vizconde, para lo que sirven la prudencia y la experiencia de la guerra!

Siempre después de las grandes emociones hay un intervalo de reposo; y pasado el susto de las camisas, los viajeros caminaron dos leguas con bastante tranquilidad. El tiempo era magnífico, la sombra descendía extensa y negra como el ébano de la cumbre de un bosque, y cubría uno de los lados del camino.

— No me gusta del todo la claridad de la luna, dijo Pompeyo. Cuando á uno se le vé de lejos, se expone á ser cogido desprevenido. Y siempre he oído decir á la gente de guerra, que dos hombres que se buscan, no favorece la luna jamás sino á uno solo. Nosotros vamos recibiendo la luz de lleno, y esto es una imprudencia, señor vizconde.

— Pues bien, pasemos á la sombra, Pompeyo.

— Si; pero si hubiese hombres emboscados en la ladera de este bosque, iríamos sencillamente á meternos en la jaula... En campaña nunca debe uno acercarse á un bosque sin haberle antes reconocido. Por desgracia, repuso el vizconde, no tenemos batidores. ¿ No es así como se les denomina á los que reconocen los bosques, mi valiente Pompeyo?

— Es cierto, murmuró el escudero. Diablos de Richón; ¿ por qué no habrá venido? le hubiéramos enviado á la

vanguardia, mientras que nosotros formábamos el cuerpo del ejército.

— Y bien, Pompeyo, ¿ qué decidimos? ¿ Nos estamos á la luz de la luna, ó pasamos á la sombra?

— Pasemos á la sombra, señor vizconde: esto es lo más prudente, según creo.

— Pasemos á la sombra.

— Tenéis miedo, ¿ no es así, señor vizconde?

— No, os lo juro, querido Pompeyo.

— Hariais muy mal en tenerle, estando yo aquí para lo que ocurra. Si yo estuviera solo, entendedís, me importarían poco los acontecimientos, porque ya se sabe que un veterano no teme á Dios ni al diablo; pero vos sois un compañero tan difícil de guardar como el tesoro que traigo á la grupa; y á la verdad, me asusta esta doble responsabilidad. — ¡ Ah! ¿ Qué sombra negra es aquella que se vé allá abajo? Esta vez se mueve.

— No hay duda, dijo el vizconde.

— Ved lo que es estar en la oscuridad: nosotros vemos al enemigo, y él no nos vé á nosotros. ¿ No os parece que ese malaventurado trae un mosquete?

— Si; pero es un hombre solo, Pompeyo, y nosotros somos dos.

— Señor vizconde, á los que caminan solos son á los que hay que temer, porque la soledad indica los caracteres resueltos. El famoso barón de Andreis, caminaba siempre solo. ¡ Ay! me parece que nos mira: va tirar; bajaos.

— Pompeyo, si no hace más que cambiar de hombro su mosquete.

— No importa, bajémonos de cualquier modo, esa es la costumbre; y resistamos el fuego cubiertos con el arzón.

— Pero, Pompeyo, ¿ no veis que él no tira?

— No tira, dijo el escudero enderezándose; ¡ bueno! tendrá miedo, y nuestros resueltos ademanes le habrán intimidado. ¡ Ah! tiene miedo; entonces dejadme hablarle, y habladle vos después de mi ahuecando la voz.

La sombra continuaba aproximándose.

— ¡ Hola! amigo, ¿ quién sois? gritó Pompeyo.

La sombra se detuvo con movimiento de terror demasiado visible.

— Gritadle ahora, dijo Pompeyo.

— Es inútil, contestó el vizconde; el pobre diablo tiene demasiado miedo.

— ¡ Ah! tiene miedo, dijo Pompeyo apuntándole con el mosquete.

— ¡ Piedad, señor! dijo el hombre cayendo de rodillas; ¡ piedad! soy un pobre revendedor, que hace ocho días no he vendido ni un pañuelo de bolsillo, y no llevo un cuarto.

Lo que Pompeyo había creído que era mosquete, era tan sólo la vara con que el pobre diablo media sus géneros.

— Sabed, buen amigo, dijo con arrogancia Pompeyo, que no somos ladrones, sino gente de guerra, que viajamos de noche porque no tenemos miedo á nadie; seguid, pues, tranquilamente vuestro camino, que estáis en libertad.

— Tomad, amigo, este medio doblón, añadió con voz dulce el vizconde en pago del miedo que os hemos causado, y que Dios os acompañe.

El vizconde dió con su manecita blanca medio doblón al pobre diablo, que se alejó dando gracias al cielo por el feliz encuentro que había tenido.

— Habéis obrado mal, señor vizconde, muy mal, dijo Pompeyo cuando hubieron andado unos veinte pasos.

— ¡ Mal! ¿ En qué?

— En dar medio doblón á ese hombre. De noche nó conviene manifestar jamás que se tiene dinero; ¿ no habéis observado que la primera exclamación de ese canalla fué decir que no llevaba un cuarto consigo?

— Es verdad, dijo el vizconde sonriendo; pero ese es un canalla, como decís, al paso que nosotros somos gente de guerra que nada tememos.

— Entre temer y desconfiar, señor vizconde, hay tanta distancia como entre el miedo y la prudencia. Y nó es prudente, lo repito, hacer ver que se tiene dinero, á un desconocido que se encuentra en una carretera.

— ¿ Pero cuando el desconocido va solo y sin armas?

— Puede pertenecer á una cuadrilla armada, y ser sólo un espía enviado delante para reconocer el terreno; puede volver con masas de gente, ¿ y qué queréis que dos hombres solos hagan, por valientes que sean, contra las masas?

Esta vez reconoció el vizconde la verdad de la reconvección que le hacía Pompeyo; ó acaso por abreviar el discurso pareció darse por vencido, á tiempo que llegaron á la orilla del riachuelo de Saya, cerca de San Ginés.

No habiendo puente, era preciso pasarle á vado.

Entonces Pompeyo explicó al vizconde una sabia teoría sobre el paso de los ríos; pero como una teoría no es un puente, fué necesario, á pesar de la larga explicación, pasarlo á vado.

Afortunadamente no era el río muy hondo, pero este incidente fué una nueva prueba para el vizconde; pues vistas las cosas de noche y de lejos son más formidables que vistas de cerca.

El vizconde empezaba á tranquilizarse realmente, cooperando á este fin lo adelantado de la noche, pues solo

faltaba una hora para que asomase el día; pero al encontrarse en medio del bosque que rodea á Marsas, los dos viajeros se detuvieron súbitamente, porque en efecto, acababan de oír á lo lejos detrás de ellos, el galope de muchos caballos.

Al mismo tiempo los suyos levantaron la cabeza, y el uno de ellos relinchó.

— Esta vez, dijo Pompeyo con voz ahogada, asiendo la brida del caballo de su amo; esta vez, señor vizconde, espero que os portéis con un poco de docilidad, y abandonéis el resultado á la experiencia de un antiguo soldado. Siento una tropa de gente á caballo que nos persigue. ¡ Veis! esa es la partida del falso mercader; bien os lo habia dicho, ¡ imprudente! Vamos, aquí de nada serviría un aparente valor: salvemos nuestras vidas y nuestro dinero por medio de la fuga, que á veces es este también un medio de vencer; Horacio trató de huir....

— Pues bien, huyamos, Pompeyo, dijo el vizconde temblando.

Pompeyo picó á los dos caballos: el suyo, excelente bicho rodado, arrancó bajo el influjo del acicate, con un celo que inflamó el ardor del caballo árabe del vizconde, y ambos á porfia se lanzaron como un rayo sobre el arrecife, del que salían vivas centellas al choque de sus herraduras.

Esta carrera duró poco más de media hora; pero lejos de ganar terreno, pareció á los dos fugitivos que sus enemigos se les acercaban.

De pronto salió una voz del seno de las tinieblas, voz, que mezclada al silbido producido por el viento que los dos caballeros hendían, asemejaba á una lúgubre amenaza de los espíritus de la noche.

Esta voz hizo erizar sobre su cabeza los cabellos grises de Pompeyo.

— ¡ Gritan, deteneos! murmuró: ¡ gritan, deteneos!

— Y bien, ¿ paramos? preguntó el vizconde.

— ¡ Todo lo contrario! exclamó Pompeyo; redoblemos la marcha, si es posible. ¡ Adelante! ¡ adelante!

— Si, si, ¡ adelante! ¡ adelante! contestó el vizconde, tan espantado esta vez como su defensor.

— ¡ Mucho avanzan! decía Pompeyo, ¿ los oís?

— ¡ Ay! si.

— Son más de treinta: atended, nos llaman aún. ¡ Somos perdidos!

— Reventemos los caballos, si es preciso, dijo el vizconde más muerto que vivo.

— ¡ Vizconde, vizconde! gritaba la voz, ¡ parad, parad! ¡ para, viejo villano!

— Ese es alguno que nos conoce, alguno que sabe que llevamos dinero á la princesa, y está enterado de que conspiramos: ¡ ay! vamos á ser descuartizados vivos.

— ¡ Deteneos! deteneos! continuaba la voz.

— Gritan que se nos detenga, dijo Pompeyo; tienen gente avanzada: ¡ estamos cercados!

— ¡ No pudiéramos dar de lado, por el campo, y dejar pasar á los que nos persiguen?

— No es mala idea, dijo Pompeyo. Vamos.

Los dos caballeros hicieron sentir á la vez la brida y la rodilla á sus monturas, que giraron á la izquierda: el caballo del vizconde, hábilmente educado, saltó el foso; pero el de Pompeyo, más pesado, tomó poco trecho, la tierra se desmoronó bajo el peso del cuarto trasero, y cayó arrastrando al jinete en su caída. El pobre escudero lanzó un grito de profunda desesperación.

El vizconde, que se había ya internado cincuenta pasos en el campo, oyó aquel grito de agonía, y aunque muy asustado, volvió grupa, y vino adonde estaba su compañero.

— ¡Favor! gritaba Pompeyo. ¡Capitulemos! yo me rindo: pertenezco á la casa de Cambes.

Una gran carcajada contestó sólo á esta lamentable apelación; y llegando el vizconde en este momento, vió á Pompeyo abrazado al estribo del vencedor, que con voz entrecortada por la risa, trataba de tranquilizarle.

— ¡El señor barón de Canolles! exclamó el vizconde.

— ¡El mismo, voto á Judas! — Vaya, vizconde, no está en el orden hacer correr así á quien viene á buscaros.

— ¡El señor barón de Canolles! repuso Pompeyo, dudando aun de su fortuna. ¡El señor barón de Canolles y Castorin!

— ¡Si! señor Pompeyo, dijo Castorin, empujándose sobre sus estribos para mirar por encima de la espalda de su amo, que riendo se había echado de pecho sobre el arzón de su silla. ¿Qué hacéis, pues, en ese hoyo?

— ¡Ya lo veis! dijo Pompeyo. ¡Mi caballo se ha rendido en el momento en que teniéndos por enemigos trataba de atrincherarme, á fin de oponer una fuerte defensa!

— Señor vizconde, continuó Pompeyo levantándose y sacudiéndose, es el señor de Canolles.

— ¿Cómo, caballero, vos aquí? murmuró el vizconde, dejando entrever contra su voluntad una especie de alegría en su entonación.

— Si, á fé mia, respondió Canolles, mirando al vizconde con una tenacidad que se explica por el hallazgo del guante. Iba á morir de fastidio en aquella posada; Richón acababa de abandonarme después de haberme ganado mi dinero: supe que habíais partido por el

camino de París; afortunadamente yo tenía que hacer en esta misma dirección, y me puse inmediatamente en camino para reunirme con vos, aunque no dudaba que para alcanzaros me era necesario desempedrar el arrecife. ¡Cáspita! ¡mi buen hidalgo, sois un caballero como hay pocos!

El vizconde sonrió balbuceando algunas palabras.

— Castorin, continuó Canolles, ayudad al señor Pompeyo á que se coloque en la silla. Ya veis que á pesar de su habilidad le cuesta trabajo volver á montar.

Castorin se bajó, y ayudó á Pompeyo, que con su auxilio consiguió recobrar su antiguo asiento.

— Y ahora, dijo el vizconde, continuemos la marcha, si os place.

— Esperad un momento, dijo Pompeyo lleno de embaraço, un momento, señor vizconde; me parece que me falta alguna cosa.

— Ya lo creo, dijo el vizconde; os falta la maleta.

— ¡Ay, Dios mío! dijo Pompeyo fingiendo una grande admiración.

— ¡Miserable! exclamó el vizconde, habréis perdido...

— No puedo estar lejos, señor, respondió Pompeyo.

— ¿No es esta? preguntó Castorin, recogiendo el objeto nombrado; y levantándole con trabajo.

— Justamente, dijo el vizconde.

— Justamente, exclamó Pompeyo.

— No es culpa suya, dijo Canolles, queriendo conquistarse la amistad del viejo escudero; en su caída, se habrán roto las correas y se habrá desatado la maleta.

— Las correas no están rotas sino cortadas, señor; dijo Castorin. ¡Mirad!

— ¡Oh! ¡oh! señor Pompeyo, dijo Canolles, ¿qué quiere decir esto?

— Esto quiere decir, repuso severamente el vizconde, que en su temor de ser perseguido por los ladrones, el señor Pompeyo habrá cortado diestramente la maleta, para sustraerse á la responsabilidad de tesorero. ¿Cómo se llama este ardid en términos militares, señor Pompeyo?

Pompeyo trató de escusarse, diciendo que habia sacado imprudentemente su cuchillo de monte; pero como no pudo dar una explicación suficiente, hubo de quedar á los ojos del vizconde con la tacha de haber querido sacrificar la maleta á su seguridad personal.

Canolles fué mejor componedor.

— Bueno, bueno, dijo, ya está esto visto; pero volad á atar la maleta.

— Castorin, ayudad al señor Pompeyo; teniais razón, Maese Pompeyo, en temer á los ladrones, pues la mochila parece bastante pesada, y sería de buena presa.

— No os chancéis, señor, dijo Pompeyo estremeciéndose: toda burla nocturna es equívoca.

— Tenéis razón, Pompeyo, mucha razón, continuó Canolles; por eso quiero serviros de escolta á vos y al vizconde: un refuerzo de dos hombres no creo que deje de seros útil.

— No por cierto, exclamó Pompeyo: en el número estriba la seguridad.

— Y vos, vizconde, ¿qué pensáis de mi ofrecimiento? dijo Canolles al ver que el vizconde no acogia su oferta voluntaria con tanto entusiasmo como su escudero.

— Yo, caballero, dijo el vizconde, reconozco en esto vuestra generosidad habitual, y os lo agradezco sinceramente; pero no seguimos ambos el mismo camino, y temeria haceros mala obra.

— ¿Cómo! dijo Canolles desconcertado, al ver que

iba á reproducirse en la carretera la lucha de la posada; ¿cómo es eso que no seguimos el mismo camino? ¿No vais á....

— Á Chantilly, se apresuró Pompeyo á decir, temblando ya á la idea de continuar su viaje sin más compañía que el vizconde.

Este hizo un gesto de impaciencia marcadísimo; y si hubiera sido de día, se habría visto subir á sus mejillas el color encendido de la cólera.

— ¡Bah! exclamó Canolles, sin parecer aparcibirse de la furibunda mirada que el vizconde fulminaba al pobre Pompeyo. En ese caso justamente Chantilly es mi camino. Yo voy á París; ó más bien, repuso vivamente riendo, si he de decir la verdad, no tengo que hacer é ignoro á dónde voy; de modo que si vais á París, á París voy; si vais á Lyon, yo también; si á Marsella, hace ya bastante tiempo que tengo vivos deseos de ver la Provenza, é iré á Marsella. Y últimamente, si queréis ir á Stenay, donde está el ejército de S. M., vamos á Stenay. Aunque nacido en el Mediodía, siempre he tenido una especie de predilección por el Norte.

— Caballero, repuso el vizconde con cierta firmeza, debida sin duda á la irritación que le habia causado Pompeyo; es necesario deciros que viajo sin acompañamiento, por asuntos personales de la más alta importancia, por motivos del todo serios, y dispensadme si os digo que si insistis, me veré precisado contra mi voluntad, á confesaros que me estorbáis el paso.

Á no ser por el recuerdo del pequeño guante que Canolles tenía oculto sobre su pecho entre el justillo y la camisa, habria estallado la cólera del barón, vivo é impetuoso como un Gascón; sin embargo se contuvo, y contestó más seriamente:

— Caballero, jamás he oído decir que la carretera perteneciera más particularmente á una persona que á otra. Justamente se le nombra, si no me equivoco, camino real, en prueba de que todos los súbditos de S. M. tienen un derecho igual á servirse de él. Voy, pues, por el camino real sin intención alguna de estorbaros, y antes bien, mi intento ha sido el de prestaros apoyo, porque sois joven, débil y carecéis de defensa. No creía tener cara de saltador, pero una vez que os declaráis de esta suerte, sufriré la pena de pasar por malcarado. Perdonad, pues, mi importunidad, caballero: estoy á vuestras órdenes. Buen viaje.

Y haciendo dar una ligera vuelta á su caballo, después de haber saludado al vizconde, pasó al otro lado del camino, á donde le siguió Castorín, de hecho, y Pompeyo, de intención.

Manejó Canolles esta escena con tan graciosa política, con una acción tan seductora, y descubriendo bajo su sombrero una frente tan pura, sombreada por cabellos tan sedosos y negros, que el vizconde se sintió menos interesado de su proceder que de su noble fisonomía. Como hemos dicho, se había alejado; Castorín le seguía derecho y firme sobre sus estribos. Pompeyo, que había quedado en el otro lado del camino, lanzaba unos suspiros capaces de partir las piedras; cuando el vizconde, que había hecho numerosas reflexiones, aligeró por su parte el paso de su caballo, y reuniéndose á Canolles, que fingió no ver ni oír, con voz casi ininteligible le dijo estas dos palabras:

— ¡ Señor de Canolles!

Canolles se volvió estremecido: una fiebre de placer corrió por todas sus venas, pareciéndole que todos los músicos del cielo se reunían para darle un concierto divino.

— ¡ Vizconde! dijo él á su vez.

— ¡ Escuchad, caballero! respondió éste con voz dulce y suave; temo en verdad ser descortes con un hidalgo de vuestro mérito: perdonadme mi timidez. Mis padres me han educado con mis temores, nacidos de su cariño hacia mí. Perdonadme, os lo repito, no ha sido mi intención la de ofenderos; y en prueba de nuestra sincera reconciliación, permitidme caminar á vuestro lado.

— ¿ Cómo así? exclamó Canolles; ¿ queréis que os diga cien veces, mil, que no os conservo rencor alguno? Y en prueba de ello....

Esto diciendo, le tendió la mano, en la cual se posó, ó mejor dicho, se deslizó una mano fina, ligera y fugitiva como la espalda de un canario.

El resto de la noche se pasó en locas habladerías de parte del barón. El vizconde le escuchaba sin perder palabra, y algunas veces riendo.

Detrás venían los dos criados: Pompeyo le explicaba á Castorín cómo se había perdido la batalla de Corbia, cuando pudiera haberse ganado, si no se hubiese omitido el llamarle al consejo que se celebrara aquella mañana.

— ¿ Y cómo habéis concluido vuestro asunto con el duque de Eperón? dijo el vizconde á Canolles cuando asomaron los primeros albores del día.

— No ha sido la cosa difícil, respondió Canolles. Después de vuestro aviso, vizconde, él era quien tenía que habérselas conmigo, no yo con él: ó se habrá causado de esperarme y habrá tomado las de villadiego, ó tal vez se habrá mantenido terco y estará esperándome todavía.

— ¡ Pero y la señorita de Lartigues! añadió el vizconde con una ligera duda....

— La señorita de Lartigues, vizconde, no puede á la vez encontrarse en su casa con el señor de Eperón y en

el *Becerro de Oro* conmigo. Es menester no exigir imposible de las mujeres.

— Eso no es responder, barón; y os pregunto cómo es que estando tan enamorado de la señorita de Lartigues, os habéis decidido á separaros de ella.

Canolles miró al vizconde con ojos ya demasiado perspicaces, porque era de día, y no ocultaba el semblante del joven más sombra que la de su sombrero.

Sintióse entonces con vivísimos deseos de contestar como pensaba; pero Pompeyo, Castorín, y el aire grave del vizconde, le detuvieron, y además de esto se le presentaba una duda.

— Si me engañase, si á pesar de este pequeño guante y de esa mano chiquita fuese un hombre, ¿es verdad, decía, que habria para morir de vergüenza por mi equivocación?

Mordióse los labios, respondiendo á la pregunta del vizconde por una de esas sonrisas que lo dicen todo.

Detuviéronse en Barbezieux para desayunarse y dar algún descanso á los caballos. Canolles esta vez almorzó con el vizconde, y durante el desayuno tuvo tiempo de admirar aquella mano cuyo guante perfumado le habia causado una emoción tan viva. Además, le fué preciso al vizconde quitarse su sombrero al tiempo de ponerse á la mesa, y descubrir unos cabellos lisos tan hermosos y tan graciosamente distribuidos sobre una piel fina, que cualquiera otro que un hombre enamorado, y por consiguiente ya ciego, hubiera salido de su incertidumbre; pero Canolles temía mucho no prolongar, despertando, la duración de su hermoso sueño. Encontraba un no sé qué de delicioso en el incógnito del vizconde, que le permitía una porción de pequeñas familiaridades, que el completo reconocimiento ó el rendimiento más decidido le

hubieran sin duda negado. Así, pues, no dijo una sola palabra que pudiese hacer sospechar al vizconde que su incógnito estaba descubierto.

Después del desayuno pusieronse de nuevo en camino hasta la hora de comer. De tiempo en tiempo se extendía sobre el semblante del vizconde un tinte nacarado, producido por una fatiga que empezaba ya á no poder disimular, y se estremecía con ligeros calofrios, cuya causa le preguntaba Canolles amistosamente. Entonces el señor de Cambes se sonreía, y disimulaba su padecimiento proponiendo redoblar el paso: lo que rehusaba Canolles, diciéndole que era muy larga la caminata que tenían que hacer, y por consiguiente era preciso cuidar los caballos.

Después de comer sintió el vizconde alguna dificultad para levantarse. Canolles acudió precipitadamente á ayudarle.

— Tenéis mucha necesidad de reposo, mi joven amigo, dijo éste; una caminata seguida de este modo os mataria á la tercera jornada. Esta noche no caminaremos, sino por el contrario, dormiremos; yo deseo que descanséis bien, y para ello os cederé la mejor sala de la posada, aunque yo lo pase mal.

El vizconde miró á Pompeyo con aire tan acosado, que Canolles no pudo reprimir sus deseos de reír.

— Cuando se emprende, como nosotros ahora, un largo viaje, dijo Pompeyo, debería cada cual llevar su tienda.

— ¡Oh! Una tienda para cada dos, dijo Canolles con la mayor naturalidad; con eso bastaría.

El vizconde se estremeció desde los pies á la cabeza.

El tiro era acertado, y Canolles no pudo menos de observarlo. Con el ramo del ojo vió que el vizconde hacia

señaló á Pompeyo : éste se acercó á su amo, que le dirigió algunas palabras en voz baja, y bien pronto Pompeyo, bajo cualquier pretexto, les cogió la delantera y desapareció.

Hora y media después, al entrar en un poblachón grande, vieron los viajeros á Pompeyo en el umbral de una posada de buena apariencia.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! dijo Canolles, ¿ queréis que pasemos aquí la noche, señor vizconde ?

— Bueno, sí ; si os parece bien, barón.

— ¡ Perfectamente ! Yo quiero todo lo que vos queráis. Os he dicho que viajo sólo por gusto, cuando vos me habéis dicho que viajáis con motivo de vuestros asuntos. Sólo temo que no lo paséis muy bien en este pueblo miserable.

— ¡ Oh ! dijo el vizconde, una noche pronto se pasa.

Pararon, y Pompeyo, más pronto que Canolles, tuvo el estribo de su amo ; además que Canolles reflexionó que semejante atención sería ridícula de un hombre para otro hombre.

— Pronto, mi habitación, dijo el vizconde. En verdad que tenéis razón, señor de Canolles, continuó dirigiéndose á su compañero ; me siento verdaderamente muy fatigado.

— Vedla aquí, caballero, dijo la huéspeda enseñándole una sala baja bastante grande que caía sobre el patio, pero cuyas ventanas estaban enrejadas, y encima de la cual había los graneros de la casa.

— ¿ Y dónde está la mía ? dijo Canolles.

Al mismo tiempo sus ojos miraban con avidez una puerta contigua á la del vizconde, cuyo delgado tabique era un obstáculo muy débil contra una curiosidad tan excitada como la suya.

— ¿ La vuestra ? dijo la posadera ; venid por aquí, caballero, y os conduciré á ella.

Y sin parecer observar la emoción de Canolles, le llevó á la extremidad de un corredor exterior todo lleno de puertas, y separado de la sala del vizconde por un gran patio.

El vizconde había seguido con la vista la maniobra desde el umbral de su habitación.

— Ahora, dijo Canolles para sí, ya estoy seguro de mi empresa ; pero me he portado como un necio. Vamos, vamos, si pongo mala cara me pierdo sin remedio ; afectemos, pues, el aire más gracioso.

Y acercándose á la especie de balcón que formaba el corredor exterior, dijo :

— Buenas noches, querido vizconde : dormid bien, que bastante lo necesitáis. ¿ Queréis que os depierte yo mañana ? Pero no ; mejor será que me despertéis cuando os parezca. ¡ Ea, buenas noches !

— Buenas noches, barón, dijo el vizconde.

— Á propósito, continuó Canolles, ¿ no necesitáis nada ? ¿ Queréis que os envíe á Castorin para ayudaros á desnudar ?

— Gracias. Tengo á Pompeyo, que duerme en la sala inmediata.

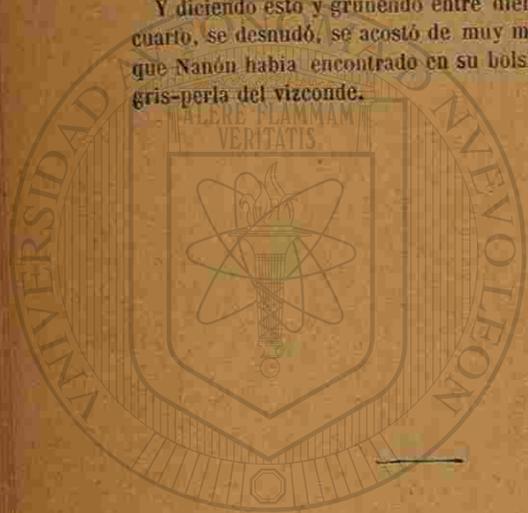
— Buena precaución ; lo mismo voy yo á hacer con Castorin. Medida de prudencia, ¿ no es así, Pompeyo ? Toda precaución es poca en una posada... Buena noche, vizconde.

El vizconde contestó con un saludo semejante, y cerró la puerta.

— Bueno, bueno, vizconde, murmuró Canolles ; mañana me tocará á mi preparar los alojamientos, y tomaré mi revancha. — Bien, continuó, corre hasta las cortinas ;

extiende un paño delante para interceptar hasta su sombra. ¡Cuerno! qué mocito más pudoroso es este diablo de hidalguito; pero me es igual... Ea, hasta mañana.

Y diciendo esto y gruñendo entre dientes, entró en su cuarto, se desnudó, se acostó de muy mala gana, y soñó que Nanón había encontrado en su bolsillo el guantecito gris-perla del vizconde.



VIII

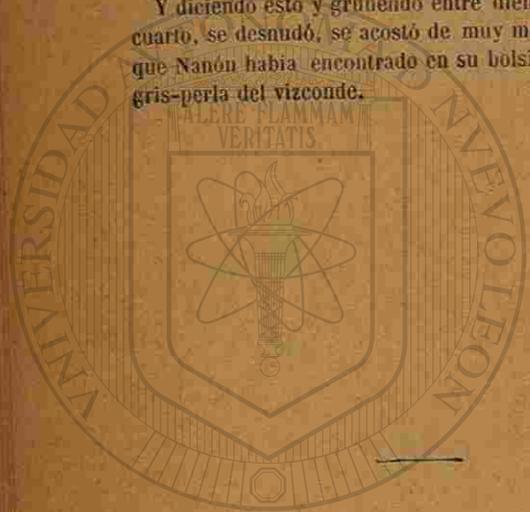
El cuarto con dos camas

El día siguiente estuvo Canolles de mejor humor aun que la vispera: el vizconde por su parte se entregaba también a una alegría más franca; y hasta el adusto Pompeyo se solazaba contando sus campañas á Castorín. Toda la mañana se pasó en chanzonetas de una y otra parte.

Mientras el desayuno, Canolles se escusó con el vizconde por tener que dejarle, según decía, para escribir una larga carta á uno de sus amigos que vivía allí cerca, y dijo además que tendría que hacer una vista á otro de sus amigos, cuya casa debía estar situada á tres ó cuatro leguas de Poitiers, casi á orillas del camino. Canolles se informó del paradero de este amigo, cuyo nombre dijo al posadero, y el cual le contestó, que poco más allá de la aldea de Jaulnay encontraría la casa de aquel amigo, y la reconocería por dos torrecillas. Entonces, como Castorín tenía que adelantarse á la pequeña caravana para llevar la carta, y como el mismo Canolles debía por su parte adelantarse también, suplicó al vizconde que designase con anticipación el punto adonde irían á dormir. El vizconde tendió la vista sobre un pequeño mapa que Pom-

extiende un paño delante para interceptar hasta su sombra. ¡Cuerno! qué mocito más pudoroso es este diablo de hidalguito; pero me es igual... Ea, hasta mañana.

Y diciendo esto y gruñendo entre dientes, entró en su cuarto, se desnudó, se acostó de muy mala gana, y soñó que Nanón había encontrado en su bolsillo el guantecito gris-perla del vizconde.



VIII

El cuarto con dos camas

El día siguiente estuvo Canolles de mejor humor aun que la vispera: el vizconde por su parte se entregaba también a una alegría más franca; y hasta el adusto Pompeyo se solazaba contando sus campañas á Castorín. Toda la mañana se pasó en chanzonetas de una y otra parte.

Mientras el desayuno, Canolles se escusó con el vizconde por tener que dejarle, según decía, para escribir una larga carta á uno de sus amigos que vivía allí cerca, y dijo además que tendría que hacer una vista á otro de sus amigos, cuya casa debía estar situada á tres ó cuatro leguas de Poitiers, casi á orillas del camino. Canolles se informó del paradero de este amigo, cuyo nombre dijo al posadero, y el cual le contestó, que poco más allá de la aldea de Jaulnay encontraría la casa de aquel amigo, y la reconocería por dos torrecillas. Entonces, como Castorín tenía que adelantarse á la pequeña caravana para llevar la carta, y como el mismo Canolles debía por su parte adelantarse también, suplicó al vizconde que designase con anticipación el punto adonde irían á dormir. El vizconde tendió la vista sobre un pequeño mapa que Pom-

peyo llevaba en su estuche, y propuso la aldea de Jaulnay. Canolles no hizo ninguna objeción, y llevó su perfi-dia hasta el punto de decir en alta voz:

— Pompeyo, si se os envía, como ayer, en calidad de aposentador, guardadme, si es posible, un cuarto junto al de vuestro amo, á fin de qdo podamos fácilmente hablar un poco.

El socarrón escudero trocó una mirada con el vizconde y se sonrió, determinado á no hacer nada de cuanto le decía Canolles. Castorin, que había recibido sus instrucciones anticipadamente, vino á tomar la carta, y recibió orden de incorporarse en Jaulnay.

No fué necesario designar posada, pues no había peligro de equivocarse, no teniendo Jaulnay otra que la del *Gran Carlos Martel*.

Pusieronse en camino, y á unos quinientos pasos de Poitiers, en cuyo pueblo habían comido, Castorin tomó un camino de travesía á la derecha. Caminaron aun poco más de dos horas, cuando Canolles reconociendo á su vez la casa de su amigo por las indicaciones tomadas, la mostró al vizconde, obtuvo su permiso, renovó á Pompeyo la recomendación de encargarse de su habitación, y tomó un camino de travesía á la izquierda.

El vizconde estaba ya completamente tranquilo: la escena de la víspera había pasado desapercibida, y había visto trascurrir el día sin la más ligera alusión; y por consiguiente no temiendo ya de parte de Canolles el menor obstáculo á su voluntad, desde el momento en que el barón vino á ser para él un simple compañero de viaje, bueno, alegre y espiritual, no deseaba otra cosa que terminar el viaje en su compañía. Así, pues, ya sea que el vizconde juzgase inútil la precaución, ora que no quisiese separarse de su escudero y quedar solo en el

camino, es lo cierto que Pompeyo no se adelantó como la tarde anterior.

Llegaron de noche á la aldea, en ocasión en que la lluvia caía á torrentes. Por fortuna encontraron una habitación bien caldeada. El vizconde, con el afán de mudarse de ropa, la tomó para sí, y encargó á Pompeyo que se ocupase de disponer el cuarto de Canolles.

— Ya está eso hecho, dijo el egoísta Pompeyo, ansioso de irse á acostar: la huéspedada ha prometido ocuparse de ello.

— Está bien. ¿ Mi neceser ?

— Ahí está.

— ¿ Mis perfumes ?

— Ahí están también.

— Gracias. ¿ En dónde dormís vos, Pompeyo ?

— Al extremo del corredor.

— ¿ Y si necesito llamar ?

— Aquí tenéis una campanilla: la huéspedada vendrá.

— Basta. — Cierra bien esta puerta, ¿ eh ?

— Su merced puede verlo.

— ¡ No tiene cerrojos !

— No, pero tiene una buena cerradura.

— Bueno. Me encerraré bien. — ¿ No hay otra entrada ?

— No, que yo sepa. Y tomando Pompeyo una bujía dió vuelta á la sala.

— Mirad si son firmes las ventanas.

— Tienen echadas las aldabas.

— Bien. Adiós, Pompeyo.

Pompeyo salió y el vizconde dió vuelta á la llave.

Una hora después, Castorin, que había llegado á la posada el primero, y ocupaba el cuarto inmediato al de

Pompeyo sin que éste lo supiese, salió de él de puntillas y fué á abrir la puerta á Canolles.

Este, con el corazón palpitando, se entró silenciosamente en la posada, dejando á cargo de Castorin el cuidado de cerrar la puerta, hizo que le mostrasen la habitación del vizconde, y subió.

El vizconde iba á meterse en la cama, cuando sintió pasos en el corredor.

Como ha podido observarse ya, el vizconde era bastante miedoso; así, pues, estos pasos le hicieron estremecer y se puso á escuchar con atención.

Los pasos se detuvieron delante de su puerta.

Pasado un segundo sintió llamar.

— ¿Quién está ahí? preguntó una voz tan aterrada, que no hubiera Canolles reconocido su acento, á no haber tenido ya muchas veces ocasión de estudiar las variaciones de aquella voz.

— ¡Yo! dijo Canolles.

— ¿Cómo vos? repuso la voz pasando del miedo al espanto.

— Sí. Figuraos, mi amigo, que no hay donde quedarse, no se encuentra ni sólo cuarto desocupado en toda la posada. Vuestro imbécil de Pompeyo no se ha acordado de mí. No hay en toda la aldea más posada que ésta; y como vuestro cuarto tiene dos camas.....

El vizconde tendió con terror la vista sobre los dos lechos gemelos colocados uno enfrente de otro en su alcoba, y separados por una tabla solamente.

— ¡Pues bien! ya comprendéis, continuó Canolles, que vengo á reclamar una. Abridme pronto, por piedad, que me muero de frío.

Oyóse entonces dentro de la sala mucho ruido como de

guitar muebles de en medio, el roce de vestidos y pasos precipitados.

— Sí, sí, barón, dijo la voz cada vez más azorada del vizconde; sí, ya voy; voy corriendo.

— Estoy esperando; pero por favor, querido amigo, daos prisa, si no queréis encontrarme helado.

— Disimulad; pero estaba ya durmiendo, y por eso.....

— ¿Sí? Pues me parecía que teniais luz.

— No: os habéis equivoado.

Acto continuo se apagó la luz: Canolles no volvió á suplicar.

— Ya voy... No encuentro la puerta, dijo el vizconde.

— Lo creo, contestó Canolles. Vuestra voz suena en el otro extremo de la sala... Por aquí.....

— ¡Ah! Es que ando buscando la campanilla para llamar á Pompeyo.

— Pompeyo está al otro extremo del corredor, y no os puede oír. Yo he procurado despertarle para advertirle de su descuido; pero ¡quia! imposible. Está dormido como un lirón.

— Entonces llamaré á la huéspeda.

— ¡Bah! La huéspeda ha cedido su cama á un viajero, y se ha ido á acostar al granero. No puede venir nadie, querido. Además, ¿para qué es llamar gente? Yo no necesito á nadie.

— Pero, ¿y yo?

— Vos me abris la puerta, que os lo agradeceré mucho, busco á tientas mi cama, me acuesto, y negocio concluido. Abridme, por Dios.

— Pero, en fin, dijo desesperado el vizconde, debe haber algunas habitaciones, aunque sea sin camas. Es imposible que no haya otro cuarto desocupado: llamemos y se verá allí.....

— Pero, querido vizconde, si han dado ya las diez y media. Vais á alborotar toda la posada ; se creerá que se ha pegado fuego á la casa, y este suceso va á hacer que nadie pueda dormir en toda la noche, lo que sería una triste gracia, porque yo me muero de sueño.

Estas últimas palabras parecieron tranquilizar un poco al vizconde. No tardaron en sentirse unos pasitos leves cerca de la puerta, que se abrió en seguida.

Canolles entró y cerró tras de sí la puerta. El vizconde, después de abrir, se había alejado precipitadamente.

Entonces el barón se encontró en una habitación casi á oscuras, porque los últimos tizones del hogar, próximos á extinguirse, despedían una luz muy escasa. La atmósfera era tibia y perfumada por todos esos olores que anuncian la más exquisita y esmerada atención de tocador.

— ¡ Ah ! ¡ Gracias, vizconde ! dijo Canolles, porque es lo cierto que se está mejor aquí que no en el corredor.

— ¿ Deseáis dormir, barón ? dijo el vizconde.

— ¡ Si, ciertamente ! Decidme dónde está mi cama, vos que conocéis mejor que yo el aposento, ó dejadme encender la bujía.

— ¡ No, no, es inútil ! dijo el vizconde con viveza. Vuestra cama está aquí, á la izquierda.

Como la izquierda del vizconde era la derecha del barón, éste se dirigió á la derecha, y encontró una ventana, junto á esta ventana una mesita, y sobre ella la campanilla que con tanto afán había buscado el vizconde. Se metió la campanilla en el bolsillo, por lo que pudiera ocurrir.

— ¿ Pero qué hacéis ? exclamó. Vamos, vizconde, estamos jugando á la gallina ciega, y á lo menos debierais gritarme *cú-cú*. ¿ Pero qué diablos rebuscáis así á oscuras ?

— Busco la campanilla para llamar á Pompeyo.

— ¿ Para qué diablos queréis á Pompeyo ?

— Quiero... quiero que haga una cama junto á la mía.

— ¿ Para quién ?

— Para él.

— ¡ Para él !... ¿ Qué estáis ahí diciendo, vizconde ?...

¡ Lacayos en vuestra habitación ! ¡ Vamos ! estoy conociendo que tenéis costumbres de una niña tímida. ¡ Quita... quita !... Somos ya bastante ercídos para defendernos nosotros mismos. No : dadme solamente la mano y guiadme hacia mi cama, que no acierto á encontrar por más que hago... ó si no... encenderemos la bujía.

— ¡ No, no, no ! gritó el vizconde.

— Pues ya que no queréis darme la mano, deberíais á lo menos echarme la punta de un hilo, porque estoy en un verdadero laberinto.

Adelantóse con los brazos abiertos hacia el lado en que había sentido la voz ; pero vió deslizarse por junto á él como una sombra, y sintió pasar una cosa parecida á un perfume. Entonces cerró los brazos ; pero semejante al Orfeo de Virgilio, no abrazó más que el aire.

— Ahí, ahí, dijo el vizconde desde el otro extremo de la habitación ; estáis tocando casi á vuestra cama.

— ¿Cuál de las dos es la mía ?

— ¡ Cualquiera ! Yo no me acostaré ya.

— ¿ Cómo ! ¿ No os acostáis ya ? dijo Canolles, volviéndose al escuchar esta palabra imprudente. ¿ Y qué vais á hacer ?

— Pasaré la noche en una silla.

— Vamos, dijo Canolles, era necesario que yo quisiera sufrir semejante niñería. ¡ Venid, vizconde, venid !

Y Canolles, guiado por un último destello de luz que

se desprendió del fogón, extinguiéndose en seguida, percibió al vizconde envuelto en su capa, y acurrucado en un ángulo entre la ventana y la cómoda.

Este destello no fué más que un relámpago, pero bastó para guiar al barón y hacer comprender al vizconde que estaba perdido. Canolles se dirigió derecho hacia él con los brazos extendidos; y aunque el cuarto había vuelto á quedar en la más profunda oscuridad, el pobre vizconde comprendió que esta vez no escaparía de las manos de su perseguidor.

— ¡ Barón ! barón ! balbuceó el joven, os suplico que no deis un paso más. No os mováis de ahí, barón ; si sois noble, no avancéis más.

Canolles se detuvo tan cerca del vizconde, que oía latir su corazón, y sentía el templado vapor de su aliento agitado. Al mismo tiempo pareció envolverle un perfume delicioso, embriagador, compuesto de todas las emanaciones que exhalan la juventud y la belleza, perfume mil veces más delicado que el de las flores, robándole toda posibilidad de obedecer al vizconde, aunque lo hubiera deseado hacer.

Sin embargo, permaneció un momento en su puesto con las manos extendidas hacia aquellas manos que le rechazaban adelantándose también, y conociendo que sólo faltaba hacer un pequeño movimiento para tocar aquel cuerpo delicioso, cuya esbelta flexibilidad había tenido ocasión de observar tantas veces durante dos días.

— ¡ Favor, favor ! murmuró el vizconde con una voz en que se empezaba á sentir mezclado al terror, cierto viso voluptuoso. ¡ Piedad ! y la voz expiró en sus labios. Canolles sintió aquel cuerpo delicado deslizarse sobre el enlosado y caer de rodillas.

Su pecho se dilató : en la voz que suplicaba había un

acento que le hizo comprender que estaba ya su adversario medio rendido.

Dió, pues, un paso más, extendió las manos, y tocó, juntas en ademán de súplica, las del joven, que no teniendo ya ni aun fuerza para lanzar un grito, dejó sentir un suspiro casi doloroso.

De pronto se oyó bajo la ventana el galope de un caballo, y no tardaron en oirse golpes precipitados á la puerta de la posada. Estos golpes fueron seguidos de gritos y rumores, repitiéndose alternativamente las voces y los golpes.

— ¿ El señor barón de Canolles ? gritaba la voz.

— ¡ Oh ! ¡ Gracias, Dios mío ! me he salvado, murmuró el joven.

— ¡ Mal tabardillo contra ese animal ! dijo Canolles. ¿ No podía venir mañana por la mañana ?

— ¡ El señor barón de Canolles ! gritaba la voz ; ¡ el señor barón de Canolles ! es necesario que le hable ahora mismo.

— Veamos : ¿ qué hay ? preguntó el barón, dando un paso atrás.

— Señor, señor, dijo Castorín á la puerta, preguntan por vos... se os busca.

— ¿ Pero quién ? ¡ Canalla !

— Un correo.

— ¿ De parte de quién ?

— De parte del señor duque de Eperón.

— ¿ Y qué me quiere ?

— Asunto del real servicio.

Á esta palabra mágica, que era preciso obedecer, abrió Canolles la puerta renegando, y bajó la escalera.

En este momento se oía roncár á Pompeyo.

El correo había ya entrado, y esperaba en una sala

baja, Canolles fué á buscarle, y leyó palideciendo la carta de Nanón: este correo habia partido cerca de diez horas después de Canolles, y no habia podido darle alcance, á pesar de toda su diligencia, hasta la segunda parada.

Algunas preguntas satisfechas por el mensajero no le dejaron duda á Canolles de la necesidad de hacer con prontitud el encargo que se le cometa. Leyó por segunda vez la carta, y la fórmula de *vuestra buena hermana* Nanón, y le hizo comprender lo que habia pasado, es decir, que la señorita de Lartigues se habia sincerado haciéndole pasar por su hermano.

Canolles le habia oído hablar á Nanón muchas veces en términos poco satisfactorios de aquel hermano, cuyo puesto habia él tomado; lo que no contribuyó poco al disgusto con que se prestaba á obedecer el mandato del duque.

— Está bien, dijo al mensajero, sin dar su crédito por él en la posada, ni ponerle su bolsa en las manos, cosa que no habria dejado de hacer en cualquiera otra ocasión. Está bien; decid á vuestro amo que me habéis alcanzado, y que he obedecido en el mismo instante.

— Y á la señorita de Lartigues, ¿no le digo nada?

— Sí; decidle que su hermano aprecia el sentimiento que la ha impulsado á obrar, y que le estoy agradecido.

— Castorín, ensillad los caballos.

Y sin decir nada más al mensajero, que quedó absorto con tan áspero recibimiento, Canolles subió de nuevo á la habitación del vizconde, y le encontró pálido, temblando y vestido ya. Dos bujías ardían sobre la chimenea.

Canolles dirigió la vista con muestras de profundo pesar sobre aquella alcoba, y especialmente sobre las dos camas iguales, una de las cuales mostraba los indi-

cios de una presión corta y ligera. El vizconde siguió aquella mirada con un sentimiento de pudor, que le hizo salir los colores á sus mejillas.

— Congratulaos, vizconde, dijo Canolles; ya estáis desembarazado de mí por todo el resto del viaje, pues parto en posta por el servicio del rey.

— ¿Y cuándo? preguntó el joven con voz aun poco tranquila.

— Ahora mismo. Voy á Mantes, donde, según parece, está la corte.

— ¡Id con Dios! pudo apenas responder el vizconde, dejándose caer sobre una silla sin atreverse á alzar los ojos hacia su compañero.

Canolles dió un paso hacia él.

— Es probable que no os vuelva á ver más, dijo éste con voz llena de emoción.

— ¿Quién sabe? dijo el vizconde probando á sonreír.

— Prometed sólo una cosa á un hombre que guardará eternamente vuestro recuerdo, dijo Canolles llevando la mano sobre su corazón, con una armonía de voz y acción que no dejaba dudar de su sinceridad.

— ¿Cuál?

— Que pensaréis alguna vez en él.

— Os lo prometo.

— Pero... sin ira.....

— Si.....

— Una prueba que corrobore esta promesa, dijo Canolles.

El vizconde le tendió la mano.

Canolles tomó aquella mano trémula, sin otra intención que de estrecharla entre las suyas; mas por un

movimiento más poderoso que su voluntad, la oprimió ardientemente con sus labios, y salió precipitadamente de la habitación murmurando :

— ¡ Ah ! ¡ Nanón ! ¡ Nanón ! ¡ Nunca podrás indemnizarme de lo que me haces perder !



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

IX

Las dos princesas

Acompañemos ahora á las princesas de la casa de Condé en el destierro de Chantilly, que Richón pintó al vizconde con tan pavorosos colores.

Bajo de hermosas calles de castaños salpicados de una nevada de flores sobre alfombras de blando césped que se extiende hasta unos azulados estanques, se agita sin cesar una turba de paseantes, que rien, platican y cantan. De trecho en trecho en medio de los arbustos se ven perdidas entre olas de verdor algunas personas leyendo, de quienes no se vé distintamente más que la página blanca que devoran, y que regularmente pertenece bien á la *Cleopatra* del señor la Calprenede, bien á la *Astrea* del señor d'Urfé, ó bien al *Gran Ciro* de la señorita de Scudery: en el fondo de las bóvedas de madreSelva y clemátida, se oyen los sonidos acordes de los laúdes y el canto de voces invisibles. Últimamente, por la gran calle que conduce al castillo, se vé pasar de tiempo en tiempo con la rápidez del relámpago, un caballero que conduce una orden con urgencia.

Entretanto tres mujeres vestidas de raso, seguidas á cierta distancia por escuderos mudos y respetuosos, se pasean por el terraplén con gravedad y ademanes llenos de ceremonia y majestad: la de en medio es una señora

movimiento más poderoso que su voluntad, la oprimió ardientemente con sus labios, y salió precipitadamente de la habitación murmurando :

— ¡ Ah ! ¡ Nanón ! ¡ Nanón ! ¡ Nunca podrás indemnizarme de lo que me haces perder !



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

IX

Las dos princesas

Acompañemos ahora á las princesas de la casa de Condé en el destierro de Chantilly, que Richón pintó al vizconde con tan pavorosos colores.

Bajo de hermosas calles de castaños salpicados de una nevada de flores sobre alfombras de blando césped que se extiende hasta unos azulados estanques, se agita sin cesar una turba de paseantes, que rien, platican y cantan. De trecho en trecho en medio de los arbustos se ven perdidas entre olas de verdor algunas personas leyendo, de quienes no se vé distintamente más que la página blanca que devoran, y que regularmente pertenece bien á la *Cleopatra* del señor la Calprenede, bien á la *Astrea* del señor d'Urfé, ó bien al *Gran Ciro* de la señorita de Scudery: en el fondo de las bóvedas de madreseva y clemátida, se oyen los sonidos acordes de los laúdes y el canto de voces invisibles. Últimamente, por la gran calle que conduce al castillo, se vé pasar de tiempo en tiempo con la rápidez del relámpago, un caballero que conduce una orden con urgencia.

Entretanto tres mujeres vestidas de raso, seguidas á cierta distancia por escuderos mudos y respetuosos, se pasean por el terraplén con gravedad y ademanes llenos de ceremonia y majestad: la de en medio es una señora

de noble talante, á pesar de sus cincuenta y siete años, y diserta magistralmente sobre asuntos de Estado; á su derecha escucha frunciendo el entrecejo una joven erguida y de adornos sombríos; á su izquierda, en fin, otra vieja, la más erguida y compasada de las tres, porque es de menos ilustre calidad, habla, escucha y medita todo á un tiempo.

La del centro es la princesa viuda, madre del vencedor de Rocroy, Nordlingen y Lens, que desde que se le persigue, y desde que esta persecución le ha conducido á Vincennes, empieza á llamarse el gran Condé, nombre que se conservará en la posteridad. Esta señora, en cuyas facciones pueden conocerse aun los restos de aquella belleza que inflamó los últimos y acaso los más locos amores de Enrique IV, acaba de ser ultrajada á la vez en su amor de madre y en su orgullo de princesa, por un *fachino italiano*, á quien se llamaba Mazarino cuando era criado del cardenal Bentivoglio, y á quien ahora se nombra el eminentísimo señor cardenal Mazarino desde que es el amante de la reina Ana de Austria y primer ministro del reino de Francia.

Este es el que ha osado aprisionar á Condé y desterrar á Chantilly á la madre y á la esposa del prisionero.

La señora de la derecha es Clara Clemencia de Maille, princesa de Condé, á quien por una costumbre aristocrática de la época se llama la princesa rotundamente, para dar á entender que la esposa del jefe de la familia de Condé es la primera princesa de sangre, la princesa por excelencia: ésta ha sido siempre vanidosa; pero desde que se la persigue su vanidad ha crecido con la persecución, y ha llegado á hacerse orgullosa. En efecto, condenada mientras que su esposo era libre, á ejecutar un papel secundario, la prisión de aquél la ha elevado á la

altura de heroína; se le compadece más que á una viuda, y su hijo el duque de Enghien, que vá á cumplir siete años, es más interesante que un huérfano. Todas las miradas se fijan sobre ella, y á no ser por el temor de caer en ridículo, se vestiría de luto. Después del destierro impuesto por Ana de Austria á estas dos inconsolables señoras, sus gritos penetrantes se han trocado en sordas amenazas y su opresión actual debe convertirse en rebelión. La princesa, Temístocles con faldas, tiene por enemigo á un Milciades hembra, y los laureles de la señorita de Longueville, reina un instante de Paris, la roban el sueño.

La dama de la izquierda es la marquesa de Tourville, que no atreviéndose á componer novelas, escribe política: ésta no había hecho la guerra en persona como el bravo Pompeyo, ni había recibido, como él, un halazo en la batalla de Corbia; pero su marido, que era un capitán de grande estima, fué herido en la Rochela y muerto en Friburgo; resulta de esto que siendo ella heredera de su fortuna patrimonial, cree haber heredado también su genio militar. Desde que se ha reunido en Chantilly con las princesas, ha trazado ya tres planes de campaña, que han llamado sucesivamente la admiración de todas las mujeres de la comitiva, y que han sido, no abandonados, pero sí aplazados para el momento en que se arroje el guante y se saque la espada. Á pesar de sus buenos deseos, no se atreve á vestir el uniforme de su marido; pero conserva su espada, que tiene colgada en su cámara, sobre la cabecera de su cama, y de vez en cuando al encontrarse sola suele desnudarla con marcial continente.

Chantilly, á pesar de su aspecto festivo, podría no obstante considerárselo como un vasto cuartel, y bien exami-

nado se encontraría fácilmente pólvora en las bóvedas y bayonetas entre la hojarasca de los jardines.

Las tres señoras, á cada vuelta de su lúgubre paseo, se dirigen hacia la puerta principal del castillo, pareciendo que esperaban la llegada de algún mensajero de importancia. Ya varias veces habia dicho la princesa viuda, moviendo la cabeza y suspirando:

— Nuestros planes van á salir fallidos, hija mia. Vamos á vernos humilladas.

— Es preciso hacer alguna cosa para alcanzar mucha gloria, dijo la señora de Tourville, sin perder nada de su gravedad, pues no hay gloria sin combate.

— Si nuestros planes fracasan, si somos vencidas, dijo la joven princesa, nos vengaremos.

— Señora, dijo la princesa viuda, si damos al traste con todo, Dios tan sólo será el que habrá vencido al príncipe. ¿Queréis vengaros de Dios?

La joven princesa se inclinó ante la soberbia humildad de su madre política.

— Todo nos falta á la vez, dijo la viuda: ni nos asiste el señor de Turena, ni el señor de Larochehoucault, ni el señor de Bouillon...

— ¡Ni tenemos dinero! respondió la de Tourville.

— ¿Y con qué contaremos si nos olvida Clara? repuso la princesa.

— ¿Quién os ha dicho, hija mia, que la señora de Cambes nos olvida?

— ¡Cómo no viene!

— Tal vez encuentra obstáculos; ya sabes que los caminos están custodiados por las tropas del señor de Saint-Aignan.

— Á lo menos debiera escribir.

— ¡Y cómo quieres que confíe al papel una noticia

tan interesante, la adhesión de toda una ciudad como Burdeos al partido de los príncipes!... No, no es esto lo que más me inquieta.

— Por otra parte, dijo la de Tourville, uno de los tres planes que he tenido el honor de someter á la aprobación de V. A., tenia por objeto infalible una sublevación en la Guiena.

— Si, sí, y ya haremos uso de él, si es necesario, respondió la princesa; pero soy de la opinión de mi señora madre, y empiezo á creer que Clara ha de haber sufrido alguna desgracia, de lo contrario, estaria ya aquí. Tal vez sus arrendatarios no le habrán cumplido la palabra, pues esos miserables aprovechan siempre que pueden la ocasión para no pagar. — ¿Y quién sabe lo que las gentes de la Guiena habrán hecho ó dejado de hacer, á pesar de sus promesas? ¡ya!... á propósito son para ello los gascones...

— ¡Fanfarrones! dijo la de Tourville; valientes individualmente, sí, es cierto, pero malos soldados en filas; no saben más que gritar: « ¡Viva el príncipe! » cuando tienen miedo á los españoles; y nada más.

— Y sin embargo, dijo la princesa madre, aborrecen mucho al señor de Epernon, puesto que le han colgado en estatua en Agén, y han prometido colgarle en persona en Burdeos, si alguna vez vuelve allá.

— No sólo volverá, sino que les hará colgar á ellos, dijo con despecho la princesa.

— De todo esto, dijo la de Tourville, tiene la culpa Lenet, sí, el señor Pedro Lenet, repitió con afectación, ese tenaz consejero que os obstináis en conservar, y que sólo sirve para oponerse á todos nuestros proyectos. Si no hubiera rechazado mi segundo plan, que recordaréis tenia por objeto asaltar por sorpresa el castillo de Vayres

la isla de San Jorge y el fuerte de Blaye, ahora tendríamos sitiado á Burdeos, y no tendría más remedio que capitular.

— Yo, salvo el parecer de SS. AA., quisiera mejor que se nos entregase de buen grado, dijo detrás de la señora de Tourville una voz, cuyo acento respetuoso no estaba exento de un viso de ironía. La ciudad que capitula, cede á la fuerza y á nada se compromete; la ciudad que se ofrece, se compromete, y está obligada á seguir hasta el fin la fortuna de aquellos á quienes se ha entregado.

Volvieron las tres señoras y vieron á Pedro Lenet, que mientras ellas hacían una de sus idas hacia la puerta principal del castillo, á la que constantemente se dirigían sus miradas, había salido por una puertecita que estaba al piso del terraplén, y se había acercado por la espalda.

Lo que la de Tourville había dicho era en cierto modo verdad. Pedro Lenet, consejero del príncipe, hombre frío, sabio y grave, tenía orden del prisionero de vigilar á sus amigos y enemigos; y preciso es decirlo, mucho más trabajo le costaba impedir que los amigos del príncipe comprometiesen su causa, que combatir las infames intenciones de sus enemigos. Pero hábil y solapado como un curial, y acostumbrado á las sutilezas y astucias palaciegas, ordinariamente triunfaba, ya por medio de alguna feliz contramina, ya con una inalterable inercia; y en último caso, no era en Chantilly donde menos tenía que hacer uso de sus más sabios medios de combate. El amor propio de la señora de Tourville, la impaciencia de la princesa, y la inflexibilidad aristocrática de la viuda, podían muy bien valer tanto como la astucia de Mazarino, el orgullo de Ana de Austria y las indecisiones del parlamento.

Encargado Lenet de la correspondencia por los prínci-

pes, se había impuesto la orden de no dar á las princesas noticia alguna sino en tiempo oportuno, y solo él juzgaba de esta oportunidad; porque no procediendo siempre la diplomacia femenina por las vías del misterio, primer principio de la diplomacia masculina, muchos de los planes de Lenet habían sido confiados á sus enemigos por sus propios amigos.

Las dos princesas, que no obstante la oposición que encontraban en él, no por esto reconocían menos la decisión y sobre todo la utilidad de Pedro Lenet, y por esta razón recibieron al consejero con un gesto amistoso, y aun se dibujó sobre los labios de la viuda una ligera sonrisa.

— Y bien, mi querido Lenet, nos estabais escuchando, dijo ésta: la señora de Tourville se quejaba, ó mejor dicho, se nos quejaba; todo va de mal en peor. ¡ Ah! ¡ nuestros negocios, mi querido Lenet, nuestros negocios!

— Señora, dijo Lenet, yo estoy muy lejos de ver las cosas sobre un fondo tan oscuro como V. A. las vé. Yo espero mucho del tiempo y de las revueltas de la fortuna. Bien sabéis el adagio que dice: « Con el tiempo y la esperanza todo se alcanza. »

— ¡ El tiempo, las revueltas de la fortuna, son cosas que sientan muy bien en filosofía, señor Lenet, pero no en política! exclamó la princesa.

Lenet se sonrió.

— La filosofía es muy útil para todo, y más que nada para la política. Ella nos enseña á no envanecerse en la prosperidad, ni desesperar en la adversidad.

— No le hace, dijo la de Tourville; yo preferiría un buen correo á todas vuestras máximas. ¿ No es verdad, señora princesa?

— Sí, lo confieso, contestó la de Condé.

— V. A. quedará satisfecha, pues hoy mismo recibirá tres, replicó Lenet con la misma sangre fría.

— ¡Cómo! ¡tres!

— Sí, señora. El primero se ha visto en el camino de Burdeos, el segundo viene de Stenoy, y el tercero de parte de Larochevoucault.

Las dos princesas lanzaron una exclamación de alegre sorpresa. La de Tourville se mordió los labios.

— Me parece, mi querido señor Lenet, dijo ésta con ridícula afectación para disimular su despecho y envolver con un baño dorado la amargura de la frase que iba á pronunciar; me parece que un hábil nigromántico como vos, no debería pararse en tan hermosa carrera, y que después de haber anunciado los correos, debería decirnos el contenido de los pliegos que conducen.

— Mi ciencia, señora, no alcanza tan allá como os figuráis, dijo él modestamente: mi ciencia se limita á ser una fiel servidora. Yo anuncio, pero no adivino.

En aquel mismo instante, y cual si en efecto Lenet hubiera sido servido por un demonio familiar, se vieron aparecer dos hombres á caballo, que franqueaban el rastriño de la fortaleza, los que avanzaban á galope tendido. Acto continuo, una multitud de curiosos, abandonando las distracciones y las praderas, se agolparon cerca de las rampas para participar de las noticias.

Echaron pie á tierra los dos caballeros, y el uno de ellos, abandonando al otro, que parecía ser lacayo suyo, la brida de su caballo empapado en sudor, corrió, más que anduvo, hacia las princesas, que le salieron al encuentro, y á quienes vió aquél en un extremo de la galería á tiempo que él entraba por el otro.

— ¡Clara! exclamó la princesa.

— Sí, señora: V. A. se dignará aceptar mis más humildes respetos.

Y poniendo una rodilla en tierra, trató el joven de tomar la mano de la princesa para besarla respetuosamente.

— ¡En mis brazos! querida vizcondesa, ¡en mis brazos! exclamó la de Condé levantándola.

Y después de haberse dejado abrazar por la princesa con todas las muestras posibles de respeto, el caballero se volvió hacia la princesa madre, y la saludó profundamente.

— ¡Habla, pronto, querida Clara! dijo la última.

— Sí, habla, repitió la de Condé. ¿Has visto á Richón?

— Sí, señora, y me ha encargado una misión para V. A.

— ¿Buena ó mala?

— Lo ignoro. Se compone de dos palabras solamente.

— ¿Cuáles? Dí pronto, porque me muero de impaciencia.

Al mismo tiempo se dibujaba en el semblante de las dos princesas la más viva ansiedad.

— *Burdeos sí!* dijo Clara, también inquieta por su parte del efecto que estas dos palabras deberían producir.

No tardó mucho en tranquilizarse, al ver que las princesas contestaban á estas dos palabras por medio de un grito de triunfo, que atrajo á Lenet desde el extremo de la galería.

— ¡Lenet! ¡Lenet! ¡venid! decía la princesa: ¿no sabéis qué noticia nos trae esta buena Clara?

— Sí tal, señora, dijo Lenet sonriendo, ya la sé; y ved ahí por lo que no me daba mucha prisa.

— ¡Cómo! ¿La sabéis?

— ¡*Burdeos sí!* ¿No es ésta? dijo Lenet.

— Ved aquí el momento, señora, de probarles á SS. AA. que habéis pensado en todo.

— ¿Qué queréis decir, Lenet?

— Quiero decir, señora, que yo tengo á mucha dicha poderos ofrecer una pequeña suma, que he podido recoger de mis arrendatarios con mucho trabajo: la ofrenda es muy modesta, pero no puedo más. ¡Veinte mil libras! continuó la vizcondesa, bajando los ojos y dudando entre la vergüenza que la causaba ofrecer una suma tan mezquina á las dos primeras señoras de la Francia después de la reina.

— ¡Veinte mil libras! dijeron las dos princesas á la vez.

— Eso es un capital en los tiempos que alcanzamos, continuó la viuda.

— ¡Pobre Clara! exclamó la princesa; ¿cómo podremos nunca pagarle?

— Más tarde pensará V. A. en eso.

— ¿Y donde se encuentra esa suma? preguntó la de Tourville.

— En la habitación de S. A., adonde ha recibido orden de llevarla mi escudero Pompeyo.

— Lenet, dijo la princesa, acordaos que debemos esa suma á la vizcondesa de Cambes.

— Ya está anotada en nuestro cargo, contestó Lenet sacando su libro de memorias, mostrando en él con aquella fecha las 20,000 libras de la vizcondesa, agregadas á una columna, cuyo total habria asustado un poco á las princesas si se hubiesen tomado el trabajo de sumarla.

— ¿Pero cómo os habéis compuesto para llegar hasta aquí, querida? dijo la princesa; porque nos han dicho que el señor de Saint-Aignan defiende el camino y exa-

mina los hombres y las cosas, ni más ni menos que como un empleado de puertas.

— Gracias á la sagacidad de Pompeyo, señora, dijo la vizcondesa, hemos podido evitar ese peligro, haciendo un largo rodeo, que nos ha retardado día y medio; pero con él hemos podido asegurar nuestro viaje. A no ser por este incidente, me hubiera hallado al lado de vuestra Alteza hace dos días.

— Tranquilizaos, señora, dijo Lenet, aun no se ha perdido el tiempo: ahora sólo se trata de emplear bien el día de hoy y el de mañana. Hoy esperábamos, como se acordarán VV. AA., tres correos; el uno ha llegado ya, faltan los otros dos.

— ¿Y puede saberse el nombre de esos otros dos? preguntó la de Tourville, deseando siempre hallar en descubierta al consejero, á quien hacia una guerra que no era menos real porque no fuese declarada.

— El primero, si mi previsión no me engaña, respondió Lenet, será Gourville, el cual viene de parte del duque de Larochehoucault.

— De parte del príncipe de Marsillac, queréis decir, repuso la de Tourville.

— El príncipe de Marsillac es ahora duque de Larochehoucault, señora.

— ¿Ha muerto su padre?

— Hace ocho días.

— ¿Dónde?

— En Verteuil.

— ¿Y el segundo? preguntó la princesa.

— El segundo es Blanchefort, capitán de guardias de S. A. el príncipe, que viene de Stenay de parte del señor de Turena.

— En ese caso, yo creo, dijo la de Tourville, que para

no perder tiempo, podría recurrirse al primer plan que tengo hecho, para el caso probable de la adhesión de Burdeos, y de la alianza de los señores de Turena y de Marsillac.

Lenet se sonrió como acostumbraba.

— Perdonadme, señora, la dijo con el tono más político del mundo; pero los planes decretados por el príncipe mismo, están á estas horas en vía de ejecución, y prometen un éxito brillante.

— Los planes decretados por el príncipe, dijo agríamente de la Tourville, por el príncipe que se encuentra en la torre de Vincennes y que no se comunica con nadie!.....

— Ved aquí las órdenes de S. A. escritas de su mano y fechadas ayer, dijo Lenet sacando de su bolsillo una carta del príncipe de Condé; esta misma mañana la he recibido. Estamos en correspondencia.

Casi fué arrancado de las manos del consejero el papel por las dos princesas, las cuales devoraban con lágrimas de gozo todo cuanto contenía.

— ¡Válgame Dios! dijo la princesa viuda riendo; ¿ los bolsillos de Lenet contienen todo el reino de Francia?

— Todavía no, todavía no, señora, respondió el consejero; pero, Dios mediante, haré lo posible por agrandarlos para que así sea. Ahora, continuó señalando con intención á la vizcondesa, ahora me parece que esta señora debe tener necesidad de algún descanso; porque un viaje tan largo.....

La vizcondesa conoció los deseos que tenía Lenet de quedarse á solas con las dos princesas, y en vista de una sonrisa de la viuda que vino á confirmarla en ésta idea, hizo un respetuoso saludo y se alejó.

La señora de Tourville no se movía, prometiéndose una

larga cosecha de misteriosos detalles; pero á una seña casi imperceptible de la princesa viuda á su nuera, las dos princesas anunciaron á la de Tourville por medio de una augusta reverencia, hecha con todas las reglas de la etiqueta, que había llegado el término de la sesión política á que se le había llamado á tomar parte. La señora de las teorías comprendió perfectamente la invitación, devolvió á las dos princesas una reverencia más grave y aun más ceremoniosa que la de éstas, y se retiró poniendo á Dios por testigo de la ingratitud de los príncipes.

Las dos princesas pasaron á su gabinete, adonde las siguió Pedro Lenet.

— Ahora, dijo éste después de asegurarse que la puerta estaba bien cerrada, si VV. AA. quieren recibir á Gourville, ha llegado ya y cambiado de traje, no atreviéndose á presentar con el que traía de camino.

— ¿Y qué noticias trae?

— Que el señor de Larocheffoucault estará aquí de esta noche á mañana con quinientos nobles.

— ¡Quinientos nobles! dijo la princesa; ¿ eso es un verdadero ejército?

— Que hará mas difícil nuestra fuga. Yo hubiera querido mejor cinco ó seis servidores fieles que no todo ese tren; con más facilidad hubiéramos entonces burlado al señor de Saint-Aignan. Ahora será casi imposible llegar al Mediodía sin que se nos inquiete.

— Tanto mejor, si se nos inquieta, dijo la princesa; porque teniendo oposición combatiremos, y seremos vencedores: si, el valor del señor de Condé marchará con nosotras.

Lenet miró á la princesa viuda como para saber así mismo su parecer; pero Carlota de Moutmorency, criada

entre las guerras civiles del reinado de Luis XIII, que había visto inclinarse tantas cabezas elevadas para entrar en una prisión ó rodar sobre un patíbulo, por haber querido permanecer erguidas, se pasó tristemente la mano por la frente agobiada por crueles recuerdos.

— Sí, dijo al fin: estamos reducidas á este extremo. Escondernos, ó combatir; ¡cosa horrible! Nosotras vivíamos tranquilas con la pequeña gloria que Dios se había dignado conceder á nuestra casa: no ambicionábamos al menos, y creo que ninguna de nosotras tenía otra intención, no ambicionábamos más que sostenernos en el rango en que habíamos nacido; y heos aquí que los azares de la suerte nos obligan á combatir contra nuestro señor....

— ¡Señora! dijo con impetu la joven princesa, yo veo con menos tristeza que V. A. la necesidad á que estamos reducidos. Mi esposo y mi hermano sufren una indigna cautividad; este esposo y este hermano son hijos vuestros; y vuestra hija además está proscrita. Esto escusa ciertamente todos los atentados que pudiésemos emprender.

— Sí, dijo la viuda con una tristeza llena de resignación; sí, yo sufro eso con más paciencia que vos, señora; pero es porque también parece que nuestro destino nos llama á ser proscritos ó prisioneros. No bien fui la esposa del padre de vuestro marido, tuve que abandonar la Francia, perseguida por el amor del rey Enrique IV. Apenas volvimos á nuestra patria, cuando nos fué forzoso entrar en Vincennes, perseguidos por el odio del Cardenal de Richelieu. Mi hijo, que hoy está preso, vino al mundo en una prisión, y después de treinta y dos años ha podido volver á ver el aposento en que nació. ¡Ay! Vuestro padre político tenía mucha razón en sus lúgu-

bres profecías, cuando se le anunció el triunfo de la batalla de Rocroy, cuando se le llevó á la sala tapizada con las banderas cogidas á los españoles: «Sabe Dios, dijo volviéndose hacia mí, la alegría que recibo con esta acción de nuestro hijo; pero creed, señora, que cuanta más gloria adquiera nuestra casa, tantas mayores desgracias le sobrevendrán. Si mis armas no fuesen de la casa de Francia, blasón, que es demasiado bello para abandonarlo, quisiera tener en mi escudo un halcón, á quien sus cascabeles denunciase y ayudasen á ser cogido, con este mote: *¡Fama nocet!*» Nosotros hemos hecho mucho ruido en el mundo, hija mía, y he aquí lo que nos hace mal. ¡No sois de mi parecer, Lenet?

— Señora, dijo Lenet, alligado por los recuerdos que acababa de evocar la princesa, V. A. tiene razón; pero hemos avanzado mucho para retroceder: es preciso, en circunstancias como en las que nos encontramos, tomar una resolución pronta: no conviene hacernos ilusiones sobre nuestra situación. Nuestra libertad es aparente, la reina tiene sus ojos fijos sobre nosotros, y el señor de Saint-Aignan nos bloquea. Pues bien, se trata sólo de salir de Chantilly, á pesar de la vigilancia de la reina y el bloqueo de Saint-Aignan.

— Salgamos de Chantilly, exclamó la princesa; ¡pero salgamos la cabeza erguida!

— Soy de ese mismo parecer, dijo la princesa viuda. Los Condes no son astutos ni traidores; lo que hacen, lo hacen en medio del día, y con la frente descubierta.

— Señora, dijo Lenet con el acento de la convicción: Dios me es testigo de que seré el primero que cumpliré las órdenes de V. A., cualesquiera que sean; pero para salir de Chantilly como queréis, es necesario dar una batalla. Sin duda no tendréis intención de ser mujeres el

dia del combate, después de haber sido hombres en el consejo; marcharéis al frente de vuestros partidarios y lanzaréis á vuestros soldados el grito de guerra; pero olvidáis sin duda que al lado de vuestras preciosas existencias comienza á descollar una existencia no menos preciosa, la del señor duque de Enghien, vuestro hijo y nieto. ¿Os expondréis á sepultar en una misma tumba el porvenir de vuestra casa? ¿Creéis que el padre no servirá de rehenes á Mazarino, después de las temerarias empresas que se ejecutaran á nombre del hijo? ¿No conocéis bien los secretos de la torre de Vincennes, tan melancólicamente examinados por el gran prior de Vendome, por el mariscal d'Ornawo y por Puy-Laurent? ¿Os habéis olvidado de aquella sala fatal, que, según el dicho de la señora de Rambouillet, gravita como el arsénico sobre los que le ocupan? No, princesas mías, continuó Lenet juntando las manos, no: VV. AA. escucharán el consejo de vuestro fiel servidor: saldréis de Chantilly como les conviene á las mujeres perseguidas: recordad que vuestra arma más segura es débil; un niño á quien se le priva de su padre, una mujer á quien se salvan como pueden del lazo que los oprime. Para obrar y hablar con altivez, aguardad el momento en que no podáis servir de garantía al más fuerte: cautivas, enmudecerán vuestros partidarios; libres, se declararán abiertamente, no teniendo ya que temer se les dicten las condiciones de vuestro rescate. Nuestro plan está concertado con Gourville: tenemos la seguridad de una buena escolta, con la que evitaremos los percances del camino; porque en el día son dueños de la campaña veinte partidos diferentes, que viven indistintamente con los despojos del amigo. Si consentis, todo está dispuesto.

— ¿Partir á escondidas, partir como unos malhecho-

res? exclamó la joven princesa. ¡Oh! ¿qué dirá el príncipe cuando sepa que su madre, su mujer y su hijo se han sometido á un oprobio semejante?

— No sé lo que podrá decir; pero si obtenéis un buen éxito, os deberá la libertad; si perdéis, no comprometéis al menos vuestros recursos, y sobre todo vuestra reputación, como lo haríais por medio de una batalla.

La viuda reflexionó un momento; y con un aspecto lleno de afectuosa melancolía, dijo:

— Querido Lenet, persuadid á mi hija, porque yo tendré precisión de quedarme aquí. He resistido hasta ahora, pero al fin sucumbo: la enfermedad que me consume, y que en vano trato de ocultar por no desanimar á los que me rodean, vá á postrarme en mi lecho de muerte; pero ya lo habéis dicho: es necesario, ante todo, salvar la fortuna de los Condé. Mi hija y mi nieto saldrán de Chantilly y espero que serán bastante prudentes para conformarse con vuestros consejos, digo más con vuestras órdenes. Mandad, Lenet, y no dudéis que seréis obedecido.

— Pero, señora, ¿vos palidecéis! dijo Lenet sosteniendo á la viuda, á quien ya la princesa, alarmada por aquella palidez, había cogido en sus brazos.

— Sí, dijo la viuda, cada vez más debilitada, sí; las satisfactorias noticias de hoy me han hecho mucho más daño que las ansiedades de los últimos días; siento que me devora la fiebre, pero que nadie lo sepa: esta noticia en tales circunstancias podría sernos muy perjudicial.

— Señora, dijo Lenet en voz baja, si vuestra persona no padeciera, sería la indisposición de V. A. un don del cielo. Guardad cama, y haced que circule la noticia de vuestra enfermedad. Vos, señora, continuó dirigiéndose á la joven princesa, haced llamar á vuestro médico Bourde-

lot, y como tendremos que arreglar las acémilas y equipajes, anunciad por todas partes que queréis correr un gamo en el parque. De este modo á nadie le chocará el ver hombres armados y caballos en actividad.

— Hacedlo vos mismo, Lenet. Pero decidme antes, ¿cómo es que un hombre tan previsor como vos no conoce que está extraña partida de caza en el mismo momento de caer mi señora madre enferma, no podrá causar admiración?

— Todo está previsto, señora. ¿No es pasado mañana cuando el señor duque de Enghien cumple siete años, y debe salir de manos de las mujeres?

— Sí.

— Pues bien; diremos que se dá esta partida de caza en celebrad de la primera declaración de mayoría del joven príncipe, y que de tal manera ha insistido S. A. para que su enfermedad no fuese causa para retrasar esta solemnidad, que habéis tenido que ceder á sus instancias.

— ¡Excelente idea! exclamó la viuda con sonrisa de gozo, envaneida con esta primera proclamación de la mayoría de su nieto. Sí, el pretexto es excelente; y en verdad que sois un digno consejero, Lenet.

— ¡Pero el señor duque de Enghien, preguntó la princesa, irá en carruaje para seguir la caza!

— No, señora, á caballo. ¡Oh!; no se arredre vuestro corazón maternal! Yo he pensado que Vialas, su escudero, ponga una silla chiquitita delante del arzón de la suya; de esta manera, monseñor el duque de Enghien no se perderá de vista y á la noche podremos partir con toda seguridad: porque suponed que sea necesario escapar; á caballo el señor duque de Enghien arrostrará por todo, lo que en carroza sería detenido al primer obstáculo.

— En fin, ¿vuestra opinión es que partamos?

— Pasado mañana á la noche, señora, si V. A. no tiene algún motivo que lo retrase.

— ¡Oh! no, todo lo contrario; huyamos de esta prisión lo más antes posible, Lenet.

— Y una vez fuera de Chantilly, ¿qué pensáis hacer? preguntó la viuda.

— Atravesaremos por entre las fuerzas del señor Saint-Aignan, á quien con facilidad podremos ponerle una venda en los ojos. Nos reuniremos con el señor de Larocheffoucault y su escolta, y desde allí marcharemos á Burdeos, donde se nos está esperando. Puestos en la segunda ciudad del reino, en la capital del Mediodía, podremos negociar ó guerrear, según más convenga á VV. AA.; y en todo caso, señora, tendré el honor de recordaros, que aunque dueños de Burdeos, no tendremos asegurado largo tiempo su posesión, si á nuestros alrededores no tenemos algunas plazas que obliguen á distraer á las tropas reales. Dos de estas plazas son de mucha importancia, Vayres, que domina el Dordoña y protege ó impide la entrada de vieneses á la ciudad, y la isla de San Jorge, considerada por los mismos burdeleses como la llave de su población. Pero ya tendremos tiempo de pensar en esto; ahora tratemos sólo de salir de aquí.

— Nada será más fácil, dijo la princesa. Á pesar de cuanto queráis decir, Lenet, somos aquí los dueños exclusivos.

— No contéis con nada, señora, hasta que estemos en Burdeos; no hay cosa fácil con el espíritu diabólico del señor de Mazarino, no sabe las noticias, las adivina.

— ¡Oh! yo le desafío á descubrir esta, dijo la princesa; pero ayudemos á madre á pasar á su aposento y desde hoy se propagará el rumor de nuestra partida de

caza dispuesta para pasado mañana. Vos cuidaréis de las invitaciones, Lenet.

— Descansad en mí, señora.

La viuda pasó á su habitación, y se metió en la cama. Llamó á Bourdelot, médico de la casa de Condé y preceptor del señor duque de Enghien, se extendió en seguida la noticia en Chantilly de esta inesperada indisposición, y media hora después quedaban desiertos los bosquecillos, galerías y terraplenes, agolpándose los huéspedes de las dos princesas á la antesala de la señora viuda.

Lenet pasó todo el día escribiendo, y á la noche quedaron repartidas en todas direcciones por la numerosa servidumbre de aquella casa real, más de cincuenta invitaciones.

X

Los aprestos de caza.

El día designado para la realización de los graves proyectos de Pedro Lenet, era uno de los más lóbregos de la primavera, de esa estación llamada la más bella del año, y que casi siempre es, particularmente en Francia, la más desagradable. Una lluvia menuda y espesa caía sobre las terrazas de Chantilly, formando una bruma gris, que oscurecía los sotillos del jardín y los arbolados del parque. En los anchurosos patios esperaban ensillados y atados á los postes, cincuenta caballos, con las orejas gachas, la mirada triste, y escarbando impacientemente la tierra de vez en cuando con sus pies: también esperaban apareados y reunidos en grupos, varias trahillas de perros, que despedían un aliento vaporoso mezclado de largos aullidos, y que con un esfuerzo común trataban de arrastrar al criado que los contenía y enjugaba al mismo tiempo las orejas, empapadas con la lluvia.

Los picadores, con uniforme, vagaban de acá para allá con las manos á la espalda y la trompa terciada. Varios oficiales endurecidos por la intemperie en los campamentos de Rocroy ó de Lens, mitigaban el fastidio de la espera, conversando en grupos sobre las terrazas ó en las escaleras exteriores.

Á todos se les había prevenido que era día de ceremo-

caza dispuesta para pasado mañana. Vos cuidaréis de las invitaciones, Lenet.

— Descansad en mí, señora.

La viuda pasó á su habitación, y se metió en la cama. Llamó á Bourdelot, médico de la casa de Condé y preceptor del señor duque de Enghien, se extendió en seguida la noticia en Chantilly de esta inesperada indisposición, y media hora después quedaban desiertos los bosquecillos, galerías y terraplenes, agolpándose los huéspedes de las dos princesas á la antesala de la señora viuda.

Lenet pasó todo el día escribiendo, y á la noche quedaron repartidas en todas direcciones por la numerosa servidumbre de aquella casa real, más de cincuenta invitaciones.

X

Los aprestos de caza.

El día designado para la realización de los graves proyectos de Pedro Lenet, era uno de los más lóbregos de la primavera, de esa estación llamada la más bella del año, y que casi siempre es, particularmente en Francia, la más desagradable. Una lluvia menuda y espesa caía sobre las terrazas de Chantilly, formando una bruma gris, que oscurecía los sotillos del jardín y los arbolados del parque. En los anchurosos patios esperaban ensillados y atados á los postes, cincuenta caballos, con las orejas gachas, la mirada triste, y escarbando impacientemente la tierra de vez en cuando con sus pies: también esperaban apareados y reunidos en grupos, varias trahillas de perros, que despedían un aliento vaporoso mezclado de largos aullidos, y que con un esfuerzo común trataban de arrastrar al criado que los contenía y enjugaba al mismo tiempo las orejas, empapadas con la lluvia.

Los picadores, con uniforme, vagaban de acá para allá con las manos á la espalda y la trompa terciada. Varios oficiales endurecidos por la intemperie en los campamentos de Rocroy ó de Lens, mitigaban el fastidio de la espera, conversando en grupos sobre las terrazas ó en las escaleras exteriores.

Á todos se les había prevenido que era día de ceremo-

nia, y cada cual adoptaba el aire más solemne para ver al señor duque de Enghien vestido con sus primeros calzones, correr un gamo. Los oficiales al servicio del príncipe, los clientes de aquella ilustre casa habían cumplido religiosamente con su deber acudiendo á Chantilly. Las inquietudes que desde luego produjo la enfermedad de la señora princesa viuda, habían sido disipadas por un boletín favorable de Bourdelot: la princesa después de sangrada, había tomado aquella misma mañana el emético: remedio universal en aquella época.

Á las diez habían llegado ya todos los convidados por billete personal de la señora de Condé: cada uno había sido introducido después de haber presentado su respectivo billete, y á los que le hubieron olvidado por acaso, después de reconocidos por Lenet, se le permitió la entrada en virtud de una seña que éste dirigía al portero. Estos convidados, en unión con la servidumbre de la casa, podían componer una reunión de ochenta ó noventa personas, cuyo mayor número se hallaba alrededor de un magnífico caballo blanco, que con cierta especie de orgullo sostenía delante una gran silla á la francesa, un sillín de terciopelo, con dosel destinado al señor duque de Enghien, y cuyo puesto debía ocupar después que Vialas, su escudero, hubiese ocupado la silla principal.

Sin embargo, aun no se decía nada de emprender la caza, y parecía que se esperaba á otros convidados.

Á eso de las diez y media entraron en el castillo tres nobles, seguidos de seis criados, armados todos hasta los ojos, los cuales traían unas maletas tan henchidas, que habría podido decirse que iban á dar la vuelta á toda Europa; y observando en el patio los postes y estacas que parecían estar allí destinados al efecto, quisieron atar en ellos sus caballos.

En aquel momento, un hombre vestido de azul, con un talabarte de plata y una alabarda en la mano, se acercó á los recién venidos, los que se conocía eran viajeros llegados de lejos, por su equipaje mojado completamente por la lluvia y sus botas sucias de barro.

— ¿De dónde venis, señores? dijo esta especie de portero cruzando su alabarda.

— Del Norte, respondió uno de los caballeros.

— ¿Y á dónde vais?

— Al entierro.

— ¿La prueba?

— Ved nuestra gasa.

En efecto, cada uno de los tres caballeros llevaba una gasa en su espada.

— Disimulad, señores, dijo entonces el portero; el castillo está á vuestra disposición. Una mesa hay preparada, un aposento templado, y lacayos que sólo esperan vuestras órdenes. En cuanto á vuestras gentes, serán tratadas según costumbre.

Los tres nobles, francos hidalgos de lugar, hambrientos y curiosos, saludaron, echaron pie á tierra, dejaron la brida en manos de sus lacayos, y haciéndose mostrar el camino del comedor, se dirigieron á él. Un camarero que les esperaba á la puerta, les sirvió de guía.

Entretanto los criados de la casa habían tomado de manos de los extraños lacayos los caballos, que condujeron á las caballerizas después de estrillados, acepillados y enjutos con paja, colocándoles entre una gamella provista de avena y un armero abandonado guarnecido de haces de paja.

Apenas los tres hidalgos se habían sentado á la mesa, cuando otros seis caballeros, seguidos de seis lacayos, armados y equipados de la misma manera que los ante-

riores, entraron como ellos, y del mismo modo al ver los postes quisieron atar en ellos sus caballos. Pero el hombre de la alabarda, que había recibido una rígida consigna, se aproximó á ellos y renovando sus preguntas, dijo:

- ¿ De dónde venis ?
- De Picardía. Somos oficiales de Turena.
- ¿ Á dónde vais ?
- Al entierro.
- ¿ La prueba ?
- Ved nuestra gasa.

Y lo mismo que los primeros, enseñaron la gasa que pendía de la empuñadura de sus espadas.

Hicieron las mismas invitaciones á estos últimos que á los primeros, y fueron á tomar asiento á la mesa. Iguales cuidados se tuvieron con sus caballos, que fueron conducidos á ocupar su puesto en la caballeriza.

Detrás de éstos llegaron otros cuatro, renovándose con ellos la misma escena.

Desde las diez á las doce, ya de dos en dos, de cuatro en cuatro, de cinco en cinco, solos ó acompañados, suntuosos ó mezquinos, pero todos bien montados, armados y equipados, llegaron hasta cien caballeros, á quienes el alabardero interrogó de la misma manera, y á quien le contestaron diciéndole de dónde venían, y añadiendo que iban al entierro, en prueba de lo cual mostraban su gasa.

Cuando todos hubieron comido y trabado relaciones, mientras que sus gentes refrescaban y tomaban reposo sus caballos, entró Lenet en la sala donde todos estaban reunidos, y les dijo.

— Caballeros, la señora princesa me ha encargado os dé las gracias por el honor que de parar en su casa le habéis hecho, al ir á reuniros al señor duque de Larochevoucault, que os aguarda para celebrar las exequias

de su señor padre. Tened por vuestra esta casa, y no dudo gustaréis de tomar parte en la diversión de la caza, dispuesta para después de comer, por el señor duque de Enghien, que toma hoy posesión de sus primeros calzones.

Un murmullo de aprobación y de gracias lisonjeras acogió esta primera parte del discurso de Lenet, que como hábil orador, había interrumpido su arenga, estando seguro del efecto que debía producir.

— Terminada la caza, continuó, se os servirá la cena en la mesa de la princesa, que desea dáros por sí misma las gracias; y en seguida seréis completamente dueños de continuar vuestro camino.

Algunos de los hidalgos prestaron una particular atención á la exposición de este programa, que parecía atender algo á su libre albedrío; pero prevenidos sin duda por el duque de Larochevoucault, esperaban una cosa parecida, pues ninguno contestó. Unos se fueron á visitar sus caballos, otros recurrieron á sus maletas para ponerse en estado de aparecer dignamente ante las princesas, y otros, en fin, continuaron de sobremesa hablando del tiempo, que parecía tener alguna analogía con los sucesos del día.

Muchos se paseaban debajo del gran balcón sobre el cual, terminado su tocado, debía aparecer el señor duque de Enghien, confiado por última vez al cuidado de las mujeres. Entretanto el joven príncipe, en el fondo de su aposento con sus nodrizas y niñas, ignoraba su importancia. Pero lleno ya de aristocrático orgullo, contemplaba con impaciencia el rico y á la vez severo traje con que por primera vez iba á ser vestido; se componía este traje de terciopelo negro bordado de plata mate, que daba á su apariencia el aspecto sombrío de luto; queriendo su madre pasar por viuda á toda costa, había meditado inser-

tar en cierta arenga estas palabras: *pobre huerfanito*.

Pero no era el príncipe quien con más codicia miraba aquel espléndido ropaje, insignia de su tan esperada virilidad; á dos pasos de él, otro niño de algunos meses más de edad, rubio, colorado y lleno de salud, fuerza y petulancia, devoraba con la vista el lujo de que su feliz compañero estaba rodeado. Ya muchas veces no pudiendo resistir á su curiosidad, se había atrevido á llegar hasta la silla en que estaban colocados los hermosos vestidos, y había con recelo tentado la tela y acariciado los bordados mientras que el pequeño príncipe miraba á otro lado; pero aconteció que una vez el duquecito de Enghien volvió á tiempo la vista, y Perico retiró la mano demasiado tarde.

— ¡Cuidado! gritó el principito con aspereza; ¡cuidado, Perico, no vayas á estropear mis calzones! Son de terciopelo, ¿lo sabes? y eso se echa á perder manoseándolo: ¿estás? Te prohibo que toques á mis calzones.

Perico ocultó la culpable mano detrás de la espalda, moviendo alternativamente sus hombros, con esa acción de mal humor tan familiar entre los niños de todas clases y condiciones.

— No te incomodes, Luis, dijo la princesa á su hijo, que se desfiguraba con un gesto muy feo. Si Perico vuelve á tocar tus calzones, le haremos azotar.

Perico cambió su mueca embotijada por otra amenazadora, y dijo:

— Si monseñor es príncipe, yo soy jardinero; y si monseñor quiere impedirme que toque su ropa, yo le impediré jugar con mis gallinas. — ¡Oh! ¡Bien sabe ya monseñor que yo soy más fuerte que él; bien lo sabe!...

Apenas había dicho estas imprudentes palabras, cuando

la nodriza del príncipe, madre de Perico, asió al independiente nene por la muñeca, y le dijo:

— Perico ¿has olvidado que monseñor es tu amo, el amo de todo lo que hay en el castillo y sus alrededores, y que por consiguiente, son tuyas tus gallinas?

— ¡Toma! dijo Perico. Yo creía que era mi hermano...

— Tu hermano de leche, sí.

— Entonces, si somos hermanos, debemos partir las cosas como hermanos; y si mis gallinas deben ser para él, sus vestidos también deben ser para mí.

Iba la nodriza á explicarle á su hijo la diferencia que hay entre un hermano uterino y uno de leche; pero el joven príncipe, que quería que Perico presenciase su triunfo completo, porque de Perico sobre todo deseaba excitar la admiración y la envidia, no la dejó contestar.

— No tengas cuidado, Perico, dijo él, no estoy incomodado contigo; pronto me vas á ver sobre mi gran caballo blanco y sobre mi hermoso sillón. Voy á correr la caza, y yo soy quien va á matar el gomo.

— ¡Ah, sí! respondió el irreverente Perico, con las muestras más impertinentes de ironía; y estaréis mucho tiempo á caballo. El otro día quisisteis montar mi pollino, y os echó en seguida al suelo.

— Sí. Pero hoy, repuso el joven príncipe con toda la majestad que pudo evocar en su ayuda y encontrar en su memoria; sí, pero hoy represento á mi papá, y no caeré. Además, que como Vialas me tendra del brazo....

— Vamos, vamos, dijo la princesa por cortar la discusión de Perico y del duque de Enghien; ¡vamos, vestid al príncipe! Ya es la una, y todos los nobles esperan con impaciencia. Lenet, mandad que toquen á partida.

En el mismo instante se oyó en el patio el sonido del cuerno, que penetró hasta el fondo de las habitaciones.

Entonces cada cual corrió en busca de su caballo, fresco ya y reposado, merced á los cuidados que se habían tenido con ellos, y ocupó la silla: el montero con sus sahuesos y los picadores con sus trahillas de perros, partieron los primeros. Dividieronse los caballeros en dos alas; y el duque de Enghien, sostenido por Vialas, no tardó en aparecer montado sobre su caballo blanco, rodeado de damas de honor, escuderos y gentileshombres, y seguido de su madre, cuyo aparato destumbraba, montada sobre un caballo negro como el azabache. Iba á su lado manejando con hechicera gracia su caballo, la vizecondesa de Cambes, que estaba adorable con su traje de mujer, que había recobrado con mucho gusto.

En cuanto á la de Tourville, en vano se la buscaba pues había desaparecido desde la antevispera; como otro Aquiles, se había ocultado en su tienda.

Esta brillante cabalgata fué acogida con unánimes aclamaciones. Empinándose sobre los estribos, mostraban unos á la princesa y al duque de Enghien á otros de los nobles, que no habiendo estado jamás en la corte, desconocían todas estas pompas reales. El niño saludaba con deliciosa sonrisa, la princesa con una dulce majestad: eran la esposa y el hijo del que sus mismos enemigos apellidaban el primer capitán de Europa. Pero este primer capitán de Europa era perseguido y aprisionado por los mismos que había él salvado del enemigo en Lens, y defendido contra los rebeldes en San Germán. Estos hechos excepcionales á los que él necesitaba para excitar el entusiasmo, y así fué que el regocijo llegó á su colmo.

La princesa saludó con exceso todas estas demostraciones de su popularidad; y á consecuencia de algunas palabras que Lenet le dijo al oído, dió la señal de partir, y bien pronto atravesó la comitiva desde los terraplenes

al parque, cuyas puertas estaban guardadas por soldados del regimiento de Condé. Cerráronse los rastrillos detrás de los cazadores; y como si esta precaución no fuese bastante para evitar que algún falso cofrade se mezclase en la fiesta quedaron centinelas de los rastrillos, y al lado de cada uno un portero vestido como el del patio, con su alabarda como aquél, y con orden de no abrir más que á los que respondiesen á las tres preguntas que componían la consigna.

Un instante después de cerrarse los rastrillos, el sonido del cuerno y los ladridos de los perros, anunciaron que había salido el gamo.

Entretanto fuera del parque, al frente del muro de su recinto construido por el condestable Montmorency, y en la vuelta del camino, seis caballeros atentos al sonido de las trompetas y á los ladridos de los perros, se habían detenido y parecían tener consejo en tanto que acariciaban las crines de sus caballos, que estaban descansando.

Al ver sus trajes enteramente nuevos, los arneses brillantes de sus monturas, el lustre de sus capas galanamente caídas de sus hombros sobre las grupas de sus caballos, el lujo de sus armas, que se dejaban ver por las cuchilladas, artísticamente abiertas en el traje, no podía menos de causar admiración el aislamiento de estos hidalgos tan bellos y rozagantes, en ocasión en que toda la nobleza de las cercanías estaba reunida en el castillo de Chantilly.

La brillantez de estos caballeros quedaba sin embargo eclipsada ante el lujo de su jefe, ó del que parecía serlo: plumas en el sombrero, tahali dorado, botas finas con acicates de oro, larga espada con empuadura cincelada en figura de sol, tal era, con el aumento de una espléndida

capa azul de cielo á la española, el equipo de este caballero.

— ¡Pardiez! dijo éste, después de un rato de profundas reflexiones, durante cuyo intervalo los seis caballeros se miraban entre sí con aspecto embarazoso; ¿por dónde se entra á este parque, por la puerta ó por el rastrillo? Presentémonos á la primera puerta ó al primer rastrillo que encontremos á mano, y entraremos. Me parece que no se deja en la calle á caballeros de nuestro porte, cuando se han de presentar entre hombres vestidos como os que hemos encontrado esta mañana.

— Os repito, Cauviñac, dijo uno de los cinco caballeros á quienes se dirigía el discurso de su jefe, que esas gentes mal vestidas, y que no obstante su traje y su porte de mendigos se encuentran ahora en el parque, nos llevan una gran ventaja; la de poseer la consigna. Nosotros no la tenemos y por lo mismo no entraremos.

— ¿Lo creéis así, Ferguzón? dijo con cierta deferencia hacia la oposición de su lugar-teniente, y á quien nuestros lectores reconocerán por el aventurero que encontraron en las primeras páginas de esta historia.

— ¡Que si creo! estoy cierto de ello. ¿Pensáis acaso que esas gentes se reúnen para cazar? ¡Tarara! Esos conspiran, de positivo.

— Ferguzón tiene razón, dijo un tercero; esas gentes conspiran, y nosotros no entraremos.

— La caza del gamo es buena cuando se la encuentra en el camino.

— Mayormente cuando se está cansado de cazar hombres, ¿no es verdad, Barrabás? repuso Cauviñac. ¡Pues bien! no se dirá que ésta nos ha dado en las narices. Nosotros tenemos todo lo necesario para figurar dignamente en esa fiesta; estamos brillantes como un escudo

nuevo; si el señor duque de Enghien necesita soldados, ¿á donde irá á buscarlos mejores? Si necesita conspiradores, ¿donde los habrá más elegantes? El menos suntuoso de nosotros tiene trazas de capitán.

— Y vos, Cauviñac, repuso Barrabás, parecéis á propósito para pasar por de que ó par.

Ferguzón no decía nada y parecía reflexionar.

— Por desgracia, continuó Cauviñac riendo, Ferguzón no está de parecer que cacemos hoy.

— ¡Bah! dijo Ferguzón, no estoy tan falto de gusto. La caza es un placer noble que me agrada bajo todas formas: así, pues, por mi parte no hay que detenerse cuando hay oposición en los demás. Yo digo solamente que nos está impedida la entrada en este parque por puertas y rastrillos.

— ¡Esperad! exclamó Cauviñac; ya tocan á vista las trompas.

— Pero, continuó Ferguzón, eso no quiere decir que no cazaremos nosotros.

— ¿Y cómo quieres que cacemos, cabeza de chorlito, si no podemos entrar?

— No digo que no podamos entrar, repuso Ferguzón.

— ¿Y cómo quieres que entremos, cuando las puertas y los rastrillos abiertos para los otros, como has dicho, están cerrados para nosotros?

— ¿Y por qué no hemos de hacer en este endeble muro, y solo para nosotros, una brecha por donde poder pasar con nuestros caballos, cuando detrás de él no encontraremos á nadie que nos exija la reparación?

— ¡Hurra! exclamó Cauviñac requiriendo su sombrero con alegría. Reparación completa, Ferguzón: ¡tú eres entre nosotros el hombre de recurso! y cuando yo destrone al rey de Francia, para colocar en él al príncipe, he

de pedir para ti la plaza del señor Mazarino. ¡ Á la obra, compañeros, á la obra !

Á estas palabras, Cauviñac saltó de su caballo, y ayudado por sus compañeros, cuyos caballos bastó á tener uno solo, se puso á demoler las piedras ya quebrantadas de la cerca.

En un abrir y cerrar de ojos habian ya hecho los cinco caballeros una brecha de tres ó cuatro pies de ancho. Entonces volvieron á montar en sus caballos y se lanzaron en el parque guiados por Cauviñac.

— Ahora, les dijo éste dirigiéndose hacia donde sonaban las trompas, portaos con atención y delicadeza, y os convidó á cenar esta noche con el señor duque de Enghien.

XI

La caza.

Ya hemos dicho que los seis caballeros de nuevo cuño iban bien equipados; sus caballos tenian además, sobre los de los caballeros que habian llegado por la mañana, la ventaja de estar frescos. Bien pronto se reunieron con el cuerpo de la caza, y se confundieron entre los cazadores sin contestación alguna. La mayor parte de los convidados habian venido de diferentes provincias y no se conocían unos á otros; y así es que una vez en el parque los intrusos, podían pasar muy bien por convidados.

Todo hubiera salido á las mil maravillas si se hubiesen mantenido en su cuerda, contentándose con seguir la marcha de los demás, y mezclándose con los picadores y oficiales de montería. Pero no fué así: Cauviñac se figuró que la caza se daba para obsequiarle: arrebató de manos de un criado un cuerno, que no se atrevió aquél á rehusarle, se puso á la cabeza de los cazadores, cruzó en todas direcciones por ante el capitán de cazas, cortó á través de los bosques y sotillos tocando desesperadamente la trompa, confundiendo el alcance con la acometida, el desembosque con el embosque, atropellando perros, asustando criados, saludando con coquetería á las señoras cuando pasaba por delante de ellas, jurando, gritando y animándose él mismo cuando ya los habia perdido á todos

de pedir para ti la plaza del señor Mazarino. ¡ Á la obra, compañeros, á la obra !

Á estas palabras, Cauviñac saltó de su caballo, y ayudado por sus compañeros, cuyos caballos bastó á tener uno solo, se puso á demoler las piedras ya quebrantadas de la cerca.

En un abrir y cerrar de ojos habian ya hecho los cinco caballeros una brecha de tres ó cuatro pies de ancho. Entonces volvieron á montar en sus caballos y se lanzaron en el parque guiados por Cauviñac.

— Ahora, les dijo éste dirigiéndose hacia donde sonaban las trompas, portaos con atención y delicadeza, y os convidó á cenar esta noche con el señor duque de Enghien.

XI

La caza.

Ya hemos dicho que los seis caballeros de nuevo cuño iban bien equipados; sus caballos tenian además, sobre los de los caballeros que habian llegado por la mañana, la ventaja de estar frescos. Bien pronto se reunieron con el cuerpo de la caza, y se confundieron entre los cazadores sin contestación alguna. La mayor parte de los convidados habian venido de diferentes provincias y no se conocían unos á otros; y así es que una vez en el parque los intrusos, podían pasar muy bien por convidados.

Todo hubiera salido á las mil maravillas si se hubiesen mantenido en su cuerda, contentándose con seguir la marcha de los demás, y mezclándose con los picadores y oficiales de montería. Pero no fué así: Cauviñac se figuró que la caza se daba para obsequiarle: arrebató de manos de un criado un cuerno, que no se atrevió aquél á rehusarle, se puso á la cabeza de los cazadores, cruzó en todas direcciones por ante el capitán de cazas, cortó á través de los bosques y sotillos tocando desesperadamente la trompa, confundiendo el alcance con la acometida, el desembosque con el embosque, atropellando perros, asustando criados, saludando con coquetería á las señoras cuando pasaba por delante de ellas, jurando, gritando y animándose él mismo cuando ya los habia perdido á todos

de vista, hasta que llegó junto al gamo en el momento que el animal, después de haber atravesado el gran estanque, se encontraba reducido al último extremo.

— ¡Halali! ¡Halali! gritaba Cauviñac; nuestro es el gamo. ¡Voto á diez! ya es nuestro.

— Cauviñac, decía Ferguzón, que le seguía á corta distancia; Cauviñac, vais á hacer de modo que nos pongan en la calle. Por Dios, moderaos.

Pero Cauviñac nada oía; y viendo que el animal hacía frente á los perros, echó pie á tierra, y sacó su espada gritando con toda la fuerza de sus pulmones.

— ¡Halali! ¡Halali!

Sus compañeros, menos el prudente Ferguzón, siguiendo su ejemplo, se preparaban á lanzarse sobre su presa, cuando el capitán de cazas separando suavemente á Cauviñac con su cuchillo, le dijo:

— Caballero, la señora princesa es quien dirige la caza; y á ella le toca degollar el gamo, ó conceder este honor á quien le parezca.

Cauviñac volvió en sí al escuchar esta cruda amonestación; y como retrocediera de mal humor, se vió rodeado repentinamente por la multitud de cazadores, á quienes les había bastado para reunirsele los cinco minutos de parada que hizo Cauviñac, y todos formaban un gran círculo alrededor del animal arrinconado contra el pie de una encina y cercado de todos los perros reunidos y encarnizados contra él.

En aquel instante se vió aparecer por una larga avenida á la princesa, precediendo al duque de Enghien, y á los caballeros y damas que habían tenido el honor de no apartarse de ella. Venía en extremo animada, y se comprendía que preludiva por medio de este simulacro de guerra una guerra verdadera.

Al llegar en medio del círculo se detuvo, tendió á su alrededor una ojeada de príncipe, y observó á Cauviñac y sus compañeros, que estaban flechados por las miradas inquietas y recelosas de los picadores y de los monteros.

El capitán se acercó á la princesa con su cuchillo en la mano: era éste un cuchillo que ordinariamente usaba el príncipe, su hoja era del acero más fino y su empuñadura roja.

— ¿Conoce V. A. á ese caballero? le dijo en voz baja indicándole á Cauviñac con el ramo del ojo.

— No, le contestó; pero habiendo entrado es indudable que habrá sido por conocimiento de alguno.

— No le conoce nadie, señora; y todos esos á quienes he preguntado, lo ven por la primera vez.

— ¿Pero cómo ha de haber pasado por los rastrillos sin tener la consigna?

— Es verdad, repuso el capitán; sin embargo me atrevería á aconsejar á V. A. que desconfiase de él.

— Es menester saber al momento quién es, dijo la princesa.

— Pronto se sabrá, señora, dijo con su habitual sonrisa Lenet, que acompañaba á la princesa. Ya he despachado contra él un Normando, un Picardo y un Bretón, y vá á ser examinado de alma; pero por de pronto no tije V. A. en él la atención, pues se nos escaparía.

— Tenéis razón, Lenet; volvamos á nuestra caza.

— Cauviñac, le dijo Ferguzón, me parece que se trata de nosotros entre altos personajes. No haríamos mal en escabullirnos.

— ¿Lo crees así? dijo Cauviñac. ¡Bah! tanto mejor. Yo quiero ver la conclusión de la caza, y suceda lo que quiera.

— Este es un hermoso espectáculo, bien lo sé, dijo

Ferguzón; pero tal vez podemos pagar más caros nuestros bancos que en la posada de Borgoña.

— Señora, dijo el capitán de cazas presentando el cuchillo á la princesa: ¿á quién quiere V. A. dispensar el honor de matar el animal?

— Lo reservo para mi, caballero, dijo la princesa; una mujer de mi rango debe habituarse á tocar el hierro y á ver correr la sangre.

— Namur, dijo el capitán de cazas al arcabucero, preparaos.

El arcabucero, saliendo de entre las filas, fué á colocarse con el arcabuz á la cara á veinte pasos del animal. Esta maniobra tenia por objeto matar el gamo de un balazo, si como algunas veces acontece, impulsado por la desesperación, en vez de esperar tranquilo tratase de acometer.

La princesa bajó de su caballo, tomó el cuchillo, y con mirada fija, las mejillas inflamadas y los labios entreabiertos, avanzó hacia la bestia, que casi enterrada bajo las perros, parecia cubierta de un tapiz de mil embrollados colores. Sin duda el animal no creyó que la muerte venia envuelta bajo las facciones de aquella hermosa princesa, en cuya mano habia ido á comer varias veces; así, pues, conforme estaba arrodillado, trató de hacer un movimiento acompañado de esa gruesa lagrima que anuncia la agonía del ciervo, el gamo* y el corzo. Pero no le dió tiempo: la hoja del cuchillo, sobre la que se reflejaba un rayo del sol, desapareció entera en su garganta, saltando la sangre hasta el semblante de la princesa: el gamo levantó la cabeza, baló dolorosamente, y proyectando una última mirada de reconvencción sobre su hermosa señora, cayó muerto.

En el mismo instante todas las trompas anunciaron su

muerte, y resonaron mil gritos de ¡viva la princesa! mientras que el joven príncipe se agitaba en su silla batiendo las palmas alegremente.

La princesa retiró el cuchillo del cuello del animal, tendió á su alrededor una mirada de amazona, devolvió el arma ensangrentada al capitán de cazas, y montó otra vez á caballo.

Entonces Lenet se le acercó.

— ¿Quiere la señora princesa, dijo éste con su habitual sonrisa, que la diga en quién pensaba al cortar la garganta del pobre animal?

— Si, Lenet; me daréis mucho gusto en decirlo.

— V. A. pensaba en Mazarino, y hubiera querido que se hallase en el puesto del gamo.

— Si, exclamó la princesa, es mucha verdad, y os juro que le hubiera degollado sin piedad; pero, Lenet, me haréis creer que sois hechicero.

Después, volviéndose hacia los demás del acompañamiento, dijo:

— Ya que está terminada la caza, señores, yo espero que me seguiréis... es demasiado tarde para atacar á otro gamo, y además nos espera la cena.

Cauviñac contestó á esta invitación por medio de un gesto de los más graciosos.

— ¿Qué hacéis, capitán? dijo Ferguzón.

— Aceptar, ¡pardiez! No ves que la princesa acaba de convidarnos á cenar, como lo habia yo prometido?

— Cauviñac, creedme si queréis, replicó el tugariente; pero yo en vuestro lugar aprovecharia de nuevo la brecha.

— Amigo Ferguzón, vuestra perspicacia natural os hace traición. ¿No habéis reparado en las órdenes que ha dado es señor vestido de negro, que tiene en su cara

cuando se ríe toda la falsedad del zorro, y la sutileza del tejo cuando no ríe? Ferguzón, la brecha tiene ya guardias, y querer irnos hacia la brecha es decir que queremos salir por donde hemos entrado.

— Pero entonces, ¿qué va a ser de nosotros?

— Tranquilizaos; yo respondo de todo.

Y descansando en esta confianza, los seis aventureros se mezclaron con los demás caballeros y se encaminaron con ellos al castillo.

Cauviñac no se había equivocado; no se les perdía de vista. Lenet marchaba sobre el flanco, con el capitán de cazas á la derecha, y á la izquierda el administrador de la casa de Condé.

— ¿Estáis seguro, decía Lenet, de que nadie conoce á esos caballeros?

— Nadie. Ahí tenéis á más de cincuenta, á quienes hemos preguntado, y todos nos dicen lo mismo: son extraños á todos.

El Normando, el Picardo y el Bretón volvieron á reunirse á Lenet, sin poder decir más que los otros; solo el Normando había visto una brecha en el parque, y como hombre inteligente, había hecho poner guardias en ella.

— Entonces, dijo Lenet, vamos á recurrir al medio más eficaz: no está en el orden que un puñado de espías nos obligue á dar pasaporte con gran daño nuestro á cien valientes hidalgos. Cuidad vos, señor administrador, de que nadie salga del patio ni de la galería en que vá á entrar la cabalgata; vos, señor capitán, cuando la puerta de la galería esté cerrada, disponed se halle pronto un piquete de doce hombres con las armas cargadas, por lo que pueda acontecer. Ahora seguid, que yo no los pierdo de vista.

Lenet no tuvo que trabajar mucho para llenar el come-

tido que se había impuesto á sí mismo; pues ni Cauviñac ni sus compañeros manifestaban el menor deseo de huir. Cauviñac marchaba en primera línea, retorciendo galanamente su bigote; seguiale Ferguzón, tranquilizado con su promesa, porque conocía demasiado á su jefe y estaba seguro de que no iría á encerrarse en una gazapera, si la gazapera no tuviese otra segunda salida: en cuanto á Barrabás y sus otros tres compañeros, seguían al capitán y á su teniente, sin pensar más que en la excelente cena que les aguardaba: éstos eran, en suma, unos hombres muy materiales, que abandonaban con todo descuido la parte intelectual de las relaciones sociales á su dos jefes, en quienes tenían entera confianza.

Todo se hizo según la previsión del consejero, y se ejecutó con arreglo á sus órdenes. La princesa tomó asiento bajo un dosel que la servía de trono, teniendo á su lado á su hijo, vestido de la manera que ya hemos referido.

Todos se miraban unos á otros, al ver que probablemente iban á escuchar un discurso, cuando se les había prometido una cena.

Con efecto, la princesa se levantó y tomó la palabra. La arenga fué alarmante. Clemencia de Maille Brezé no guardó esta vez consideración alguna, demostrando todo el encono que tenía á Mazarino: los oyentes, por su parte, electrizados con el recuerdo de la afrenta causada á toda la nobleza de Francia en la persona de los príncipes, y tal vez más aun, por la esperanza de dictar buenas condiciones en la corte en caso de un buen suceso, interrumpieron dos ó tres veces el discurso de la princesa, jurando á voces servir fielmente la causa de la ilustre casa de Condé, y ayudarle á salir del abatimiento á que Mazarino trataba de reducirla.

— Así, pues, señores, añadió la princesa al terminar su arenga, esté es el concurso de vuestra bravura, el ofrecimiento de vuestra lealtad, que á vuestros corazones generosos demanda este huérfano que aquí veis. Si sois nuestros amigos, y como tales os habéis presentado aquí, al menos, ¿qué podéis hacer por nosotros?

Entonces, después de un momento de silencio lleno de solemnidad, se dió principio la escena, á la vez más grande y más interesante que pudiera verse.

Uno de los nobles se inclinó saludando respetuosamente á la princesa, y le dijo:

— Yo me llamo Gerardo de Montalent, y traigo conmigo cuatro caballeros amigos míos. Tenemos entre todos cinco buenas espadas y dos mil doblones, que presentamos al servicio de S. A. el príncipe. Aquí tenéis nuestra credencial firmada por el señor duque de Larochevoucault.

La princesa devolvió el saludo á su vez, tomó la credencial de manos del caballero, la entregó á Lenet, é hizo seña á los nobles de pasar á la derecha.

Apénas hubieron éstos ocupado el puesto indicado, se acercó otro caballero, y dijo:

— Yo me llamo Claudio Raoul de Lessac, conde de Clermont; me acompañan seis nobles amigos míos. Cada uno traemos mil pistolas, que deseamos se nos permita depositar en el tesoro de V. A.: venimos armados y equipados, y un simple sueldo diario nos bastará. Aquí esta nuestra credencial firmada por el señor duque de Bouillon.

— Pasad á mi derecha, señores, y no dudéis de mi gratitud, dijo la princesa tomando la carta de Bouillon, que examinó como la primera, y que como aquella pasó después á manos de Lenet.

Los caballeros obedecieron

— Yo me llamo Luis Fernando de Lorges, conde de Duras, dijo entonces un tercer caballero. No traigo amigos ni dinero; mi fuerza y mi riqueza consisten sólo en mi espada, con la que he abierto paso á través del enemigo, porque me hallaba sitiado en Bellegarde. Tomad mi credencial del señor vizconde de Turena.

— Venid, venid, caballero, dijo la princesa tomando con una mano la credencial, y dándole á besar la otra. Venid, y permaneced á mi lado: os hago uno de mis oficiales.

Los demás nobles fueron imitando el ejemplo de los anteriores: cada cual trata su credencial, ya del señor de Larochevoucault, del señor Bouillon ó del señor de Turena: cada cual entregaba su credencial y pasaba después á la derecha de la princesa. Cuando el lado derecho estuvo lleno, la princesa mandó pasar á la izquierda los restantes.

De este modo se fué desocupando la sala poco á poco; y no tardó mucho en quedarse solo Cauviñac con sus esbirros, formando un grupo solitario, contra el cual murmuraban los otros con desconfianza lanzándole miradas coléricas y amenazadoras.

Lenet dirigió hacia la puerta una ojeada. La puerta estaba bien cerrada, y él sabía que detrás de ella estaba el capitán con una docena de hombres bien armados. Entonces, dirigiéndose á los desconocidos, les dijo:

— Vosotros, señores, ¿quiénes sois? ¿Nos haréis el honor de nombraros y de mostrarnos vuestras credenciales?

Desde el principio de esta escena, cuyo desenlace inquietaba en extremo la inteligencia conocida de Ferguson, se había difundido sobre su semblante una sombría

inquietud, y esta inquietud se había comunicado poco á poco á sus compañeros que, como Lenet, miraban hacia la puerta; pero su jefe, majestuosamente arrebozado en su capa, había permanecido tranquilo, y á la invitación de Lenet, dando dos pasos adelante y saludando á la princesa, dijo:

— Señora, yo me llamo Rolando de Cauviñac, y traigo al servicio de V. A. esos cinco hidalgos, que pertenecen á las primeras familias de Guiena, pero que desean conservar el incógnito.

— Pero sin duda no habréis venido á Chantilly sin haber sido recomendados por alguien, señores, dijo la princesa sobresaltada con la idea del alboroto que iba á resultar de la prisión de aquellos seis hombres sospechosos. ¿Dónde están vuestras credenciales?

Cauviñac se inclinó reconociendo la justicia de esta demanda, metió la mano en el bolsillo y sacó de él un papel hecho cuatro dobleces, que entregó á Lenet con el más profundo saludo.

Lenet le abrió, leyó, y la más festiva expresión vino á calmar sus facciones contraídas por una aprensión muy natural.

Mientras que leía Lenet, Cauviñac recorría con mirada de triunfo los grupos de los asistentes.

— Señora, dijo Lenet en voz baja inclinándose al oído de la princesa; ved qué fortuna: ¡una firma en blanco del duque de Epernón!

— Caballero, dijo la princesa con la sonrisa más placentera, ¡gracias! ¡tres veces gracias, por mi esposo, por mí y por mi hijo!

La sorpresa había enmudecido á todos los espectadores.

— Caballero, dijo Lenet, este pliego es demasiado interesante para que intentéis cedérselo sin condición. Esta

noche, después de la cena, si os parece bien, hablaremos, y me diréis en qué podemos seros útiles.

Y Lenet guardó en su faltriquera la firma que Cauviñac tuvo la delicadeza de no reclamarle.

— Y bien, dijo Cauviñac á sus compañeros, ¿no os había dicho que os convidaba á cenar con el señor duque de Enghien?

— Á la mesa, señores, dijo la princesa.

Á estas palabras se abrieron las dos hojas de la puerta lateral, que daban á la gran galería del castillo, y se vió una magnífica cena.

Esta fué animadísima: la salud del príncipe fué tomada por tema más de diez veces en los brindis, y acogida su aclamación casi de rodillas por los convidados, con espada en mano é imprecaciones contra Mazarino, capaces de hundir los muros.

Todos hicieron el honor á la excelente mesa de Chantilly; y hasta Ferguzón, el prudente Ferguzón, se dejó llevar del atractivo de los vinos de Borgoña, con los que por primera vez trababa conocimiento. Ferguzón era de la Gascuña, y no se había hallado hasta entonces en el caso de apreciar otros vinos que los de su país, que consideraba excelentes, pero que, si hemos de dar crédito al duque de San Simón, no gozaban aun en aquella época de un gran renombre.

No sucedía esto á Cauviñac: justo apreciador del valor de los frutos de Moulin-á-Vent, Nuits y Chambertin, no hacía de ellos más que un consumo razonable. No olvidando la solapada sonrisa de Lenet, conocía que le era necesaria toda su razón para hacer con el astuto consejero un trato de que no tuviese que arrepentirse; esta conducta llamó la admiración de Ferguzón, Barrabás y sus tres compañeros, que ignorando la causa de su tem-

planza, llevaron su simpleza hasta el extremo de pensar que su jefe sufría los efectos de un íntimo arrepentimiento.

Al terminarse la cena, como empezasen á ser más frecuentes las libaciones, desapareció la princesa, llevándose consigo al duque de Enghien, y dejando á sus convidados en libertad de prolongar su festín hasta cuando mejor les pareciese. Al fin, todo se había llevado á cabo según sus deseos; y de ello hizo á la viuda una reseña circunstanciada, refiriéndole la encena del salón y la cena de la galería, omitiendo solamente las palabras que Lenet de había dicho al oído en el momento de levantarse de la mesa.

— No olvide V. A. que debemos partir á la diez.

Ya eran cerca de las nueve, y la princesa empezó sus preparativos.

Durante este tiempo, Lenet y Cauviñac cambiaron una mirada. Lenet se levantó, y Cauviñac hizo otro tanto; Lenet salió por una puertecita situada en un ángulo de la galería, Cauviñac comprendió la maniobra, y le siguió.

Lenet condujo á Cauviñac á su gabinete: el aventurero iba detrás de él con aire indiferente y confiado; pero no obstante, según andaba, su mano acariciaba al descuido la empuñadura de un largo puñal, prendido á su cintura, y su rápida y ardiente mirada penetraba con atención pasajera las puertas entreabiertas y las tapicerías flotantes.

Aunque no temía precisamente que se le vendiese, tenía no obstante la costumbre de estar siempre prevenido contra la traición.

Así que llegaron al gabinete, que estaba medio iluminado por una lámpara, pero de cuya soledad era fácil asegurarse á un solo golpe de vista, indicó Lenet con la mano una silla á Cauviñac. Éste se sentó á un lado de la

mesa, próximo á la lámpara que ardía sobre ella, y Lenet al opuesto.

— Caballero, dijo Lenet, por captarse desde luego la confianza del hidalgo: ante todas cosas, ahí tenéis vuestra firma en blanco. Os pertenece, como vuestra: ¿no es cierto?

— Caballero, contestó Cauviñac, es una cosa que pertenece al primero que la ocupe, pues que, como podéis ver, debajo del nombre del señor de Eperón no hay ningún otro.

— Al preguntaros si os pertenece, quiero decir, si la poseéis con consentimiento del duque de Eperón.

— La he recibido de su propia mano, caballero.

— Según eso, no es ni sustraída ni arrebatada con violencia: no digo por vos, sino por cualquier otra de quien la hubiereis recibido. ¿No podéis, tal vez, haberla adquirido por segunda mano?

— Os digo que me ha sido dado por el duque, de buen grado, y á título de cambio contra un papel que yo le he entregado.

— ¿Y habéis contraído con el duque de Eperón la obligación de emplear este documento en cosa determinada?

— No me he comprometido á nada con el duque de Eperón.

— ¿Y el que la posea puede usar de ella con toda seguridad?

— Sí, puede.

— Entonces, ¿por qué no usáis vos mismo de ella?

— Porque conservando yo esa firma en blanco, no puedo obtener más que una cosa, mientras que cediéndosla puedo conseguir dos.

— ¿Y cuáles son esas dos cosas?

- En primer lugar, dinero.
- No le tenemos.
- Seré razonable.
- ¿Y la segunda?
- Un empleo en el ejército de los príncipes.
- Los señores príncipes no tienen ejército.
- Le tendrán.
- ¿No os convendría mejor un despacho para alzar una compañía.
- Justamente os lo iba á proponer.
- ¿No falta más que el dinero?
- Sí, el dinero falta.
- ¿Qué cantidad deseáis?
- Diez mil libras: ya os he dicho que sería razonable.
- ¡Diez mil libras!
- Sí; necesito precisamente hacer algunos adelantos para armar y equipar mi gente.
- En efecto, no es demasiado.
- ¿Consentis?
- Es negocio concluido.

Lenet sacó un despacho firmado, le llenó con los nombres que le dijo Cauviñac, estampó en él el sello de la princesa, y se lo entregó: después, abriendo una especie de caja de resorte, en la que estaba encerrado el tesoro del ejército rebelde, sacó de ella diez mil libras en oro, que alineó en pilas de veinte luises cada una.

Cauviñac las contó escrupulosamente, unas después de otras, y al llegar á la última hizo seña con la cabeza á Lenet, indicándole que la firma en blanco quedaba en su poder.

Lenet la tomó y la puso en la caja de resorte, creyendo sin duda que un papel tan precioso no podía guardarse mejor.

En el momento de guardar Lenet en su bolsillo la llave de la caja, entró con precipitación un criado á decirle que se le llamaba para un negocio de importancia.

En seguida Lenet y Cauviñac salieron del gabinete; Lenet para seguir al criado, y Cauviñac para volver á la sala del festín.

Durante este tiempo, la princesa hacía sus preparativos de marcha, que consistían en cambiar su traje de corte con otro de amazona, cómodo á la vez para carruaje y caballo: en entresacar sus papeles, á fin de quemar los inútiles y llevarse los que le interesaban, y en reunir, por último, sus diamantes, que había hecho desmontar, con el objeto de que ocupasen menos hueco, y de poder en una ocasión apremiante sacar partido de ellos con más facilidad.

El duque de Enghien tenía que llevar el traje que se había puesto para la corrida de caza, en atención á que no había habido tiempo más que para hacerle aquél. Su escudero Vialas debía caminar constantemente á la portezuela del coche, montado en su caballo blanco, á fin de acomodarle en el sillín y salir con él á escape si fuese necesario. Temiendo que se durmiese, se le había hecho á Perico que viniera á jugar con él; pero era inútil esta precaución: el orgullo de verse vestido de hombre le mantenía despierto.

Puestos los tiros ocultamente á los carruajes como para conducir á París á la señora vizcondesa de Cambes, habían sido llevados aquéllos á una calle sombría de castaños de Indias, en donde era imposible descubrirlos: con las portezuelas abiertas y los cocheros en los pescantes, esperaban á unos veinte pasos del rastrillo principal. Sólo se aguardaba la señal, que debían ser una tocata de cuernos. La princesa, teniendo fijos los ojos en el reloj de

pared, que marcaba las diez menos cinco minutos, se levantó por último, y se dirigió al duque de Enghien para tomarle de la mano, cuando de pronto se abrió precipitadamente la puerta, y Lenet entró, ó mejor dicho, se arrojó en la sala.

Al ver su rostro pálido y la turbación de su mirada, la princesa palideció y se turbó á su vez.

— ¡ Oh, Dios mio! le dijo ésta dirigiéndose hacia él, ¿ qué tenéis, qué hay?

— Hay, le contestó Lenet con voz entrecortada por la emoción, que acaba de llegar un caballero, que solicita hablaros en nombre del rey.

— ¡ Gran Dios! exclamó la princesa; ¡ somos perdidos! ¿ Y qué haremos, mi querido Lenet?

— Sólo una cosa.

— ¿ Cuál?

— Desnudar en el momento al señor duque de Enghien, y poner á Perico sus vestidos.

— Yo no quiero que se me quite mi ropa para dársela á Perico, exclamó el joven príncipe, próximo á deshacerse en lágrimas á esta sola idea; mientras que Perico, en el colmo de su alegría, creía haber oído mal.

— Es preciso, monseñor, dijo Lenet con ese acento poderoso que se ocurre en las ocasiones graves, y que es capaz de impresionar hasta á un chiquillo; si no consentis, continuó el consejero, vais á ser conducido ahora mismo con vuestra mamá á la prisión del señor príncipe vuestro padre.

El duque de Enghien guardó silencio; mas Perico, por el contrario, incapaz de dominar sus sentimientos, se dejaba llevar de una indecible explosión de júbilo y de orgullo: se llevaron á los dos á una sala baja inmediata á la capilla, donde debía ejecutarse la metamorfosis.

— Por fortuna, dijo Lenet, la señora viuda está aquí, que á no ser por esto, quizá nos hubiera fastidiado el tal Mazarino.

— ¿ Por qué?

— Porque el mensajero ha debido empezar por visitar á la señora viuda, y en este momento se encuentra en su antesala.

— Pero ese mensajero del rey no es otra cosa que un vigilante, sin duda, un espía que nos manda la corte.

— Vuestra Alteza lo ha dicho.

— Su consigna debe ser de no perdernos de vista.

— Si; pero ¿ qué le hace, si no es á vos á quien verá? Lenet se sonrió.

— Yo me entiendo, señora, y respondo de todo. Haced que Perico se vista de príncipe, y que el príncipe se vista de jardinero; yo me encargo de enseñar á Perico su lección.

— ¡ Oh, Dios mio! dejar partir á mi hijo solo.

— Vuestro hijo, señora, partirá con su madre.

— Es imposible.

— ¿ Por qué? Del mismo modo que se ha encontrado un falso duque de Enghien, se encontrará también fácilmente una falsa princesa de Condé.

— ¡ Oh! Ahora ya lo comprendo, mi buen Lenet, mi querido Lenet; pero ¿ quién me representará? añadió la princesa con cierta inquietud.

— Tranquilizaos, señora, respondió el imperturbable consejero; la princesa de Condé de que quiero valerme y á quien destino á la observación del espía de Mazarino, acaba de desnudarse apresuradamente, y en este momento se está metiendo en vuestra cama.

Expliquemos cómo había pasado la escena de que Lenet acababa de dar cuenta á la princesa.

Mientras que los caballeros continuaban en la sala del convite bebiendo y brindando á la salud de los príncipes y maldiciendo á Mazarino; mientras que Lenet trataba en su gabinete con Gauviac sobre el cambio de la firma en blanco; y mientras la princesa hacia sus últimos preparativos de viaje, se había presentado un caballero en el rastrillo principal del castillo, seguido de su lacayo.

El conserje le había abierto, pero detrás del conserje había encontrado el recién venido al alabardero que ya conocemos.

— ¿De dónde venis? le preguntó éste.

— De Mantes, respondió el caballero.

Hasta aquí todo iba bien.

— ¿Adónde vais? continuó el alabardero.

— Á hablar con la señora princesa viuda de Condé, en primer lugar; á ver después á la señora princesa, y últimamente á su hijo el señor duque de Enghien.

— ¡No se puede entrar! dijo el alabardero asestando su alabarda.

— ¡De orden del rey! contestó el caballero sacando un papel de su bolsillo.

Á estas formidables palabras se inclinó la alabarda, el centinela llamó, á su voz acudió un oficial de la casa, y habiendo entregado su credencial el mensajero de S. M., fué introducido inmediatamente en las habitaciones.

Por fortuna Chantilly era grande, y los aposentos de la señora duquesa viuda estaban bastante distantes de la galería en que tenían lugar las últimas escenas del estre-pitoso festín, cuya primera parte hemos delineado.

Si el mensajero hubiera solicitado en primer lugar ver á la princesa y á su hijo, en aquel momento se habría perdido todo; pero la etiqueta exigía que ante todo saludase á la princesa madre. El primer camarero le hizo

entrar en un extenso gabinete contiguo al dormitorio de S. A.

— Disimulad, caballero, le dijo aquél: S. A. se sintió indispuesta súbitamente antes de ayer, y acaban de sangrarla por tercera vez no hace dos horas. — Voy á anunciarle vuestra llegada, y dentro de un momento tendré el honor de introducirlos.

El caballero hizo una señal de asentimiento con la cabeza, y quedó solo sin apercibir de que le espiaban por el hueco de las cerraduras, tratando de reconocerle.

En primer lugar Lenet; después Vialas, el escudero del príncipe, y últimamente La Roussière, el capitán de cazas. Dado caso que alguno de los tres le hubiese reconocido, hubiera entrado, y so pretexto de acompañarle, se habría hecho cargo de distraerle á fin de ganar tiempo.

Pero ninguno de ellos pudo conocer al que tanto interés se tenía en ganar. Era este un bello joven vestido con uniforme de infantería, y que al parecer estaba como disgustado, pudiendo traducirse que este disgusto seria ocasionado tal vez por la misión de que estaba encargado. Se puso á mirar los retratos de familia y el mueblaje del gabinete, deteniéndose particularmente ante el retrato de la princesa viuda, ante quien iba á ser introducido, el cual había sido hecho en los más bellos tiempos de su juventud y de su hermosura.

Fiel á su promesa, el camarero volvió al cabo de algunos minutos en busca del caballero para conducirle ante la princesa madre.

Carlota de Montmorency se había incorporado en el lecho; su médico Bourdelot acababa de separarse de su cabecera; y encontrando en el umbral de la puerta al oficial, le hizo un saludo muy ceremonioso, que le devolvió aquél en la misma forma.

Cuando la princesa sintió los pasos del enviado y oyó palabras que cambiaba con el médico, hizo una seña rápida en dirección al espacio que mediaba entre la cama y la pared, y entonces se movió casi imperceptiblemente durante dos ó tres segundos la colgadura de pesados flecos que rodeaba el lecho, á excepción del costado que la viuda había abierto para recibir la visita.

Hallábase en efecto entre la colgadura y la pared la joven princesa de Condé y Lenet, que habían entrado por una puerta secreta practicada en la ensambladura, y estaban impacientes por saber desde el principio de la conversación, lo que podía venir á hacer á Chantilly cerca de las princesas el mensajero del rey.

El oficial dió tres pasos en la sala, y saludó con un respeto que no procedía sólo de las reglas de etiqueta.

La señora viuda había dilatado sus grandes ojos negros con el aire imponente de una reina próxima á encolerizarse; su silencio se parecía al que precede á la tempestad. Su mano, de una blancura mate, emblanquecida aun más por las tres sangrías que había sufrido, hizo seña al mensajero para que le entregara el despacho de que era portador.

El capitán extendió su mano hacia la de la princesa, y la entregó respetuosamente el pliego de Ana de Austria; después de lo cual esperó que la princesa hubiese leído las cuatro líneas que contenía.

— ¡Muy bien! dijo la viuda doblando el papel con mucha sangre fría para que no fuese afectada. Comprendo la intención de la reina, por muy envuelta que venga entre palabras atentas: soy vuestra prisionera.

— ¡Señora! profirió el oficial con embarazo.

— Prisionera fácil de guardar, caballero, añadió la señora de Condé, pues no me hallo en estado de ir muy

lejos; y además tengo un centinela muy severo, como habréis podido ver al entrar aquí, en mi médico Bourdelot.

Diciendo estas palabras, fijó la viuda sus ojos en el mensajero, cuya fisonomía le pareció bastante agradable para disminuir en algún tanto la amarga acogida debida al portador de semejante orden.

— Ya sabía yo que el señor de Mazarino era capaz de violencias muy indignas; pero jamás le creí tan miedoso, que temiese á una pobre anciana enferma, á una viuda infeliz y á un niño. Porque yo creo que la orden de que sois portador concierne también á mi hija la princesa y al duque mi nieto.

— Señora, dijo el joven, sentiría infinito que V. A. se resienta contra mí, por haber tenido la desgracia de cumplir forzosamente esta misión. Yo he llegado á Mantes conduciendo un mensaje para la reina: en la postdata del mensaje se recomendaba el mensajero á S. M.: la reina entonces tuvo la bondad de decirme que me quedase á su lado, añadiendo que probablemente tendría necesidad de mis servicios. Á los dos días la reina me manda venir aquí; pero al aceptar, como era mi deber, la misión cualquiera que fuese, que S. M. se dignase confiarme, me atreveré á decir que ni la he solicitado, ni habría dejado de rehusarla, si los reyes fuesen personas á quienes se les pudiese rehusar ninguna cosa.

Y diciendo estas palabras, el oficial se inclinó segunda vez, tan respetuosamente como lo había hecho la primera.

— Auguro bien de vuestra explicación; y después de haberos escuchado hablar en esos términos, espero poder soportar tranquilamente mi enfermedad. Sin embargo, caballero, no tengáis ningún reparo en decirme con franqueza la verdad. ¿Se me vigilará hasta en mi aposento,

como se hace con mi pobre hijo en Vincennes? Si se permite escribir, ¿ mis cartas serán ó no revisadas? Si, contra toda apariencia, esta enfermedad me permite levantarme acaso, ¿ se limitarán mis paseos?

— Señora, respondió el oficial, escuchad la consigna que la reina misma me ha dispensado el honor de darme:

« Id, me ha dicho S. M., y afirmad á mi prima de Condé que haré por los príncipes todo cuanto permita la seguridad del Estado. Por medio de esta carta la ruego reciba á uno de mis oficiales, el cual puede servir de medianero entre ella y yo, para los mensajes que me quiera dirigir. Este oficial, dijo la reina, seréis vos. »

— Estas, continuó el joven con las mismas demostraciones respetuosas, son, señora, las propias palabras de S. M.

La princesa había escuchado este relato con la misma atención que se pone para sorprender en una nota diplomática el sentido que resulta frecuentemente de una palabra colocada con tal ó cual condición, ó de un acento puesto en tal ó cual lugar.

Después de un instante de reflexión, viendo la princesa sin duda en este mensaje todo cuando había temido encontrar en él desde luego, es decir, un espionaje intimo, se mordió los labios, y dijo:

— Habitaréis en Chantilly, caballero, conformandome con los deseos de la reina; además, diréis que aposento os será más agradable y cómodo, y le tendréis.

— Señora, respondió el caballero frunciendo ligeramente el entrecejo; ya he tenido el honor de explicar á V. A. mucho más de lo que me permiten mis instrucciones. Yo, pobre oficial, y sobre todo mal cortesano, me hallo peligrosamente colocado entre la cólera de V. A. y la orden de la reina, y en este caso me parece que V. A.

podiera demostrar su generosidad absteniéndose de mortificar á un hombre, que solamente es un instrumento pasivo. Muy sensible me es, señora, tener que hacer lo que la reina manda. Mi deber es obedecer religiosamente las órdenes de la reina. Lo he dicho, y lo repito; jamás habría solicitado esta comisión, y me alegraría de que se le hubiese cometido á otro: me parece que esto es decir bastante..

Y el oficial levantó la cabeza con un rubor que hizo ruborizar por el mismo estilo la frente altanera de la princesa.

— Caballero, replicó ésta, sea cualquiera el rango de la sociedad en que nos hallemos colocados, como habéis dicho muy bien, debemos obedecer á S. M. Yo seguiré el ejemplo que me dais, y obedeceré como vos; pero de cualquier modo debéis conocer que es muy duro no poder recibir uno en su casa á un digno hidalgo como vos, con la libertad de hacerle los honores que corresponden. Desde este instante sois aquí el dueño, y podéis mandar.

El oficial saludó profundamente á la princesa, y replicó:

— Señora, Dios quiera que yo no olvide la distancia que me separa de V. A. y el respeto que debo á su casa. V. A. continuará mandando aquí, y yo seré el primero de vuestros servidores.

Á estas palabras el joven se retiró sin encogimiento, sin servilismo ni altanería, dejando á la viuda agitada por una ira, tanto más intensa, cuanto que no podía hacer presa de ella á un mensajero tan discreto y respetuoso.

Al mismo tiempo la conversación rápida que se suscitó en el hueco que mediaba entre el testero y la cama, tocante á Mazarino, habría podido aniquilar al ministro, si las maldiciones tuviesen el poder de matar como los proyectiles.

El caballero encontró en la antesala al lacayo que le introdujo.

— Señor, dijo éste acercándose al mensajero; la señora princesa de Condé, de quien habéis solicitado audiencia de parte de la reina, consiente en recibirlos. Si tenéis á bien seguirme...

El oficial comprendió este giro, dirigido sólo á salvar el orgullo de las princesas, y se mostró tan reconocido al favor que se le dispensaba, como si este favor no fuese impuesto por una orden superior. Atravesó varios aposentos precedido por el camarero, llegando por último á la puerta del dormitorio de la princesa. En este momento el camarero se volvió y dijo:

— La señora princesa, por estar fatigada de la caza, se ha metido en cama y os recibirá acostada. — ¿ Á quien debo anunciar?

— Al barón de Canolles, de parte de S. M. la reina regente, respondió el caballero.

A este nombre, que la pretendida princesa oyó desde su lecho, hizo un movimiento de sorpresa tal, que á ser visto, habría comprometido sin duda su identidad. Bajó precipitadamente con la mano derecha hasta los ojos su cofia, mientras que con la izquierda corria hasta su barba la rica cortina de la cama.

— Que entre, dijo con voz alterada.

El oficial entró.

XII

La fingida princesa

Canolles fué introducido en una magnífica sala cubierta de una tapicería oscura, y alumbrada tan sólo por una lámpara de mariposa colocada sobre una repisa entre dos ventanas: á la escasa luz que daba, podía con todo distinguirse encima de la lámpara un cuadro grande, que representaba á una mujer en pie con un niño de la mano. En las cornisas de los cuatro ángulos, brillaban tres lises de oro, que sólo se diferenciaban de las flores de lis de Francia, en una banda colocada en el centro. Por último, en el fondo de una extensa alcoba, donde apenas penetraba la trémula y débil luz, se distinguía detrás de las pesadas cortinas de una cama, la mujer en quien el nombre del barón de Canolles había producido un efecto tan singular.

El caballero ejecutó la fórmula de estilo, es decir, dió los tres pasos de rigor, saludó, y avanzó otros tres pasos más. Entonces dos camareras, que sin duda habían ayudado á desnudar á la señora de Condé, se retiraron: el ayuda de cámara cerró la puerta, y Canolles se encontró sólo con la princesa.

No correspondía á Canolles entablar la conversación, y por lo mismo esperó que se le dirigiese la palabra; pero como la princesa por su parte parecía obstinarse en guar-

El caballero encontró en la antesala al lacayo que le introdujo.

— Señor, dijo éste acercándose al mensajero; la señora princesa de Condé, de quien habéis solicitado audiencia de parte de la reina, consiente en recibirós. Si tenéis á bien seguirme...

El oficial comprendió este giro, dirigido sólo á salvar el orgullo de las princesas, y se mostró tan reconocido al favor que se le dispensaba, como si este favor no fuese impuesto por una orden superior. Atravesó varios aposentos precedido por el camarero, llegando por último á la puerta del dormitorio de la princesa. En este momento el camarero se volvió y dijo:

— La señora princesa, por estar fatigada de la caza, se ha metido en cama y os recibirá acostada. — ¿ Á quien debo anunciar?

— Al barón de Canolles, de parte de S. M. la reina regente, respondió el caballero.

A este nombre, que la pretendida princesa oyó desde su lecho, hizo un movimiento de sorpresa tal, que á ser visto, habría comprometido sin duda su identidad. Bajó precipitadamente con la mano derecha hasta los ojos su cofia, mientras que con la izquierda corria hasta su barba la rica cortina de la cama.

— Que entre, dijo con voz alterada.

El oficial entró.

XII

La fingida princesa

Canolles fué introducido en una magnífica sala cubierta de una tapicería oscura, y alumbrada tan sólo por una lámpara de mariposa colocada sobre una repisa entre dos ventanas: á la escasa luz que daba, podía con todo distinguirse encima de la lámpara un cuadro grande, que representaba á una mujer en pie con un niño de la mano. En las cornisas de los cuatro ángulos, brillaban tres lises de oro, que sólo se diferenciaban de las flores de lis de Francia, en una banda colocada en el centro. Por último, en el fondo de una extensa alcoba, donde apenas penetraba la trémula y débil luz, se distinguía detrás de las pesadas cortinas de una cama, la mujer en quien el nombre del barón de Canolles había producido un efecto tan singular.

El caballero ejecutó la fórmula de estilo, es decir, dió los tres pasos de rigor, saludó, y avanzó otros tres pasos más. Entonces dos camareras, que sin duda habían ayudado á desnudar á la señora de Condé, se retiraron: el ayuda de cámara cerró la puerta, y Canolles se encontró sólo con la princesa.

No correspondía á Canolles entablar la conversación, y por lo mismo esperó que se le dirigiese la palabra; pero como la princesa por su parte parecía obstinarse en guar-

dar silencio, juzgó el joven oficial que valía más atropellar las reglas de etiqueta, que no continuar más tiempo en una posición tan embarazosa. Sin embargo, él no dudaba que la tempestad contenida en aquel silencio desdénoso, tenía que estallar seguramente á las primeras palabras que le interrumpiesen, y que iba á tener que sufrir las iras de una princesa, más formidable aun que la primera, cuanto que era más joven y más interesante la persona de que procedieran.

El exceso mismo de la afrenta que se le hacia, enardeció al joven hidalgo; é inclinándose por tercera vez, según la circunstancia lo exigía, es decir, con un saludo firme y compasado, presagió del mal humor que hervía en su cerebro de Gascón, dijo:

— Señora, he tenido el honor de solicitar de parte de S. M. la reina regente, una audiencia de V. A., y V. A. se ha dignado concedérmela. ¿Querréis ahora poner colmo á vuestras bondades, dándome á entender por medio de una palabra, ó de un signo, que habéis tenido á bien aperebiros de mi presencia, y que estáis pronta á escucharme?

Canolles conoció que se le iba á contestar, al advertir un ligero movimiento en las cortinas y en la cubierta de la cama; y en efecto, dejóse oír una voz casi ahogada por una excesiva emoción.

— Hablad, caballero, dijo la voz; ya os escucho.

Canolles tomó un tono oratorio, y empezó así:

— Su majestad la reina me envía cerca de vos, señora, para asegurar á V. A. el deseo que tiene de continuar en sus buenas relaciones de amistad...

Hizose un movimiento imperceptible entre la cama y la pared; y la princesa, interrumpiendo al orador, dijo con voz entrecortada:

— Caballero, no habléis más de la amistad que hay entre S. M. y la casa de Condé: las pruebas de lo contrario se encuentran en los calabozos de la torre de Vincennes.

— Sin duda, dijo para sí Canolles, parece que se han dado la mano para repetirme lo mismo.

Durante este tiempo se operó al otro lado de la cama un nuevo movimiento, que no percibió el mensajero, gracias á lo embarazoso de su posición. La princesa continuó:

— Y por último, caballero, ¿qué queréis?

— Yo nada quiero, señora, dijo Canolles irguiendo su frente: S. M. la reina es quien ha querido que yo penetre en este castillo, que (á pesar de lo indigno que soy de este honor), haga compañía á V. A. y que contribuya en cuanto me sea dable á restablecer la buena armonía entre los principes de sangre real, desunidos sin motivo en tiempos tan dolorosos.

— ¿Sin motivo! exclamó la princesa. ¿Habéis dicho que nuestro rompimiento carece de motivo!

— Perdonad, señora, repuso Canolles. Yo no soy juez, sino simple intérprete.

— Y con la idea de restablecer esta buena armonía, la reina me ha de espiar, bajo pretexto...

— Luego, dijo Canolles exasperado, ¿yo soy un espía! ¿se escapó esa palabra! y doy gracias á V. A. por su ingenuidad.

Y en la desesperación que empezaba á apoderarse de Canolles, hizo uno de esos airosos movimientos que buscan con tanta avidez los pintores para sus cuadros inanimados, y los actores para sus cuadros vivos.

— Está dicho: convenimos en que soy un espía, continuó Canolles. ¿Pues bien, señora! tratadme como se trata á tales miserables; olvidad que soy el enviado de

una reina; que esta reina responde de todos mis actos, y que no soy más que un átomo que se mueve al impulso de su soplo. Haced que vuestros lacayos me echen á la calle; disponed que vuestros caballeros me maten, ó poned á mi frente personas á quienes pueda responder con el palo ó con la espada; pero tened la bondad de no insultar con tanta crueldad á un oficial que á la vez llena su deber de soldado y súbdito, vos, señora, que os halláis colocada en tan elevado puesto por el nacimiento, el mérito y la desgracia.

Estas palabras, salidas del corazón, dolorosas como un gemido, punzantes como una queja, debían producir y produjeron su efecto. Al oírlas, la princesa se incorporó apoyándose en el codo, y con ojos brillantes, la mano trémula y dirigiendo un gesto lleno de angustia al mensajero, le dijo:

— No quiera Dios que sea mi intención insultar á un caballero tan bravo como vos. No, señor de Canolles, no: yo no dudo de vuestra lealtad. Corregid mis palabras; convengo en que son ofensivas, y yo no he querido ofenderos. No, no: vos sois un noble caballero, señor barón, os hago plena y completa justicia.

Y como para decir estas palabras la princesa, arrastrada sin duda por el movimiento generoso que se las arrancaba del corazón, había avanzado, á su pesar, fuera de la sombra del dosel formado por las cortinas del lecho; como pudo verse su frente blanca debajo de su cofia, sus rubios cabellos divididos en trenzas, sus labios de un encendido carmin, sus ojos húmedos y apacibles, Canolles se estremeció á su vista, porque acababa de representarse como una visión; porque creyó respirar de nuevo un perfume cuyo recuerdo solo le embriagaba. Se le figuró que se abría ante sus ojos una de esas puertas de oro por donde

aparecen los hermosos sueños, para mostrarle en pos un enjambre bullicioso de risueños pensamientos y de goces de amor. Su mirada se fijó más firme y penetrante en la cama de la princesa; y en el corto espacio de un segundo, durante la rápida luz de un relámpago que iluminaba todo lo pasado, reconoció en la princesa acostada delante de él al vizconde de Cambes.

Desde algunos instantes era tal su agitación, que la fingida princesa pudo achacarla al desagradable reproche que le había hecho sufrir tanto; y como además el movimiento que había hecho no duró, como hemos dicho, más que un instante, habiendo tenido cuidado de ocultarse casi en el acto bajo la sombra, encubrir de nuevo sus ojos, y esconder en el mismo instante su blanca y delicada mano, que podía descubrir su incógnito, probó, no sin emoción, pero al menos sin inquietud, á seguir la conversación en el punto en que había sido interrumpida.

— ¿Deciais, caballero?... dijo la joven.

Pero Canolles estaba deslumbrado, fascinado; las visiones pasaban y cruzaban por delante de sus ojos, sus ideas se embrollaban, perdía la memoria y el sentido, y ya iba á faltar al respeto preguntando. Un solo instinto, que acaso pone Dios en el corazón de los que aman, y que las mujeres llaman timidez, aunque sólo es avaricia, aconsejó á Canolles disimular aún, esperar y no perder su sueño, ni comprometer con una palabra imprudente y prematura la felicidad de toda su vida.

No añadió ni un gesto, ni una sola palabra á lo que estrictamente quería hacer y decir. ¿Qué sería de él, si aquella gran princesa venía desde luego en conocimiento de su observación; si le tomaba entre ojos en su castillo de Chantilly como ya había desconfiado de él en el para-

dor del Becerro de Oro; si volvía á pensar en una ofensa ya olvidada, y si creía que aprovechándose de un título oficial, de un título real, quería él continuar sus persecuciones, perdonables para con el vizconde ó la vizcondesa de Cambes, pero insolentes y casi criminales tratándose de una princesa de sangre?

— ¿Pero como es posible, dijo para sí, que una princesa de este nombre y de este rango haya viajado sola con un escudero no más?

Y como siempre acontece en tales ocasiones, que al vacilar y trastornarse el espíritu busca alguna cosa en que apoyarse, Canolles desvanecido miró á su alrededor, y sus ojos se detuvieron en el retrato de la mujer que llevaba de la mano á su hijo.

Á su vista una luz repentina pasó por su alma, y á su pesar dió un paso para aproximarse al cuadro.

Por otro lado la supuesta princesa no pudo reprimir un grito ligero; y cuando á este grito se volvió Canolles, vió que su rostro, ya medio cubierto, se habia ocultado del todo.

— ¡Oh! dijo para sí Canolles; ¿qué significa esto? ó es la princesa la que yo he encontrado en el camino de Burdeos, ó se me burla con astucia, y no es ella la que está en esta cama. En todo caso ya veremos.

— Señora, dijo de pronto: ahora ya sé lo que debo inferir de vuestro silencio, y he conocido...

— ¿Qué habéis conocido? exclamó vivamente la señora que estaba en la cama.

— He conocido, respondió Canolles, que he tenido la desgracia de inspiraros la misma opinión que á la señora princesa viuda.

— ¡Ah! prorrumpió la voz, no pudiendo contener un suspiro de consuelo

La frase de Canolles no era muy lógica tal vez, y se separaba en algún tanto de la conversacion; pero el golpe era acertado. Canolles habia observado el movimiento de agonía que le habia interrumpido, y el de gozo con que fueron acogidas sus últimas palabras.

— Mas no por esto, continuó el oficial, puedo dejar de decir á V. A. por mucho que le desagrada, que debo quedarme en el castillo y acompañar á V. A. á donde quiera que le acomode ir.

— Según eso, exclamó la princesa, ¿no podré yo estar sola ni aun en mi cámara? ¡Oh, caballero! ¡eso es más que indigno!

— Ya he dicho á V. A. que estas son más instrucciones, pero tranquilícese V. A., añadió Canolles fijando una penetrante mirada en la dama del lecho, y marcando cada una de sus palabras: mejor que nadie conocéis que sé yo obedecer á los ruegos de una señora.

— ¡Yo! exclamó la princesa con un acento en que habia más de embarazo que de admiración: en verdad, caballero, que no comprendo lo que queréis decir é ignoro absolutamente á qué circunstancias aludís.

— Señora, dijo el oficial inclinándose, yo creía que el camarero que me ha introducido habia dicho mi nombre á V. A. Soy el barón de Canolles.

— ¡Y bien! dijo la princesa con voz bastante firme, ¿qué me importa eso, caballero!

— Me pareció que habiendo ya tenido el honor de servir á V. A....

— Á mí, ¿de qué manera, decid? repuso la voz con una alteración que recordaba á Canolles cierta entonación irridadísima y muy tímida á la vez, que habia quedado grabada en su memoria.

Canolles creyó haber avanzado demasiado, aunque

estuviese casi fija la tendencia de sus sospechas, y contestó con el acento de veneración más profundo:

— No cumpliendo á la letra mis instrucciones.

La princesa pareció tranquilizarse.

— Caballero, dijo, no quiero que por mi causa caigáis en falta: llevad á cabo vuestras instrucciones, cualesquiera que sean.

— Señora, repuso Canolles, afortunadamente ignoro todavía cómo se persigue á una señora; y de ningún modo estoy en el caso de ofender á una princesa. Tengo, por consiguiente, el honor de repetir á V. A. lo que ya he dicho á la señora princesa viuda, es decir, que soy su más humilde servidor... Dadme vuestra palabra de no salir sin mi compañía del castillo, y os desembarazaré de mi presencia, que comprendo perfectamente debe ser muy odiosa á V. A.

— En ese caso, caballero, dijo con viveza la princesa, no ejecutaréis vuestras órdenes.

— Haré lo que me dicte mi conciencia que debo hacer.

— Señor de Canolles, dijo la voz, os juro que no saldré de Chantilly sin daros aviso.

— En ese caso, señora, dijo Canolles inclinándose hasta el suelo, perdonadme el haber sido la causa involuntaria de vuestra momentánea cólera. V. A. no volverá á verme hasta que tenga á bien mandarme llamar.

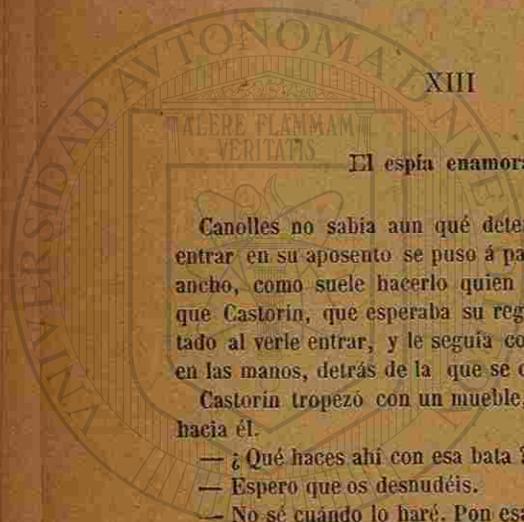
— Os doy gracias, barón, dijo la voz con una expresión de alegría, que parecía tener su eco en el hueco de la cama y la pared. Id con Dios; os doy mil gracias: mañana tendré el gusto de volveros á ver.

Esta vez reconoció el barón, á no dudar, la voz, los ojos y la sonrisa indeciblemente voluptuosos del ser encantador que, por decirlo así, se le había escapado de entre las manos la noche que el caballero desconocido llegó á

traerle la orden del duque de Eperón. Percibía las impalpables emanaciones que perfuman el aire que respira la mujer amada; el templado vapor que forma un cuerpo cuyos contornos cree abrazar el alma en su estático arrobamiento; y esa caprichosa hada, que por un esfuerzo supremo de la imaginación se nutre con la idealidad, como la materia con lo positivo.

Una última ojeada que dirigió hacia el retrato, aunque mal iluminado, demostró al barón, cuyos ojos además empezaban á habituarse á esta media oscuridad, la nariz aguileña de los Maillé, los cabellos y ojos hundidos de la princesa: mientras que la mujer que acababa de ejecutar el primer acto del difícil papel que había tomado á su cargo, tenía los ojos salientes, la nariz recta y diatada en su extremo inferior, la boca replegada á los extremos por el hábito de sonreír, y las mejillas redondas, signo que aleja toda idea de profundas meditaciones.

Canolles sabía todo cuanto deseaba saber; saludó, pues, con el mismo respeto que si hubiera creído dirigirse aun á la princesa, y se fué á su habitación.



El espía enamorado

Canolles no sabía aun qué determinar; así, pues, al entrar en su aposento se puso á pasear á lo largo y á lo ancho, como suele hacerlo quien está indeciso, sin ver que Castorin, que esperaba su regreso, se habia levantado al verle entrar, y le seguía con una bata extendida en las manos, detrás de la que se ocultaba.

Castorin tropezó con un mueble, y Canolles se volvió hacia él.

- ¿Qué haces ahí con esa bata?
- Espero que os desnudéis.
- No sé cuando lo haré. Pon esa bata sobre un sillón, y espera.

— ¡Cómo, señor! ¿no os desnudáis? preguntó Castorin, criado naturalmente terco, que esta noche parecía más indigesto que de costumbre. Pues qué, señor, ¿no tratáis de acostaros en seguida?

- No.
- ¿Pues cuándo piensa el señor acostarse?
- ¿Qué te importa!
- Me importa demasiado, como que estoy muy cansado.

— ¡Ah! ¿de veras! dijo Canolles parándose y mirando á la cara á Castorin; ¿estás muy cansado?

Y el caballero leyó visiblemente en el semblante de su lacayo esa impertinente expresión de los criados que desean se les despida.

— ¡Muy cansado! dijo Castorin.

Canolles se encogió de hombros.

— Sal, le dijo, y espera en la antesala; cuando te necesite, llamaré.

— Os advierto, señor, que si tardáis mucho, no me encontraréis en la antesala.

— ¿Y tendrá el señor Castorin la bondad de decirme á dónde irá?

— Á mi cama. Me parece que cuando se han caminado doscientas leguas, es ya hora de acostarse.

— Señor Castorin, me parece que sois un bergante.

— Si cree el señor que un bergante no es digno de ser su lacayo, no tiene más que decir una palabra, y le des- embarazaré de mi servicio, respondió Castorin adoptando el aire más majestuoso.

En aquel momento no era la paciencia la virtud que más dominaba á Canolles; y si Castorin hubiera tenido la facultad de entrever solamente alguna pequeña parte de la tempestad que se condensaba en el alma de su amo, es evidente que por mucho que le apremiase el deseo de verse libre, habria esperado otra ocasión para hacerle la proposición que acababa de aventurar. El caballero se dirigió directamente hacia él, y cogiendo uno de los botones de su justillo entre el pulgar y el indice, movimiento que llegó más tarde á hacerse muy familiar en un hombre más grande que lo fuera jamás el pobre Canolles, dijo:

— Repítelo.

— Repíto, contestó Castorin con la misma osadía, que si no está el señor contento de mí, le evitaré el disgusto de mis servicios.

Canolles soltó á Castorin y se dirigió con gravedad á tomar su bastón. Castorin comprendió de lo que se trataba, y exclamó :

— ¡ Señor, tened cuidado con lo que vais á hacer ! Yo no soy un simple lacayo : estoy al servicio de la señora princesa.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! pronunció Canolles bajando el bastón ya levantado. ¡ Ah ! ¡ estás al servicio de la señora princesa ?

— Sí, señor ; hace un cuarto de hora, dijo Castorin enderezándose.

— ¿ Quién os ha contratado á su servicio ?

— El señor Pompeyo, su mayordomo.

— ¡ El señor Pompeyo !

— Sí.

— ¡ Bah ! ¿ Y por qué no me has dicho eso en seguida ? exclamó Canolles. Sí, sí ; tienes razón en dejarme, querido Castorin : toma dos doblones en indemnización de los palos que he estado á punto de darte.

— ¡ Oh ! prorrumpió Castorin, no atreviéndose á tomar el dinero : ¿ qué significa esto ? ¿ Os burláis de mí, señor ?

— No : todo lo contrario. Sé en buen hora lacayo de la princesa. Pero dime, ¿ cuándo debe empezar tu servicio ?

— Desde el instante en que el señor me deje en libertad.

— Pues bien, yo te dejaré en libertad mañana por la mañana.

— ¿ Y de aquí á mañana ?

— De aquí á mañana eres todavía mi lacayo, y estás obligado á obedecerme.

— ¡ Con mucho gusto ! ¿ Qué tiene V. que mandarme, señor ? dijo Castorin decidido á tomar los dos doblones.

— Te mando, ya que tanta gana tienes de acostarte, que te desnudes y te metas en mi cama.

— ¡ Cómo, señor ! ¿ qué queréis decir ? No entiendo...

— No es necesario entender, sino obedecer ; ¿ estamos ? Desnúdate, voy á ayudarte.

— ¡ Cómo ! ¿ Vos ayudarme ?

— Sin duda. Puesto que tú vas á ejecutar el papel del señor de Canolles, justo es que yo ejecute el de Castorin.

Y sin aguardar el permiso de su criado, le quitó el barón el justillo, con el que se vistió, el sombrero, que colocó sobre su cabeza, y dándole dos vueltas á la llave, lo dejó encerrado antes que pudiese volver de su sorpresa, bajando en seguida rápidamente la escalera.

Canolles empezaba á penetrar por último en todo aquel misterio, aunque una parte de los hechos estuviese aun envuelta para él en una oscura nube. En el término de dos horas le había parecido no ser del todo natural cuanto había visto y oído. La actitud de los habitantes de Chantilly era estudiada : toda persona que encontraba le parecía que desempeñaba un papel, y entretanto los pormenores que presenciaba se refundían en una armonía general que indicaba al observador enviado por la reina la necesidad de redoblar su vigilancia, si no quería ser el juguete de alguna grande intriga.

El ser Pompeyo lacayo del vizconde de Cambes, aclaraba muchas dudas, y las que aun le quedaban se disiparon bien pronto, cuando al bajar al patio vió, no obstante la profunda oscuridad de la noche, avanzar cuatro hombres, disponiéndose á entrar por la misma puerta que él acababa de abrir : estos cuatro hombres eran conducidos por el mismo ayuda de cámara que le sirvió de introductor en las habitaciones de las princesas. Detrás de ellos seguía otro hombre embozado en un capa.

Esta gente se detuvo en el umbral de la puerta, esperando las órdenes del hombre de la capa.

— Y sabéis su habitación, dijo éste con voz imperiosa dirigiéndose al ayuda de cámara, y le conocéis, puesto que le habéis conducido. Tened mucho cuidado, y sobre todo que no pueda salir: colocad la gente en lo alto de la escalera, en el corredor, donde queráis; eso importa poco con tal que sin sospechar nada sea él guardado, en lugar de ser él quien guarde á SS. AA.

Canolles se replegó y se hizo más impalpable que una sombra en el ángulo en que la noche proyectaba su más densa oscuridad; desde allí sin ser visto vió desaparecer bajo la bóveda los cinco vigilantes que se le ponían, mientras que el hombre de la capa, después de haberse asegurado de la ejecución de sus órdenes, se marchaba por el mismo camino que había venido.

— Esto no indica aun nada terminante, dijo para sí Canolles siguiéndole con la vista, porque el despecho puede obligarles á darme la revancha; ; por fin, con tal que ese diablo de Castorín no vaya á gritar, llamar ó hacer alguna locura !... Conozco que he hecho mal en no taparle la boca; pero desgraciadamente ya es demasiado tarde. Vamos á empezar la ronda.

Acto continuó, Canolles, después de haber dirigido á su alrededor una mirada inquisitorial, atravesó el patio y se dirigió al ala del edificio detrás de la que estaban situadas las caballerizas.

Toda la animación del castillo parecía haberse refugiado á esta parte de la casa. Oíase el manoteo de los caballos y las carreras de gente apresurada. La sillería resonaba con el continuo choque de los bocados y arneses. Sentíanse rodar los carruajes fuera de las cocheras, y llamarse y responderse con voces medio apagadas

por el temor, pero que podían entenderse muy bien aplicando atentamente el oído.

Canolles permaneció un instante escuchando, y conoció, á no dudar, que se aprestaba todo lo necesario para una marcha.

Atravesó todo el espacio comprendido entre una y otra ala, pasó por debajo de una bóveda y llegó hasta la fachada del castillo.

Allí se detuvo. En efecto, las ventanas del piso bajo brillaban con una luz demasiado viva, para no traslucir que había encendidas en el interior una considerable cantidad de bujías; y como estas luces iban y venían trazando grande sombra y extensas líneas luminosas sobre el césped del jardín, Canolles conoció que estando allí el centró de la actividad, allí debía estar también el foco de la empresa.

Canolles dudó un momento si debería ó no sorprender el secreto que se le trataba de ocultar; pero bien pronto conoció que su título de enviado de la reina, y la responsabilidad que esta misión le imponía, disculpaban muchas cosas, aun en las conciencias más escrupulosas.

Acercóse con precaución andando á lo largo de la muralla, cuya base estaba tanto más oscura, cuanto mayor era el resplandor de las ventanas, situadas á seis ó siete pies del suelo: subió sobre un recantón, del recantón pasó á una saliente de la muralla, con una mano se sostuvo de una anilla, con la otra del borde de la ventana, y por un ángulo del cristal asestó la mirada más penetrante y observadora que se ha introducido jamás en el santuario de una conspiración.

Junto á una mujer en pie, y que clavaba el último alfiler destinado á fijar sobre su cabeza su sombrero de viaje, vió algunas doncellas que acababan de vestir á un niño

en traje de caza. El niño tenía la espalda vuelta á Canolles, de modo que sólo podía distinguir su cabellera rubia. Pero la señora, alumbrada de lleno por dos candelabros de seis brazos que á cada lado del tocador sostenían dos erizados de pies, semejantes á dos cariatides, presentó á Canolles el exacto original del retrato que poco antes había visto en la semioscura habitación de la princesa. Allí estaba el rostro oval, la boca severa, la nariz de imperiosa curva de la mujer cuya viva imagen reconocía entonces Canolles: todo daba á demostrar en ella la dominación, su gesto resuelto, su mirada centellante, sus bruscos movimientos de cabeza. Todo denotaba obediencia en los que la asistían, sus saludos, su precipitación en traer el objeto pedido, su prontitud en responder á la voz de su soberana, ó en interrogar su mirada.

Muchos oficiales de la casa, entre los que Canolles reconoció al ayuda de cámara, acomodaban en maletas, cofres y sacos de noche, los unos joyas, los otros dinero, y además el arsenal de las señoras, que comunmente se llama tocador. El joven príncipe, durante este tiempo, jugaba y corría entre los activos sirvientes; pero por una singular fatalidad, Canolles no pudo verle el rostro.

— Ya lo sospechaba, murmuró, se me quiere burlar, pues estas gentes lo están preparando y disponiendo para un viaje. Si, pero no saben que yo puedo con un gesto cambiar esta escena de actividad en otra de duelo. No tengo más que acudir al terraplén, silvar tres veces con este silvato de plata, y en cinco minutos, atraídos por su acre sonido, habrán penetrado dieciséis hombres en este castillo, arrestado á las princesas y maniatado á todos esos oficiales que ahora ríen con tanta sorna. Si, continuó Canolles, sólo que esta vez hablaba de corazón y no con los labios; si: ¡pero y ella, que duerme ó finge

dormir alla abajo!... la perderé para siempre; me aborrecerá, y esta vez habré merecido su odio. Es más, me despreciará diciendo que he ejecutado hasta el fin mi oficio de espía; y á pesar de esto, una vez que ella obedece á la princesa, ¿por qué no he de obedecer yo á la reina?

En este momento, como si el acaso hubiese querido combatir aquel cambio de resolución, se abrió una puerta del aposento en que se efectuaba el tocado de la princesa, y entraron por ella dos personas muy alegres y apresuradas, un hombre de cincuenta años y una mujer de veinte. Á su vista el corazón de Canolles se depositó todo en sus ojos. Acababa de reconocer los hermosos cabellos, los frescos labios, la mirada inteligente del vizeconde de Cambes, que sonriendo aún, vino á besar respetuosamente la mano de Clemencia de Maillé, princesa de Condé; pero esta vez traía los vestidos propios de su verdadero sexo, y representaba la vizecondesa más deliciosa del mundo.

Habría dado Canolles en aquel momento diez años de vida por oír su conversación; pero en vano aplicaba su cabeza á los vidrios, sólo un rumor ininteligible llegaba hasta su oído. Vió á la princesa hacer un gesto de despedida á la joven, y besarla la frente, recomendándole al mismo tiempo una cosa que hizo reír á todos los circunstantes; además vió á esta última dirigirse á las habitaciones de ceremonia, acompañada de algunos oficiales infirmos, disfrazados con uniformes de oficiales superiores; también vió al digno Pompeyo inflado de orgullo, con un vestido de color de naranja recamado de plata, que doblándose con nobleza y apoyándose, como Jafet de Armenia, en la empuñadura de un enorme espadón, acompañaba á su señora, mientras ésta alzaba graciosamente su largo vestido de raso; después empezó á desfilar sin ruido por

una puerta de la izquierda la comitiva de la princesa; ésta marchaba en primer término, no con el paso de una fugitiva, sino con el de una reina; detrás iba el escudero Vialas, que llevaba en sus brazos al duquecito de Enghien, cubierto con una capa; luego Lenet con un cofre cincelado y legajos de papeles, y últimamente el capitán del castillo cerraba la marcha, que precedían dos oficiales con espada en mano.

Toda esta gente salió por un pasadizo secreto; Canolles saltó en seguida desde su observatorio al suelo, y se dirigió á la bóveda, en que durante tiempo habia sido apagadas las luces. Entonces vió pasar todo el cortejo, que se encaminó á las caballerizas; ya no quedaba duda de que iban á partir.

En este momento se presentó á la imaginación de Canolles la idea de los deberes que le estaban impuestos por la misión que le habia confiado la reina. La mujer que iba á salir de Chantilly, y á quien él dejaba escapar, era la guerra civil, ya armada, que de nuevo iba á devorar las entrañas de la Francia. Sin duda le era bochornoso, como á hombre, constituirse en espía y guardia de una mujer; era otra señora de Longueville, que habia prendido fuego á los cuatro ángulos de París.

Canolles acudió al terraplén que dominaba al parque, y aplicó á sus labios el silvato de plata.

Un soplo habria bastado para destruir todos aquellos preparativos. La señora de Condé no habria salido de Chantilly, ó si hubiera salido, no anduiera cien pasos sin ser envuelta con su escolta por una fuerza triple. De este modo Canolles cumplía con su misión sin correr el menor peligro; de un solo golpe destruía la fortuna y el porvenir de la casa de Condé, y con el mismo golpe establecía sobre las ruinas de ella su fortuna, fundando su

porvenir, como en otro tiempo lo habian hecho los Vitry y los Luynes, y recientemente los Guitant y los Miossens, en circunstancias tal vez menos importantes aun para la salud del trono.

Pero Canolles alzó la vista hacia el aposento en que tras las cortinas de terciopelo encarnado brillaba dulce y melancólica la luz de la lámpara con que la falsa princesa se alumbraba, y creyó que se dibujaba su sombra quecida sobre las grandes cortinas blancas.

Entonces, todas las resoluciones del raciocinio y los cálculos del egoísmo, desaparecieron ante este rayo de escasa luz, como ante los primeros albores del día se desvanecen todos los sueños y fantasmas de la noche.

— El señor de Mazarino, dijo Canolles para si con fervor apasionado, es bastante rico para perder todos estos príncipes y princesas que se le escapan; pero yo no soy tan rico para perder el tesoro que desde este momento me pertenece, y que guardaré celoso como un dragón. Ahora queda sola, en mi poder, depende de mí; á cualquiera hora del día y de la noche puedo entrar en su habitación, y no huirá sin decirme lo, porque he recibido su palabra sagrada. ¿Qué importa que sea engañada la reina, y que el señor de Mazarino se enoje! Se me ha ordenado que guarde á la princesa de Condé, y lo hago; pudieran haberme dado sus señas, ó haber enviado cerca de ella un espía más hábil que yo.

Y Canolles volvió á meter el silvato en su bolsillo, escuchó el rechinar de los cerrojos, el ruido que se asemejaba á un trueno lejano de los carruajes sobre el puente del parque, y perderse el murmullo decreciente de una cabalgata á lo lejos. Entonces, cuando objetos y rumores hubieron desaparecido, sin pensar en que acababa de jugar su vida contra el amor de una mujer, ó mejor dicho, con-

tra una sombra de felicidad, pasó al segundo patio, que estaba desierto, y subió con precaución su escalera, sumergida como la bóveda en la más profunda oscuridad.

Por mucha que fuese la precaución de Canolles, no pudo impedir al llegar al corredor el tropezar contra una persona que parecía escuchar á su puerta, y que lanzó un grito sordo de terror.

— ¿Quién sois? ¿quién sois? preguntó el personaje con voz de espanto.

— ¡Eh! ¡pardiez! dijo Canolles; quién sois vos, que os introducis como un espía en esta escalera?

— ¡Soy Pompeyo!

— ¡El mayordomo de la señora princesa!

— Sí, sí, el mayordomo de la señora princesa.

— ¡Ah! Entonces ya es diferente, dijo el caballero. Yo soy Castorin.

— ¡Castorin! ¿el criado del señor barón de Canolles?

— El mismo.

— ¡Ah, mi querido Castorin! dijo Pompeyo. Siento haberos asustado.

— ¿Á mí?

— ¡Sí, por cierto! ¡Ya-se vé, el que no ha sido soldado!... ¡Bah!... ¿Y puedo seros útil en algo, mi amigo? continuó Pompeyo con cierta importancia.

— Sí.

— Decid, pues.

— Podéis anunciar ahora mismo á la señora princesa, que mi amo desea hablarle.

— ¿Á esta hora?

— Precisamente.

— ¡Imposible!

— ¿Cómo tal?

— No lo dudéis.

— ¡Conque es decir que no recibirá entonces á mi amo?

— ¡No!

— De real orden, señor Pompeyo. Id á decirselo así.

— ¡De real orden! exclamó Pompeyo... ¡Voy, voy!

Y Pompeyo bajó impetuosamente la escalera, impelido á la vez por el respeto y el miedo, que son dos lebreles capaces de hacer correr á una tortuga.

Canolles continuó su camino, entró en su aposento, donde encontró á Castorin roncando magistralmente arrellanado en su gran sillón, tomó sus vestidos de oficial, y esperó el suceso que acababa de disponer.

— Á fé mía, dijo entre sí, podré no desempeñar bien los negocios del señor de Mazarino; pero me parece que los míos no van del todo mal.

Esperó Canolles inútilmente la vuelta de Pompeyo; y viendo al cabo de diez minutos que no venia, ni otro en su lugar, resolvió presentarse solo.

En aquel momento despertó á Castorin, á quien una hora de sueño habia calmado la bilis, le ordenó con un tono que no admitia réplica estuviere dispuesto para cuanto pudiera ocurrir, y se dirigió á la habitación de la princesa.

Encontró el barón á la puerta un criado de pie y muy mal humorado, porque acababa de llamarle la campanilla en el momento en que, terminados sus quehaceres, creia por último, como Maese Castorin, entregarse á un sueño reparador después de un día de tanta fatiga.

— ¿Qué queréis, caballero? dijo el criado al ver á Canolles.

— Deseo presentarme á la señora princesa de Condé.

— ¿Á esta hora, señor?

— ¡Cómo, á esta hora!

— Sí; me parece bastante tarde.

— ¡ Qué estáis diciendo, bribón !

— No obstante, caballero... balbuceó el lacayo.

— No solicito, quiero, dijo Canolles con un tono de extremada altanería.

— Queréis... Aquí no manda nadie más que la señora princesa.

— El rey manda en todas partes... ¡ De orden del rey !

El lacayo se estremeció y bajó la cabeza.

— ¡ Perdonad, caballero ! repuso temblando ; yo no soy más que un pobre criado, y no puedo por mi mismo adelantarme á abrir os la puerta de la señora princesa. Permittedme que vaya á llamar un camarero.

— ¿ Acostumbran los camareros á acostarse en Chantilly á las once ?

— Se ha estado de caza todo el día, repuso el lacayo.

— ¡ Es justo !... murmuró Canolles : necesitan tiempo para vestir de camarero á cualquiera.

Luego añadió alto :

— Está bien, id : esperaré.

El lacayo se fué corriendo á alarmar el castillo, en el que ya Pompeyo, espantado por su mal encuentro, había difundido un indecible pavor.

Cuando Canolles quedó solo prestó una gran atención, y oyó entonces carreras en los salones y corredores inmediatos ; vió á la escasa luz de algunas antorchas medio apagadas colocarse en los ángulos de la escalera hombres armados con mosquetes, y en todas direcciones sintió por último reemplazar un murmullo amenazador al silencio de estupor que un instante antes reinaba en todo el castillo.

Canolles llevó la mano á su silvato y se aproximó á una ventana, y á través de los vidrios percibía destacarse,

como una masa nebulosa, la cima de los corpulentos árboles, á cuyas plantas había hecho emboscar los doscientos hombres que trajo consigo.

— No conviene, dijo reflexionando : esto nos conduciría sin dudarle á un combate que no me tendría cuenta. Más vale esperar ; lo peor que me puede suceder esperando, es el que me asesinen, al paso que llevándome de ligero puedo perderla...

Apenas acababa Canolles de hacer esta reflexión, cuando vió abrirse una puerta y aparecer un nuevo personaje en ella.

— La señora princesa no está visible, dijo el recién venido con una precipitación, que no le permitió saludar al caballero. Está acostada, y ha prohibido que penetre hasta ella ninguna persona, sea quienquiera.

— ¿ Quién sois vos ? dijo Canolles mirando de alto á bajo al extraño personaje : ¿ quién os ha permitido la insolencia de hablar á un caballero con el sombrero puesto ?

Y con la punta del bastón hizo Canolles saltar el sombrero de la cabeza de su interlocutor.

— ¡ Caballero ! exclamó éste dando con energía un paso atrás.

— Os he preguntado quién sois, dijo Canolles.

— Yo soy, respondió aquél, soy, como podéis ver por mi uniforme, el capitán de guardias de S. A.

Canolles se sonrió.

En efecto, había tenido tiempo para apreciar por su aspecto al que le hablaba, y había conocido que se las había con un despensero de ancho vientre, campanudo como sus botellas, un vatel lozano, aprisionado en un justillo de oficial, que por falta de tiempo ó sobra de abdomen, no había podido acabarse de abrochar.

— Está muy bien, señor capitán de guardias, dijo Canolles. Recoged vuestro sombrero y contestad.

El capitán ejecutó la primera parte del precepto de Canolles, como hombre que conocía aquella linda máxima de la disciplina militar: para saber mandar es menester saber obedecer.

— Capitán de guardias, repuso Canolles. ¡Canario! ese es un magnífico empleo.

— Si, señor, magnífico; ¿y en fin? pronunció el individuo alzándose.

— No os estiréis tanto, señor capitán, dijo Canolles, que vais á romperos hasta la última agujeta, y se pueden caer los calzones hasta las rodillas, que sería una desgracia.

— En fin, caballero, ¿vos, quién sois? dijo á su vez el supuesto capitán.

— Caballero, yo, imitando el ejemplo de urbanidad que me habéis dado, voy á responder á vuestra pregunta como habéis respondido á la mía. Soy capitán del regimiento de Navalles, y vengo en nombre del rey como embajador, revestido de un carácter pacífico ó violento; advirtiéndos que usaré de uno ó de otro, según que se obedezcan ó no las órdenes de S. M.

— ¿Violento, caballero? exclamó el fingido capitán.
¿Un carácter violento?...

— ¡Muy violento, si! os lo advierto.

— ¿Y contra S. A.?

— ¿Por qué no? S. A. no es más que la primera súbdita de S. M.

— No os aventuréis á usar de la fuerza; pues tengo cincuenta hombres de armas dispuestos á vengar el honor de S. A.

Canolles no quiso decirle que sus cincuenta hombres de armas eran otros tantos lacayos y marmitones, dignos

de servir bajo las órdenes de tal jefe; y que en cuanto al honor de S. A., no había allí que temer, pues á aquella hora corría ya por el camino de Burdeos. Sólo le respondió con esa sangre fría más aterradora que una amenaza, tan habitual á los valientes acostumbrados al peligro:

— Si tenéis cincuenta hombres armados, señor capitán, yo tengo doscientos soldados que componen la vanguardia de un ejército real. ¿Queréis declararos en rebelión contra S. M.?

— No, señor, no; respondió vivamente el hombre gordo en extremo humillado. Libreme Dios; solamente os suplico deis testimonio de que no cedo sino á la fuerza.

— Está bien; eso es lo más que debo hacer por vos en calidad de un compañero.

— En ese caso os conduciré ante la señora princesa madre, que aun no está dormida.

Canolles no necesitó reflexionar para apreciar el peligro que le ofrecía esta asechanza; pero se libró de ella fácilmente con la ayuda de su omnipotencia.

— No tengo orden de ver á la princesa madre, sino á S. A. la princesa joven.

El capitán de guardias bajó de nuevo la cabeza, les hizo hacer un movimiento retrógrado á sus gruesas piernas, arrastró su larga espada por el pavimento, volviendo á salir por la misma puerta por entre dos centinelas, que temblaban durante esta escena, y que al anuncio de la llegada de doscientos hombres habían estado próximos á abandonar el puesto, pues tenían pocos ánimos de ser mártires de fidelidad en el castillo de Chantilly.

Diez minutos después volvió con innumerables ceremonias el capitán, acompañado de dos guardias para conducir á Canolles ante la princesa, en cuya cámara fué introducido sin tener que sufrir nuevas detenciones.

Canolles reconoció el aposento, los muebles, la cama y hasta el perfume que despertaba su memoria; pero en vano buscó dos cosas: el retrato de la verdadera princesa que había visto en su primera visita, y que había iluminado su entendimiento mostrándole los indicios de la burla que trataban de jugarle, y el semblante de la falsa princesa por quien acababa de hacer tan grande sacrificio. El retrato había desaparecido por una precaución algo tardía, y sin duda, en consecuencia de esta misma precaución, el rostro de la persona acostada estaba vuelto hacia la pared con una impertinencia propia de un príncipe.

Cerca de ella y entre la pared y el lecho había dos mujeres en pie.

El caballero habría disimulado sin esfuerzo esta falta de atención; pero como temía que una nueva sustitución no hubiese permitido huir á la señora de Cambes, como había huido la princesa, sus cabellos se erizaron de terror sobre su cabeza, y quiso desde luego convencerse de la identidad del personaje que ocupaba el lecho, llamando en su ayuda el poder supremo de que su misión le revestía.

— Señora, dijo inclinándose profundamente, V. A. me dispensará si me presento así ante ella después de haberla dado mi palabra de esperar sus órdenes; pero acabo de sentir grande ruido en el castillo, y...

La persona acostada se estremeció, pero no contestó una palabra. Canolles trató de indagar si algún indicio le hacía conocer si era aquella la persona que buscaba; pero en medio de los ondulantes flecos, y entre la blanda espesura de plumazones y cortinas, le fué imposible distinguir otra cosa que la forma de una persona acostada... Canolles continuó:

— Y mi obligación me impone el deber de cerciorarme de que este lecho contiene aun la misma persona con quien he tenido el honor de hablar hace media hora.

Esta vez no fué un simple estremecimiento, sino un verdadero movimiento de terror. Este movimiento no se escapó á la observación de Canolles, que se sintió aterrado.

— Si me ha engañado, dijo para sí; si á pesar de la palabra que solemnemente me ha dado, ha huido, salgo al momento del castillo, monto á caballo, me pongo á la cabeza de mis doscientos hombres, y agarro á los fugitivos, aunque tenga que incendiar treinta pueblos para alumbrar mi camino.

Canolles esperó un instante; mas la persona acostada no respondió ni se volvió. No quedaba la menor duda de que se deseaba ganar tiempo.

— Señora, dijo por último el caballero con una impaciencia, que no trataba de disimular; suplico á V. A. recuerde que soy el enviado del rey, y que en nombre del rey reclamo el honor de ver vuestro semblante.

— ; Oh, esto es una inquisición insoportable! dijo entonces una voz trémula, que hizo estremecer de gozo al joven oficial, porque acababa de escuchar una voz que no podía imitar otra ninguna. Si como decís, caballero, es el rey quien os obliga á conducirnos así, es porque el rey, como niño, aun no conoce los deberes de un caballero: obligar á una mujer á mostrar su semblante, es hacerle el mismo insulto que si se le arrancase la máscara.

— Señora, hay una palabra ante la cual se humillan los hombres cuando procede de los reyes, y que los reyes acatan cuando emana del destino: es indispensable.

— Pues bien, dijo la joven, ya que estoy sola y sin

defensa contra la orden del rey y las exigencias de su mensajero, obedezco ya que es indispensable.* Caballero, miradme.

Entonces un brusco movimiento dividió el antemural de almohadas, cubiertas y randas que defendía á la bella sitiada, y á través de esta brecha improvisada apareció, encendida de pudor más que de indignación, la rubia cabeza y delicioso rostro que la voz había denunciado anteriormente. Con la rapidez del hombre habituado á darse cuenta de situaciones, si no iguales, parecidas al menos, se aseguró Canolles de que no era la cólera quien había hecho bajar aquellos ojos circundados de sedosas pestañas, ni quien hacía temblar aquella blanca mano que sujetaba sobre un cuello de nácar los rizos de una cabellera fugitiva y la batista de unos lienzos perfumados.

La fingida princesa permaneció un instante en esta posición, que habría querido hacer amenazadora, y que sólo era irritada; mientras que Canolles la miraba respirando deliciosamente y comprimiendo con ambas manos los latidos de su corazón, que saltaba de gozo.

— ¡Y bien, caballero! dijo al cabo de algunos segundos la bella perseguida; ¿es bastante la humillación? ¿Me habéis examinado ya á vuestro gusto? Si, ¿no es cierto? ¿Vuestro triunfo es completo! Pues bien, sed al menos vencedor generoso. Retiraos.

— Quisiera obedeceros, señora, pero debo llenar mis instrucciones hasta el fin. Hasta ahora no se ha llenado más que la parte de mi misión que á V. A. concierne; pero no es suficiente haberos visto, es menester que vea yo ahora al señor duque de Enghien.

Á estas palabras, pronunciadas con el tono propio de un hombre que sabe tiene el derecho de mandar y que quiere ser obedecido, sucedió un silencio profundo. La

súpuesta princesa se incorporó, apoyándose en la mano, y fijó en Canolles una de esas miradas extrañas que parecía no pertenecer más que á ella. ¡Contenia tantas cosas distintas á la vez! Esta mirada quería decir: ¿Me habéis conocido, sabéis quién soy realmente? Si lo sabéis, dejadme, perdonadme; vos que sois el más fuerte, ¡tened piedad de mí!

Canolles comprendió todo cuanto esta mirada contenía; pero resistiendo á su elocuencia seductora, respondió á la mirada con la voz:

— Me es imposible, señora. La orden es terminante.

— Hágase todo cuanto queráis, caballero, una vez que no tenéis condescendencia alguna con el rango ni con la posición. Seguid á estas damas, que os conducirán cerca del príncipe mi hijo.

— ¿No podrían estas damas, dijo Canolles, traer vuestro hijo aquí, en lugar de conducirme cerca de él, señora. Me parecé que esto sería mucho mejor.

— ¿Y por qué, caballero? preguntó la fingida princesa, mucho más inquieta de esta nueva demanda que lo había estado de ninguna de las otras.

— Porque durante este tiempo haría partícipe á V. A. de un extremo de mi misión, que no puede comunicarse sino á vos sola.

— ¿Á mi sola?

— Á vos sola, respondió Canolles con una cortesía más profunda que ninguna de cuantas hasta entonces había hecho.

Esta vez, la mirada de la princesa, que sucesivamente había pasado de la dignidad á la súplica, y de la súplica á la inquietud, se fijó en Canolles con la firmeza del terror.

— ¿Qué hay en esta entrevista que pueda asustaros,

señora? dijo Canolles. ¿No sois vos una princesa y yo un caballero?

— Sí, tenéis razón, y yo hago mal en temer; si: aunque tengo el gusto de veros por primera vez, la fama de vuestra delicadeza y lealtad ha llegado hasta mí. Id á traer el señor duque de Enghein, señoras, y volved con él.

Las dos mujeres se retiraron del lecho dirigiéndose á la puerta; pero volviéndose una para asegurarse de la certeza de esta orden, á una señal que confirmaba las palabras de su señora ó de la que ocupaba su puesto, salieron de la habitación.

Canolles las siguió con la vista, hasta que cerraron la puerta. Entonces volvió sus ojos centellantes de júbilo hacia la fingida princesa.

— Veamos, dijo ésta incorporándose y cruzando las manos; veamos, señor de Canolles, ¿por qué me perseguís así?

Y esto diciendo, miraba al joven oficial, no con la mirada altiva de princesa que había ensayado sin éxito, sino por el contrario, con una expresión tan interesante y expresiva, que todos los pormenores hechiceros de su primera entrevista, todos los episodios trastornadores del viaje, todos los recuerdos de aquel amor naciente, en fin, brotaron en tropel, envolviendo como embalsamados vapores el corazón de Canolles.

— Señora, dijo éste dando un paso hacia la cama, yo persigo en nombre del rey á la señora princesa de Condé, y no á vos, que no sois la princesa.

La persona á quien estas palabras se dirigían dio un pequeño grito, palideció, y apoyó una de sus manos sobre su corazón.

— ¿Qué queréis decir, caballero! ¿Quién os figuráis que soy? exclamó.

— ¡Oh! en cuanto á esto no me sería muy fácil explicarlo; pero casi me atrevería á jurar que sois el más precioso vizconde, si no fuerais la más adorable vizecondesa.

— ¡Caballero! dijo la fingida princesa, esperando imponer á Canolles recordándole su dignidad; ¡caballero, de todo cuanto me decís sólo comprendo una cosa, y esta es que me faltáis al respeto, que me insultáis!

— Señora, dijo el barón, no se falta al respeto á Dios adorándole, ni se insulta á los ángeles arrodillándose ante ellos.

Y á estas palabras, Canolles se inclinó como para arrodillarse.

— Caballero, dijo vivamente la vizecondesa deteniendo á Canolles; caballero, la princesa de Condé no puede sufrir...

— La princesa de Condé, señora, respondió él, va á estas horas sobre su buen caballo en compañía de Vialas su escudero, el señor de Lenet su consejero, sus caballeros, sus capitanes y todos los de su casa, en fin, por el camino de Burdeos, y no tiene nada que ver con lo que pasa ahora entre el barón de Canolles y el vizconde ó la vizecondeza de Cambes.

— ¿Qué estáis ahí diciendo, caballero? ¿Estáis loco?

— No, señora. Yo no digo más que lo que he visto, ni refero más de lo que he oído.

— Entonces, si habéis visto y oído lo que decís, debe estar terminada vuestra misión.

— ¿Lo creéis así, señora? Ya no tengo más que hacer que volverme á París y confesar á la reina que, por no desagradar á una mujer que amo (no arméis así de cólera vuestros ojos, yo no miento persona), que por no desagradar á una mujer que amo he violado sus órdenes, he

consentido la fuga de su enemiga, cerrando los ojos á cuanto veía, y en fin, que he vendido, si, la causa de mi rey...

La vizecondesa pareció conmovida, y miró á Canolles con una compasión casi tierna.

— ¿No tenéis la mejor de todas las disculpas, la imposibilidad? ¿Podrís sólo detener la imponente escolta de la princesa? ¿Os habían ordenado combatir solo contra cincuenta caballeros?

— No estaba solo, señora, dijo el barón moviendo la cabeza. Yo tenía, y tengo aun ahí, en el bosque, á quinientos pasos de nosotros, doscientos soldados, que puedo reunir y llamar á mi lado con solo un silbido; por consiguiente, me era muy fácil detener á la princesa, que por su parte no podría resistir. Y en fin, suponiendo que mi escolta fuese más débil que la suya, en vez de ser cuatro veces más fuerte, en todo caso podía combatir, y podía hacerme matar combatiendo; esto me sería tan fácil, continuó el joven inclinándose más y más, como grato me sería tocar esa mano, si me atreviese á hacerlo.

En efecto, aquella mano en que el barón fijaba sus ardientes ojos, aquella mano fina, torneada y blanca, aquella mano insinuante había caído fuera de la cama, y palpitaba á cada palabra del joven. La vizecondesa, ciega también por esa electricidad del amor, cuyos efectos había ya experimentado en la pequeña posada de Jaulnay, no pudo pensar que debía retirar aquella mano que inspirara al barón un tan feliz punto de comparación. Ella se olvidó de esto, y el joven oficial, dejándose caer de rodillas, aplicó su boca sobre la mano con una timidez voluptuosa, que al contacto de sus labios se retiró como si la hubiese quemado un hierro ardiendo.

— ¡Gracias, señor de Canolles! dijo la joven: os agra-

dezo en el fondo de mi corazón lo que habéis hecho por mí, y creed que no lo olvidaré nunca. Pero duplicad el precio del servicio que me hacéis, apreciando mi posición y retirándoos. ¿No es necesario que nos separemos, puesto que está terminado vuestro encargo?

Este *nos*, pronunciado con una entonación tan dulce, que pareció contener un viso de pesar, hizo vibrar con dolor hasta las fibras más secretas del corazón de Canolles. En efecto, el sentimiento del dolor casi siempre existe en el fondo de las alegrías extramadas.

— Obedeceré, señora, dijo. Sólo os haré observar, no por eludir mi obediencia, sino por evitaros tal vez un remordimiento, que si os obedezco soy perdido. En el instante en que confiese mi falta, y en que no aparezca como el juguete de vuestra astucia, seré víctima de mi complacencia... Se me declarará traidor; seré encarcelado... pasado por las armas quizás; y esto es muy sencillo, porque he cometido una traición.

Clara dió un grito y cogió involuntariamente la mano del barón, que soltó en seguida, dejándola caer con una confusión deliciosa.

— Entonces, ¿qué haremos? dijo ella.

El corazón del joven se dilató: esta dichosa fórmula de comunión iba haciéndose favorita en la señora de Caubes.

— ¡Perderos á vos, tan generoso! continuó la joven. ¡Perderos yo! ¡oh! jamás. ¿Á qué precio puedo salvaros? ¡Hablad, hablad!

— Sería necesario que me permitieseis, señora, continuar mi papel hasta el fin. Sería necesario, como he dicho, que yo apareciese engañado, y que diese cuenta al señor de Mazarino de lo que veo y no de lo que sé.

— Si; pero si se supiese que todo esto lo hacéis por mí, si se trasluciese que nos hemos encontrado antes, que

ya me habéis visto, pensad que entonces yo seré perdida á mi vez.

— Señora, dijo Canolles con profunda melancolía, la frialdad que manifestáis, el aire de dignidad que tan poco os cuesta conservar en mi presencia, me dan á conocer que no dejaréis escapar un secreto, que desde luego no existe en vuestro corazón.

Clara guardó silencio; pero una mirada fugitiva y una imperceptible sonrisa que asomó á su pesar á los labios de la bella prisionera, contestaron al barón de un modo capaz de hacerle el más afortunado de todos los hombres.

— ¿Me quedaré? dijo con una inexplicable sonrisa.

— Ya que es preciso!... contestó la vizcondesa.

— En ese caso voy á escribir al señor de Mazarino.

— Sí; idos.

— ¿Cómo?

— Digo que vayáis á escribirle.

— No, es menester que yo le escriba desde aquí, desde vuestra cámara; es menester que feche mi carta desde el pie de vuestra cama.

— Pero eso no está en el orden.

— Ved mis instrucciones, señora; leedlas vos misma...

Y Canolles dió un papel á la vizcondesa, que leyó:

« El barón de Canolles guardará de vista á la señora princesa y al duque de Enghien su hijo. »

— De vista, dijo Canolles.

— De vista, si; eso dice.

Clara conoció entonces todo el partido que un hombre enamorado, como lo estaba el barón, podía sacar de aquellas instrucciones; pero también conoció el servicio que prestaba á la princesa prolongando respecto á ella el error de la corte.

— Escribid, pues, dijo como mujer resignada.

Canolles la interrogó con la mirada, y del mismo modo le mostró ella un *necceser*, que contenía todo lo necesario para escribir: Canolles abrió aquel mueble, del que sacó papel, tintero y pluma, colocándolos sobre una mesa, que acercó todo lo posible á la cama. Pidió, como si Clara fuese aun la princesa, el permiso para sentarse, que le fué concedido, y escribió al señor de Mazarino el oficio siguiente:

« Monseñor:

» He llegado al castillo de Chantilly á las nueve de la noche: V. Ema. puede conocer que no he omitido en nada la diligencia, puesto que á las seis y media tuve el honor de recibir su permiso.

He hallado á las dos princesas en cama: la señora viuda gravísimamente enferma, y la princesa fatigada de una grande caza que ha hecho durante el día.

Según las instrucciones de V. Ema., me he presentado ante SS. AA., que en el mismo instante han despedido á todos sus convidados, y en este momento tengo á mi vista á la señora princesa y su hijo. »

— Y su hijo, repitió el joven volviéndose á la vizcondesa. ¡ Diablos! me parece que miento, y á la verdad no quisiera mentir.

— Tranquilizaos, replicó Clara riendo; si no habéis visto aun á mi hijo, vais á verle.

— Y su hijo, dijo Canolles riendo, y continuando su carta donde había quedado.

« Desde la misma cámara de la princesa y sentado á la cabecera de su cama, tengo el honor de dirigir estas líneas á V. E. »

Firmó, y después de pedir respetuosamente su permiso á Clara, tiró de un llamador. Poco después entró un ayuda de cámara.

— Llamad á mi lacayo, dijo Canolles, y avisadme cuando esté en la antesala.

Cinco minutos después avisaron al barón que Castorin estaba en su puesto.

— Toma, le dijo Canolles: lleva este billete al oficial que manda mis doscientos hombres, y dile que lo mande á París por expreso.

— Pero, señor barón, respondió Castorin, á quien semejante comisión en medio de la noche parecía que no le agradaba, creía haberos dicho que el señor Pompeyo me había contratado al servicio de la señora princesa.

— Y en nombre de la señora princesa te trasmito esa orden. V. A., dijo Canolles volviéndose hacia la cama, tendrá la bondad de confirmar mis palabras. Ya sabéis de cuánta importancia es que esta carta sea remitida en el instante.

— Id, dijo la fingida princesa con una entonación y un gesto llenos de majestad.

Castorin se inclinó hasta el suelo, y salió.

— ¿Ahora, dijo Clara dirigiendo hacia Canolles sus manecitas juntas y suplicantes, os vais á retirar, si?

— ¡Perdonad, señora! respondió Canolles... ¿Y vuestro hijo?

— Es justo, contestó Clara sonriendo. Vais á verle.

En efecto, apenas hubo acabado la señora de Cambes de decir estas palabras, arañaron á la puerta, según costumbre de entonces. — Parece que el cardenal de Richelieu, en su afición por los gatos, había puesto á la moda esta manera de llamar. Durante el tiempo de su larga prianza, habían arañado á la puerta del señor de Richelieu;

después, á la del señor de Chaviny, que tenía justo derecho á esta sucesión, aunque no fuese más que á título de heredero natural; y últimamente á la del señor de Mazarino. Así, pues, no había dificultad en arañar también á la puerta de la princesa.

— Ya vienen, dijo la señora de Cambes.

— Bueno. Entonces vuelvo á recobrar mi carácter oficial.

Y el barón separó la mesa, quitó de en medio la silla, tomó su sombrero, y se colocó respetuosamente de pies á cuatro pasos de la cama de la princesa.

— Adentro, dijo la vizecondesa.

En seguida entró en la sala el cortejo más ceremonioso que pudiera verse.

Componiase de damas, oficiales, camareros, todo el servicio ordinario de la princesa.

— Señora, dijo el primer camarero, se ha despertado á monseñor el duque de Enghien, y puede aun recibir ahora al mensajero de S. M.

Una mirada que dirigió el barón á la señora de Cambes, le dijo tan claramente como habría podido hacerlo la voz:

— ¿Era esto en lo que habíamos quedado?

Esta mirada, que contenía todas las súplicas de un corazón afligido, fué comprendida maravillosamente, y sin duda por reconocimiento á todo cuanto Canolles había hecho, y tal vez por ejercer algún tanto esa malicia oculta eternamente en lo más profundo de los mejores corazones femeniles.

— Traed aquí, dijo, al señor duque de Enghien. Este caballero verá á mi hijo en mi presencia.

Apresuráronse á obedecer; y pasado un instante penetró en la estancia el joven príncipe.

Hemos dicho que siguiendo Canolles hasta en sus más pequeños pormenores los últimos preparativos de marcha

de la princesa, había visto al joven príncipe jugar y correr, pero sin percibir su semblante. Sólo había observado que su traje era un sencillo vestido de caza, y creyó que no por atención á él se le había revestido con el espléndido traje que á su vista se presentaba. La idea que ya tenía de que el príncipe había marchado con su madre, llegó á convertirse en realidad: durante algún tiempo contempló en silencio al heredero del ilustre príncipe de Condé, y sin disminuir en nada el respeto que debía demostrar, se dibujó ligeramente en sus labios una imperceptible sonrisa de ironía.

— Tengo á mucha felicidad, dijo inclinándose, ser admitido á gozar el honor de presentar mis homenajes á monseñor el duque de Enghien.

La señora vizcondesa, en quien el niño tenía fijos sus grandes ojos, le hizo seña de saludar con la cabeza, pareciéndole que el barón seguía todos los accidentes de esta escena con aire socarrón.

— Hijo mío, dijo con un cálculo de malignidad que hizo estremecer á Canolles, que adivinaba ya por el movimiento de los labios de la señora de Cambes que iba á ser víctima de alguna traición femenina; hijo mío, el oficial que tenéis delante es el señor barón de Canolles, enviado por S. M.: dad vuestra mano á besar al señor barón de Canolles.

Á esta orden, Perico, que estaba instruido perfectamente por Lenet, que como había prometido á la princesa se había encargado de su educación, alargó una mano que no había tenido tiempo ni medio de convertir en mano de noble, y fué preciso que Canolles estampase en ella un beso, entre las risas ahogadas de los circunstantes. Un hombre menos experto que el barón en la materia, habría fácilmente reconocido la burla que se le jugaba.

— ¡ Ah, señora de Cambes ! murmuró Canolles ; ¡ ya me pagaréis este beso !

Y al mismo tiempo se inclinó respetuosamente ante Perico, en acción de gracias por el honor que le acababa de dispensar.

Después, conocido que en pos de esta prueba, la última del programa, le era imposible permanecer por más tiempo en la habitación de una mujer, dijo volviéndose hacia el lecho :

— Señora, mi misión de esta noche ha terminado ; sólo espero vuestro permiso para retirarme.

— Retiraos, caballero, dijo Clara. Ya veis que estamos aquí muy tranquilas ; podéis dormir tranquilo también.

— Sólo me resta suplicaros me dispenseis un eminente favor, señora.

— ¿Cuál? preguntó la señora de Cambes, inquieta, porque había comprendido por la entonación de la voz del barón, que se disponía á tomar el despique.

— La de acordarme la gracia que acabo de recibir de vuestro hijo.

Esta vez estaba presa la vizcondesa : no había medio de rehusar á un oficial del rey el favor ceremonioso que reclamaba así en presencia de todos. La señora de Cambes alargó al barón su mano temblando.

Él se adelantó hacia el lecho, como lo habría hecho hacia el trono de una reina, asió por la punta de los dedos la mano que se le presentaba, puso una rodilla en tierra, y estampó sobre aquella piel fina y blanca un prolongado beso, que todos atribuyeron á respeto, y que sólo para la vizecondesa fué una ardiente presión de amor.

— También me habeis prometido y aun jurado, dijo á media voz Canolles levantándose, no salir del castillo sin

darme aviso. Cuento con la promesa y con el juramento.

— Contad con ellos, caballero, contestó la señora de Cambes, cayendo sobre su almohada casi desvanecida.

El barón, á quien había hecho estremecer la expresión de la voz, trató de leer en los ojos de la bella prisionera la confirmación de la esperanza que le había dado su acento; pero los hermosos ojos de la vizcondesa estaban herméticamente cerrados.

Canolles reflexionó que los cofres cerrados son los que contienen los más preciosos tesoros, y se retiró con el paraíso en el alma.

Decir cómo nuestro hidalgo pasó aquella noche, cómo velando ó durmiendo no tuvo más que un ensueño delicioso, durante el cual pasaron por su imaginación todos los pormenores de la quimérica aventura que ponía en sus manos el más precioso tesoro que haya podido abrigar jamás un avaro bajo las alas de su corazón; referir los proyectos que hizo para someter el porvenir á los cálculos de su amor y á los caprichos de su fantasía; enumerar las razones que se dió á sí mismo para convenirse de que obraba bien, sería cosa imposible, mayormente siendo la locura una fatiga irresistible para todo otro espíritu que el del loco.

Canolles se durmió tarde, dado caso que pueda llamarse sueño al delirio febril que sucedió á su velada; y no obstante, apenas alumbraba el día la cima de los álamos, aun no había descendido hasta la superficie de las claras aguas en que duermen las ninfas de largas hojas, cuyas flores solo se abren al sol, cuando ya Canolles abandonara el lecho, y vistiéndose de prisa había bajado al jardín. Su primera visita fué hacia el ala que habitaba la princesa, su primera mirada á la ventana de su habitación: ya sea que la prisionera aun no se hubiese dormido, ó que se

hubiese despertado ya, una luz demasiado fuerte para ser la de una lámpara de noche, enrojecía las cortinas de damasco, herméticamente corridas. Canolles se detuvo á su vista, que sin duda hizo entrar en aquel momento en su corazón gran número de insensatas conjeturas; y sin llevar más adelante su paseo, aprovechándose del zócalo de una estatua, que le ocultaba convenientemente, entabló á solas con su quimera ese diálogo eterno de los pechos enamorados, que encuentran el objeto amado en todas las poéticas emanaciones de la naturaleza.

Hacia cosa de media hora en que el barón se hallaba todavía en su observatorio, mirando con indecible dicha aquellas cortinas ante las cuales cualquiera otro habría pasado con indiferencia, cuando vió abrir una ventana de la galería, apareciendo en su fondo casi entera la honesta figura de Maese Pompeyo. Todo cuanto tenía relación con la señora de Cambes, inspiraba al barón un poderoso interés; así es que retirando la vista de las magnéticas cortinas, creyó observar que Pompeyo trataba de establecer con él una correspondencia por señas. Al principio dudó Canolles que estas señas le fuesen dirigidas, y miró á su alrededor; pero Pompeyo, que notó la duda en que se encontraba el barón, acompañó á sus señas un siseo apelativo, que habría parecido muy poco en el orden de parte de un escudero al embajador de S. M. el rey de Francia, si este siseo no hubiese tenido por excusa una especie de punto blanco casi imperceptible á otros ojos que los de un enamorado, que inmediatamente reconoció en este punto blanco un papel doblado.

— ¡ Un billete! dijo para sí Canolles. Me escribe, ¿ qué significa esto?

Y se acercó casi temblando, aunque su primer movimiento fué una extremada alegría; pero hay siempre en

las grandes alegrías de los enamorados cierta parte de aprensión, en que tal vez consiste su mayor encanto: tener la convicción de la felicidad, no ser ya feliz.

A medida que el barón se aproximaba, Pompeyo se aventuraba más á mostrar el papel; por último, Pompeyo extendió el brazo, y Canolles tendió su sombrero. Estos dos hombres se habian comprendido prodigiosamente, como se vé; el primero dejó caer el billete, y el segundo le recibió con destreza; y en seguida se internó en un sotillo para leerle libremente; mientras que Pompeyo, sin duda por temor al reuma, cerró en el momento la ventana.

Pero no se lee así como así el primer billete de la mujer que se ama, sobre todo cuando el billete inespereado no presenta más motivo de turbación que el de temer que atente á nuestra felicidad. En efecto, ¿qué tenía que decirle la señora de Cambes, cuando en nada se habia alterado en la especie de programa concertado la víspera entre ambos? ¿No podia contener este billete alguna fatal noticia?

Canolles estaba tan convencido de esto, que en lugar de aplicar el papel á sus labios, como lo acostumbra á hacer un amante en tales casos, le volvió y le revolvió por todos los lados mirándole con un terror progresivo. Sin embargo, como al fin era preciso abrirle, sea en un momento, sea en otro, llamó en su ayuda todo su valor, rompió el sello, y leyó:

« Caballero: continuar por más tiempo en la situación en que estamos, es cosa absolutamente imposible. Yo espero que seréis del mismo modo de pensar: vos debéis padecer, siendo considerado por todos los habitantes de casa como un vigilante desagradable; y por otra parte, debo temer, si os recibo con más agrado que en mi lugar

lo haría la princesa, que llegue á traslucirse que ejecutamos una doble comedia, cuyo desenlace sería indudablemente la pérdida de mi reputación. »

El barón se enjugó la frente: sus presentimientos no le habian engañado. El día, ese gran disipador de fantasmas, habia venido á desvanecer todos sus sueños dorados. Movié lentamente la cabeza, dió un suspiro, y continuó:

« Fingid que descubris la intriga de que hemos usado: para llegar á conseguir este descubrimiento, hay un medio muy sencillo, que yo misma os suministraré, si me prometéis acceder á mi ruego. Ya veis cómo no trató de disimular absolutamente cuánto dependo de vos. Si accedéis á mi súplica, os haré entregar un retrato mio, que lleva mi nombre y mis armas al pie. Diréis que os habéis encontrado este retrato en una de vuestras rondas nocturnas, y que por él habéis conocido que no soy yo la princesa. »

« Necesito deciros que, como un recuerdo de mi gratitud, que conservaré en el fondo de mi corazón, si partís esta mañana misma, os autorizo (suponiendo, no obstante, que le tengáis por de algún valor), os autorizo para que guardéis esta miniatura. »

« Dejadnos sin volverme á ver, si es posible, y llevaréis consigo toda mi gratitud, mientras que por mi parte conservaré vuestro recuerdo como el de uno de los caballeros más nobles y leales que he conocido en mi vida. »

El barón volvió á leer el billete, y quedó petrificado. Por grande que sea el favor que se dispense en una carta de despedida, por mucha que sea la dulzura con que se encubra una repulsa, ó un adiós, no por esto dejan de ser el adiós, la repulsa y la despedida, una cruel decepción para el alma. Sin duda era una cosa muy grata aquel retrato, pero la causa que motivaba su ofrecimiento dis-

minuía gran parte de su valor. Además, ¿de qué servía el retrato teniendo allí el original bajo su mano, y pudiendo no dejarle escapar?

Si; pero Canolles, que no había dado un paso atrás ante la cólera de la reina y de Mazarino, temblaba ante un gesto de disgusto de la señora de Cambes.

Sin embargo, ¿cómo le había engañado esta mujer, primero en el camino, después en Chantilly tomando el puesto de la princesa, y últimamente dándole la vispera una esperanza, que le robaba al otro día! Pero de todas estas decepciones, ninguna le era tan cruel como esta última. En el camino, ella no le conocía, y se libraba de un compañero molesto, y nada más; tomando el puesto de la señora de Condé, obedecía á una orden impuesta, desempeñaba un papel designado por su soberana, y no le era posible obrar de otro modo; pero esta vez que ya le conocía, después de haber parecido apreciar su desprendimiento, después de haber pronunciado dos veces aquel *no*, que había vibrado hasta en el fondo del corazón del joven, volverse atrás, deshacerse de su bondad, renegar de su reconocimiento, escribir, por último, una carta semejante, esto era á los ojos del barón, más que crueldad, casi un desprecio.

De este modo se despechaba, se dejaba llevar por una dolorosa cólera, sin advertir que detrás de aquellas cortinas, tras de las cuales había desaparecido la luz como si el día la hubiese absorbido, una espectadora bien cubierta por el damasco y por los tableros de la ventana, miraba la pantomima de su desesperación saboreándola tal vez.

« Si, si, decía el joven acompañando sus pensamientos con gestos análogos al sentimiento que le preocupaba; si: esta es una despedida en regla, un grande acontecimiento coronado por un desenlace vulgar, una esperanza poética

trocada en una decepción brutal; pero no aceptaré así el ridículo que se me prepara. Más apreciaría su odio que no esta pretendida gratitud que me promete. ¡ Ah, si! ¡ fírmeme ahora en su promesa!... Esto sería como confiarse en la constancia del viento y en la calma del mar. ¡ Ah, señora, señora! continuó el barón dirigiéndose hacia la ventana; esta es la segunda vez que os escapáis; pero os juro, que si encuentro una ocasión semejante, no os escaparéis la tercera.

Y Canolles subió á su aposento con intención de vestirse y entrar, fuese de grado ó por fuerza, en la habitación de la señora de Cambes. Pero al entrar en la suya y fijar la vista en el reloj, observó que apenas eran las siete.

Aun no había nadie levantado en el castillo. Canolles se echó sobre un sitial y cerró los ojos para refrescar sus ideas y arrojar, si era posible, los fantasmas que danzaban á su alrededor, no abriéndolos más que para consultar su reloj de cinco en cinco minutos.

Dieron las ocho, y el castillo empezó á animarse, llenándose poco á poco de ruido y movimiento. Esperó Canolles aun media hora con extremada inquietud. Por último, no pudiendo contenerse más, bajó; y atrapando á Pompeyo, que tomaba con orgullo el aire en el gran patio, rodeado de lacayos, á quienes refería sus campañas en Picardía con el difunto rey, le dijo como si lo viese al pobre por la primera vez:

— ¿ Sois vos el mayordomo de S. A.?

— Si, señor, replicó Pompeyo admirado.

— Tened la bondad de avisar á S. A., que deseo se me dispense el honor de ofrecerle mis respetos.

— Señor... pero S. A....

— S. A. está levantada.

— Sin embargo...

— Id.

— Yo creía que vuestra partida...

— Mi partida dependerá de la entrevista que voy á tener con S. A.

— Y digo esto, porque tengo una orden del rey.

Á estas palabras, Canolles golpeó majestuosamente sobre el bolsillo de su casaca; punto que adoptó como el más satisfactorio de cuantos había podido emplear desde la vispera.

Pero al dar este golpe de Estado, nuestro negociador conocía que todo su valor le abandonaba. En efecto, desde la vispera había disminuido en gran parte su importancia: la princesa había partido cerca de las doce; sin duda habría caminado toda la noche, y por consiguiente debía hallarse á veinte ó veinticinco leguas de Chantilly. Aunque el barón tratase de emplear cualquiera diligencia acompañado de su gente, no había ya medio de alcanzarla; y dado caso de que la alcanzase, habiendo partido con un centenar de caballeros, ¿quién le aseguraba que la escolta de la fugitiva no ascendiese ya á aquella hora á tres á cuatrocientos partidarios? Siempre le quedaba, como había dicho la noche anterior, el recurso de hacerse matar; ¿pero tenía derecho de sacrificar consigo á los hombres que le acompañaban, terminando así con una escena sangrienta sus caprichos amorosos? La vizcondesa, si él se había equivocado la vispera acerca de los sentimientos que la animaban hacia él; si su turbación no había sido más que una farsa, podía burlarse abiertamente de él, y tenía entonces que sufrir la silba de los lacayos y de los soldados ocultos en el bosque, la desgracia de Mazarino, la cólera de la reina, y sobre todo la ruina de su naciente amor; porque jamás una mujer ha

amado al que un solo instante ha intentado poner en ridículo.

Mientras les daba vuelta á todos estos pensamientos en su imaginación, llegó Pompeyo con las orejas bajas á decirle que la señora princesa le esperaba.

Esta vez se suprimió todo ceremonial. La señora de Cambes le esperaba vestida y de pie en un pequeño salón contiguo á la cámara. Estaban impresas sobre su semblante las señales del insomnio, que en vano había tratado de desvanecer; sobre todo, un ligero tinte aplomado que cubría la órbita de sus ojos, indicaba que éstos no se habían cerrado, ó se habían cerrado apenas.

— Ya veis, caballero, dijo la vizcondesa sin dejarle tiempo de hablar, que accedo á vuestros deseos, pero con la esperanza, lo confieso, de que esta entrevista será la última, y que á vuestro turno accederéis á los míos.

— Perdonad, señora, dijo el barón; pero después de vuestra conversación de anoche, había esperado menos rigor en vuestras exigencias, y contaba que en cambio de cuanto he hecho por vos, por vos sola, pues no conozco á la señora de Condé, ¿entendéis? había esperado que os dignaríais soportar por más tiempo mi permanencia en Chantilly.

— Si, señor, lo confieso, contestó la señora de Cambes; en el primer momento... la turbación inherente á la posición en que me encontraba... la magnitud del sacrificio que hacíais por mí... el interés de la princesa que exigía ganase tiempo, pudieron arrancar de mi boca palabras poco acordes con mi pensamiento; pero durante esta larga noche he reflexionado, y vuestra permanencia ó la mía en este castillo por más tiempo son una cosa imposible.

— ¡Imposible, señora! dijo Canolles. ¿Olvidáis que todo le es posible á quien habla en nombre del rey?

— Señor de Canolles, yo espero que ante todas cosas seréis caballero, y no trataréis de abusar de la posición en que me ha colocado mi lealtad á la princesa.

— Señora, contestó el barón, ante todas cosas, es preciso convenir en que soy un loco. Bien lo debéis haber conocido; pues sólo un loco habría podido hacer lo que yo he hecho. ¿No os apiadaréis de mi locura, señora? ¡No me obliguéis á partir, os lo suplico!

— En ese caso seré yo quien os ceda el puesto, caballero. Yo seré quien, á vuestro pesar, os llamaré á vuestros deberes. Veámos si me detenéis á la fuerza, si nos expondréis á entrambos al estallido de un escándalo. ¡No, no, caballero! continuó la señora de Cambes con un acento, que Canolles sentía vibrar por primera vez; no: ya reflexionaréis que no puede ser eterna vuestra permanencia en Chantilly; ya os acordaréis de que os esperan en otra parte.

Esta palabra, que brilló como un relámpago á los ojos de Canolles, le recordó la escena de la posada de Bis-carros, el descubrimiento que la vizecondesa había hecho de las relaciones del joven con Nanon, y entonces lo comprendió todo.

Aquel insomnio no era producido por las ansiedades del presente, sino por los recuerdos del pasado. La resolución de la mañana, que propendía á evitar la presencia del barón, no era el resultado de la reflexión, sino la impresión de los celos.

Medió entonces entre estas dos personas, de pie una delante de la otra, un instante de silencio; pero durante este silencio, cada cual escuchaba la voz de su propio pensamiento, que hablaba dentro de su pecho por medio de los latidos de su corazón.

— ¡Celosa! decía Canolles, ¡celosa! ¡Oh! todo lo

comprendo desde este momento. ¡Si, si! ¡Quiere vencerse de que la amo bastante para sacrificarle cualquier otro amor! ¡Esto es una prueba!

Por su parte, la señora de Cambes se decía:

— Yo soy para el barón una distracción de ánimo; me ha encontrado en su camino en el momento, sin duda, en que se veía obligado á abandonar la Guiena, y me ha seguido como sigue el viajero á un fuego fatuo; pero su corazón se ha quedado en la casita rodeada de árboles adonde iba la tarde que le encontré. Es enteramente imposible que yo conserve cerca de mí á un hombre que ama á otra, y á quien tendría la debilidad de amar tal vez si le viese por más tiempo. ¡Oh! ¡Sería, no sólo vender mi honor, sino también los intereses de la princesa, si fuese débil hasta el punto de amar al agente de sus perseguidores!

Así es, que exclamó súbitamente, contestando á su propio pensamiento.

— ¡Oh! no, no: es menester que partáis, caballero. Partid, ó parto yo.

— ¿Olvidáis, señora, dijo Canolles, que me habéis dado la palabra de no partir, sin advertírmelo antes?

— Pues bien, caballero; os advierto que salgo de Chantilly en este mismo instante.

— ¿Y creéis que lo permitiré? dijo Canolles.

— ¿Cómo! exclamó la vizecondesa, ¿me sujetaríais por fuerza?

— Señora, yo no sé lo que haré. Lo que si sé es que me es imposible dejaros.

— ¿Entonces soy vuestra prisionera?

— Sois una mujer á quien he perdido ya dos veces, y á quien no quiero perder la tercera.

— ¡Eso es una violencia!

— Si, señora, violencia, contestó el barón, si este es el único medio de conservaros.

— ¡ Oh ! exclamó la señora de Cambes ; en efecto, ¿ es una felicidad conservar á una mujer que gime, que reclama su libertad, que no os ama, que os detesta !

Canolles se estremeció y trató de desenvolver rápidamente todo cuanto se agolpaba á sus labios y á su pensamiento. Comprendió que era llegado el momento de jugar el todo por el todo.

— Señora, dijo el barón, las palabras que acabáis de pronunciar con un acento tan veraz, que no dan cabida á meditar su significado, han resuelto todas mis incertidumbres. ¡ Vos gemir, vos ser esclava ! ¡ Yo retener á una mujer que no me ama, que me detesta ! No, señora, no : tranquilizaos, no será así. Yo habia creído que la felicidad que siento al veros, os haria soportable mi presencia ; habia esperado, después de haber perdido mi consideración, el reposo de mi conciencia, mi porvenir, mi honor, tal vez, que me indemnizariais este sacrificio, concediéndome algunas horas, que sin duda no volveré á encontrar jamás. Todo esto era posible si me hubieseis amado... si os hubiera sido indiferente al menos ; porque sois buena, y habriais hecho por piedad lo que otra hiciera por amor. Pero no tengo que luchar con la indiferencia, sino con el odio ; y desde luego es muy distinto, tenéis razón. Solamente me perdonaréis, señora, el no haber comprendido que podia obtenerse odio en cambio de un amor desenfrenado. Á vos toca permanecer reina y señora libre en este castillo, como fuera de él, y á mi retirarme, como lo hago. Dentro de diez minutos habréis reconquistado vuestra libertad. ¡ Adiós, señora, adiós para siempre !

Y el barón, con un desorden que siendo fingido al principio, se habia trocado en real y doloroso al fin de su

periodo, saludó á la vizecondesa, se volvió buscando la puerta, que no encontraba, y repitiendo la palabra ; adiós ! ¡ adiós ! con un acento tan profundamente sentido, que partiendo del corazón, tocaba al corazón. Las verdaderas adicciones tienen su eco propio, como las tempestades.

La señora de Cambes no esperaba esta obediencia de Canolles ; habia reunido sus fuerzas para una lucha, mas no para una victoria, y á su vez se sintió dominada por tanta resignación unida á tanto amor. Y como el joven hubiese ya dado dos pasos hacia la puerta, extendiendo los brazos con una especie de sollozo, sintió de pronto una mano que se apoyaba sobre su hombro con la presión más significativa ; no era sólo tocarle, era detenerle.

Canolles se volvió.

La señora de Cambes estaba en pie delante de él. Su brazo, graciosamente extendido, aun tocaba su hombro, y la expresión de dignidad que se notaba poco antes en su semblante, se habia convertido en una deliciosa sonrisa.

— ¡ Muy bien, caballero ! le dijo ; ¡ así es como obedecéis á la reina ! Vais á partir teniendo orden de permanecer aquí. ¡ Sois un traidor !

Canolles dió un grito, cayó de rodillas, y apoyó su frente ardorosa en las dos manos que ella le tendia.

— ¡ Oh, esto es para morir de gozo ! exclamó,

— ¡ Ay ! no os regocijéis aún, dijo la señora de Cambes ; pues si os detengo, no es por otra cosa sino porque no nos separemos así ; es porque no llevéis la idea de que soy una ingrata ; es porque me deis con gusto la palabra que os he dado yo, y veáis en mí á lo menos una amiga, ya que los partidos opuestos que seguimos me impiden ser para con vos otra cosa jamás.

— ¡ Oh, Dios mio ! dijo Canolles, me habia engañado aún otra vez. ¡ Vos no me amáis !

— No hablemos ahora de nuestros sentimientos, barón, sino del peligro que ambos corremos en permanecer aquí. Vamos, partid, ó dejadme partir: es preciso.

— ¡Qué decís, señora!

— La verdad. Dejadme aquí; volved á Paris; decid á Mazarino y á la reina lo que os ha sucedido. Yo os ayudaré en cuanto esté de mi parte; ¡pero partid, partid!

— ¿Cuántas veces habré de repetiroslo? exclamó el barón; ¡dejaros es morir!

— No, no; vos no moriréis, porque conservaréis la esperanza de que nos volveremos á encontrar en tiempos más felices.

— La casualidad me ha interpuesto en vuestro camino, señora, ó mejor dicho, os ha colocado en el mío dos veces ya. La casualidad se puede cansar, y si os pierdo no os encontraré más.

— ¡Pues bien! en ese caso yo os buscaré.

— ¡Oh, señora! mandadme morir por vos: la muerte es un instante de dolor, y nada más; pero no me pidáis que os deje aún, esta idea despedaza mi corazón. Pensadlo bien; si apenas os he visto, apenas os he hablado.

— Pues bien; si os prometo permanecer aquí todo el día; si todo el día podéis verme y hablarme. ¿estaréis contento? Decid.

— Yo nada prometo.

— Entonces yo tampoco. Un solo compromiso había contraído con vos; ya lo sabéis, el de avisaros el momento en que partiría. Pues bien, dentro de una hora parto.

— ¿Conque es necesario hacer todo cuanto queréis? ¿Es preciso obedeceros á todo trance? ¿Hacer abnegación de mi mismo, por seguir ciegamente vuestra voluntad? Pues bien, si todo esto es indispensable, seréis com-

placida: no tenéis delante más que á un pobre esclavo, dispuesto á obedeceros. Mandad, señora, mandad.

Clara tendió la mano al barón, y con la voz más dulce y halagüeña, le dijo:

— Un nuevo tratado en cambio de mi palabra: si no me separo de vos desde este momento hasta las nueve de la noche, ¿partiréis á las nueve?

— Os lo juro.

— Venid, pues. El cielo está sereno, y nos promete un delicioso día; hay rocío en las praderas, perfumes en el aire y bálsamo en las florestas. — ¡Hola, Pompeyo!

El digno mayordomo, que sin duda había recibido orden de permanecer en la puerta, entró en seguida...

— Mis caballos de paseo dijo la señora de Cambes con aire de princesa; esta mañana voy á los estanques, y pasaré por la quinta, donde pienso desayunarme... Vos me acompañaréis, señor barón, continuó; está en las atribuciones de vuestro cargo, una vez que habéis recibido de S. M. la reina la orden de no perderme de vista.

Una nube de sofocante alegría cegaba al barón y le envolvía como esos vapores que en otros tiempos transportaba al cielo á los antiguos dioses. Dejose conducir sin oposición y sin voluntad casi; pues estaba trastornado, ebrio, loco. Bien pronto en medio de un delicioso bosque, y por entre calles misteriosas, cuyos pimpollos caían flotantes sobre su frente desnuda, abrió los ojos á la realidad: estaba de pie, mudo, con el corazón comprimido por un goce casi tan punzante como el dolor, caminando con su mano enlazada á la de la vizcondesa, que iba tan pálida, tan muda, y seguramente tan dichosa como él.

Pompeyo les seguía á una respetuosa distancia, bastante cerca para verlo todo, bastante lejos para no oír nada.

promesa que de retirarse había dado, y se creyó establecido por una eternidad venturosa en aquel paraíso terrenal, donde él sería Adán, y Eva la señora de Cambes.

Pero cuando llegó la noche, y á su vez se terminó la cena, como habían trascurrido todos los demás actos de aquel día, es decir, en medio de un gozo inefable, cuando una dama de honor condujo á la mesa á Perico disfrazado aun en duque de Enghien, que aprovechó esta circunstancia para comer, cual habrían podido hacerlo cuatro príncipes de sangre juntos; cuando la campana del reloj empezó á resonar, y alzando la vista la vizecondesa se persuadió de que iba á dar diez golpes:

— Es llegada la hora, dijo con un suspiro.

— ¿Qué hora? preguntó el barón haciendo por sonreír, y tratando de eludir con una chanza un grande infortunio.

— La hora de cumplir la palabra que me habéis dado.

— ¡Válgame Dios, señora! dijo Canolles con tristeza. ¡No os olvidáis de nada!...

— Acaso lo habría olvidado como vos, replicó la señora de Cambes; pero ved aquí lo que me renueva la memoria.

Y sacó de su bolsillo una carta, que había recibido en el momento de ponerse á la mesa.

— ¿De quién es esa carta? preguntó el barón.

— De la princesa, que me llama á su lado.

— ¡Al menos, es un pretexto! Os doy gracias por haber tenido esa consideración hacia mí.

— No os hagáis ilusiones, señor de Canolles, dijo la vizecondesa con una tristeza que no trataba de disimular. Aunque no hubiera recibido esta carta, al llegar la hora prefijada os habria recordado, como acabo de hacerlo, vuestra partida. ¿Creéis que entre las personas que nos rodean puede por más tiempo pasar desapercibida nuestra mutua inteligencia? Convenid en que vuestras rela-

XIV

La despedida

Llegó el término de este día de hechizos, como sucede siempre al fin de un sueño: las horas habían pasado como segundos para el dichoso caballero, y no obstante, le parecía reunir en este solo día suficientes recuerdos para tres existencias ordinarias. Cada una de las calles del parque había sido enriquecida por una palabra, por un recuerdo de la señora de Cambes; una mirada, un gesto, un dedo colocado sobre los labios, todo tenía un significado. Al entrar en la barca le había apretado la mano; al subir por la ribera, se había apoyado en su brazo; al bordear el muro del parque, se había sentado por sentirse fatigada; y en cada una de estas ilusiones, que como relámpagos habían pasado ante los ojos del barón, había quedado presente en su memoria el paisaje iluminado por un resplandor fantástico, no sólo en todo su conjunto, sino hasta en sus más pequeños pormenores.

Canolles no debía separarse de la señora de Cambes durante el día; mientras el desayuno le convidó á comer, y durante la comida á cenar.

En medio de todo el boato que la fingida princesa debió emplear para recibir al enviado del rey, distinguió el barón las dulces atenciones de la mujer apasionada, y olvidó los criados, la etiqueta, el mundo; olvidó hasta la

ciones no son las de una princesa perseguida con su perseguidor. Pero si aun esta separación no es tan cruel como pretendéis, permitidme que os diga, señor barón, que sólo de vos depende el que no nos separemos.

— ¡ Hablad, hablad ! exclamó Canolles.

— ¿ No adivináis ?...

— ¡ Oh, si tal, señora ! ; Lo adivino perfectamente :

¿ Queréis hablarme de seguir con vos á la señora princesa ?...

— Ella misma me lo dice en esta carta, dijo con viveza la señora de Cambes.

— Gracias, porque no proviene de vos esa idea. Gracias también por el recelo con que habéis hecho la proposición. No es decir que mi conciencia se altere á la idea de servir en este ó aquel partido ; no : carezco de convicción. ¿ Y quién la tiene en esta guerra, si se excluyen los intereses personales ? Cuando la espada salga de su vaina, ¿ qué me importa que venga el golpe de este ó del otro ? No conozco la corte ni á los principes. No tengo ambición independiente por mi fortuna. Nada espero de los unos ni de los otros. Soy oficial, y nada más.

— Entonces, ¿ consentiréis en seguirme ?

— No.

— Pero ¿ por qué no, siendo las cosas como decís ?

— Porque me estimaréis menos.

— ¿ No os detiene otro obstáculo ?

— Os lo juro.

— ¡ Oh ! En ese caso, nada temáis.

Vos misma no creéis lo que acabáis de decir en este momento, contestó Canolles alzando el dedo y sonriendo. Un tráfuga es siempre un traidor ; y aunque la primera palabra es más decorosa, no difieren en significado.

— Pues bien, tenéis razón, repuso la señora de Cam-

bes : no insistiré más. Si os encontraseis en una posición ordinaria, emplearía todos los medios posibles para ganáros al partido de los principes ; pero como enviado del rey, encargado de una misión de confianza por S. M. la reina regente y por el primer ministro, honrado con la benevolencia del señor duque de Epernon, que no obstante las sospechas que concebí desde luego, se me ha afirmado que os protege de una manera particular...

Canolles se cubrió de rubor.

— Estoy en el caso de usar de la mayor discreción. Pero escuchadme, señor de Canolles, nuestra separación no es perpetua, vivid seguro que nos volveremos á ver, mis presentimientos me lo dicen.

— ¿ Dónde ? preguntó Canolles.

— No lo sé ; pero ciertamente nos volveremos á ver.

El barón meneó tristemente la cabeza.

— No lo espero, señora, la dijo ; media entre nosotros la guerra, y este es un grande obstáculo cuando al mismo tiempo no hay amor.

— ¿ Y el día de hoy, dijo con hechicera entonación la señora de Cambes, no le tenéis en nada ?

— Es el único en que estoy seguro de haber vivido, desde que vine al mundo.

— Entonces, confesad que sois ingrato.

— Concededme otro día igual á éste.

— No puedo. Tengo que partir precisamente esta noche.

— No le solicito para mañana ni pasado ; solamente deseo un día cualquiera en adelante. Tomad el tiempo que queráis, elegid el lugar que os agrade ; pero que viva yo con una certidumbre ; sin una esperanza al menos, sufriría demasiado.

— ¿ Adónde vais al separaros de mi ?

— Á Paris, á dar cuenta de mi cometido.

— ¿Y después?

— Á la Bastilla, tal vez.

— Pero suponiendo que no vayáis allí...

— Me vuelvo á Liburnio, donde debe estar mi regimiento.

— Y yo á Burdeos, donde estará la princesa. ¿Conocéis alguna aldea bastante aislada que esté en el camino de Burdeos y el de Liburnio.

— Una conozco, cuyo recuerdo me es casi tan grato como el de Chantilly.

— Jaulnay, dijo la señora de Cambes sonriendo.

— Jaulnay, repitió Canolles.

— Pues bien, se necesitan cuatro días para llegar á Jaulnay. Hoy es martes: el domingo me de tendré allí todo el día.

— ¡Oh, gracias, gracias! exclamó el barón, oprimiendo con sus labios una mano, que la de Cambes no tuvo valor para retirar.

Pasado un instante, dijo Clara:

— Ahora, nos queda que terminar el desenlace de nuestra comedia.

— ¡Ah, si! es verdad, señora; la comedia, que debe cubrirme de ridiculez á los ojos de la Francia entera. Pero no tengo nada que decir: yo lo he querido así, y soy, no quien ha elegido el papel que represento, pero sí quien ha preparado el desenlace que le da fin.

La señora de Cambes bajó los ojos.

— Ahora, instruídme de lo que debo hacer, dijo el barón: sólo espero vuestras órdenes, y estoy dispuesto á todo.

Era tal la conmoción de Clara, que Canolles podía ver

el movimiento del terciopelo de su vestido sobre los latidos desiguales y precipitados de su seno.

— Grande es el sacrificio que por mi habéis hecho, lo sé; pero creedme en nombre del cielo! También en cambio es eterno mi reconocimiento. ¡Si, por mi vais á arrostrar el desagrado de la corte! Vais á ser juzgado severamente. ¡Oh, caballero! os suplico que despreciéis todo eso, si tenéis algún placer en haberme hecho feliz.

— Trataré de ello, señora.

— Creedme, barón; continuó la vizcondesa; ese frío dolor de que os veo acometido, es un terrible remordimiento para mí. Otras os recompensarian, quizá, más cumplidamente que yo, caballero; mas una recompensa acordada con tanta facilidad, no pagaría tan dignamente vuestro sacrificio.

Y esto diciendo, Clara bajó los ojos, dando un suspiro de sufrimiento pudoroso.

— ¿Es eso todo cuanto me tenéis que decir? preguntó el barón.

— Tomad, dijo la vizcondesa sacando de su bolsillo un retrato, que entregó á Canolles; tomad este retrato, y á cada disgusto que os origine este desgraciado suceso, miradle, y decid que sufris por la persona cuya imagen representa, y que pagará cada uno de vuestros sufrimientos con un pesar.

— ¿Y nada más?

— Con la estimación.

— ¿Y nada más?

— Con la simpatía.

— ¡Ah, señora! una palabra más, exclamó el barón; ¿qué os cuesta hacerme completamente feliz?

Clara hizo hacia Canolles un movimiento rápido, le tendió la mano, y abrió la boca para añadir:

— Con amor.

Pero al mismo tiempo que sus labios, se abrieron las puertas, y apareció el fingido capitán de guardias acompañado de Pompeyo.

— En Jaulnay concluire, dijo la vizcondesa.

— ¿Vuestra frase ó vuestro pensamiento?

— Una y otro. La primera exprime siempre el segundo.

— Señora, dijo el capitán de guardias; los caballos de V. A. están enganchados.

— Fingid admiración, dijo la vizcondesa muy quedo al joven.

Canolles mostró una sonrisa de compasión, dirigida á sí mismo.

— ¿Adónde va V. A.? preguntó.

— Parto.

— ¿Pero acaso ha olvidado V. A. que tengo orden de S. M. de no abandonaros un instante?

— Caballero, vuestra misión ha terminado.

— ¿Qué queréis decir?

— Que yo no soy S. A. la señora princesa de Conde, sino la vizcondesa de Cambes, su primera dama de honor. La señora princesa partió ayer noche, y yo voy á reunirme con S. A.

El barón quedó inmóvil: le repugnaba visiblemente continuar en la ejecución de semejante farsa ante un público de lacayos.

La señora de Cambes, para animar á Canolles, le cobijó con su dulce mirada. Esta mirada le dió algún valor.

— Luego se ha engañado el rey, dijo él. ¿Y el señor duque de Enghien, ¿dónde está?

— He ordenado á Perico volver á sus acirates y á sus flores, dijo una voz grave á la entrada del aposento.

Esta voz era la de la princesa viuda, que estaba en pie

en la puerta, sostenida por dos damas de confianza.

— Volved á Paris, á Nantes, á San Germán; volved á la corte, en fin: vuestra misión aquí ha terminado. Decid al rey que las personas á quien se persigue, han recurrido á la astucia, cosa que anula su empleo de la fuerza. Sois, sin embargo, muy dueño de permanecer en Chantilly para velar sobre mí, que ni he salido, ni saldré del castillo, porque no es tal mi designio. Conque, señor barón, Dios os guarde.

Canolles, abochornado, apenas se sintió con fuerza para inclinarse, mirando á la señora de Cambes y murmurando en tono de reproche:

— ¡ Ah, señora, señora!

La vizcondesa comprendió aquella mirada, y entendió estas palabras; y dirigiéndose á la viuda, dijo:

— Permitame V. A. ejecutar aun por un momento el papel de princesa. Quiero dar las gracias al señor barón de Canolles, en nombre de los ilustres señores que han abandonado este castillo, por el respeto que ha mostrado y la delicadeza de que ha hecho uso en el cumplimiento de una misión tan difícil. Me atrevo á pensar, señora, que V. A. es de este parecer, y á esperar en consecuencia que unirá sus acciones de gracias á las mías.

La viuda, movida por estas palabras tan firmes, entreviendo tal vez en ellas con su profunda sagacidad una de las facetas de aquel nuevo secreto ingerido en el primero, pronunció entonces con voz no exenta de cierta emoción, las siguientes palabras:

— Caballero, para todo cuanto habéis hecho contra nosotros, olvido: para cuanto habéis hecho en favor de nuestra casa, gratitud.

Canolles puso una rodilla en tierra ante la princesa, que

le dió á besar la misma mano que tantas veces había besado Enrique IV.

Este era el complemento de la escena, la irremisible despedida, y ya no le quedaba al barón más recurso que partir, como iba á hacerlo la señora de Cambes. Retiróse, pues, á su habitación, y apresuróse á escribir á Mazarino el pliego más desesperado que pudo concebir: este pliego debía sustraerle á las primeras impresiones del momento de sorpresa. Atravesó después las filas de los sirvientes del castillo, no sin temor de recibir sus insultos, y bajó hasta el patio, en que se le tenía dispuesto su caballo.

En el momento de poner el pie en el estribo, una voz imperiosa pronunció estas palabras:

« Honor al enviado de S. M. el rey nuestro señor. »

Estas palabras hicieron humillar todas las frentes ante el barón, que después de haberse inclinado ante la ventana en que se hallaba la princesa, metió espuelas al caballo y desapareció con la cabeza erguida.

Castorin, desencantado del hermoso sueño que Pompeyo en su precaria calidad de mayordomo le había inspirado, siguió á su amo cabizbajo.

XV

Los enganchadores

Tiempo es ya de volver la vista á uno de los personajes más importantes de esta historia, que montado en un hermoso caballo, sigue la ruta de Paris á Burdeos, rodeado de cinco compañeros, cuyos ojos chispeaban al menor choque de un saco lleno de escudos de oro, que el teniente Ferguzón lleva pendiente del arzón de su silla. Esta armonía regocijaba y recreaba á la cuadrilla, como el sonido del parche y de los instrumentos reanima á los soldados en las marchas.

— No importa, no, decía uno de los seis hombres: diez mil libras es un hermoso dinero.

— Es decir, contestó Ferguzón, que este sería un dinero muy bueno si no debiera nada á nadie; pero este dinero debe una compañía á la señora princesa: *nimum satis est*, como dice la antigüedad, lo que puede traducirse con estas palabras: lo demasiado solo puede ser bastante. Pero, querido Barrabás, nosotros no tenemos el famoso *bastante* que corresponde al *demasiado*.

— Que no nos vaya á salir caro el bien parecer, dijo Cauviñac: todo el dinero del colector real se ha convertido en arneses, justillos y brocados. Estamos flamantes como unos señores, y llevamos nuestro lujo hasta el

extremo de tener bolsas; verdad es que nada tienen dentro. ¡Oh, apariencia!

— Hablad por nosotros, capitán, y no por vos, repuso Barrabás. Vos tenéis una bolsa con diez mil libras.

— Amigo, dijo Cauviñac, tú no has entendido, ó has comprendido mal lo que Ferguzón acaba de decir respecto á nuestras obligaciones hacia la princesa. — Yo no soy de esos que se comprometen á una cosa y hacen otra. El señor Lenet me ha entregado diez mil libras para alzar una compañía y la alzaré aunque el demonio me lleve. Ahora me resta otras cuarenta mil el día en que esté formada; y si entonces no paga esas cuarenta mil libras, nos veremos...

— ¡Con diez mil libras! exclamaron en coro cuatro voces irónicas; porque solo Ferguzón, plenamente confiado en los recursos de su jefe, parecía estar convencido de que Cauviñac llevaría á cabo lo que había prometido.

— ¡Con diez mil libras alzaréis una compañía!

— Si, dijo Cauviñac; aunque se deba añadir algo más.

— ¿Y quién ha de añadir ese algo más? preguntó una voz.

— No seré yo, dijo Ferguzón.

— Entonces, ¿quién? preguntó Barrabás.

— ¡Pardiez! el primero que caiga. Esperad; justamente veo un hombre allá abajo, en el camino. Vais á ver...

— Ya comprendo, dijo Ferguzón.

— ¿Y nada más?

— Admiro.

— Si, dijo uno de los caballeros aproximándose á Cauviñac, comprendo perfectamente que tratáis de cumplir vuestra promesa, capitán; sin embargo, pudiéramos perder mucho por el bien parecer. Hoy somos necesarios; pero si mañana se alza la compañía, se pondrán en ella

oficiales de confianza, y se nos despedirá á nosotros, después de haber tenido el trabajo de formarla.

— Sois un necio, en cinco letras, amigo Carrotel; y no es esta la primera vez que os lo digo, repuso Cauviñac. El miserable razonamiento que acabáis de hacer os priva del grado que os destinaba en la compañía; porque es evidente que nosotros seremos los seis oficiales de este pequeño ejército. Tenía intenciones de nombraros subteniente de un tirón, Carrotel; pero no seréis más que sargento. Barrabás, vos que nada habéis dicho, y merced á la mezquindad que acabáis de oír, ocuparéis ese puesto hasta tanto que ahorquen á Ferguzón; en cuyo caso ascenderéis á teniente por derecho de antigüedad. — Pero no perdamos de vista á mi soldado, que percibo allá abajo.

— ¿Pero tenéis alguna idea de quién es ese hombre, capitán? dijo Ferguzón.

— Ninguna.

— Debe ser paisano. Trae una capa negra.

— ¿Estás seguro?

— Mirad cómo la levanta el viento. ¿Lo veis?

— Si trae capa negra debe ser hacendado; entonces tanto mejor. La compañía que vamos á reclutar es para el servicio de los príncipes, y es necesario que se componga de buena gente. Si fuera para ese modrego de Mazarino, cualquiera cosa era buena; pero para los príncipes, ¡ah, Ferguzón! tengo la idea de que mi compañía me ha de honrar, como dice Falstaff.

Toda la cuadrilla metió espuelas para atrapar al paisano, que iba tranquilamente por en medio del arrecife.

Cuando el digno hombre, que iba montado en una buena mula, vió á los brillantes caballeros que venían á galope, se apartó respetuosamente á un lado del camino, y saludó á Cauviñac.

— Es atento, dijo éste, buen principio; pero no sabe el saludo militar, y será necesario enseñárselo.

Cauviñac le devolvió el saludo; y colocándose después á su lado, le dijo:

— Caballero, ¿queréis decirme si amáis al rey?

— ¡Pardiez! respondió el paisano.

— ¡Admirable! dijo Cauviñac moviendo los ojos con alegría. — ¿Y á la reina?

— ¡Excelente! ¿Y al señor de Mazarino?

— ¡El señor de Mazarino es un grande hombre, caballero, y le admiro!

— Perfectamente. En ese caso, continuó Cauviñac, tenemos el gusto de encontrar un buen servidor de S. M.

— Caballero, me glorio de ello.

— ¿Y estáis dispuesto á darle pruebas de vuestro celo?

— En todas ocasiones.

— ¡Esto es magnífico! No hay como las carreteras para proporcionar semejantes encuentros.

— ¿Qué queréis decir? dijo el paisano, empezando á mirar á Cauviñac con cierta inquietud.

— Quiero decir, caballero, que es necesario que nos sigáis.

El paisano dió sobre la silla un salto de sorpresa y terror.

— ¡Seguidme! ¿Y adónde, caballero?

— No sé á punto fijo á dónde vamos.

— Caballero, yo no viajo sino en compañía de las personas que conozco.

— Eso es muy justo, y al mismo tiempo propio de un hombre prudente. Voy, pues, á deciros quiénes somos.

El paisano hizo un movimiento como para indicar que ya creía haberlo adivinado. Cauviñac continuó, sin darse por entendido de este movimiento.

— Yo soy Rolando de Cauviñac, capitán de una compañía que está ausente, es verdad, pero dignamente representada por Luis Gabriel Ferguzón, mi teniente; por Jorge Guillermo Barrabás, mi subteniente; por Cefirino Carrotel, mi sargento, y por esos otros dos señores, que uno es mi furriel y el otro mi aposentador. Ya nos conocéis, caballero, añadió Cauviñac con la más franca sonrisa, y así me atrevo á esperar que ya no nos tendréis antipatía.

— Pero, señor, respondió el paisano, yo he servido ya á S. M. en la milicia urbana, y pago tal cual mis impuestos, cuotas, cargos, etc.

— Ya, concedo, caballero, continuó Cauviñac; pero no os enganchó para servir á S. M., sino á los señores príncipes, cuyo indigno representante veis en mí.

— ¡Al servicio de los príncipes, que son enemigos del rey! exclamó el paisano cada vez más admirado. Entonces, ¿por qué me preguntabais si amaba á S. M.?

— Porque, mi amigo, si no hubieseis amado al rey, si hubieseis acusado á la reina y blasfemado del señor de Mazarino, me hubiera guardado muy bien de molestaros separándoos de vuestras ocupaciones; pues en tal caso me hubierais sido sagrado como un hermano.

— Pero, en fin, caballero, yo no soy ningún esclavo. Yo no soy un siervo.

— No, señor; sois soldado, es decir, perfectamente libre de aspirar á ser capitán, como yo, ó mariscal de Francia, como el señor de Turena.

— Caballero, yo he pleiteado mucho en mi vida.

— ¡Ah! tanto peor, tanto peor; es una costumbre picara la de los pleitos. Yo jamás he tenido pleitos, lo que tal vez sea por haber estudiado para abogado.

— Pero pleiteando he aprendido las leyes del reino.

— Eso es muy largo de contar. Sabéis, caballero, que desde las Pandectas de Justiniano hasta el acuerdo del parlamento rebatido á la muerte del mariscal de Anere, en que se decide que jamás un extranjero podrá ser ministro de Francia, hay diez y ocho mil setecientas setenta y dos leyes, sin contar las reales órdenes, decretos y edictos gubernativos; pero, en fin, hay organizaciones privilegiadas dotadas de una memoria maravillosa; Pic de la Mirándola hablaba doce lenguas á los diez y ocho años. ¿Y qué fruto habéis sacado del conocimiento de esas lenguas? dijo Cauvinac.

— El fruto... el fruto de saber que sin autorización no se puede detener á nadie en medio de un camino real.

— La tengo, amigo. Vedla aquí.

— ¿De la señora princesa?

— ¿De S. A. misma.

Y Cauvinac se alzó ligeramente el sombrero.

— Pero qué, ¿hay dos reyes en Francia? exclamó el paisano.

— Sí, señor; y ved ahí por lo que tengo el honor de reclamar vuestra asistencia, y por lo que miro como un deber alistaros á su servicio.

— Apelaré al parlamento, caballero.

— Ese es un tercer rey, efectivamente, á quien también tendréis probablemente ocasión de servir. Nuestra política no tiene límites. Conque, andando, mi amigo.

— Eso es imposible, señor; se me espera para cierto asunto.

— ¿Dónde?

— En Orleáns.

— ¿Quién?

— Mi procurador.

— ¿Para qué?

— Para un asunto de dinero.

— ¡El primer asunto es el servicio del Estado, caballero!

— ¿No puede el Estado pasar absolutamente sin mí?

— ¡Contamos con vos! Y en verdad que nos haréis falta; sin embargo, si, como decís, vais á Orleáns por un asunto de dinero.....

— Sí, señor; por un asunto de dinero.

— ¿De cuánto?

— De cuatro mil libras.

— ¿Que vais á recibir?

— No; que voy á dar.

— ¿Á vuestro procurador?

— Justamente, caballero.

— ¿Por un pleito ganado?

— No; perdido.

— En efecto, eso merece consideración.... ¡Cuatro mil libras!

— Cuatro mil libras.

— Esa es justamente la cantidad que desembolsaréis, dado caso que SS. AA. los principes consientan en admitir un sustituto mercenario en reemplazo de vuestros servicios.

— Con cien escudos pago un sustituto, yo.

— ¡Un sustituto de vuestra clase; un sustituto que monte en mula con los pies hacia fuera, como vos; un sustituto que sepa diez y ocho mil setecientas setenta y dos leyes! Vamos caballero, para un hombre ordinario, concedo, serían suficientes cien escudos; pero si nos contentamos con hombres ordinarios, no podremos hacer frente al rey. Nada, nada, necesitamos hombres de vuestro mérito, de vuestro rango y talle. ¡Qué diablos! no

rebajéis vuestro mérito. ¡ Me parece que bien valéis cuatro mil libras !

— Ya veo adonde se quiere venir á parar, exclamó el paisano ; esto es un robo á mano armada.

— Caballero, nos insultáis, dijo Cauviñac, y os desollaríamos vivo para reparar ese insulto, si no tuviésemos que mantener una buena reputación en los ejércitos de los príncipes ; no, no se dirá tal de nosotros. Dadme vuestras cuatro mil libras, pero no vayáis á creer que sea esto una exacción ; al menos es menester que lo creáis así.

— ¿ Y quién le pagará entonces á mi procurador ?

— Nosotros.

— ¿ Vosotros ? ¿ Pero me daréis un recibo ?

— En regla.

— ¿ Firmado por él ?

— Firmado por él.

— En ese caso, ya es otra cosa.

— Ya véis. — ¿ Conque aceptáis ?

— Preciso será, puesto que no puedo hacer otra cosa.

— Ahora, dadnos las señas de la habitación del procurador, y algunas nociones indispensables.

— Ya os he dicho que era una condena, resultado de un pleito perdido.

— ¿ Contra quién ?

— Contra un tal Biscarrós, demandante como heredero de su mujer, que era natural de Orleáns.

— ¡ Atención ! dijo Ferguzón.

Cauviñac hizo con el ramo del ojo una seña, que quería decir :

— Nada temas ; estoy á la mira.

— Biscarrós, dijo Cauviñac, ¿ no es un posadero de las cercanías de Liburnio ?

— Justamente. Que habita entre esa ciudad y San Martín de Cubzac.

— En la posada del Becerro de Oro.

— El mismo.

— ¿ Le conocéis ?

— Un poco.

— ¡ El miserable ! hacerme condenar al pago de una cantidad...

— ¿ Qué no le debíais ?

— Si tal... pero que no esperaba pagarle.

— Comprendo : es cosa dura.

— Por lo tanto, os juro que estimaría más ver ese dinero en vuestras manos que no en las suyas.

— En ese caso, creo que quedaréis contento.

— Pero, ¿ y mi recibo ?

— Venid con nosotros y le obtendréis en debida forma.

— ¿ Cómo lo conseguiréis ?

— Eso me toca á mí.

Siguieron caminando hacia Orleáns, adonde llegaron cerca de las dos. El paisano condujo á los enganchadores á la posada más próxima á su procurador. Era esta posada un horrible degolladero, con la enseña de la *Paloma del Diluvio*.

— ¿ Cómo se vá á componer esto ? dijo entonces el paisano. Yo bien quisiera no deshacerme de mis cuatro mil libras sino en cambio de mi recibo.

— Eso es lo de menos. ¿ Conocéis la letra de vuestro procurador ?

— Perfectamente.

— ¿ Y en dándoos su recibo, no tendréis ninguna dificultad en entregarnos vuestro dinero ?

— Ninguna. Pero sin el dinero no dará recibo mi procurador. ¡ Oh ! le conozco muy bien.

— Yo anticipo la suma, dijo Cauviñac.

Y sacando al mismo tiempo de su bolsa cuatro mil libras, dos mil de ellas en luises y el resto en medias pistolas, alineó las pilas ante los ojos admirados del paisano.

— Se necesita saber cómo se llama vuestro procurador.

— Maese Robodin.

— Pues bien; tomad una pluma y escribid.

El paisano obedeció.

« Maese Robodin: os remito las cuatro mil libras de costas é intereses en que he sido condenado contra Maese Biscarrós, que sospecho hará de ellas un uso culpable. Tened la bondad de entregar al portador vuestro recibo en forma. »

— ¿Y qué más? preguntó el paisano.

— La fecha y la firma.

El paisano puso la fecha y la firma.

— Toma esta carta y este dinero, dijo Cauviñac á Ferguson; disfrazate de molinero, y vé á casa del procurador.

— ¿Y qué es lo que voy á hacer con el procurador?

— Darle ese dinero, y traerle su recibo.

— ¿Y nada más?

— Nada más.

— No comprendo.

— Ni os hace falta; así saldrá mejor la comisión.

Ferguson tenía grande confianza en su capitán, y sin replicar, se encaminó á la puerta.

— Decid que nos suban vino del mejor, dijo Cauviñac; debe estar alterado el señor.

Ferguson saludó en señal de obediencia, y salió. Media hora después volvió y encontró á Cauviñac sentado á la mesa con el paisano; ambos estaban haciendo los honores

á ese famoso vinillo de Orleans, que tanto alegraba el palacio gascón de Enrique IV.

— ¿Y bien? preguntó Cauviñac.

— Y bien, aquí está el recibo.

— ¿Es éste? dijo Cauviñac, pasando el pedazo de papel timbrado al paisano.

— El mismo.

— ¿Está en regla?

— Perfectamente.

— ¿No tendréis ya ninguna dificultad en entregarme contra este recibo vuestro dinero?

— Ninguna.

— Dadmele, pues.

El paisano contó las cuatro mil libras; Cauviñac las metió en su bolsón, donde reemplazaron á las ausentes.

— ¿Y esto mediante soy ya libre? dijo el paisano.

— Oh, sí! á menos que no tengáis empeño en servir.

— No personalmente; pero...

— ¿Qué?... Veamos, dijo Cauviñac, tengo un presentimiento de que no nos hemos de separar sin hacer algún otro negocio.

— Puede ser, dijo el paisano completamente tranquilo por la posesión de su recibo; pues habéis de saber que tengo un sobrino.

— ¿Ah, ya!

— Mozo terco y camorrista.

— Del cual deseais veros libre.

— No precisamente; pero me parece que sería un buen soldado.

— Enviádmele, que yo me encargo de hacerle un héroe.

— ¿Conque le alistaréis?

— Con mucho gusto.

— También tengo un ahijado, mozo de mérito, que

piensa recibir las órdenes, y por el cual estoy obligado á pagar una gruesa pensión.

— De suerte que preferiríais tomase el mosquete, ¿no es así? Enviadme el ahijado con el sobrino, y os costará quinientas libras por entrambos, nada más.

— ¡Quinientas libras? No comprendo.

— Sin duda, al entrar se paga.

— Entonces, ¿por qué me queríais hacer pagar por no entrar?

— Esas son razones particulares. Vuestro sobrino y vuestro ahijado deben pagar doscientas cincuenta libras cada uno, y no volveréis á saber más de ellos.

— ¡Cáspita! muy seductor es eso que me decís. ¿Y estarán bien?

— Es decir, que una vez que le hayan tomado el gusto al servicio bajo mis órdenes, no querrán trocar su posición por la del emperador de la China. Preguntad á esos señores cómo los trato. — ¡Responded, Barrabás, Carrotel!

— Es cierto, dijo Barrabás que vivimos como unos señores.

— ¿Y cómo están vestidos? Mirad.

Carrotel hizo una pirueta girando sobre un pie, á fin de mostrar á todas luces su magnífico traje.

— El hecho es que no hay nada que decir con respecto al porte.

— Nada. ¿Y qué, me enviaréis á vuestros dos jóvenes?

— Eso quisiera. ¿Os detendréis aquí mucho tiempo?

— No, mañana temprano partimos; pero á fin de esperarles iremos al paso. Dadnos las quinientas libras, y es negocio concluido.

— No tengo más que doscientas cincuenta.

— Bien, ellos pueden traer las otras doscientas cin-

cuenta, lo cual os servirá de pretexto para enviármelos; porque sin un pretexto, sospecharían algo.

— Pero es muy fácil, dijo el paisano, que me contesten que uno solo basta para la comisión.

— Decídes que los caminos no están seguros, y le dais á cada uno ciento veinte y cinco libras; este será un adelanto hecho sobre su sueldo.

El paisano abrió los ojos admirado.

— En verdad, dijo, no hay como los militares para salir de cualquier atolladero.

Y después de haber contado las doscientas cincuenta libras, que entregó á Cauviac, se marchó pasmado de haber encontrado ocasión de colocar por quinientas libras á un sobrino y un ahijado, que le costaban al año más de cien pistolas.

dos escribientes, que estaban al parecer ocupados en garrapatear, y pasó á su *sancta sanctorum*.

Maese Rabodin estaba sentado ante un bufete tan lleno de legajos, que el digno procurador parecia que estaba encerrado bajo las sumarias, expedientes y autos. Era éste un hombre alto, seco y amarillo: llevaba un vestido negro pegado á sus enjutos miembros, como la piel de la anguila vá unida á su cuerpo. Al sentir el ruido de los pasos de Cauviñac, enderezó su largo tronco encorvado, levantando la cabeza, que entonces sobrepujó al baluarte de papeles que le rodeaba.

Brillaban tanto los ojillos del procurador con un reflejo sombrío de avaricia y codicia, que Cauviñac creyó por un instante haber encontrado al basilisco, animal que los sabios modernos miran como fabuloso.

— Caballero, dijo Cauviñac, dispensad si me presento así en vuestro aposento sin anunciarme; pero añadí sonriendo del modo más atractivo: este es un privilegio de mi cargo.

— Un privilegio de vuestro cargo, dijo Maese Rabodin. ¿Y tendréis la bondad de decirme cuál es vuestro cargo?

— Soy exento de S. M.

— ¿Exento de S. M.?

— Tengo ese honor.

— Caballero, no os comprendo.

— Vais á comprenderme. ¿Concedéis á maese Biscarrós, no es cierto?

— Es verdad que le conozco; es mi cliente.

— ¿Qué pensáis de él? si no lo tenéis á mal.

— ¿Qué pienso?

— Si.

— ¿Pienso... pienso... psi! que es un hombre muy guapo.

XVI

El falso exento y el fingido colector.

— Ahora, señor Barrabás, dijo Cauviñac, ¿lleváis en vuestra maleta algún vestido un poco menos lujoso que el puesto, y que os dé el aire de empleado de impuestos y resguardos?

— Tengo el del colector, que sabéis tenemos...

— ¿Bien, muy bien! ¿Y tenéis su nombramiento?

— El teniente Ferguzón me había dicho que no se extraviase, y lo he guardado con mucho cuidado.

— El teniente Ferguzón es el hombre más previsor que conozco. ¿Ea! vestíos de colector y tomad ese nombramiento.

Barrabás salió, y al cabo de diez minutos volvió completamente transformado. Encontró á Cauviñac vestido de negro, que se parecia, á no dudarlo, á un empleado de justicia.

Ambos se encaminaron á casa del procurador. Maese Rabodin habitaba en un tercer piso en el fondo de un departamento, que se componía de una antesala, un despacho y un gabinete: sin duda habria otras piezas; pero como éstas no se abrian á los clientes, no hablaremos de ellas.

Cauviñac atravesó la antesala, dejó á Barrabás en el despacho, echó al pasar una mirada apreciadora sobre los

— Pues bien, caballero, estáis equivocado.

— ¿ Conque estoy equivocado ?

— Vuestro hombre guapo es un rebelde.

— ¿ Cómo, un rebelde !

— Sí, señor; un rebelde que se estaba aprovechando de la posición aislada de su posada para constituir la en foco de conspiración.

— ¿ De veras !

— Que se había comprometido á envenenar al rey, á la reina y al señor de Mazarino, si por acaso parasen en su posada.

— ¿ De veras !

— Y á quien acabo de prender y conducir á las cárceles de Liburnio, por la prevención de crimen de lesa-majestad.

— Caballero, me sofocáis, dijo Maese Rabodín apoyándose de espaldas en un sillón.

— Hay más, caballero, continuó el supuesto exento, y es que os halláis comprometido en este negocio.

— ¿ Yo, señor ? exclamó el procurador pasando de amarillo-limón á verde-manzana ; ¿ yo comprometido ! ¿ Y cómo es eso ?

— Vos tenéis una suma, que el infame Biscarrós destinaba al pago de una armada rebelde.

— Es cierto, caballero, que he recibido por él...

— Una suma de cuatro mil libras ; se le ha dado la tortura de los borceguies, y á la octava punta ha confesado el miserable que esa suma debía hallarse en vuestro poder.

— Lo está efectivamente, pero no hace más que un momento que la tengo.

— ¿ Tanto peor, caballero, tanto peor !

— ¿ Por qué es peor ?

— Porque voy á verme en la precisión de asegurar vuestra persona.

— ¿ Mi persona ?

— Sin duda. El auto de acusación os designa como cómplice.

El procurador pasó de verde-manzana á verde-botella.

— ¿ Ah ! si no hubieseis recibido esa suma, continuó Cauviñac, sería otra cosa ; pero vos confesáis que la habéis recibido, y ya conocéis que esto es un instrumento de convicción.

— Caballero, y si estoy pronto á entregarla, si os la doy ahora mismo, si declaro que no tengo ninguna relación con el miserable Biscarrós, si le desmiento ..

— No por eso dejarán de pesar sobre vos graves sospechas. Sin embargo, debo deciros que la inmediata devolución del dinero...

— Sí, señor, ahora mismo, exclamó Maese Rabodín. Todavía está el dinero ahí, en el talego en que se me ha mandado ; no he hecho más que examinar la suma, nada más.

— ¿ Y es exacta ?

— Contadla vos mismo, señor ; contadla vos mismo.

— No, de ningún modo ; yo no tengo facultad para tocar al dinero de S. M. Pero viene conmigo el recaudador de Liburnio, que se le ha ordenado me acompañe para entenderse de las diferentes sumas que el infame Biscarrós diseminaba de este modo para reunir las en caso necesario.

— En efecto, me había encargado, que así que recibiese esas cuatro mil libras, se las hiciese remitir sin dilación.

— Lo veis, sin duda sabe ya que la princesa se ha fugado de Chantilly con dirección á Burdeos, y el mise-

rable reunía todos esos recursos para hacerse jefe de partido. — ¿Y vos no sospechabais nada?

— Nada, señor; nada.

— ¿Nadie os había avisado?

— Nadie.

— ¿Cómo tenéis atrevimiento de decir eso? exclamó Cauviñac extendiendo el dedo hacia la carta del paisano, que había quedado abierta entre otros varios papeles sobre el bufete de Maese Rabodín. ¿Cómo decís eso, cuando vos mismo me suministráis la prueba en contrario?

— ¿Cómo la prueba?

— ¡Valgame Dios! Leed.

Rabodín leyó con voz trémula:

« Maese Rabodín: os remito las cuatro mil libras de costas é intereses en que he sido condenado contra Maese Biscarrós, que sospecho hará de ellas un uso culpable. »

— ¡Un uso culpable! repitió Cauviñac; ya veis que la horrible conducta de vuestro cliente se ha extendido hasta aquí.

— ¡Caballero, estoy aterrado! dijo el procurador.

— No debo ocultaros, caballero, dijo Cauviñac, que mis órdenes son severas.

— Os juro que soy inocente.

— ¡Pardiez! Lo mismo decía Biscarrós antes de aplicarle la tortura; pero al quinto clavo cambió de lenguaje.

— Os digo, caballero, que estoy dispuesto á entregaros el dinero. Vedle ahí, tomadle, pues ya me pincha.

— Hagamos las cosas en regla, dijo Cauviñac. Ya os he dicho que no tengo facultad para tocar el dinero del rey. Y dirigiéndose entonces hacia la puerta, dijo: — Venid, señor recaudador; cada cual á su oficio.

Barrabás entró.

— El señor lo confiesa todo, continuó Cauviñac.

— ¡Cómo que lo confieso todo! exclamó el procurador.

— Sí; vos habéis confesado que estabais en correspondencia con Biscarrós.

— Señor, yo no he recibido nunca más que dos cartas tuyas, y no le he escrito más que una.

— El señor confiesa que tiene fondos pertenecientes al acusado.

— Ahí están, señor. Jamás he recibido por cuenta suya más que esas cuatro mil libras, que estoy pronto á entregaros.

— Señor colector, dijo Cauviñac, justificad vuestra identidad por medio de vuestro despacho; contad ese dinero, y dad un recibo de él en nombre de S. M.

Barrabás tendió su nombramiento al procurador, que le rechazó con la mano, temiendo hacerle una injuria leyéndolo.

— Ahora, dijo Cauviñac, mientras que Barrabás, temeroso de equivocarse, contaba el dinero; ahora es menester seguirme.

— ¿Seguirós?

— Sin duda. ¿No os he dicho que sois sospechoso?

— ¡Pero, señor! os juro que no tiene S. M. un servidor más leal que yo.

— Nada hay más fácil que afirmar, vos mejor que nadie lo sabéis, señor procurador; y en justicia no basta con la afirmación del presunto reo, se necesitan pruebas.

— Pruebas, las daré.

— ¿Cuáles?

— Toda mi vida pasada.

— Eso no es bastante; es menester una garantía para lo futuro.

- Indicadme lo que sea preciso, y lo haré.
- Hay un excelente medio de probar de manera incontestable vuestra lealtad al rey.
- ¿Cuál?
- En este momento se encuentra en Orleans un capitán amigo mio, que forma una compañía para el rey.
- ¿Y bien?
- Deberiais alistaros en esa compañía.
- ¿Yo, caballero? ¿Un procurador!...
- El rey tiene mucha necesidad de procuradores, caballero, porque sus negocios andan muy embrollados.
- Lo haría con mucho gusto, señor; pero ¿y mi despacho?
- Vuestros oficiales le desempeñarán.
- ¿Es imposible! ¿Y las firmas?
- Disimulad, señor, si me mezclo en la conversación, dijo Barrabás.
- ¿Cómo? dijo el procurador; hablad, caballero, hablad.
- Me parece que si en su lugar el señor, que haría un triste soldado...
- Sí, señor, muy triste, tenéis razón; contestó el procurador.
- Si este caballero ofreciese á vuestro amigo, ó mejor dicho al rey...
- ¿Qué? caballero; ¿qué puedo ofrecer al rey?
- Sus dos escribientes.
- Sin duda alguna, exclamó el procurador; seguramente, y con mucho gusto. Que tome vuestro amigo los dos, se los doy; y que son dos mocitos como dos clavetes.
- El uno de ellos me parece un niño.
- ¡Quince años, señor, quince años! Y una fiera pro-

- digiosa para tirar de un tambor. Venid acá, Fricotin.
- Cauviñac hizo una seña con la mano, para indicar que deseaba se dejase á Fricotin donde estaba.
- ¡El otro! continuó.
- Tiene diez y ocho años, cinco pies y seis pulgadas; es aspirante de portero en San Salvador, y por consiguiente, ya conoce el manejo de la alabarda. Venid acá, Chalumeau.
- Pero es horriblemente vizeo, según me ha parecido, dijo Cauviñac haciendo una segunda seña igual á la primera.
- Tanto mejor, caballero, tanto mejor; así le pondréis de centinela, y como estará al raso, verá á un mismo tiempo á derecha é izquierda, mientras que los demás no ven sino lo que tienen delante.
- Si, es una ventaja, ya lo sé; pero bien comprendéis que el rey tiene mucho en que pensar. Para pleitear á cañonazos hay más que hacer que para pleitear de palabras: el rey no puede encargarse del equipo de esos dos mocitos; hará bastante si cuida de su instrucción y de su sueldo.
- Caballero, dijo Maese Rabodin, si no es necesario más que eso para probar mi fidelidad al rey... ¡vamos, haré un sacrificio!
- Cauviñac y Barrabás cambiaron una mirada de inteligencia.
- ¿Qué opináis, señor colector? dijo Cauviñac.
- Pienso que el señor parece hombre de bien, repuso Barrabás.
- Y que por consiguiente es necesario tener con él alguna consideración. Dad al señor un recibo de quinientas libras.
- ¡Quinientas libras!

— Un recibo, expresando ser dicha cantidad para el equipo de dos reclutas, que el celo de Maese Rabodin ofrece á los ejércitos de S. M.

— Pero al menos, mediante este sacrificio, caballero, ¿podré quedar tranquilo?

— Sin duda.

— ¿No se me inquietará?

— Así lo espero.

— ¿Y si contra toda justicia se me persiguiese?

— Apetad á mi testimonio. — ¿Pero consentirán vuestros dos escribientes?

— Con mil amores.

— ¿Estáis seguro?

— Sí, señor. Sin embargo, convendría no decirles...

— El honor que les espera ¿no es eso?

— Sería lo más prudente.

— ¿Y cómo haremos eso?

— Muy sencillamente; se los mando á vuestro amigo.

¿Cómo se llama?

— El capitán Cauviñac.

— Se los mando á vuestro amigo, el capitán Cauviñac con cualquier pretexto; aunque valdría más que fuese fuera de Orleans para evitar un escándalo.

— Sí, y para que no les dé el deseo á los orleaneses de azotarlos con varas, como comandó hacer Camilo con aquel maestro de escuela de la antigüedad...

— Si, los enviaré fuera de la ciudad.

— Á la carretera de Orleans á Tours, por ejemplo.

— Á la primera posada.

— Y allí se encontrarán con el capitán Cauviñac á la mesa, que les ofrecerá un vaso de vino proponiéndoles que brinden á la salud del rey; beben con entusiasmo, y cátales ya hechos soldados.

— Perfectamente; ahora podéis llamarlos.

El procurador llamó á los dos jóvenes. Fricotin era un truhazuelo de cuatro pies no cabales, vivo, despierto y fornido; Chalumeau era un simplón de cinco pies y seis pulgadas delgado como un hisopo y colorado como un rábano.

— Señores, dijo Cauviñac, Maese Rabodin, vuestro procurador, os quiere encargar de una misión de confianza; quiere que mañana por la mañana vayáis á la primera venta que se encuentra en el camino de Orleans á Blois, á recoger un legajo de piezas relativas á un proceso formado por el capitán Cauviñac contra el señor de Larochevoucault; por este paseo os regalará Maese Rabodin veinte y cinco libras á cada uno.

Fricotin, mozo naturalmente crédulo, dió un salto de tres pies. Chalumeau, cuyo carácter era desconfiado, miró á la vez á Cauviñac y al procurador con una expresión de duda, que le hacía tres veces más visco de lo que era.

— Pero, dijo Maese Rabodin con viveza, esperad un momento; yo no me he obligado á dar esas cincuenta libras.

— Maese Rabodin, continuó el falso exento, se reintegrará de esa suma, con los honorarios del proceso entre el capitán Cauviñac y el duque de Larochevoucault.

Maese Rabodin bajó la cabeza: lo habían pillado en el garlito, y no había más recurso que pasar por ello ó ir á la cárcel.

— Vamos, dijo el colector; mirad cómo había previsto vuestros deseos.

Y le entregó un papel, en que había escrito estas líneas:

« He recibido de Maese Rabodin, fidelísimo súbdito de S. M., á título de ofrenda voluntaria, la cantidad de qui-

nientas libras para ayudarle en la guerra contra los príncipes. »

— Si os parece, dijo Barrabás, añadiré los dos escribientes en el recibo.

— No, no, dijo con viveza el procurador. Está perfectamente así.

— Á propósito, dijo Cauviñac á Maese Rabodin, decid á Fricotin que lleve su tambor, y Chalumeau que se arme con su alabarda: esto menos habrá que comprar.

— ¿Pero, bajo qué pretexto queréis que les haga este encargo?

— ¡Pardiez! bajo pretexto de distraerse por el camino.

Después de esto, el falso exento y el fingido colector se retiraron, dejando á Maese Rabodin completamente aturdido por el peligro que había corrido, y muy contento de haberse salvado á tan poca costa.

XVII

Las dos rivales

Á la mañana siguiente sucedió cuanto había previsto Cauviñac: el sobrino y el ahijado llegaron los primeros, ambos montados sobre sus caballos; más tarde Fricotin y Chalumeau, el uno con su tambor y el otro con su alabarda. Mucho fué necesario vencer por una y otra parte, cuando se les explicó que estaban alistados al servicio de los príncipes; pero todas las dificultades se allanaron ante las amenazas de Cauviñac, las promesas de Ferguzón y la lógica de Barrabás.

Los caballos del sobrino y el ahijado se destinaron á conducir los bagajes; y como era una compañía de infantería la que tenía encargo de formar Cauviñac, los dos nuevos reclutas nada tuvieron que decir.

Pusiéronse en camino. La marcha de Cauviñac se asemejaba á un verdadero triunfo. El ingenioso partidario había encontrado el medio de atraer á la guerra los más tenaces partidarios de la paz. Á unos hacía abrazar la causa del rey, y á otros la de los príncipes. Quiénes creían servir al parlamento, quiénes al rey de Inglaterra, y hubo quien propusiese una excursión á la Escocia para reconquistar sus Estados. Ya desde luego había mediado alguna diferencia en los colores, alguna discordancia en las reclamaciones, que el teniente Ferguzón, á pesar de

su persuasión, había tenido que someter por fuerza á la regla de la obediencia pasiva. Sin embargo, con la ayuda de un misterio continuo y necesario, respecto al éxito de la opinión, soldados y oficiales se dejaban conducir, sin saber lo que iba á ser de ellos. A los cuatro días de haber salido Cauviñac de Chantilly, había reunido veinticinco hombres. Muchos ríos formidables al desembocar en el mar, tienen un origen menos imponente.

Cauviñac buscaba un centro; llegó á una pequeña aldea que estaba situada entre Chatellerault y Poitiers, y creyó haber encontrado allí lo que buscaba. Era esta la aldea de Jaulnay: Cauviñac la reconoció por haber estado en ella una noche á traer una orden á Canolles, y estableció su cuartel general en la posada, donde recordaba haber cenado bastante bien aquella noche. Por otra parte, no había tampoco donde escoger; pues ya hemos dicho que aquella posada era sola.

Apostado así sobre el camino principal de París á Burdeos, Cauviñac tenía á sus espaldas las tropas del señor de Larochehoucault, que sitiaban á Saumur, y á su vanguardia las del rey, que se concentraban en la Guena. Tendiendo así la mano á unos y otros, se guardaba muy bien de enarbolar un color determinado antes de tiempo, y trataba solamente de componer un núcleo de unos cien hombres de quienes poder sacar gran partido. El enganchamiento marchaba bien, y Cauviñac tenía ya concluida casi la mitad de su tarea.

Un día que Cauviñac, después de haber pasado toda la mañana en caza de hombres, estaba por costumbre en acecho á la puerta de la posada conversando con su teniente, vió asomar por el extremo del camino á una señora joven, que iba á caballo seguida de un escudero, montado como ella, y dos machos cargados de equipajes.

La soltura y gallardía con que la bella amazona manejaba su caballo, el talante rígido y fiero del escudero que la acompaña, despertaron un recuerdo en la cabeza de Cauviñac. Puso su mano sobre el brazo de Ferguzón, que mal humorado aquel día, estaba triste y pensativo, y le dijo señalándole á la viajera:

— ¡Vé allí el soldado nº 50 del regimiento de Cauviñac, ó que la muerte me lleve!

— ¿Quién, aquella señora?

— Justamente.

— ¡Vaya, pues! ya tenemos un sobrino que debía ser abogado, un ahijado que debía ser clérigo, dos escribientes de procurador, dos droguistas, un médico, dos panaderos y dos paveros; más soldados todos, me parece, si no se les agrega una mujer, porque un día ú otro será necesario batirse.

— Si, pero nuestro tesoro no asciende aún más que á veinticinco mil libras (se vé que tanto la tropa como el dinero, habrían sido la bola de nieve); y si pudiéramos llegar á redondear esa suma, por ejemplo, á treinta mil libras, me parece que no sería mala partida.

— ¡Ah! si ves la cosa bajo ese aspecto, es muy diferente; nada tengo que decir, y apruebo tu pensamiento.

— ¡Silencio! Vas á ver,

Cauviñac se acercó á la joven señora, que estaba parada delante de una de las ventanas de la posada, interrogando á la huésped, que le respondía desde adentro del aposento.

— Á vuestras órdenes, caballero, dijo Cauviñac con finura, llevándose caballerosamente la mano á su sombrero.

— ¡Caballero, á mí! dijo la dama sonriendo.

— Á vos, si, lindo vizconde.

Ms. No. 1625 MONTEBERRY, MEXICO
"ALFONSO REYES"
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

La señora se ruborizó.

— No sé qué es lo que queréis decir, caballero, respondió.

— ¡ Oh, sí ! y la prueba es que tenéis ya medio palmo de colorete en las mejillas.

— Seguramente os equivocáis, caballero.

— ¡ No tal, no ! por el contrario, sé perfectamente lo que me digo.

— Vamos, caballero, hasta de bromas.

— Ea, señor, no hablo de broma; y si queréis la prueba os la voy á dar. Yo he tenido el honor de encontraros, hará unas tres semanas, en el traje propio de vuestro sexo, una tarde á orillas del Dordoña, seguido de vuestro fiel escudero el señor Pompeyo. ¿ Está con vos aun el señor Pompeyo ? ; Calle, sí, justamente, hele ahí, el buen Pompeyo ; ¿ Decid también que no le conozco ?

El escudero y la joven se miraron estupefactos.

— Sí, sí, continuó Cauviñac, eso os admira, mi lindo vizconde; pero no os atreveréis á decir que no sois el mismo que encontré allí, bien sabéis, en el camino de San Martín de Cubzac, á un cuarto de legua de la posada de Maese Biscarrós.

— No niego ese encuentro, caballero.

— ¡ Ah ! ¿ Lo veís ?

— Solo si que ese día iba disfrazada.

— No, no, hoy es cuando lo estáis; eso nada tiene de particular. En toda la Guiena están dadas las señas del vizconde de Cambes, y juzgáis prudente, para alejar toda sospecha, adoptar momentáneamente ese traje, que por otra parte, debo haceros justicia, os sienta perfectamente.

— Caballero, dijo la vizcondesa con una turbación que en vano quería disimular; si no entremezcláis en vuestra

conversación algunas palabras sensatas, de veras os creeré loco.

— No os haré por cierto ese mismo cumplido; pues creo muy razonable disfrazarse cuando se conspira.

La joven, cada vez más inquieta, fijó en Cauviñac una mirada.

— En efecto, caballero, dijo ella, me parece que os he visto en alguna parte; pero no recuerdo dónde,

— La primera vez, ya os he dicho que fué á orillas de Dordoña.

— ¿ Y la segunda ?

— La segunda en Chantilly.

— ¿ El día de la caza ?

— Justamente.

— Entonces, caballero, nada tengo que temer; sois de los nuestros.

— ¿ Por qué ?

— Porque estabais en casa de la princesa.

— Permitidme que os diga que esa no es una razón.

— Sin embargo, me parece...

— Allí habia mucha gente, para tener la certeza de que todos los que allí se encontraban eran amigos.

— Cuidado con ello, caballero; hariais que concibiese una idea singular de vos.

— ¡ Eh ! Pensad de mí lo que os agrade; no soy muy sensible.

— Pero, en fin, ¿ qué deseáis ?

— Haceros, si lo tenéis á bien, los honores de esta posada.

— Gracias, caballero, no os necesito; y espero á otro sujeto.

— Está muy bien; desmontad, y mientras llega ese sujeto hablaremos un rato.

— ¿Qué hay que hacer, señora? preguntó Pompeyo.

— Desmontar, pedir una habitación y disponer la cena, dijo Cauviñac.

— Caballero, dijo la vizcondesa, me parece que aquí es á mi á quien toca dar órdenes.

— Eso es según y conforme, vizconde, si se atiende á que yo mando en Jaulnay, y á que tengo cincuenta hombres á mi disposición. Pompeyo, haced lo que he dicho.

Pompeyo bajó la cabeza y entró en la posada.

— ¿Pero qué es esto, caballero, me arrestáis? preguntó la joven.

— Tal vez.

— ¿Cómo? tal vez.

— Sí, eso dependerá de la conversación que vamos á tener juntos. Pero tomaos la molestia de bajar, vizconde; así, bien, ahora aceptad mi brazo: los mozos de la posada cuidarán de llevar vuestro caballo á la cuadra.

— Obedezco, caballero, porque ya lo habéis dicho, sois aquí el más fuerte: no tengo ningún medio de resistencia; pero sólo os advierto una cosa, y es que la persona que espero, y que va venir, es un oficial del rey.

— Y bien, vizconde, me haréis el honor de presentarme á él, y tendré sumo gusto en conocerle.

La vizcondeza comprendió que no podría oponer resistencia, y echó á andar delante, haciendo seña á su extraño interlocutor de que podía seguirla.

Cauviñac la acompañó hasta la puerta de la habitación que le había preparado Pompeyo; y ya iba á atravesar el umbral detrás de ella, cuando subiendo rápidamente la escalera Ferguzón, se acercó á su oído y le dijo:

— ¡Capitán, un carruaje con tres caballos, un joven en mascarado dentro, dos lacayos en las portezuelas!

— ¡Bueno! repuso Cauviñac. Ese es probablemente el caballero que se espera.

— ¡Ah! ¿Se espera un caballero?

— Sí; y ya le salgo al encuentro. Quédate en este corredor y no pierdas de vista la puerta: deja entrar á todo el mundo, pero que nadie salga.

— Basta, capitán.

Una silla de posta acababa en efecto de parar á la puerta de la posada, escoltada por cuatro hombres de la compañía de Cauviñac, que la habían encontrado á cuatro leguas de la villa, y desde aquel momento la habían acompañado. En el fondo de la silla estaba, más tendido que sentado, un caballero vestido de terciopelo azul, enbuzado en una ancha capa forrada. Desde el momento en que los cuatro hombres rodearon el carruaje, el caballero les había dirigido varias preguntas; pero viendo que á pesar de su exigencia, aquellas preguntas habían quedado sin respuesta, parecía que se había resignado á esperar, y solo de tiempo en tiempo alzaba la cabeza para ver si se acercaba algún jefe á quien poder pedir la explicación de la conducta singular que su gente había tenido con él.

Por lo demás, era imposible apreciar en su justo valor la impresión que produjo en el joven vizjero este suceso, en atención á que le cubría la mitad del rostro una de esas caretas de raso negro, llamados lobos, y que en aquella época estaban muy á la moda. Fuera de esto, lo que la máscara dejaba ver, es decir, lo alto de la frente y lo inferior de la cara, denotaba juventud, belleza y valor; los dientes eran pequeños y blancos, y á través de la careta centelleaban sus ojos.

Había á cada lado del carruaje un lacayo; ambos estaban pálidos y temblorosos, á pesar del masquetón que traían apoyado en el muslo, y eran tan altos, que pare-

cian montados en sus caballos, estar elevados sobre las portezuelas del coche. Este cuadro hubiera podido pasar por una escena de salteadores deteniendo á unos viajeros, á no ser por la luz del medio día, la posada, la figura risueña de Cauviñac y el aplomo de los pretendidos ladrones.

Á la vista de Cauviñac, que avisado por Ferguzón, aparecía á la puerta, el joven detenido lanzó un pequeño grito de sorpresa, y se llevó vivamente la mano á la cara, como para asegurarse de que aun llevaba su máscara. Esta convicción pareció tranquilizarle algún tanto.

Por muy rápido que fuese este movimiento, no se escapó á la penetración de Cauviñac. Miró al viajero, como hombre acostumbrado á descubrir los rasgos aun en las fisonomías más disfrazadas, después de lo cual se estremeció á su pesar con una sorpresa casi igual á la que había manifestado el caballero vestido de terciopelo azul; sin embargo, se repuso, y quitándose el sombrero con una gracia particular, dijo:

— Bella señora, seáis bien venida.

Los ojos del viajero brillaron con asombro á través de las aberturas de su careta.

— ¿Adónde vais de ese modo? continuó Cauviñac.

— ¿Adónde voy? repuso el viajero desentendiéndose del saludo de Cauviñac, y respondiendo solamente á su pregunta; ¿adónde voy! Mejor que yo debéis saberlo vos, puesto que no soy libre de continuar mi viaje. Voy adonde me queráis llevar.

— Permitidme que os advierta, continuó Cauviñac con una delicadeza progresiva, que eso no es responder, bella señora. Vuestra detención es momentánea. Después que hayamos hablado un momento de nuestros mutuos asun-

tos, sin disfraz en el corazón ni en el rostro, continuaréis vuestro camino sin impedimento alguno.

— Perdonad, dijo el joven viajero; antes de ir más lejos es preciso deshacer un error. Según dais á entender, me tenéis por mujer, cuando por el contrario, estáis viendo por mis vestidos que soy hombre.

— Vos no ignorais el proverbio latino: *Ne nimium crede colori*. El sabio no juzga por apariencias. Y como yo tengo pretensiones de sabio, resulta que bajo ese traje mentiroso, he reconocido..

— ¿Qué? preguntó el viajero con impaciencia.

— ¡Psi! Ya os lo he dicho: ¡una mujer!

— Pero si soy una mujer, ¿por qué me detencís?

— ¡Tóma! Porque en los tiempos en que vivimos son las mujeres más perjudiciales que los hombres; así es, que á nuestra guerra pudiera llamársele con propiedad la guerra de las mujeres. La reina y la señora de Condé son las dos potencias beligerantes. Éstas tienen por tenientes generales á la señorita de Chevreuse, la señora de Montbazón, la de Longueville... y vos. La señorita de Chevreuse es el general del señor coadjutor, la señora de Montbazón lo es del señor de Beaufort; la señorita de Longueville es el general de Larochehoucault, y vos... vos, que me parece que tenéis trazas de ser el general del duque de Eperón.

— Vamos, está visto, caballero, que sois loco, dijo el joven viajero encogiéndose de hombros.

— No os daré más crédito, hermosa señora, que el que hace un momento daba á un joven que me hacia el mismo cumplido.

— ¿Le sosteniais, quizás, que ella era un hombre?

— Justamente. Yo, que conocí en seguida á mi caballero, por haberlo visto una tarde á principios del mes de

mayo, rondar junto á la posada del Becerro de Oro, no me he dejado engañar por sus sayas, sus cofias y su vocécita de tiple; como tampoco me dejo engañar de vuestra armilla azul, de vuestro sombrero gris y vuestras botas; y le he dicho: amigo mío, adoptad el nombre, traje y voz que os dé la gana, no por eso dejaréis de ser el vizconde de Cambes.

— ¡El vizconde de Cambes! exclamó el joven viajero.

— ¡Ah! Os chocha el nombre, á lo que parece. ¿Le conocéis también por casualidad?

— ¿Un caballero muy joven, casi un niño?

— Tendrá diez y siete ó diez y ocho años lo más.

— ¿Muy rubio?

— Muy rubio.

— ¿Grandes ojos azules?

— Muy grandes y muy azules.

— ¿Está aquí?

— Aquí está.

— ¿Y decís que vá?...

— Disfrazado de mujer el bribón, como vos vais disfrazado de hombre, bribona.

— ¿Y á qué viene aquí? dijo el joven con una vehemencia y una turbación, que se hacían cada vez más visibles, al paso que Cauviñac se mostraba más sobrio de gestos y más avaro de palabras.

— ¿Qué sé yo? respondió Cauviñac recalando cada una de sus palabras; pero parece que tiene una cita con uno de sus amigos.

— ¿Uno de sus amigos?

— Sí.

— ¿Un caballero?

— Probablemente.

— ¿Barón?

— Tal vez.

— ¿Y se llama?...

La frente de Cauviñac se plegó bajo un pensamiento difícil, que por primera vez se presentaba á su imaginación, y que al entrar en ella hacía visiblemente una revolución en su cerebro.

— ¡Oh, oh! murmuró. Este sería un buen bocado.

— Y se llama... repitió el joven viajero.

— Esperad, dijo Cauviñac, esperad... su nombre acaba en *olles*.

— ¡El señor de Canolles! exclamó el viajero, cuyos labios se cubrieron de una palidez mortal, lo que hacía resaltar de una manera siniestra lo negro de su máscara sobre la blancura de su piel.

— Ese mismo, el señor de Canolles, respondió Cauviñac siguiendo con los ojos sobre la parte visible del rostro y sobre el cuerpo del joven la revolución que en él se efectuaba. El señor de Canolles, habéis dicho bien. ¿Conocéis vos también al señor de Canolles? — ¡Caramba! ¿Vos conocéis á todo el mundo?

— Basta de bromas, dijo el joven, cuyos miembros trémulos mostraban que estaba próximo á desmayarse. ¿Dónde está esa señora?

— En aquel cuarto. Mirad, la tercera ventana contando desde esa que tiene las cortinas amarillas.

— Quiero verla, exclamó el viajero.

— ¡Ay, ay! ¿Me habré yo equivocado y seréis vos ese señor de Canolles á quien espera? Ó más bien, ¿no será el señor de Canolles aquel lindo caballero que viene allí, seguido de un lacayo, que me parece un señor fatuo?

El joven viajero se arrojó hacia el cristal delantero del carruaje con tanta precipitación, que le rompió con la frente.

— ¡ Él es ! exclamó, sin advertir siquiera que salían algunas gotas de sangre de una herida leve. ¡ Oh, desgraciada ! ¡ El viene ! ¡ Va á encontrarla ! Estoy perdida.

— ¡ Ah ! Bien veis que sois una mujer.

— Se habían citado, continuó el joven viajero torciéndose los brazos. ¡ Oh ! me vengaré.

Cauviñac quería soltar una nueva broma, pero el joven le hizo una seña imperiosa con la mano, mientras que con la otra arrancaba su careta ; y entonces se vió aparecer el pálido semblante de Nanon fulminando amenazas á los ojos tranquilos de Cauviñac.

XVIII

Amor y celos

— Buenos días, hermanita, dijo Cauviñac á Nanon, tendiéndole la mano con la más imperturbable flemma.

— Buenos días. Según eso, me habías conocido, ¿ no es cierto ?

— Desde el mismo instante en que te vi. No bastaba con haber ocultado tu rostro, era necesario cubrir también ese lindo lunar y esos dientecitos de perlas ; á lo menos, cuando quieras disfrazarte, coqueta, ponte una máscara entera ; pero sin duda no tienes presente el... *et fugit ad salices...*

— Basta, dijo imperiosamente Nanon ; hablemos con formalidad.

— Justamente no deseo otra cosa ; tan sólo hablando con formalidad es como se hacen los buenos negocios.

— ¿ Dices que está aquí la vizcondesa ?

— En persona.

— ¿ Y que el señor de Canolles entra en la posada en este momento ?

— Aun no : acaba de echar pie á tierra, y pone la brida en manos de su lacayo. ¡ Ah ! También le han visto de la otra parte. Mira cómo abren la ventana, y cómo asoma la cabeza de la vizcondesa. ¡ Oh ! ha dado un grito

— ¡ Él es ! exclamó, sin advertir siquiera que salían algunas gotas de sangre de una herida leve. ¡ Oh, desgraciada ! ¡ El viene ! ¡ Va á encontrarla ! Estoy perdida.

— ¡ Ah ! Bien veis que sois una mujer.

— Se habían citado, continuó el joven viajero torciéndose los brazos. ¡ Oh ! me vengaré.

Cauviñac quería soltar una nueva broma, pero el joven le hizo una seña imperiosa con la mano, mientras que con la otra arrancaba su careta ; y entonces se vió aparecer el pálido semblante de Nanon fulminando amenazas á los ojos tranquilos de Cauviñac.

XVIII

Amor y celos

— Buenos días, hermanita, dijo Cauviñac á Nanon, tendiéndole la mano con la más imperturbable flemma.

— Buenos días. Según eso, me habías conocido, ¿ no es cierto ?

— Desde el mismo instante en que te vi. No bastaba con haber ocultado tu rostro, era necesario cubrir también ese lindo lunar y esos dientecitos de perlas ; á lo menos, cuando quieras disfrazarte, coqueta, ponte una máscara entera ; pero sin duda no tienes presente el... *et fugit ad salices...*

— Basta, dijo imperiosamente Nanon ; hablemos con formalidad.

— Justamente no deseo otra cosa ; tan sólo hablando con formalidad es como se hacen los buenos negocios.

— ¿ Dices que está aquí la vizcondesa ?

— En persona.

— ¿ Y que el señor de Canolles entra en la posada en este momento ?

— Aun no : acaba de echar pie á tierra, y pone la brida en manos de su lacayo. ¡ Ah ! También le han visto de la otra parte. Mira cómo abren la ventana, y cómo asoma la cabeza de la vizcondesa. ¡ Oh ! ha dado un grito

de alegría. El señor de Canolles entra precipitadamente en la posada. ¡Escóndete, hermanita, ó lo perdemos todo!

Nanon se retiró hacia atrás, apretando convulsivamente la mano de Cauviñac, que la miraba con ojos de compasión paternal.

— ¡Y yo que iba á reunirme con él en París! exclamó Nanon. ¡Yo que todo lo aventuraba por volverle á ver!

— ¡Ah! ¡Todavía tantos sacrificios por un ingrato, hermanita! En verdad que podieras emplear algo mejor tus beneficios.

— ¿Qué irán á decirse ahora que ya están reunidos? ¿Qué irán á hacer?

— Á la verdad, querida Nanon, que me pones en grande apuro al hacerme esas preguntas, repuso Cauviñac. Van... ¡pardiez!... van á amarse mucho, supongo.

— ¡Oh! No será, exclamó Nanon mordiéndose con rabia las uñas, tersas como el marfil.

— Yo creo, por el contrario, que sí será, dijo Cauviñac. Ferguzón, que tiene orden de no dejar salir á nadie, no ha recibido la de impedir la entrada. En este momento, según toda probabilidad, la vizcondesa y Canolles se hacen mutuamente los más deliciosos mimos. ¡Votabali! Mi querida Nanon, has acordado muy tarde.

— ¡Lo crees así! repuso la joven con una indefinible expresión de profunda ironía y refinado rencor. ¡Lo crees así! Bien, bien; sube aquí conmigo. ¡Pobre diplomático!

Cauviñac obedeció.

— Acá, Beltrán, continuó Nanon dirigiéndose á uno de los mosqueteros; decid al cochero que vuelva sin afectación, y que vaya á internarse en aquel sotillo que hemos dejado á la derecha al entrar en la aldea.

Después, volviéndose á Cauviñac, le dijo:

— ¿No estaremos bien allí para hablar?

— Perfectamente. Mas permíteme á mi vez que tome mis precauciones.

— Toma las que quieras.

Cauviñac indicó que le siguiesen á cuatro de sus hombres que paseaban alrededor de la posada, esponjándose como abisperones al sol.

— Haces muy bien en traer esos hombres, dijo Nanon. Y si me quieres creer, trae mejor seis que no cuatro; tal vez tendremos tarea que cortarles.

— Bueno, dijo Cauviñac, tarea; eso es lo que me hace falta.

— Entonces, quedarás satisfecho, repuso la joven.

La silla giró, conduciendo á Nanon, sonrojada por el fuego de su pensamiento, y á Cauviñac, tranquilo y frío en apariencia, pero no menos dispuesto á prestar una profunda atención á las proposiciones que le hiciese su hermana.

Durante este tiempo, Canolles, atraído por el grito de gozo que habia dado al verle la vizcondesa, se habia lanzado en la posada y habia entrado en el aposento de la señora de Cambes, sin fijar su atención en Ferguzón, á quien viera de pie en el corredor; pero no habiendo recibido ninguna consigna relativa al barón, no se habia opuesto á su entrada.

— ¡Ah! caballero! exclamó la vizcondesa al verle. Venid pronto, venid, pues os estaba esperando con demasiada impaciencia.

— Palabras son esas que me harían el hombre más feliz del mundo, señora, si vuestra palidez y vuestra turbación no me dijese claramente que no esperáis sólo por mí.

— Sí, tenéis razón, repuso Clara con una hechicera sonrisa: quiero deberos una obligación más.

— ¿Cuál?

— La de librarme de no sé qué peligro que me amenaza.

— ¿Un peligro?

— Sí. Escuchad.

Clara se fué á la puerta y corrió el cerrojo.

— Me han conocido, dijo volviendo.

— ¿Quién?

— Un hombre, cuyo nombre ignoro, pero cuya fisonomía y voz no me son del todo desconocidas. Me parece que oí su voz la noche que en esta misma sala recibisteis la orden de partir en seguida para Mantes, y pienso que le he visto en la caza de Chantilly el día que ocupé el puesto de la señora de Condé.

— ¿Y quién creéis que puede ser ese hombre?

— Creo que ha de ser agente del duque de Epernon, y por consiguiente un enemigo.

— ¡Diablos! prorrumpió Canolles. ¿Y decís que os ha conocido?...

— No me queda la menor duda; me ha llamado por mi nombre, sosteniendo solamente que yo era hombre. Todas estas cercanías están llenas de oficiales del partido real: se sabe que soy del de los príncipes, y tal vez se trata de inquietarme; pero ya estáis aquí y á nadie temo. Vos sois oficial también, y del mismo partido que ellos, y así me serviréis de salvaguardia.

— ¡Ay! dijo el barón, mucho siento no poderos ofrecer otra defensa ni otra protección que la de mi espada.

— ¿Cómo?

— Desde este momento, señora, no estoy al servicio del rey.

— ¿De veras? exclamó Clara en el colmo su alegría.

— Me había propuesto enviar mi dimisión, fechada en el lugar que os encontrase. Os he encontrado, señora, y mi dimisión se fechará en Jaulnay.

— ¡Oh, libre, libre! ¡Sois libre! Podéis abrazar el partido de la lealtad y de la justicia, podéis adheriros á la causa de los príncipes, es decir, á la de toda la nobleza. ¡Oh! ¡Bien sabía yo que erais muy digno caballero para no comportaros así!

Y Clara tendió á Canolles una mano, que él besó con arrobamiento.

— ¿Y cómo ha sido eso, cómo ha pasado? Referidme vuestro suceso con todos sus detalles.

— ¡Oh! no seré muy extenso. Anticipadamente escribí al señor de Mazarino, avisándole lo que había ocurrido; al llegar á Mantes recibí una orden de presentarme á él: me llamó cabecilla infeliz, y yo le llamé poco seso: se echó á reír, me enfadé: alzó la voz, le envié á pasear, y me volví á mi casa. Esperé que tuviese á bien hacerme llevar á la Bastilla, y él espero que una buena reflexión me hiciese salir de Mantes. Á las veinte y cuatro horas tuve ese buen pensamiento, debido á vos; porque recordé lo que me habiais ofrecido, y juzgué que podriais esperarame, aunque no fuese más de un segundo. Entonces, respirando el aire libre, descargado de toda responsabilidad, de todo deber, sin partido, sin compromiso y casi sin preferencia, sólo me acordé de una cosa, y era que os amaba, señora, y que podía ya deciroslo en alta voz y con toda osadía.

— ¡Es decir que habéis perdido por mí vuestro empleo, que por mí habéis caído en desgracia, y que por mí estáis arruinado! ¡Querido Canolles! ¿Cómo os podré

pagar jamás tantas obligaciones, cómo os probaré mi gratitud?

Y con una sonrisa y una lagrima, que le devolvía cien veces más de lo que había perdido, la señora de Cambes hizo caer á sus pies á Canolles.

— ¡Ah, señora! la dijo. Desde este momento, por el contrario, soy rico y feliz; porque voy á seguiros, porque jamás me separaré de vos; porque mi dicha está en vuestros ojos y en vuestro amor mi riqueza.

— ¿Nada os detiene ya?

— Nada.

— Me pertenecéis todo entero. Y quedándome con vuestro corazón, ¿puedo ofrecer á la princesa vuestro brazo?

— Sí.

— ¿Habéis enviado ya vuestra dimisión?

— Todavía no. Quería primero volveros á ver; pero como os he dicho, ahora que os veo, voy á escribirla aquí en este mismo instante.

— ¡Escribid, pues; escribid antes de nada! Si no lo hacéis, seréis considerado como un tráfuga; también es preciso que esperéis, antes de dar ningún paso decisivo, á que sea aceptada esa dimisión.

— No temáis nada, queridita diplomática, me la concederán de buena voluntad; mi torpeza de Chantilly no les deja ningún sentimiento. ¿No me han dicho, anadió Canolles riendo, que soy una cabecilla infeliz?

— Sí; pero nosotros reformaremos esa opinión; perded cuidado. Vuestro asunto de Chantilly tendrá mejor éxito en Burdeos que lo ha tenido en París, creedme. — Pero escribid, Canolles, escribid pronto, á fin de que podamos; porque os lo confieso, barón, mi estancia en esta posada no me tranquiliza.

— ¿Hablaís de lo pasado? ¿Son recuerdos los que os espantan? dijo Canolles tendiendo dulcemente la vista á su alrededor, y fijándola en la alcoba de dos camas, que ya más de una vez había atraído sus miradas.

— No; hablo del presente. Mis terrores nada tienen de común con vos. Hoy no es á vos á quien temo.

— ¿Pues á quién teméis? ¿Qué tenéis que temer?

— ¡Eh!; Dios mío, quién sabe!

En este momento, como para justificar los temores de Clara, resonaron á la puerta tres golpes, dados con una solemne gravedad.

El barón y la vizcondesa quedaron en silencio, mirándose con inquietud y queriéndose interrogar el uno al otro.

— ¡En nombre del rey, dijo una voz, abrid!

Y súbitamente la frágil puerta se hizo astillas. Canolles quiso acudir á su espada, pero ya un hombre se había interpuesto entre su espada y él.

— ¿Qué quiere decir esto?... dijo el barón.

— Vos sois el señor de Canolles, ¿no es cierto?

— El mismo.

— ¿Capitán del regimiento de Navalles?

— Sí.

— ¿Enviado con una misión del señor duque de Epernon?

Canolles hizo un signo afirmativo con la cabeza.

— Entonces, en nombre del rey y de S. M. la reina regente, yo os arresto.

— ¿Vuestra orden?

— Vedla aquí.

— Pero, señor, dijo el barón devolviendo el papel, después de haber tendido sobre él una rápida ojeada; me parece que os conozco.

— ¡Pardiez, vaya sí me conocéis! ¿No es esta misma aldea en que ahora os arresto, donde os traje de parte del señor duque de Eperón la comisión de partir para la corte? Vuestra fortuna dependía de aquella comisión, caballero mío; habéis errado el golpe, tanto peor para vos.

Clara palideció y cayó desolada sobre una silla; por su parte había reconocido al indiscreto preguntón.

— Mazarino se venga, murmuró Canolles.

— Vamos, caballero, partamos, dijo Cauviñac.

Clara permanecía inmóvil. Canolles, indeciso, parecía próximo á volverse loco. Su desgracia era tan grande, tan grave, tan inesperada, que se sentía abrumado con su peso; con todo, inclinó la cabeza y se resignó.

Por otra parte, en aquella época las palabras « en nombre del rey, » conservaban aun toda su magia, y nadie probaba á resistirse á ellas.

— ¿Adónde me lleváis? dijo; ¿ó se os ha prohibido hasta darme el consuelo de saber adónde voy?

— No, señor, y voy á decíroslo: os llevamos á la fortaleza de la isla de San Jorge.

— ¡Adiós, señora! dijo Canolles inclinándose respetuosamente ante la vizcondesa de Cambes. ¡Adiós!

— Vamos, vamos, dijo para sí Cauviñac; no están las cosas tan adelantadas como yo creía. Se lo diré á Nanon, y esto la tranquilizará.

Después, dirigiéndose al umbral de la puerta, gritó:

— Cuatro hombres para escoltar al capitán, y otros cuatro de avanzada.

— Y yo, exclamó la señora de Cambes extendiendo los brazos hacia el prisionero. Á mí, ¿adónde se me lleva? porque si el barón es culpable, ¡oh! yo lo soy mucho más que él.

— Vos, señora, respondió Cauviñac, podéis retiraros; sois libre.

Y salió conduciendo al barón.

La vizcondesa se levantó reanimada por un rayo de esperanza, y preparó todo lo necesario para su partida, á fin de que no hubiese ocasión de sustituir estas buenas disposiciones por otras órdenes contrarias.

— Libre, dijo; libre podré velar por él. Partamos.

Y abalanzándose á la ventana, vió partir la cabalgata que conducía al barón; cambió con él un último adiós, y llamando á Pompeyo, que con la esperanza de una parada de dos ó tres dias, se había ya aposentado en la mejor habitación que pudo encontrar, le dió orden de disponerlo todo para la marcha.



UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA, MEDIANE DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

remordimientos invadían más profundamente su corazón.

Conocía que su encargo, relativo á la princesa, era una misión de confianza que él había sacrificado á sus amores, y que el resultado de la falta cometida por él en esta ocasión era terrible. La señora de Condé, en Chantilly, no era más que una mujer fugitiva; en Burdeos era una princesa rebelde.

Temía, porque sabía por tradición las sombrías venganzas de una Ana de Austria colérica.

Otro remordimiento más lento, pero tal vez más punzante que el primero, le acosaba. Había en el mundo una mujer joven, hermosa, espiritual; una mujer que se había valido de su influencia para elevarle, que no se había servido de su crédito más que para protegerle; una mujer que por él había aventurado veinte veces su posición, su porvenir, su fortuna; y esta mujer, no sólo la más hechicera de las queridas, sino también la más decidida amiga, había sido abandonada sin motivo por él, en el momento en que ella pensaba en él, y que en vez de venganza le había dispensado nuevos favores. Así es que su nombre, en lugar de presentarse á su imaginación con el acento de la reconvencción, había resonado en su oído con la balagueña dulzura de un favor casi real. Es cierto que este favor había llegado en mala ocasión, en una ocasión en que, de seguro, habría preferido una desgracia; pero; esta era falta de Nanon? Nanon no había visto en este cometido cerca de S. M. otra cosa que un engrandecimiento de fortuna y consideración para el hombre en quien incesantemente pensaba.

Canolles entraba en sí mismo con ingenuidad, y no con la mala fé de los acusados, á quienes se obliga hacer una confesión general. ¿Qué le había hecho Nanon para que él la abandonase? ¿Qué había en la señora de Cam-

XIX

El prisionero

Fué el camino para Canolles más triste aun de lo que esperaba. En efecto, al caballo que concede al preso mejor guardado una falsa apariencia de libertad, le había reemplazado el coche, diabólica falda de acero, cuya forma se ha conservado en Turéna: además de esto el barón llevaba las piernas atadas á las de un hombre de nariz aguileña, cuya mano se apoyaba con cierta especie de amor propio en la culata de una pistola de hierro. Algunas veces durante la noche, porque dormía de día, esperaba sorprender la vigilancia del nuevo Argos; pero á los lados de la nariz de águila brillaban dos grandes ojos de buho, redondos, relumbrantes y del todo á propósito para las observaciones nocturnas; de modo que adondequiera que dirigía la vista el barón, veía siempre aquellos dos ojos redondos lucir en la dirección de su mirada.

Mientras que él dormía, lo hacía también uno de aquellos ojos; siendo una facultad que la naturaleza había concedido á aquel hombre, la de dormir con un solo ojo.

Dos días y dos noches pasó Canolles en tristes reflexiones; porque la fortaleza de la isla de San Jorge, poco dañina por otra parte, adquiría á los ojos del prisionero proporciones espantosas, á medida que el temor y los

bes para que la siguiese? ¿Qué tenía, pues, de magnífico y deseable el caballerito de la posada del Becerro de Oro? ¿La señora de Cambes llevaba alguna ventaja que la hiciese triunfar de Nanon? ¿Tanto aventajan unos cabellos rubios á unos negros, que obliguen á ser perjuro é ingrato á un hombre, y á más hacerle traidor y desleal á su rey, sólo con el fin de cambiar aquellas trenzas negras por otras rubias? Y no obstante, ¿oh miseria de la organización humana! el barón hacia todas estas reflexiones llenas de sentido, como se vé, pero no se persuadía.

El corazón encierra multitud de misterios, parecidos á estos que constituyen la felicidad de los amantes y la desesperación de los filósofos.

Esto no impedía al barón reconvenirse á sí mismo y acusarse en alto grado.

— Voy á ser castigado, decía para sí, pensando que el castigo destruye la falta; voy á ser castigado, ¿tanto mejor! ¡Allá abajo abrá algún buen capitán áspero, insolente, brutal, que me leerá, con la importancia de carcelero jefe, una orden de Mazarino; me indicará con el dedo el fondo de un subterráneo, y me mandará á que me pudra á quince pies debajo de tierra, en compañía de las ratas y los sapos, cuando habria podido vivir al aire libre, florecer al sol en los brazos de una mujer que me amaba, y á quien he amado y á quien tal vez amo aún!

« ¡Maldito vizconde, bah! ¿Por qué encubrias á una vizcondesa tan linda?

» ¡Si, muy linda! ¿Pero hay en el mundo una vizcondesa que valga lo que esa me vá á costar?

» Porque no estriba todo en el gobernador, y el calabozo á quince pies debajo de tierra. Si se me cree trai-

dor, no dejarán las cosas á medio aclarar: se me averiguará la vida sobre mi estancia en Chantilly, que á la verdad, no pagaria lo suficiente si hubiese sacado más partido; pero que sólo me ha producido tres besos en la mano, ni más ni menos. ¡Bruto de mí, que teniendo la fuerza en mi mano y pudiendo abusar no he usado de ella! ¡Cabecilla infeliz, como dice Mazarino, que siendo traidor no me hago pagar mi traición?

» ¿Y quién me la pagará ahora? »

Y Canolles se encogió de hombros, respondiendo con desprecio á su propio pensamiento.

El hombre de los ojos redondos, que por mucho que viese no podía comprender nada de aquella pantomima, le miraba asombrado.

« Si se me pregunta, continuó el barón, no responderé, porque á la verdad, ¿qué voy á responder? — ¿Qué no quería al señor de Mazarino? — Entonces no debia haberle servido. — ¿Que amaba á la señora de Cambes? — ¡Esta no es una razón para una reina y un primer ministro! No responderé nada. Pero los jueces son personas muy susceptibles, y cuando preguntan quieren que se les conteste, y además hay tormentos brutales en las cárceles de provincia; me romperán estas piernecitas que tanto me envanecian, y se me enviará de nuevo dislocado á hacer compañía á mis ratas y mis sapos. Quedaré zambo para toda mi vida, como el príncipe de Conti... tan feo... y esto suponiendo que me cubra con sus alas la clemencia de S. M., lo que no hará. »

Además del gobernador, las ratas, los sapos y los tormentos, habia también patibulos en que se decapitaba á los rebeldes, vigas donde se colgaban los traidores, y ciertas plazas de armas para fusilar á los desertores. Pero

todo esto no era nada para un buen mozo como Canolles, en comparación á llevar las piernas zambas.

Resolvióse, pues, á hacer de tripas corazón y á preguntar á su compañero de viaje acerca de esto.

Los ojos redondos, la nariz de águila y el gesto encajotado de aquel personaje, no animaban mucho al prisionero para entablar un diálogo. Sin embargo, como por muy antipática que sea su fisonomía, es imposible que deje de haber algún momento en que no se desvanezca algún tanto su ceño, Canolles aprovechó un segundo en que un mohín parecido á una sonrisa, apareció en el semblante del oficial subalterno que le hacía la guardia de un modo tan exacto, y le dijo:

— ¿Caballero?

— Caballero... repuso el subalterno.

— Dispensad si interrumpo vuestras reflexiones.

— No hay de qué, caballero; yo no reflexiono nunca.

— ¡ Ah, diablos, pues estáis dotado de una feliz organización!

— Si: no tengo de qué quejarme.

— No me pasa eso á mí; pues tengo mucho en qué pensar.

— ¿ Por qué, caballero?

— Porque se me arrebató así, en el momento en que menos lo pensaba, para conducirme no sé dónde.

— Si, lo sabéis, caballero, porque se os ha dicho.

— Es verdad. Vamos á San Jorge, ¿ no es así?

— Ciertamente.

— ¿ Creéis que estaré allí mucho tiempo?

— No sé, caballero; más según me habéis sido recomendado, creo que sí.

— ¡ Ah! ¿ Y es muy fea la isla de San Jorge?

— ¿ No conocéis la fortaleza?

— Por dentro, no: jamás he penetrado en ella.

— Pues no es muy hermosa, no: fuera de las habitaciones del gobernador, que acaban de reedificar, y que son muy alegres, á lo que parece, lo demás del edificio es una estancia bastante triste.

— Bien. — ¿ Y pensáis que se me interroga?

— Esa es la costumbre.

— ¿ Y si no respondo?

— ¿ Si no respondéis?

— Sí.

— ¡ Diablos! En ese caso, ya sabéis que hay el tormento.

— ¿ El ordinario?

— Ordinario ó extraordinario; eso es según la acusación... ¿ De qué se os acusa, caballero?

— Berceño, dijo el barón, que de crimen de Estado.

— ¡ Ah! en ese caso gozaréis del tormento extraordinario... Diez pucheros.....

— ¿ Cómo diez pucheros?

— Sí.

— ¿ Que queréis decir?

— Digo que os darán diez azumbres de agua caliente.

— ¿ Está el agua vigente en la isla de San Jorge?

— ¡ Oh, yo lo creo! Sobre el Garona, ya veis!

— Tenéis razón; como está á la mano... ¿ Y cuántos cántaros hacen diez azumbres?

— Tres cántaros, ó tres y medio.

— Me hincharé.

— Un poco. Pero si tenéis la precaución de aveniros con el carcelero.....

— ¿ Y bien?

— Todo podréis componerlo.

— ¿Y en qué consiste, si queréis decírmelo, el servicio que puede prestarme el carcelero?

— Puede hacerlos beber aceite.

— ¿Y el aceite es un específico?

— ¡Soberbio! caballero.

— ¿Lo creéis así?

— Hablo por experiencia.

— ¡Como! ¿Vos habéis bebido?

— No. Quiero decir que he visto beberlo; que viene á ser lo mismo, con corta diferencia.

— Tenéis razón, dijo el barón, no pudiendo menos de sonreír á pesar de lo grave de la conversación. Conque decid que habéis visto....

— Sí, señor: he visto á un hombre beberse las diez azumbres con una gran facilidad, merced al aceite, que había preparado convenientemente las vías. Es verdad que se hinchó, como es costumbre; pero con un buen fuego, se le hizo deshinchar sin graves averías. Esto es lo esencial de la segunda parte de la operación. Retened bien estas dos palabras: calentar sin quemar.

— Comprendo, dijo el barón. ¿Habéis sido tal vez ejecutor de altas obras?

— ¡No, señor! replicó su interlocutor con una modestia llena de urbanidad.

— ¿Ayudante, quizás?

— No, señor; aficionado, nada más.

— ¡Ah, ya! Y el señor aficionado se llama....

— Barrabás.

— Hermoso nombre, nombre antiguo, ventajosamente conocido en las Escrituras.

— En la Pasión, caballero.

— Eso es lo que quise decir; pero le usado por costumbre de otra locución.

— ¡Hola! preferís las Escrituras; ¿según eso sois hugonote?

— Sí; aunque hugonote, demasiado ignorante... ¿Creeís que apenas sé tres mil versículos de los salmos?

— En efecto, es bien poco.

— La música se me pegaba más... Muchos de mi familia han sido ahorcados y quemados.

— Yo espero que tal suerte no estará reservada para vos.

— No sé, porque hoy se tolera mucho más. Á todo tirar, me sumergirán en el río.

Barrabás soltó á reír.

El corazón del barón se estremeció de alegría, pues había conquistado á su guarda.

En efecto, si su carcelero interino llegaba á serlo permanentemente, tenía ya todas las probabilidades de obtener el aceite; así, pues, resolvió seguir la conversación desde el punto en que había quedado.

— Señor Barrabás, dijo, ¿y estamos destinados á separarnos pronto, ó tendré el honor de continuar gozando vuestra compañía?

— No, señor. En llegando á la isla de San Jorge tendré el gran pesar de dejaros, pues tengo precisión de volver á mi compañía.

— ¡Hola, bien! ¿Perteneceís á una compañía de arqueros!

— No, señor; á una compañía de soldados.

— ¿Alzada por el ministro?

— No, señor; por el capitán Cauviñac, aquel mismo que tuvo el honor de arrestaros.

— ¿Y servís al rey?

— Me parece que sí.

— ¿Qué diablos decís? ¿Pues qué no estáis seguro?

— ¿Quién tiene seguridad de nada en este mundo?
 — Entonces, si dudáis, deberíais para fijar vuestra suerte hacer una cosa.

— ¿Cuál?

— Dejarme marchar.

— No puede ser.

— Os advierto que pagaré cumplidamente vuestra complacencia.

— ¿Con qué?

— ¡Con dinero, pardiez!

— No lo tenéis.

— ¿Cómo que no lo tengo?

— ¡Sacadlo á ver.

Canolles registró vivamente sus bolsillos.

— En efecto, dijo, ha desaparecido mi bolsa. ¿Quién me la ha cogido?

— Yo, señor, respondió Barrabás saludándole respetuosamente.

— ¿Y con qué objeto?

— Con el de que no pudieseis corromperme.

Canolles, estupefacto, miró al digno ministro con admiración, y habiéndole parecido incontestable el argumento, no replicó ni una palabra.

De aquí resultó que habiendo recaído los viajeros en su primitivo silencio, siguió la marcha hacia su fin, con el mismo aspecto triste que había empezado.

La isla de San Jorge

Ya empezaba á rayar el alba cuando el carromato llegó á la aldea más próxima á la isla á que se dirigían. Al sentir Canolles detenerse el carruaje, asomó su cabeza por la pequeña tronera, portillo destinado á abastecer de aire á las personas libres, y enteramente cómodo para interceptarlo á los presos.

Una linda aldea, compuesta de un centenar de casas agrupadas alrededor de una iglesia en la pendiente de una colina y dominada por un castillo, se dibujaba envuelta en el ambiente de la mañana, y dorada por los rayos del sol naciente, que hacían dispersarse los copos de vapor parecidos á flotantes gasas.

En este momento el carricoche subía una cuesta; y el cochero, habiendo bajado del pescante, caminaba delante de él.

— Buen amigo, dijo Canolles, ¿sois de este país?

— Sí, señor; soy de Liburnio.

— Siendo así, deberéis conocer esta aldea. ¿Qué casa es aquella blanca? ¿Qué cabañas son aquellas tan bonitas?

— Caballero, respondió el cochero, ese castillo es del

— ¿Quién tiene seguridad de nada en este mundo?
 — Entonces, si dudáis, deberíais para fijar vuestra suerte hacer una cosa.

— ¿Cuál?

— Dejarme marchar.

— No puede ser.

— Os advierto que pagaré cumplidamente vuestra complacencia.

— ¿Con qué?

— ¡Con dinero, pardiez!

— No lo tenéis.

— ¿Cómo que no lo tengo?

— ¡Sacadlo á ver.

Canolles registró vivamente sus bolsillos.

— En efecto, dijo, ha desaparecido mi bolsa. ¿Quién me la ha cogido?

— Yo, señor, respondió Barrabás saludándole respetuosamente.

— ¿Y con qué objeto?

— Con el de que no pudieseis corromperme.

Canolles, estupefacto, miró al digno ministro con admiración, y habiéndole parecido incontestable el argumento, no replicó ni una palabra.

De aquí resultó que habiendo recaído los viajeros en su primitivo silencio, siguió la marcha hacia su fin, con el mismo aspecto triste que había empezado.

La isla de San Jorge

Ya empezaba á rayar el alba cuando el carromato llegó á la aldea más próxima á la isla á que se dirigían. Al sentir Canolles detenerse el carruaje, asomó su cabeza por la pequeña tronera, portillo destinado á abastecer de aire á las personas libres, y enteramente cómodo para interceptarlo á los presos.

Una linda aldea, compuesta de un centenar de casas agrupadas alrededor de una iglesia en la pendiente de una colina y dominada por un castillo, se dibujaba envuelta en el ambiente de la mañana, y dorada por los rayos del sol naciente; que hacían dispersarse los copos de vapor parecidos á flotantes gasas.

En este momento el carricoche subía una cuesta; y el cochero, habiendo bajado del pescante, caminaba delante de él.

— Buen amigo, dijo Canolles, ¿sois de este país?

— Sí, señor; soy de Liburnio.

— Siendo así, deberéis conocer esta aldea. ¿Qué casa es aquella blanca? ¿Qué cabañas son aquellas tan boninitas?

— Caballero, respondió el cochero, ese castillo es del

señorío de Cambes, y la aldea forma una de sus dependencias.

El barón se estremeció, y pasó en un instante del rojo más subido á una palidez casi mortal.

— ¿Qué os ha pasado, caballero? dijo Barrabás, cuyos redondos ojos todo lo percibían; ¿os habréis herido por casualidad con el postigo?

— No... gracias.

Después, interrogando al paisano, dijo:

— ¿Á quién pertenece esa posesión?

— Á la vizcondesa de Cambes.

— ¿Una joven viuda?

— Muy bella y muy rica.

— Y por consiguiente muy solicitada.

— Sin duda. Á una mujer hermosa y con buen dote, nunca le faltan pretendientes.

— ¿Buena reputación?

— Sí; pero rabiosamente decidida por los príncipes.

— En efecto, me parece haberlo oído decir.

— Un diablo, caballero, un verdadero diablo.

— ¡Un ángel! murmuró Canolles, que no podía acordarse de Clara sin que á su memoria acompañasen transportes de admiración: ¡un ángel! — En seguida volvió á preguntar:

— ¿Y habita aquí algunas veces?

— Muy pocas; pero ha vivido aquí mucho tiempo. Su marido la dejó ahí, y todo el tiempo que permaneció fué la bendición de estos contornos. Ahora, según dicen, parece que está con los príncipes.

Después de habersubido el carruaje, estaba ya próximo á bajar, y el conductor hizo una seña con la mano, como solicitando el permiso para recobrar su asiento. El barón, que temía dar que sospechar si continuaba su

interrogatorio, ocultó su cabeza en el carrutón, y el pesado carruaje marchó al mediano trote, que era su paso más precipitado.

Al cabo de un cuarto de hora, durante el cual había permanecido Canolles sumergido en las reflexiones más sombrías, el carrutón hizo alto.

— ¿Nos detenemos aquí á almorzar? preguntó Canolles.

— No, señor, que paramos del todo, porque ya hemos llegado. Ved ahí la isla de San Jorge; sólo nos falta que atravesar el río.

— Es verdad, murmuró Canolles. ¡Tan cerca y tan lejos!

— Caballero, nos salen al encuentro, dijo Barrabás. Tened la bondad de bajar pronto.

El segundo guardia de Canolles, que iba en el pescante al lado del cochero, echó pie á tierra y abrió la portezuela, que estaba asegurada con cerradura, y cuya llave tenía él.

Canolles apartó los ojos del castillejo blanco, que no había perdido de vista, y los fijó en la fortaleza que debía ser su morada. Lo primero que vió fué á la parte opuesta de un brazo de río bastante rápido, una barca, y junto á ella una guardia de ocho hombres y un sargento.

Mas allá de esta guardia empezaban las obras de la ciudadela.

— Bueno, dijo el barón; se me esperaba, y se han tomado precauciones... ¿Son esos mis nuevos guardias? preguntó en voz alta á Barrabás.

— Quisiera poder responderos con exactitud, caballero, dijo Barrabás; pero en verdad, no lo sé.

En aquel momento, después de haber dado una señal, que fué repetida por el centinela apostado en la puerta

del fuerte, los ocho soldados y el sargento entraron en la barca, cruzaron el Garona y echaron pie á tierra en el momento mismo de saltar Canolles del estribo.

En seguida el sargento, al ver á un oficial, se acercó y le saludó militarmente.

— ¿Tengo el honor de hablar al señor barón de Canolles, capitán del regimiento de Navalles? dijo el sargento.

— Al mismo, contestó el barón, admirado de la figura de aquel hombre.

El sargento se volvió en seguida hacia su tropa, mandó echar armas al hombro, y mostró al barón la barca con la punta de su pica. Canolles se colocó allí entre sus dos guardas: los ocho soldados y el sargento entraron detrás de él, y la barca se alejó de la ribera, mientras que el barón dirigía su última mirada hacia Cambes, que iba á desaparecer detrás de una proeminencia del terreno.

Casi toda la isla estaba cubierta de escarpas, contraescarpas y baluartes, y un fuertecito en bastante buen estado dominaba el conjunto de todas estas obras. Penetraban en él por una puerta arqueada, ante la cual se paseaba el centinela á lo ancho.

— ¿Quién vive? gritó éste.

La tropa hizo alto, el sargento se destacó de ella, avanzó hacia el centinela, y le dijo algunas palabras.

— ¡Á las armas, gritó el centinela!

Al punto unos veinte hombres de que se componía el puesto salieron del cuerpo de guardia, y acudiendo apresuradamente se alinearon delante de la puerta.

— Venid, señor, dijo el sargento á Canolles.

El tambor batió marcha.

— ¿Qué significa esto? dijo el barón para sí.

Y avanzó hacia el fuerte, sin comprender absolutamente

nada de cuanto pasaba; porque todos aquellos preparativos más parecían honores militares rendidos á un superior, que no precauciones que se tomaban contra un prisionero.

No era esto todo. Canolles no se había apercibido de que en el momento de bajar del carruaje se había abierto una de las ventanas de las habitaciones del gobernador, y que un oficial había observado atentamente desde allí los movimientos del batel y el recibimiento que se hiciera al prisionero y á sus dos esbirros.

Luego que este oficial vió que Canolles había puesto el pie en la isla, bajó rápidamente y le salió al encuentro.

— ¡Ah! dijo Canolles al verle; ya tenemos aquí al comandante de la plaza, que viene á reconocermé.

— En efecto, caballero, dijo Barrabás; me parece que no se os quiere dejar que os fastidiéis como á otras personas, que se les hace esperar ocho días enteros en un vestibulo, y que se os tomará asiento desde luego.

— Tanto mejor, dijo el barón.

Durante este tiempo llegó el oficial. Canolles tomó la actitud altiva y digna de un hombre perseguido.

A pocos pasos del barón, el oficial se descubrió.

— ¿Es el señor barón de Canolles á quien tengo la honra de hablar? preguntó.

— Caballero, respondió el preso, vuestras atenciones me confunden. Si, yo soy el barón de Canolles; pero tratadme, os ruego, con la cortesía de un oficial hacia otro oficial, y alojadme lo menos mal posible.

— Señor, repuso el oficial, la habitación que se os destina es enteramente especial; pero, previendo vuestros deseos, se han hecho las mejoras posibles.....

— ¿Y á quién debo agradecer esas atenciones? dijo Canolles sonriendo.

— Al rey, caballero, que hace bien todo cuanto hace.

— Sin duda, caballero, sin duda. Guardeme Dios de calumniar al rey, especialmente en esta ocasión; pero no obstante, me agradaría obtener ciertos pormenores.

— Si lo ordenáis, señor, estoy á vuestra disposición; pero me tomaré la libertad de haceros observar que la guarnición espera para reconoceros.

— ¡Llévete el diablo! murmuró Canolles; una guarnición entera para reconocer un preso que se encierra: muchas atenciones son estas, me parece. — Después dijo: — Yo soy quien está á vuestras órdenes, caballero, y dispuesto á seguiros adonde tengáis á bien conducirme.

— Permitidme, pues, dijo el oficial, que os preceda para haceros los honores.

El barón le siguió, felicitándose á solas por haber caído en manos de un hombre tan cortés.

Barrabás se acercó á él y le dijo al oído:

— Me parece que os salvaréis con la cuestión ordinaria: cuatro azumbres y nada más.

— Tanto mejor, repuso Canolles; así me hincharé la mitad menos.

Al llegar á la plaza de la ciudadela encontró el barón una parte de la guarnición sobre las armas. Entonces el oficial que le conducía sacó la espada y se inclinó ante él.

— ¡Cuántos cumplidos, Dios mío! murmuró Canolles.

En el mismo instante redobló un tambor bajo la bóveda inmediata. Canolles se volvió, y vió que salía de dicha bóveda una segunda fila de soldados y que se colocaba detrás de la primera.

En este momento, el oficial presentó dos llaves á Canolles.

— ¿Qué es esto? preguntó el barón. ¿Qué hacéis?

— Cumplimos con el ceremonial de costumbre, según las rigurosas leyes de la etiqueta.

— ¿Pero quién creéis que soy? preguntó el barón en el colmo de su admiración.

— Me parece que sois el señor barón de Canolles.

— ¿Qué más?

— Gobernador de la isla de San Jorge.

Faltó poco para que Canolles pasmado diese con su cuerpo en tierra.

— Dentro de un instante, continuó el oficial, tendré el honor de entregar al señor gobernador las instrucciones que he recibido esta mañana, junto con una carta que me anunciaba vuestra llegada.

Canolles miró á Barrabás, cuyos redondos ojos estaban fijos en él con una expresión de espanto, imposible de traducir.

— ¿Conque, balbuceó Canolles, soy gobernador de la isla de San Jorge?

— Así es, respondió el oficial, y S. M. nos hace muy dichosos con tal elección.

— ¿Estáis seguro de que no hay error? preguntó el barón.

— Caballero, tened la bondad de seguirme á vuestros aposentos, y allí encontraréis vuestros títulos.

Canolles, absorto con tal acontecimiento, que distaba tanto de parecerse al que esperaba, echó á andar sin decir una sola palabra, siguiendo al oficial que le mostraba el camino, entre los tambores que empezaban de nuevo á batir marcha, los soldados que presentaban las armas y todos los habitantes de la fortaleza que hacían resonar el aire con las aclamaciones. El barón, pálido y

palpitante, saludaba á derecha é izquierda, sin poder darse cuenta de lo que pasaba.

Llegó, en fin, á un salón bastante elegante, y observó desde luego que por sus ventanas podía ver el castillo de Cambes; leyó sus instrucciones, escritas en buena forma, firmadas por la reina y refrendadas por el duque de Eperón.

A vista de esto, debilitáronse enteramente las piernas de Canolles, y cayó estupefacto en un sillón.

Sin embargo, después de todos los redobles, mosquetazos, ruidosas demostraciones de homenajes militares, y sobre todo, pasada la primera sorpresa que estas demostraciones habían producido en el barón, deseó saber á qué atenerse en el puesto que la reina le había confiado, y alzó los ojos, que durante algún tiempo había tenido fijos en el pavimento.

Entonces vió delante de sí, no menos estupefacto que él, á su ex-carcelero, convertido en su más humilde servidor.

— ¡ Ah, vos aquí, Maese Barrabás ! le dijo.

— Yo mismo, señor gobernador.

— ¿ Me explicaréis lo que acaba de pasar, y que á duras penas puedo persuadirme de que esto no es un sueño ?

— No puedo deciros más, señor, que cuando os hablaba de la tortura extraordinaria, es decir, de las ocho azumbres, creía, á fé de Barrabás, doraros la píldora.

— ¿ Estabais convencido, según eso ?....

— Que os conducía aquí para ser enroddado, señor.

— Gracias, dijo el barón, estremeciéndose á su pesar.

— ¡ Y ahora, tenéis formada alguna opinión sobre lo que me sucede !

— Si, señor.

— Hacedme entonces el favor de explicármelo.

— Señor, voy á deciroslo. La reina habrá comprendido lo difícil de la misión que os había encargado. Pasado el primer momento de cólera, se habrá arrepentido, y como bien mirado no sois hombre odioso, S. M. os habrá recompensado por haberos castigado tanto.

— Eso es inadmisibile, dijo Canolles.

— ¿ Lo creéis inadmisibile ?

— Inverosimil á lo menos.

— ¿ Inverosimil ?

— Si.

— En ese caso, señor gobernador, no me resta más que ofreceros mi más humilde parabién; pues vais á ser tan dichoso como un rey en la isla de San Jorge. Excelente vino, caza con que le abastece la llanura, y pesca que á cada marea traen las barcas de Burdeos. ¡ Bah, señor, esto es encantador !

— Muy bien, trataré de seguir vuestros consejos. Tomad este bono firmado por mí, y presentaos al pagador, que os entregará diez pistolas. De buen grado os las daría yo mismo; pero ya que por prudencia me habéis cogido mi dinero.....

— Hice bien, señor, exclamó Barrabás, hice muy bien; porque al cabo, si me hubiera dejado sobornar, habríais huido; habiendo huido, naturalmente debíais contar por perdida la elevada posición á que habéis venido á parar, cosa de que jamás me hubiese podido consolar.

— Muy bien raciocinado, señor Barrabás. Ya habia conocido que vuestra fuerza lógica era de primer orden: en su consecuencia, tomad este papel como un testimonio de vuestra elocuencia. Los antiguos, como sabéis,

representaban á la elocuencia con cadenas de oro que salían de sus labios.

— Señor, dijo Barrabás, si me atreviera, os haría observar que creo inútil pasar á ver al pagador.....

— ¡Cómo! ¿Rehusáis? exclamó admirado el barón.

— No, señor, ¡Dios me libre! Gracias al cielo, no tengo ese falso pundonor; pero veo salir de un cofre que hay sobre vuestra chimenea, ciertos cordones, que se parecen mucho á los cordones de bolsa.

— ¡Sois perito en cordones, señor Barrabás! dijo Canolles enteramente sorprendido; porque efectivamente habia sobre la chimenea un cofre de antigua porcelana incrustado de plata, con los esmaltes del mismo metal.

— Veamos si es cierta vuestra previsión.

Canolles alzó la tapa del cofre, y encontró efectivamente una bolsa que contenía mil pistolas con este billetito:

« Para la caja particular del señor gobernador de la isla de San Jorge. »

— ¡Pardiez, dijo el barón ruborizándose, qué bien hace las cosas la reina!

Y á su pesar acudieron á su imaginación los recuerdos de Buckingham. Acaso la reina habia visto desde detrás de algún tapiz la victoriosa figura del capitán; quizás le protegía con el más tierno interés; tal vez... no se olvide que Canolles era Gascón.

Por desgracia, tenia la reina en aquella ocasión veinte años más que en tiempo de Buckingham.

Como quiera que fuese, y sea de dondequiera que viniese, el barón sacó de la bolsa diez pistolas, que entregó á Barrabás: éste salió haciendo las más reiteradas y respetuosas cortesías.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE.

	Páginas.
I. — La cita en medio del río	5
II. — La carta y la firma en blanco	17
III. — La emboscada	28
IV. — La bella Nanou	57
V. — Los partidarios	77
VI. — Los dos hermanos	112
VII. — A un miedoso otro mayor	153
VIII. — El cuarto con dos camas	163
IX. — Las dos princesas	163
X. — Los aprestos de caza	187
XI. — La caza	199
XII. — La fingida princesa	223
XIII. — El espía enamorado	232
XIV. — La despedida	276
XV. — Los enganchadores	285
XVI. — El falso exento y el fingido colector	298
XVII. — Las dos rivales	309
XVIII. — Amor y celos	321
XIX. — El prisionero	330
XX. — La isla de San Jorge	359

